Tardes de cine, secretos y cuatro mujeres que tienen mucho por compartir.

MIA MARCH

El cineclub de Meryl Streep

emecé Club

Índice

A la memoria de Greg

Quizá él sabía, aunque yo no, que la Tierra fue creada redonda para que no podamos ver el final del camino.

Karen Blixen,
interpretada por Meryl Streep

El cineclub de Meryl Streep

Los puentes de Madison
El diablo viste de Prada
Mamma mia!
Se acabó el pastel
El cielo... próximamente
Kramer contra Kramer
Postales desde el filo
No es tan fácil
Memorias de África
(Mención honorífica: *Julie y Julia*)

—*Memorias de África* es mi película favorita —dijo Lolly—. Fueron tantos los momentos que me conmovieron que no pensaba que podría volver a verla. Sin embargo, ahora estoy preparada.

Cuando Meryl Streep comenzó la solemne narración —«Yo tenía una granja en África»—, todas guardaron silencio y ya no pudieron apartar los ojos de la pantalla. Lolly puso el vídeo en pausa cuando habían visto tres cuartas partes de la película. Se enjugó las lágrimas:

—Ésa es la parte en la que no he dejado de pensar durante todos estos años: después de todo lo que ha soportado, Meryl dice que, justo cuando piensa que ya no puede más, hace un último esfuerzo y entonces sabe que puede soportar cualquier cosa. —Su sonrisa parecía venir de muy lejos—. Es cierto —dijo, y volvió a poner el vídeo en marcha.

Kat cogió la mano de su madre. Se dio cuenta de que no era la única que se había quedado petrificada, sin comer palomitas, casi sin respirar, cuando Meryl Streep, con el corazón desgarrado, le decía a Robert Redford que lo que él le ofrecía no era suficiente para ella.

—Oh, Dios mío, ponlo en pausa. —Isabel se incorporó en su asiento—. «He aprendido algo que tú no sabes: hay cosas que vale la pena tener, pero tienen un precio. Yo quiero ser una de ellas» —dijo, repitiendo las palabras de Meryl Streep—. Voy a apuntarme eso para llevarlo siempre en la cartera.

En ese momento, Kat entendió que los sentimientos encontrados que había experimentado no tenían que ver con casarse o quedarse en Boothbay Harbor. Eran sentimientos con respecto a sí misma; necesitaba saber quién era ella en el fondo, cuánto creía valer.

Prólogo

Lolly Weller

Hace quince años
Día de Año Nuevo, 2.30 de la madrugada
Three Captains' Inn, Boothbay Harbor, Maine

Estaban pasando *Silkwood,* una película protagonizada por la actriz favorita de Lolly, Meryl Streep, que llevaba el pelo revuelto como ella cuando era adolescente, y Cher, a la que había creído siempre una intérprete de una gran intensidad. La palabra «intensa» la usaba con frecuencia su hermana para referirse a ella, pero Lolly no se consideraba en absoluto intensa. Había otra palabra que la definía mejor, y menos mal que no era católica porque tendría que haber ido todos los días, y a veces incluso dos veces, al confesonario.

Después de la primera llamada de teléfono de la noche, Lolly hizo algo que habría de atormentarla el resto de su vida, algo que nunca se perdonaría. Había sido poco después de las dos. Al otro lado del teléfono se oía la voz achispada de su hermana, Allie, quien le contaba que su marido estaba en medio del elegante vestíbulo del hotel Boothbay Resort bailando como John Travolta en *Pulp Fiction*. Se habían bebido cada uno cuatro o cinco copas de champán y llamaron para preguntar si podían ir Lolly o su marido a buscarlos. Estaban apenas a cinco minutos.

Su marido, Ted, tardaría cinco minutos en llegar hasta allí. Cinco más en llevarlos a su apartamento y dejarlos a salvo. Y otros cinco en volver a casa. Eso le daría a Lolly quince deliciosos minutos de soledad. De modo que lo despertó y le pidió que fuera a buscar a los Nash. Y Ted, aunque masculló algo sobre los malditos borrachos, se puso la parka sobre el pijama y salió de casa.

Con toda rapidez, Lolly había pasado revista a las niñas. Puesto que los planes de Lolly y Ted para la noche de fin de año se limitaban a proporcionar matasuegras y el champán de cortesía a sus huéspedes del Three Captains' Inn, habían accedido a cuidar de sus sobrinas. Lolly bajó con sigilo desde el tercer piso del hostal hasta el segundo y, sin hacer ruido, abrió la puerta del cuarto donde guardaba la aspiradora y los productos de limpieza. Isabel Nash, de dieciséis años,

había arrastrado su colchón, su almohada y su manta hasta el trastero, como hacía siempre que pernoctaba en el hostal, y dormía profundamente, con tal expresión de paz en su bello rostro que nadie podría haber imaginado los gritos y las palabrotas que podían salir de esa boquita. Hacía apenas una hora que Isabel había llegado con todo sigilo, a la una y media, a pesar de que su madre, después de la terrible discusión que habían tenido las dos antes de que todos se marcharan a pasar la noche cada uno por su lado, le había ordenado que llegara antes de las doce y media. Lolly tapó con el edredón de plumas el hombro de Isabel y reparó en la marca que tenía en el cuello. Lo contento que se iba a poner su padre cuando la viera...

De vuelta en el piso superior, Lolly fue a ver a su otra sobrina, June Nash, de trece años, que esa noche compartía habitación con la hija de Lolly. El pequeño cuarto situado enfrente del dormitorio de Lolly y Ted apenas tenía sitio para una cama, y mucho menos para los dos catres que Ted les había preparado a su hija y a June, pero en el hostal no había ni una habitación libre. *Jane Eyre* permanecía abierto encima del pecho de la niña, que subía y bajaba, y una pequeña linterna proyectaba un punto rojo sobre su barbilla. Lolly la apagó y la puso junto con el libro sobre la mesilla de noche tras apartar de la frente de June un grueso mechón rizado de color caoba. Ella jamás daba problemas. Al otro lado de la habitación estaba Kat, la hija de diez años de Lolly. Kat se había despertado cuando su padre bajó la escalera y, en cuestión de segundos, ya se había puesto el abrigo, el gorro y los mitones, y estaba rogándole que la dejara ir con él.

—Por favor, papi, ¿puedo? Mañana no hay clases.

Pero era muy tarde, hacía un frío que pelaba y la carretera estaba llena de borrachos, de modo que Ted la había vuelto a llevar a la cama.

Kat se quedó dormida al instante, con los mitones rojos puestos y su viejo ejemplar de *Winnie the Pooh* bajo el brazo. Lolly se acercó de puntillas, agradeciendo que su hija estuviera de espaldas a ella. Si al entrar hubiera visto su dulce cara, tan parecida a la de su padre, a Lolly se le hubiera encogido el corazón, algo que le pasaba mucho últimamente. Le quitó los mitones con cuidado, y Kat se removió un poco pero no llegó a despertarse. Lolly se mordió el labio al sentir una punzada de culpa en el estómago y volvió a salir con cuidado.

Le quedaban unos diez minutos. Corrió escaleras arriba a su habitación, cerró la puerta y se echó en la cama con el mando a distancia del televisor y el teléfono sobre el estómago. Cambió de canal; por mucho que le gustara *Silkwood*, la había visto por lo menos diez veces, la última hacía apenas unos meses. Empezó a pasar de un canal a otro y vio que estaban poniendo *Cuando Harry encontró a Sally*; subió un poco el volumen, lo suficiente para tapar su propia voz, y

llamó por teléfono. Mientras hablaban, le latía el corazón al recordar las cosas con las que solía soñar. Hablaba en un susurro, pero lo bastante alto para tapar a Billy Crystal, que le estaba diciendo a Meg Ryan que había un fallo en ella.

Treinta o cuarenta minutos después —Lolly había perdido la noción del tiempo—, una operadora interrumpió la comunicación y le dijo que le telefoneaban desde el número de emergencias. Lolly se incorporó de golpe y dijo que sí, que aceptaba la llamada, por supuesto. Era la policía de Boothbay Harbor.

Lo sentían mucho.

Algo que Lolly recordaría siempre de aquella noche era cómo había dejado caer el teléfono y se había quedado paralizada mientras miraba con horror el rostro de Billy Crystal. Después de todos los años transcurridos, todavía no era capaz de ver ninguna película en la que apareciera, no podía ni mirarlo, ni oír su voz. Su querida amiga Pearl dijo en una ocasión que, gracias a Dios, Lolly había cambiado del canal donde daban *Silkwood*; si no lo hubiera hecho, jamás habría podido volver a mirar a Meryl Streep.

1

Isabel Nash McNeal

El plan de Isabel para salvar su matrimonio estaba basado en tres elementos: una antigua receta italiana de raviolis con salsa tres quesos, la evocación de los buenos momentos del pasado, y la promesa de no volver a mencionar jamás lo que se estaba interponiendo entre Edward y ella. Amaba a su marido, lo había amado desde los dieciséis años, y eso era todo. Se encontraba de pie ante la encimera de la cocina. La receta, garabateada con una tinta negra que casi no se distinguía, estaba junto al bollo gris de pasta que llevaba amasando desde hacía un buen rato. ¿Era éste el aspecto que debía tener?

Isabel cogió un libro de cocina del estante que había encima de la mesa, *La cocina italiana de diario*, de Giada De Laurentiis, y buscó el apartado en el que hablaba de la masa para la pasta. La suya no se parecía en nada a la de Giada. Acababa de empezar. Tenía cinco días para conseguir redondear la receta. Su décimo aniversario de boda era el martes, e Isabel estaba decidida a recrear la última noche de su luna de miel en Roma, cuando Edward y ella, con apenas veintiún años y muy enamorados, habían encontrado cerca de la Fontana de Trevi un acogedor restaurante con mesas en la terraza y que permanecía abierto hasta tarde. Antes habían arrojado monedas a la fuente y habían pedido sus deseos, y una vez en el restaurante, sentados en una pequeña mesa redonda en una hermosa noche de agosto de cuarto creciente, suave brisa y música de ópera italiana que venía de no se sabía dónde, Edward le dijo que él sólo había pedido un deseo: que la vida fuera siempre así. Y que ella *era* su vida. Ella había deseado más o menos lo mismo. Ante unos raviolis con salsa tres quesos que a ambos les parecieron exquisitos, Edward le dijo que la amaba más que a nada, que la amaría para siempre, y a continuación se puso de pie, le ofreció la mano e, inclinándose, le dio un beso largo y apasionado que dejó tan impresionado al dueño del restaurante que los invitó a entrar para darles la receta de los raviolis. En la vieja cocina estaba su anciana madre. Tenía la nariz ganchuda, un severo vestido largo y negro, el pelo peinado en un moño sobre la nuca, y removía unas grandes ollas negras sobre el fuego. Parecía una bruja. Sin embargo, les sonrió, los besó en ambas mejillas, y a continuación les escribió la

receta en italiano, que su hijo tradujo más abajo. Después, el hostelero les hizo una confidencia: «Mi madre dice que esta receta tiene propiedades mágicas y que es garantía de un matrimonio largo y feliz.»

Todos esos años, Isabel había guardado la hoja de papel doblada en su cartera, y en una ocasión se propuso hacer los raviolis en todos los aniversarios. Pero, por una u otra razón, Edward y ella habían salido a cenar o se habían ido de vacaciones. Además, la magia de aquel plato de raviolis de su luna de miel había funcionado todos esos años: sin duda, habían tenido un largo y feliz matrimonio. Hasta hacía poco.

Hasta que su matrimonio se convirtió en una especie de guerra fría porque Isabel había empezado a querer algo que se suponía que no debía querer, que se suponía que no debía necesitar. Lo deseaba con un ardor que la asustaba, la ilusionaba, la hacía sentir más viva que nunca. Y se pasaba el día llorando —en la ducha, en el supermercado, en el coche y a altas horas de la noche— porque era algo imposible.

Se deshizo del mazacote de masa y, cuando estaba metiendo la taza medidora en la bolsa de la harina, oyó un susurro junto a la puerta de entrada. Se echó hacia atrás y miró a través del pasillo; habían deslizado un sobre por debajo de la puerta. Qué extraño. Isabel se limpió las manos en el delantal y fue hasta el recibidor, haciendo repicar los tacones en el brillante suelo de mármol.

El sobre, al igual que la carta que contenía, y que estaba escrita a máquina sobre papel blanco corriente, no tenía destinatario ni llevaba firma:

Su marido tiene una aventura. No estoy segura de que usted lo sepa, ni de que quiera saberlo. Lo que sí sé es que una vez usted se portó bien conmigo, y en esta ciudad eso ya es mucho. A mí me gustaría que me lo contaran... Algo me dice que a usted también. Número 56 de la calle Hemingway. El Mercedes negro está siempre aparcado en la parte trasera en torno a las seis de la tarde.

Lo siento.

Isabel lanzó un grito ahogado y dejó caer la carta al suelo. La recogió y volvió a leerla. ¿Edward? ¿Una aventura? Negó con la cabeza, se le doblaron las piernas y cayó sobre el banco tapizado del recibidor. Tenía que ser un error. Tenía que serlo.

Sí, un error, decidió. Habían entregado la carta en la casa equivocada. Seguramente iba dirigida a su vecina de al lado, Sasha Finton, cuya casa colonial —con su puerta roja, sus contraventanas negras y su sendero bordeado de alegrías— era idéntica a la de los McNeal. El marido de Sasha coqueteaba sin recato en las comidas

vecinales y en los cumpleaños infantiles. Isabel lo sintió mucho por Sasha, siempre tan amable, que la había saludado con una sonrisa tensa esa mañana, aunque se la veía claramente disgustada mientras seguía con la vista a su marido hasta el coche.

Un mercedes negro, ¿no? Exactamente como el de Edward.

Respiró hondo, corrió a la sala de estar, se acercó a la ventana y descorrió la pesada cortina. Esforzándose un poco podía ver la entrada del garaje de los Finton por encima de la cerca blanca de hierro forjado. Ahora sólo estaba allí el BMW plateado de Sasha, pero Isabel estaba segura de que el Mercedes de Darin Finton era negro. Miró el reloj; apenas pasaban las seis. Era posible que el coche de Darin no estuviera a la entrada del garaje porque estaba aparcado en la parte trasera del número 56 de la calle Hemingway.

Se llevó la carta y el sobre a la cocina, y los dejó sobre la mesa. Después les puso un tomate encima como pisapapeles. No es que no quisiera que la carta anónima saliera volando hasta el cielo y desapareciera, pero podía caer ante el umbral de alguna otra mujer convencida de que algo iba mal, muy mal, entre ella y su marido desde hacía mucho tiempo. La verdad era que Isabel ya sabía que las cosas entre ella y Edward no estaban precisamente bien. Pero ¿una aventura? ¿Edward? No.

Isabel se tragó las lágrimas y midió tres tazas de harina. Las volcó sobre la tabla de amasar. Hizo un hoyo en la harina y rompió en él cuatro huevos, los batió suavemente y fue incorporando la harina poco a poco. Una vez que empezó a amasar con las palmas de las manos, la pasta se volvió grumosa en lugar de elástica y untuosa.

Estaba haciendo algo mal.

Esa parte del plan para salvar su matrimonio, esa rememoración de las cosas buenas, podría parecer ridícula, pero Isabel pensaba que si recreaba aquella última noche en Roma, cuando todo entre Edward y ella había sido tan mágico, su marido se enternecería. La mezcla de queso *ricotta* y salsa *marinara* suave sería capaz de evocar una mesa en Italia a la luz de la luna y lo que entonces sentía por ella. Tenía pensado ponerse uno de aquellos encantadores vestidos de algodón que había llevado a su luna de miel y preparar una mesita de café en el patio, bajo la luna y las estrellas. Aunque estaban lejos de Roma, al menos recrearía las emociones de aquella noche. Eso los devolvería al punto de partida. A los primeros nueve años de su matrimonio, cuando todo era bueno, cuando ella se sentía a salvo.

Cierto que las cosas habían cambiado durante el último año, pero también para eso tenía un plan: no mencionar jamás lo que los estaba separando, lo que se había interpuesto entre ellos como una cuña. Algo que Isabel quería y Edward no.

Isabel levantó el tomate y volvió a leer la nota.

«El Mercedes negro está siempre aparcado en la parte trasera en torno a las seis de la tarde.»

Cierto, Edward tenía un Mercedes negro. Pero también lo tenían Darin Finton y los Carmichael, que vivían en la acera de enfrente, y casi todos los vecinos.

Oyó un coche en la entrada del garaje de los Finton. Isabel corrió hacia la ventana. Darin salía de su Mercedes *gris* oscuro. No era negro. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras se acercaba a las ventanas del otro lado de la sala de estar y espiaba entre los visillos para ver la entrada de los Haverhill. «Por favor, que tengan un Mercedes negro», pensó, hasta que se dio cuenta de que estaba deseando que a Victoria Haverhill la engañara su marido. Pero los dos coches de aquella familia estaban en la entrada del garaje, y uno de ellos era un Mercedes azul oscuro.

Isabel se quedó inmóvil junto al piano de media cola; no se atrevía a respirar, no se atrevía a moverse.

«Una vez usted se portó bien conmigo, y en esta ciudad eso ya es mucho...»

Isabel solía tratar bien a la gente. Sasha Finton tenía sus días buenos y sus días malos. ¿Y Victoria Haverhill? Victoria era una víbora.

¿Realmente sería para ella la carta? Sintió en los oídos el repiqueteo de sus tacones al volver a la cocina. Pero Edward y ella lo estaban intentando... Los dos habían prometido hacerlo.

—Perdone, señora, pero ése no es el aspecto que debería tener la masa.

Marian, la empleada doméstica de Isabel, estaba guardando la compra en la despensa. Su tono era amable. No importaba que le dijera una y otra vez que la llamara por su nombre. Marian siempre contestaba «No, señora» con una sonrisa.

—Voy a quedarme a ayudarla —dijo Marian—. Usted y el señor Edward disfrutarán de una cena estupenda.

Marian acudía a casa de Isabel dos veces a la semana desde hacía cinco años, que eran los que llevaban viviendo en esta casa enorme de Westport, Connecticut. Era demasiado grande para dos personas solas. Marian solía sonreír disimuladamente y comentar que uno de los dormitorios de la planta superior sería perfecto como habitación para los niños, con su ventanal francés y sus ventanas en arco. «Como un cuento de hadas.»

A cualquier hora del día o de la noche, Isabel subía la escalera e iba a aquel dormitorio de cuento de hadas —otra habitación de huéspedes que nunca recibía huéspedes—, e imaginaba la graciosa cuna blanca, las sabanitas de color amarillo pálido, un móvil que producía un suave tintineo, los pequeños patitos que mandaría pintar

a lo largo de la moldura del techo.

Y una pequeña Allison McNeal —el diminutivo con el que la conocerían sería Allie—, llamada así por la madre de Isabel, o un pequeño Marcus McNeal, por el padre de Edward. Pero no habría bebé. En lugar de eso había un pacto que Edward le recordaba cada vez que ella sacaba el tema.

Era un pacto que ahora le había roto el corazón. No había cabida para una aventura dentro de un pacto.

Sin embargo, bien pensado, las promesas eran un pacto en sí mismas. Y se rompían constantemente.

Consiguió esbozar una sonrisa para responder a su asistenta.

—Gracias, Marian, pero sólo estoy practicando con esta masa. La semana que viene celebramos nuestro aniversario. Diez años.

—Usted y el señor Edward hacen muy buena pareja —dijo Marian —. Espero que él consiga llegar a casa antes de las ocho para su aniversario. Ese hombre trabaja demasiado.

«Número 56 de la calle Hemingway. El Mercedes negro está siempre aparcado en la parte trasera en torno a las seis de la tarde. Lo siento.»

Isabel buscó en el bolso las llaves de su coche.

Isabel tenía dieciséis años pero no era precisamente una dulce muchacha cuando conoció a Edward McNeal en el Centro Regional de Boothbay para Adolescentes en Proceso de Duelo. Él fue su tutor, ya que cinco años antes había perdido a sus padres en un accidente de avión. Trabajaba como voluntario en el centro todos los miércoles después de clase. Cuando Lolly, la tía de Isabel, las llevó allí a ella, a su hermana y a su prima, dos días después del accidente de coche, Isabel tuvo una sesión con un consejero adulto y otra con Edward. El primer día quedó tan impresionada por él, por la empatía que vio en sus ojos —de un color castaño muy oscuro—, que por un segundo se olvidó de quién era, de por qué estaba en ese lugar, en ese infierno, de que su madre y su padre se habían marchado así, sin más, mientras ella dormía el día de Año Nuevo.

No quería hablar de sus padres, ni de la pelea que había tenido con su madre aquella última noche. No quería hablar de su hermana, June, que no paraba de llorar. Tampoco de cómo se sintió al mudarse al viejo y anticuado hostal de su tía Lolly, donde había convivido con su prima pequeña, Kat, que había perdido a su padre porque había tenido que ir a recoger a los padres de Isabel y June, borrachos tras la celebración de Año Nuevo. Había preferido oír hablar a Edward del momento en que supo que sus padres habían muerto. Él le habló sobre la naturaleza de la conmoción, sobre cómo lo había tenido sobrecogido durante tanto tiempo que fue incapaz de asumir la

pérdida, y le contó que, cuando la conmoción finalmente remitió, al cabo de casi seis meses, se pasó semanas enteras llorando por todas partes: en el colegio, debajo de las sábanas por la noche, en la iglesia. Su hermanastro mayor, que se había hecho cargo de él, pensó que llorar le haría bien, y en cierto modo así fue durante un tiempo. «Hasta que un día —dijo Edward— estás haciendo cualquier cosa y te das cuenta de que no estás pensando en ello, y a partir de ahí el dolor deja de ser el centro de tu vida para convertirse, simplemente, en una parte de ti mismo.»

Al segundo miércoles ya se había enamorado de Edward McNeal, lo mismo que su hermana, aunque en el caso de ésta lo que sucedió es que se quedó deslumbrada por aquel chico mayor que ella. Durante un tiempo, las hermanas Nash, que nunca se habían llevado bien, se centraron en disputarse a Edward y no en su pena, descargando su enfado la una con la otra.

—La única razón de que le gustes es que eres una cachonda —le solía gritar June.

—No, le gusto porque soy yo misma —le respondía Isabel—, algo que tú no serás nunca, señorita Mojigata Besaculos.

Se dijeron cosas terribles la una a la otra durante aquellos primeros días y, cuando Isabel le contaba a Edward las feroces discusiones que mantenían, él le contestaba:

—Ten en cuenta una cosa, Izzy: si el noventa y nueve por ciento de lo que June dice sobre ti no se aproxima siquiera a la verdad, lo mismo se aplica a lo que tú le dices a ella. Piénsalo.

Y a ella bien le habría gustado hacerlo, pero entonces volvían a discutir y June salía con lo único capaz de hacer que Isabel se quedara blanca y empezara a temblar tanto que June tenía que salir corriendo a buscar a la tía Lolly.

No había pasado un día y las peleas volvían a empezar. June insistía en que con trece años no se es demasiado pequeña para echarse novio —un novio de dieciséis— y trataba desesperadamente de llamar la atención de Edward rellenándose el sujetador y poniéndose en los labios brillo con sabor a melocotón. La tía Lolly tuvo que pedir que le cambiaran el tutor a June. Le asignaron a una muchacha de catorce años, Sarah, a la que June también acabó adorando. Pero el abismo que se había abierto entre las dos hermanas se ahondó, y ni ellas ni su tía consiguieron reducirlo. Isabel se daba cuenta de que para hacer las paces con su hermana bastaba con no *reaccionar*, pero hacía todo lo contrario. Reaccionaba y mal.

Y corría en busca de Edward. Habían sido inseparables aquel espantoso invierno. Largos paseos por las escolleras de Boothbay Harbor, bien abrigados para combatir el frío. Edward la envolvía con sus fuertes brazos cuando se sentaban mirando los barcos atracados y

la mantenía apretada contra su mullido anorak azul marino de L.L.Bean mientras le calentaba la cara con los guantes. Caminaban kilómetros por el puerto mientras bebían a sorbos chocolate caliente en tazas para llevar y, cuanto más se alejaba Isabel del hostal, menos triste se sentía. Una noche de finales de primavera, Edward y ella estaban bajo el roble del jardín trasero del hostal, cogidos de la mano, y miraban las estrellas, que titilaban sugiriendo posibilidades que a Isabel le hacían albergar esperanzas.

—Quiero que hagamos un pacto —había dicho Edward con los ojos fijos en las estrellas—. Tú y yo, para siempre. Solos tú y yo.

Ella le apretó la mano.

—Solos los dos. Juntos para siempre.

—Y nada de niños. Nada de niños que puedan convertirse en huérfanos tristes y perdidos como nosotros.

Isabel se volvió a mirarlo, admirada al entender cuánta razón tenía.

Apenas dieciséis años y tan sensato.

—Nada de niños.

—Tenemos un pacto, entonces —dijo él—. Nada de niños. Solos tú y yo, para siempre.

Se apretaron las manos y miraron hacia las estrellas hasta que la tía Lolly la llamó para que volviera al hostal.

Durante años, Isabel no volvió a pensar en aquel pacto.

Pero ahora tenían treinta y un años. Llevaban diez años casados. Vivían en Westport, una hermosa ciudad de Connecticut llena de familias jóvenes con niños. Isabel apretó con fuerza las llaves del coche y miró el mazacote de pasta mientras recordaba cómo, un año atrás, se había sorprendido mirando las caritas dentro de los cochecitos de bebé. Desde entonces, había empezado a sentir constantemente una conmoción que la hacía detenerse, que la despertaba por la noche, que la hacía plantearse que a lo mejor se habían equivocado pensando en los riesgos. Hasta los veintiocho o veintinueve años había estado satisfecha con su vida. No la había azuzado el instinto maternal, pero cuando Edward comenzó a mostrarse distante, reservado, a trabajar hasta tarde y a contar historias de su trabajo para terminar con un «Bah, olvídalo, no lo entenderías», se dio cuenta de que empezaba a necesitar algo que no conseguía identificar. Isabel trabajaba como voluntaria en un hospital ayudando a las familias que habían perdido a un ser querido. Y un día —hacía de esto más de un año— apareció una joven viuda con un bebé de siete meses y una familia maravillosa, cariñosa y extensa, y alguien le preguntó a Isabel si le importaría coger al niño un momento.

Aquel peso dulce y suave en los brazos la había dejado sin

aliento. En ese mismo momento supo que quería un bebé, quería un hijo, que el pacto al que había accedido cuando era una adolescente que lloraba por la muerte de sus padres ya no tenía sentido. La niña que tenía en los brazos había perdido a su padre, pero eso no significaba que no fuesen a quererla, que no fuera a tener una vida maravillosa.

Isabel quería un hijo. Sabía exactamente lo que sentía. Lo había meditado mucho hasta estar segura, le habría gustado quedarse embarazada en ese preciso momento.

Hacía ya unos meses se había dormido imaginando el aspecto que tendría el hijo o la hija de ambos: si tendría el pelo castaño y la nariz recta de Edward, o sus ojos verdosos y su cara en forma de corazón. Se había despertado en mitad de la noche y, protegida por la oscuridad, había dicho:

—Edward... ¿Estás despierto?

Él farfulló medio dormido y ella, después de respirar hondo, le dijo que había estado pensando mucho últimamente en la posibilidad de tener un hijo. Él guardó silencio, e Isabel se imaginó que se había quedado dormido y que no había oído lo que le había dicho. Pero entonces Edward dijo:

—Hicimos un pacto, Iz.

A la mañana siguiente le recordó por qué habían hecho aquel pacto. Primero con suavidad, después con más acritud.

—Pero ¿y si hubiera cambiado de idea? —preguntó Isabel.

—Bueno, entonces estaríamos en un punto muerto, ¿no es cierto? —le había respondido él.

Ella trató de hacerle entender que ya no eran los mismos adolescentes asustados, que no tenían por qué someterse a reglas que habían establecido desde un lugar sombrío, un lugar donde imperaba el miedo.

En esas ocasiones, él la miraba con rabia y le decía:

—No quiero hijos, Isabel. Fin de la historia. Hicimos un pacto. —Y a continuación se marchaba dando un portazo.

Tras unos meses en que tuvieron la misma conversación en varias ocasiones, los dos empezaron el repliegue. Pero, en lugar de aclarar el problema, comenzaron a evitarse el uno al otro. Ella pasaba cada vez más tiempo en el hospital, ayudando a personas a las que acababan de comunicarles la pérdida de un familiar. Cuando no la necesitaban, lo que no era frecuente, se paraba delante de la unidad de cuidados neonatales y se quedaba mirando a los bebés, cerrando los ojos con el corazón encogido, dando rienda suelta a su deseo de tener un hijo. Su enfado ante la actitud cerrada de Edward la convirtió en una persona reservada y, con el tiempo, él se replegó todavía más. Ya no se limitaba a llegar tarde para la cena o a irse a trabajar los sábados por

la mañana. Evitaba estar en la misma habitación que ella y dejó de ir a la cama. Por la mañana solía encontrarlo dormido en el sofá de la sala de estar o en el de su estudio, demasiado pequeño para él. En las contadas veces que se sentaba a desayunar con ella, le hacía sentir una soledad aplastante, a pesar de estar a un metro de ella, al otro lado de la mesa.

—Edward, tenemos que hablar. Tenemos que arreglar esto —le decía ella una y otra vez, durante el desayuno, en sus correos electrónicos, por teléfono, en mitad de la noche, cuando se despertaba y se daba cuenta de que estaba sola y bajaba a la planta baja, donde lo encontraba o viendo un partido de los Red Sox, o simplemente sentado, con la cabeza entre las manos. En esos casos se quedaba allí parada. Asustada. Sin saber, de repente, cómo llegar al interior de este hombre con el que había pasado la mitad de su vida.

Era por eso por lo que Isabel hacía meses que había dejado de subir a la planta de cuidados neonatales. Había dejado de quedarse dormida pensando en pequeñísimas narices clásicas y en ojos verdosos, una combinación de su cara y de la de Edward. Ella tenía un pacto con su marido. Se había casado, había jurado los votos de acuerdo con ese pacto. Y se había atenido a él. Edward la había salvado, y ahora ella los salvaría, a los dos. Salvaría su matrimonio, que había sido sólido y feliz durante nueve años. Durante todo ese tiempo, él llegaba a casa, la levantaba en sus brazos, la abrazaba y la besaba como en la luna de miel. Harían el amor y verían viejas películas en la cama, compartiendo sus platos chinos favoritos. Él escucharía sus historias sobre el hospital, historias tristes, y seguiría abrazándola hasta que ella consiguiera volver a respirar. Y cuando fueran de vacaciones a visitar a su familia en Maine y ella discutiera con su hermana, Edward la llevaría a pasear por el puerto, como hacían antes, tomados de la mano, y todo iría bien.

«Tú y yo juntos para siempre, solos nosotros dos.»

Edward McNeal lo era todo para ella. Y por eso había luchado durante los dos últimos meses por sacar a flote su matrimonio. Había luchado con todo su esfuerzo.

Al principio, él había respondido. Su sonrisa había sido auténtica, no forzada. Las miradas que le dirigía estaban llenas de amor, no de resentimiento. Ella solía ir detrás de él y masajearle los fuertes hombros, aspirando su aroma masculino, a aquel jabón que siempre le había gustado tanto, y él se volvía y la besaba profunda y apasionadamente y la llevaba a la planta de arriba. Pero después, Isabel había notado que había algo muy sutil en su expresión, en su lenguaje corporal. El daño estaba hecho, puede que incluso antes de que ella planteara la cuestión del hijo, y ni las sonrisas ni el sexo y posiblemente ni siquiera el tiempo serían capaces de arreglarlo.

Así pues, había esperado. Y lo había intentado. Lo había intentado con tanta fuerza que a veces se ponía a llorar cuando hacían el amor. Entonces, Edward meneaba la cabeza, se apartaba y se marchaba. Tardaba horas en volver.

—Puedes engañar a los demás, pero no puedes mentirte a ti misma —había dicho siempre su tía Lolly.

De modo que se había esforzado aún más. El mes pasado le había asegurado a Edward que se había reconciliado con su pacto. Sí, ahora tenía treinta y un años, llevaba diez años casada y, sí, había cambiado de idea sobre lo de querer un hijo. Y, sí, en el fondo de su corazón creía que sería una madre buena y amantísima, pero su matrimonio era lo primero. Aceptaría todas sus sugerencias: tendrían dos perros, dos perros grandes, como un crestado rodesiano o un galgo inglés. Viajarían. Volverían a Italia e irían a la India, al Oeste norteamericano, que ella ansiaba tanto ver, a África a realizar un safari, y vería lo libres que podían ser, solos ellos dos.

Solos ellos dos. Aun cuando su matrimonio fuera diferente, aun cuando se hubiera perdido algo —tal vez para siempre—, quería a su marido y saldrían de ésta. A veces, de madrugada, pensaba en lo que había farfullado su hermana la Navidad pasada en el hostal, durante una de sus acostumbradas discusiones, cuando Isabel le consultó a su marido qué vestido le quedaba mejor:

—Por Dios, ¿es que no sabes siquiera quién eres si Edward no te lo dice?

Isabel era en verdad una persona totalmente diferente antes de perder a sus padres, antes de conocer a su marido. Y ahora estaba empezando a querer cosas que antes no echaba de menos, cosas grandes, capaces de cambiar su vida. A lo mejor estaba lo bastante asustada para dejar que Edward se saliera con la suya. Así estaba la cosa. No habría bebé. No habría piececitos correteando. En lo más hondo de su corazón, Isabel casi se conformaba con «querer» tener un hijo. Eso le decía algo. Algo bueno sobre sí misma.

Sintió cómo las llaves del coche se le clavaban en la palma de la mano y pensó que se había equivocado al pensar que estaban otra vez en el buen camino, a las puertas por lo menos, a pesar de que esa mañana él le había dicho que no iba a poder ir a Maine con ella al día siguiente. Edward nunca dejaba pasar una ocasión de ir a Maine, de visitar a su hermano y a la esposa de éste, y también a la tía Lolly, que a pesar de todo le caía bien. Siempre había sido así, desde el principio. Sin embargo, cuando Isabel le dijo que su tía la había llamado hacía unos días y que le había anunciado que tenía algo importante que contarles, pero que no podía hacerlo por teléfono sino que quería que Isabel, su hermana June y Kat —la prima de ambas— fueran a cenar en el hostal el viernes por la noche, Edward le respondió que no podía

acompañarla. Reuniones. Cenas con clientes. Más reuniones. En fin de semana.

—No puedo marcharme mañana, Isabel —le había dicho—. Ve a ver a tu familia. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? Quédate el fin de semana, o incluso más.

Se dio cuenta de que llevaba sin ver a Lolly, a June y a Kat desde Navidades. Ya estaban en agosto. Dos veces al año, en Acción de Gracias y en Navidad, parecía lo máximo que podían soportarse las cuatro.

«Quédate el fin de semana, o incluso más.» ¿Se acordaba de que el martes era su décimo aniversario?

—Por cierto, ¿cuál es el gran anuncio de Lolly? —le había preguntado sin mirarla, con los pulgares en el teclado QWERTY de su iPhone.

No la escuchó más. Ella había estado inquieta desde la llamada de su tía. El hecho de que las convocara a las tres —bueno, a las dos, ya que su prima Kat vivía en el hostal— era raro. Isabel se imaginó que su tía iba a vender el Three Captains' Inn y, como las tres chicas habían crecido allí —bueno, Isabel desde los dieciséis años—, tal vez Lolly, la persona menos sentimental del mundo, pensaba que debía anunciárselo en persona. Su tía les comunicaría su decisión con la misma emoción que pondría para decir que las lilas habían sido especialmente olorosas ese verano. Después, las cuatro volverían a lo suyo: Lolly desaparecería en el salón para pasar una noche de cine con sus huéspedes; June se dedicaría a erigir torres de LEGO con su hijo Charlie en el patio para no tener que tropezarse con ningún conocido del pueblo; y Kat evitaría... a Isabel. En realidad, esperaba que su tía fuera a vender aquel lugar. La verdad, no les traía buenos recuerdos a ninguna de ellas.

«Escúchame. Muestra un poco de interés. Mírame», le había transmitido telepáticamente a Edward, pero él no había apartado su atención del iPhone.

—Lolly no quiso contármelo —le había respondido—, pero apostaría a que va a decirnos que vende el hostal.

Él asintió con aire ausente, miró el reloj, cogió su maletín y se puso de pie.

¿Eso era todo? ¿Ningún comentario? ¿No sentía ninguna nostalgia por el lugar donde habían pasado tantas noches echados en el jardín, entre aquellos robles centenarios, mirando las estrellas? Aquel lugar donde habían hecho planes sobre muchas cosas, no sólo sobre los niños que no tendrían.

Ningún comentario. Nada de nada.

Isabel volvió a mirar el anónimo que asomaba de su bolso. Lo volvió a leer y luego lo puso otra vez en el sobre.

«Su marido tiene una aventura.»

¿Realmente quería saberlo? Algunas esposas miraban hacia otro lado. Claro que también podía ser un error. El modelo de Mercedes del año pasado. Alguien parecido a Edward saliendo de una puerta trasera. O quizá, al final, descubriría que Edward la engañaba. ¿Y entonces qué? ¿Le pediría que lo perdonara? ¿Lo superarían juntos? ¿Le juraría que no volvería a hacer algo así, que la amaba?

Salvo que últimamente no parecía amarla. Y eso ya duraba demasiado tiempo. Y puede que ni siquiera mintiera al respecto.

Podía romper la nota y hacer como que nunca la había recibido. Que *era* para otra persona. Isabel cerró los ojos y se dejó caer en una silla porque empezaron a temblarle las piernas. No importa lo que hiciera, tenía que *saber*.

Y eran algo más de las seis y veinticinco de la tarde.

Isabel echó una última mirada a la pasta que estaba sobre la tabla de amasar, volvió a meter la carta en el bolso y condujo los tres minutos que había hasta la calle Hemingway. El número 56 era la última casa, una construcción clásica, con señoriales columnas, y se dio cuenta de que había estado allí antes, hacía un par de años, en una reunión para analizar un referéndum municipal que había que votar.

«¿Quién vive aquí?», se preguntó, tratando de recordar mientras aparcaba varias casas más allá y se acercaba rápidamente hacia la fachada trasera de la casa con el corazón que se le salía por la boca y la respiración agitada. Había un tejadillo para resguardar el coche que no podía verse desde la calle. «Por favor, que no sea su Mercedes negro el que está ahí.»

Pero ahí estaba.

Sintió que se ahogaba.

«Oh, Edward, cabrón.»

La furia, tan intensa que era como si le atravesara el estómago, dejó lugar instantes después a una tristeza que no recordaba haber sentido desde la mañana en que se despertó con la noticia de que sus padres habían muerto. Se apoyó en el lateral de la casa para no desvanecerse, agradeciendo las imponentes plantas perennes que la ocultaban. Que escondían a los vecinos la presencia de Edward y su Mercedes. Salvo a uno, por supuesto.

Había un cartel de madera erosionado por el tiempo con el nombre de los Chenowith pintado en diversos colores y colgado encima de las puertas correderas de cristal. Ah, sí. Esa prepotente de Carolyn Chenowith y su esposo, de cuyo nombre no podía acordarse. Una pareja en la treintena con una hija, una niña de tres o cuatro años. Tenían una *au pair* irlandesa de diecinueve años con unos pechos enormes, una cintura diminuta, y una cálida y brillante sonrisa.

Menudo cliché. Edward se estaba follando a la guapa *au pair* irlandesa.

Cerró los ojos al sentir en ellos el ardor de las lágrimas. ¿Se volvía a casa y fingía no saber nada hasta que pensara qué hacer al respecto? ¿Llamaba a Carolyn Chenowith ahora mismo y le decía que su *au pair* se acostaba con su marido y probablemente también con el de ella? ¿O entraba como una furia y se enfrentaba a ellos?

Con las piernas como un flan, Isabel subió los escalones de madera hasta las puertas correderas de cristal y probó a abrir. La puerta cedió. Se detuvo y escuchó. Voces amortiguadas. Venían de arriba. Conteniendo la respiración, Isabel subió la escalera alfombrada de blanco agarrándose con fuerza de la barandilla. El corazón le latía tan fuerte que le extrañó que nadie saliera corriendo de las habitaciones.

Y, cuando llegó arriba, Edward McNeal salió de uno de los dormitorios. Sólo llevaba puesta la camisa, sin abotonar.

Se quedó boquiabierto y la miró. Su cara se puso tan blanca que Isabel pensó que se iba a desmayar. Se tambaleó y se agarró al marco de la puerta.

—¿Qué d...?

—¿Cariño? ¿Qué pasa? —dijo una voz de mujer.

Y no tenía acento irlandés.

Carolyn Chenowith, desnuda, salió de la misma habitación, vio a Isabel allí, de pie en el pasillo, y se puso blanca. Por un momento pareció que se había quedado paralizada, luego retrocedió y salió envuelta en una sábana. Ahora tenía la cara sonrojada.

—Isabel, yo... —empezó a decir Carolyn.

Edward levantó la mano y miró a Isabel con un brillo de lágrimas en los ojos.

—Iz. Lo... Oh, Dios, lo siento, Isabel.

Isabel estaba allí, sin respirar. No podía moverse, no podía comprender, no podía pensar.

—Estás... —Trató de encontrar las palabras. «Estás teniendo una aventura. Y con Carolyn Chenowith. Una madre.»

Se los quedó mirando un momento; después bajó corriendo aquellos escalones alfombrados de blanco y salió por la puerta.

2

June Nash

June siempre había confiado en que, si alguna vez volvía a ver a Pauline Altman, ésta habría engordado veinte kilos y tendría un acné crónico, pero no hubo tanta suerte. Seguía rubia, delgada y todavía atractiva, aunque su rostro tenía algo de caballuno. Pauline estaba hojeando una guía de Perú en la sección de viajes de Books Brothers. June, que se disponía a devolver al estante un ejemplar de *París barato* que alguien había dejado sobre una mesa, corrió al pasillo donde estaban las obras de interés local y le susurró al oído a un vendedor que iba un momento a la oficina.

Cuando se cerró la puerta detrás de ella, soltó un suspiro que probablemente llevaba siete años conteniendo.

La última vez que había visto a Pauline, June tenía veintiún años, estaba embarazada de ocho meses y trabajaba como dependienta en la tienda Books Brothers, en Boothbay Harbor, su ciudad. Pauline, a la que June había arrebatado la oportunidad de pronunciar el discurso de graduación, se había acercado al mostrador de la caja con la guía de estudios de Acceso a Derecho. Al ver a June, en la cara de Pauline se dibujó una expresión de absoluta sorpresa:

—¡Vaya, Dios mío, Juney! ¿Estás embarazada? ¡Y *enorme*, además! Supongo que no vas a volver a la Universidad de Columbia.

«Supongo que no», había pensado June, que quería desaparecer detrás de las cajas de libros nuevos que acababan de llegar. Había echado de menos su último año de estudios, pero lo que no echaría de menos era la sensación de estar perdida y sola que había experimentado en Nueva York durante el semestre anterior. Se había quedado embarazada en noviembre, pero no lo había sabido hasta principios de primavera. Y, en cuanto se enteró, se olvidó de todo, excepto del embarazo y de encontrar al padre del bebé.

Pauline echó un vistazo a la mano izquierda de June, en la que no había ningún anillo; casi no cabía en sí de satisfacción.

—No puedo creer que tú, precisamente tú, te hayas quedado embarazada. Te imaginaba haciendo algún interesante programa de prácticas en una revista o en una editorial y que ibas camino de ser jefa de redacción en el *New Yorker*.

Detrás de ella apareció un cliente, de modo que Pauline dejó caer

el libro en la bolsa y dijo:

—Vaya, resulta sorprendente que hasta las personas más inteligentes puedan cometer los errores más tontos. —A continuación, ella, con su vientre plano y su sudadera de Yale atada sobre el trasero, se alejó haciendo repiquetear sus chanclas.

June había tenido que pedir diez minutos —en esos días, su bondadoso jefe le concedía todos los momentos de descanso que necesitaba— y había ido a sentarse en el baño con los ojos cerrados, respirando hondo para superar aquello. No había cometido un error tonto, aunque eso era lo que todos pensaban.

Y ahora aquí estaba, siete años después, escondiéndose otra vez en la trastienda, aunque al menos la tienda Books Brothers de Portland tenía una oficina mucho más espaciosa que la diminuta tienda original de Boothbay Harbor, a la que June no iba casi nunca por numerosas razones. Sobre todo porque la pequeña ciudad estaba llena de Paulines que se empeñaban en recordarla como la lectora del discurso de graduación cuyo sueño era asaltar el mundo editorial de Nueva York. Sin embargo, June se había dejado embarazar después de un par de copas y se había pasado los siete últimos años trabajando en una librería independiente.

Al menos, ahora era gerente. Ganaba lo justo para pagar sus facturas y guardar un poco todos los meses para imprevistos. Por fortuna, el fondo para la universidad de Charlie estaba asegurado.

Y tenía a su hijo, que le recordaba lo que era importante. A la porra con Pauline y la opinión que ésta tuviera de ella. A la porra con lo de sentirse mal por lo que podría haber sido. Ésta era su vida y estaba bien... No, estaba genial, con un hijo estupendo y grandes amigos y un trabajo que le gustaba. June se levantó la mata de pelo rizado color caoba y se hizo un moño que sujetó con un lápiz. Después se sentó en el escritorio de su diminuta oficina y escribió en un adhesivo una nota. Charlie había quedado con un amigo después del campamento, y ella quería comprarles un tentempié para que comieran algo. Esos bastones de queso que a su hijo le encantaban, uvas blancas y tal vez unas pequeñas magdalenas espolvoreadas con azúcar. Sonrió pensando en Charlie y en su amigo sentados sobre la estera con luna y estrellas en la habitación de su hijo, construyendo robots LEGO, desmenuzando el queso en tiras, haciendo exclamaciones ante las magdalenas.

—Ah, June, estás aquí —dijo Jasper Books, que salía de su oficina, pegada a la de ella y más pequeña todavía, pues él sólo venía un par de días a la semana. Jasper, alto y atildado con sus tirantes de marca, treinta y tantos años, era propietario de Books Brothers (junto con su gemelo, Henry, que llevaba la tienda de Boothbay), y ella le debía mucho. Les debía mucho a los dos. Jasper la había contratado

como dependienta en la tienda de Portland cuando había tenido que marcharse de Boothbay Harbor, lejos de las miradas, de los comentarios que todo el mundo le dedicaba —«Oh, vaya, tenías toda la vida por delante»—, como si hubiera robado un banco y tuviera que ir a prisión, y lejos de la desaprobación de su tía..., si es que «desaprobación» era la palabra.

Cuánto había agradecido el apartamento de dos dormitorios que los gemelos le habían dejado. Estaba encima de la tienda, en la animada Exchange Street, en el puerto viejo de Portland, un barrio repleto de lugares estupendos: tiendas singulares, pequeños restaurantes, cafeterías... Ella estaba criando a su hijo en ese apartamento, y si podía hacerlo era gracias a esta tienda y a su bondadosa vecina, una amorosa abuela que le hacía de niñera. Y gracias a Jasper, que la había ascendido primero a gerente adjunta y luego a gerente. Adoraba Books Brothers: el olor de los libros, ayudar a los clientes a elegir regalos o a encontrar algo para sí mismos, poner en las estanterías tarjetas con los títulos que recomendaba... Le encantaban los suelos de madera desgastada y las esteras redondas de hilos trenzados y los mullidos sofás, donde la gente podía apoltronarse y leerse medio libro, aunque después siempre acababan devolviéndolo a la estantería.

—¿Qué tal, Jasper? ¿Repasando los números otra vez? —En los últimos meses, Jasper había mencionado más de una vez que las ventas estaban bajando y se le veía preocupado, de modo que June había propuesto varias iniciativas para aumentar el volumen de negocio de la tienda: empezaron a hacer lecturas de autores de Maine y de los libros más vendidos; regalaban a los clientes un libro si compraban dos; dispusieron un pequeño espacio con una máquina de café y tres mesas; y cada día celebraban la hora del cuento infantil. El negocio había aumentado, quizá no mucho, pero lo había hecho.

Jasper se la quedó mirando un momento y luego se sentó en la silla que quedaba encajonada entre su escritorio y la pared.

—June, me destroza tener que decir esto, pero Henry y yo hemos tomado una decisión sobre la tienda de Portland. Vamos a tener que cerrarla.

June se puso en pie de un salto.

—¿Qué? ¿Cerrar la tienda?

—Dentro de unos meses no vamos a poder pagar el alquiler y los gastos generales. Tenemos que enfrentarnos a los hechos y aceptarlo. Tal vez podamos ampliar la tienda de Boothbay, que va mejor que ésta porque el local es nuestro y sólo hay dos librerías en la ciudad. Por supuesto, la tienda es de Henry y es él quien la dirige, pero estoy seguro de que estará encantado de que seas su gerente. Sabes bien que no te dejaríamos marchar así como así.

Oh, no. No. No. No. ¿Cerrar Books Brothers, una institución en Exchange Street? ¿Su adorada tienda?

¿Y ser gerente de la tienda de Boothbay? Ya tenía bastante con tener que conducir hasta allí al día siguiente por la noche para cenar con su familia. Su tía Lolly había llamado hacía unos días diciendo que tenía un anuncio que hacerles y que había telefoneado también a Isabel. No le apetecía nada enfrentarse a su familia: su hermana rica y el petulante de Edward; su prima Kat, que siempre se quedaba mirándote como si nada fuera con ella; y Lolly, que cuando eran pequeñas había seguido con su vida como si sus sobrinas no estuvieran y se había dedicado a ver películas con sus huéspedes en vez de estar con ellas. Y encima, ahora tendría que contarles que había perdido su trabajo...

—¿Tres años en una universidad de prestigio y sigues reponiendo libros, June? —había dicho el capullo de su cuñado más de una vez durante las últimas Navidades—. Seguramente podrías ser jefa de redacción para una revista regional, como *Portland* o *Down East*.

Cierto, porque era muy fácil pasar de apilar libros a ser contratada como jefa de redacción, un sueño al que había renunciado en busca de un trabajo sólido, seguro, una nómina y un apartamento.

—Oh, lo siento: *gerente* —le gustaba decir a Edward con gesto burlón.

Le costaba creer que en una época —cuando tenía trece años— se hubiera pasado horas pensando en la cara de Edward, en el tamaño de sus pestañas, en la curva de su nariz, en sus oscuros ojos pardos. A veces, cuando veía a su cuñado, todavía se despertaba en el interior de June el recuerdo de la chica airada, desconsolada, que había sido, una chica que había estado llena de sueños hasta el accidente que había cambiado su vida, la de Isabel y, también, la de su prima Kat. Su llegada a la Universidad de Columbia le había devuelto esos sueños. Lejos de la tía Lolly, de aquel hostal anticuado en el que al parecer los turistas podían disfrutar del «ambiente genuino de un pueblo de pescadores», se había encontrado a sí misma. Hasta un día en un banco de piedra de Central Park, cuando la dejaron plantada y su vida volvió a cambiar.

¿Y trabajar otra vez en aquella ciudad donde tantas veces había sido «la pobrecita June», donde se había acostumbrado a esperar que hasta los desconocidos la llamaran así? No.

—Pero, Jasper, Boothbay Harbor está a una hora y media de Portland. No podría ir y venir todos los días. Trataré de encontrar algo aquí. Tal vez la biblioteca...

Él le apretó afectuosamente el hombro.

—Cariño, no sé cómo decirte esto, pero... cuando dejemos la tienda, también vamos a dejar los dos apartamentos. Forman parte del

acuerdo de arrendamiento y están muy por debajo del precio de mercado.

June se derrumbó en la silla.

Jasper volvió a apretarle el hombro.

—Encontrarás adónde ir, June, bonita. Un nuevo trabajo, una nueva casa. Tú siempre caes de pie.

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que la tierra se iba a abrir bajo sus pies?

June estaba ante la mesa de la pequeña cocina donde le había dado a Charlie su primera cucharada de manteca de cacahuete, junto a la mesa donde tantas veces había jugado con él a las cartas y donde tantas veces había estado sentada hasta altas horas de la noche porque no podía dormir, con una taza de té y el único álbum de fotos que tenía de sus padres. Paseó la mirada por los viejos muebles de la cocina y por el gastado suelo de linóleo blanco y negro. El lugar no era gran cosa, lo sabía, nada que ver con la casa de Isabel en Connecticut, que parecía sacada de una revista de decoración, pero era suya, y había pintado las paredes de un bonito tono amarillo claro, había puesto unas alfombras *kilim* que había encontrado a muy buen precio, había hecho un trabajo aceptable con las fundas de los sillones, los cojines y las cortinas, y el pequeño apartamento de la bulliciosa calle se había convertido en un hogar acogedor para ella y para su hijo.

«No llores», se ordenó a sí misma, apoyada sobre la mesa donde Charlie, vestido con la capa de Batman que su prima Kat le había enviado para su séptimo cumpleaños, se había sentado con su nuevo amigo, Parker, para mirar las carpetas que habían traído del campamento. Los dos niños no podían ser más diferentes: Charlie con el pelo oscuro y unos preciosos ojos verdes —eso no lo había sacado de ella—, y Parker con una mata de rizos rubios y unos angelicales ojos azules. June sacó dos palitos de queso del refrigerador, sirvió dos vasos de zumo de manzana y puso la merienda sobre la mesa. Se había parado en la panadería para comprar las magdalenas —se las daría a los niños cuando se comieran los palitos— y, como necesitaba algo para animarse, se había permitido una rosquilla de manteca de cacahuete.

—¿Sabes? —le susurró Charlie a Parker acercando más su silla—. No puedo hacer nuestro proyecto del campamento porque no tengo papá.

June tragó saliva. ¿De qué iba esto?

—¿Por qué no tienes papá? —preguntó Parker.

Charlie encogió sus exiguos hombros.

—Porque no.

Parker repitió el gesto de su amigo.

—Yo creía que todo el mundo tenía un papá.

—Pues yo no. —Charlie negó con la cabeza.

Los dos se volvieron a mirar a June.

Se sintió invadida por el mismo miedo extraño que siempre la asaltaba cuando Charlie le preguntaba dónde estaba su padre. No había una respuesta adecuada. A veces, especialmente cuando veía a madres y padres juntos en las funciones escolares o cuando oía a los niños mencionar a sus padres delante de Charlie, sentía esa horrible tristeza que le solía quitar el sueño cuando su hijo era un bebé y que tan bien le venía para darle su biberón nocturno. En esas ocasiones solía fantasear con que John había ido a reunirse con ella en el banco aquel frío día de noviembre, ambos habían afrontado juntos el embarazo y habían decidido seguir adelante con él. Imaginaba que se habían casado, que por arte de magia habían encontrado un apartamento fantástico en Nueva York, donde ella había terminado su último año en Columbia y había entrado como redactora en el *New Yorker*. Por su parte, él había dado por finalizado su año sabático —que, por lo visto, era lo que estaba haciendo en esa época—, y los tres vivían felizmente para siempre, una familia intacta. En esta fantasía, Charlie tenía un papá.

En la realidad, no.

Respiró hondo y se puso de rodillas entre las sillas de los dos niños.

—¿En qué consiste este proyecto? —preguntó, echando una mirada a las carpetas abiertas.

—Es para la fiesta que celebraremos el último día de campamento, a la que irán todos los padres —dijo Charlie—. Vamos a hacer un árbol enorme, alto como diez personas, y pondremos en él el árbol de *nuestras* familias. ¿Sabes qué es un árbol genealógico, mami? —preguntó sacando un trozo de papel verde de su carpeta.

—Claro que sí, Charlie —respondió observando el papel, donde podía verse la silueta de un árbol con sus ramas.

Había óvalos para los nombres. Bisabuelos, abuelos, padres, tú, hermanos. «Escribe los nombres, y en el espacio que hay debajo pon tres adjetivos (palabras que describen) sobre tus padres y abuelos.» «Ay, Charlie», pensó, mientras se le rompía el corazón. No tendría problema en rellenar un lado. El lado de los Nash. Aunque tendría que poner una D de «difunto» en el lugar donde deberían figurar los abuelos y el tío abuelo maternos. De lo que no tendría ningún dato era de la familia de su padre. Sabía el nombre del padre de Charlie, por supuesto... Gracias a Dios, al menos sabía eso. ¿Y tres adjetivos? Lo único que se le ocurría era alto, moreno, de ojos verdes. Porque sólo habían quedado dos veces, y no había tenido tiempo para saber nada

de él. Todo lo que quedaba de John Smith era una cara que nunca olvidaría, una cara que veía todos los días en la de Charlie.

—Mami, ¿podemos hablar un momento en la otra habitación?

Charlie se lo pidió con una expresión entre compungida y grave, tratando de no llorar delante de su amigo.

—No tardaremos nada, Parker. ¿Vale? —dijo June—. Cómete un palito de queso y bébete el zumo de manzana.

Fueron a la diminuta habitación de Charlie, recientemente redecorada al estilo Harry Potter. Charlie cogió la varita mágica de su escritorio con los ojos llenos de lágrimas.

—Mami, ¿por qué yo no tengo un papá como todos los demás?

June se sentó en la cama, se puso a Charlie en las rodillas y lo rodeó con sus brazos. Habían hablado de esto muchas veces, pero cuando necesitaba que se lo repitiera, ella lo hacía.

—Sí que tienes un papá, Charlie, pero no está en nuestras vidas. Él no sabía que yo estaba embarazada de ti y se marchó antes de que pudiera decírselo. Y aunque lo busqué, no pude encontrarlo. —Abrazó a su hijo un momento y apoyó la mejilla en el sedoso pelo—. Si supiera que existes, Charlie, si te conociera, estaría con nosotros. Te querría. En el fondo, estoy segura de ello.

—Pero ¿cómo voy a rellenar el árbol? —preguntó Charlie.

June sintió que se le encogía el corazón. Sabía que llegaría este día, el día en que cuatro palabras no bastarían. Tenía que hacer algo. Charlie se merecía algo más que un nombre y la escasa información que hubieran dejado dos citas. El niño necesitaba saber quién era su padre.

—Escucha, cielito, voy a tratar de conseguir algo de información de él para el árbol. ¿Vale? Y también sobre sus padres y abuelos.

A Charlie se le iluminó la mirada con esa facilidad que sólo tienen los niños.

—Vale.

No tenía la menor idea de cómo encontrar la pista de John Smith después de tantos años, especialmente cuando todo lo que había intentado entonces había resultado tan infructuoso. Pero tenía que hacerlo. A lo mejor Isabel o Edward conocían a alguien, un abogado, un investigador privado. Isabel nunca iba a ninguna parte sin Edward, de modo que estaba segura de que lo vería al día siguiente por la noche en el hostal con motivo del gran anuncio de su tía Lolly.

«Puede que vaya a vender el hostal.» Ese pensamiento despertó en June sentimientos encontrados. Había pasado la época más triste de su vida en el Three Captains' Inn, pero también había pasado allí *algunos* buenos momentos. Por supuesto, Lolly le había dicho que llevara a Charlie, y Boothbay Harbor en agosto era un paraíso para un niño. Sin embargo, para June el hostal sería siempre el lugar al que había

tenido que ir cuando perdió a sus padres. Y, en cierto sentido, allí también perdió a su hermana. Si a esto le sumaba cómo se había sentido a los veintiún años, asustada y embarazada, observada por todos sus antiguos compañeros de estudios, no podía decir que sintiera Boothbay Harbor precisamente como su «hogar».

No, June no tenía grandes expectativas sobre la noche del día siguiente. Lo que necesitaba era planificar su vida. Necesitaba tiempo y espacio para pensar, y eso no lo iba a conseguir en el Three Captains' Inn ni en Boothbay Harbor, a pesar de lo hermoso y tranquilo que era aquel lugar. Al menos, se pasaría por la librería para charlar con Henry. A él le encantaría ver a Charlie.

Agradeció el abrazo que su dulce niño le dio antes de volver corriendo a la sala de estar para reunirse con su amigo. Con qué facilidad había desaparecido su gesto de preocupación.

3

Kat Weller

Con la manga pastelera llena de azúcar glasé, Kat dibujó seis graciosas iniciales —L de Lolly, I de Isabel, E de Edward, J de June, C de Charlie y K de Kat— y adornó también los bordes de la tarta de chocolate que había hecho para la cena familiar de esa noche. El pastel de chocolate alemán, con su empalagoso caramelo, coco dulce y crujiente relleno de nueces, era el favorito de su primito Charlie. Hacía demasiado tiempo que no veía a aquel adorable niño de siete años. Demasiado tiempo que no veía a June, la madre del niño, ni a la hermana de ésta, Isabel..., sus primas hermanas. No es que tuvieran una relación estrecha, ni que la hubieran tenido jamás, pero desde que Kat comenzara a dedicarse a la pastelería había hecho una tarta de iniciales siempre que la familia se había reunido en el hostal. Suponía que era su forma de... intentarlo.

Kat echó una mirada al reloj y se sacó el delantal lleno de harina y manchado de azúcar glasé. Al cabo de algo menos de una hora estaba prevista la llegada de todos ellos.

«¿Estás bien? —le había preguntado Oliver en un mensaje de texto hacía veinte minutos—. Sé que estás preocupada por lo de esta noche. Llámame cuando puedas. O.»

Tenía razón. Estaba preocupada. Su madre había convocado a sus sobrinas. Hacía años, cuando Isabel no había venido para Navidad porque nadie la había invitado explícitamente, Lolly había dicho entre dientes «Por el amor de Dios» y a partir de ese momento quedó establecido que la familia se reuniría el Día de Acción de Gracias y en Navidad, sin necesidad de invitación, simplemente se daba por sentado. Así pues, dos veces al año Isabel y Edward viajaban hasta allí desde Connecticut en su Mercedes negro, June y Charlie llegaban de Portland en el viejo Subaru Outback familiar verde, y Kat hacía su aparición por la escalera, ya que vivía en el hostal, como siempre.

Sin embargo, Lolly Weller jamás había hecho venir a sus primas por ninguna otra razón. Esa mañana, su madre lo había dejado caer, sin más, mientras rompía los huevos para el desayuno de sus huéspedes.

—Oye, Kat, tal vez quieras hacer una de tus tartas con iniciales para esta noche. Las chicas cenarán aquí. Les dije que vinieran porque

quiero anunciar algo.

Un bombazo. ¿Cómo que anunciar algo? Lolly Weller, con su trenza entrecana, sus chanclas de L.L.Bean y su vaporosa falda marrón, no era precisamente una persona a la que le gustasen las formalidades. Cuando tenía algo que decir, cosa poco frecuente, generalmente lo soltaba sin florituras innecesarias; ella decía que no había que hacer una montaña de un grano de arena.

«Vende el hostal..., se casa..., se traslada a Tahití...» Kat había tratado de adivinar lo que su madre quería anunciar, el motivo por el que había hecho venir a las «chicas» cuando sabía que éstas odiaban Boothbay Harbor y tampoco se llevaban muy bien entre sí. Ni con ella. Mientras ponía un poco de orden en el hostal —que si unas gafas de sol entre los cojines del sofá, que si unos mapas que unos clientes se habían dejado en la mesa, que si un iPhone debajo de una toalla en la tumbona— y preparaba la habitación Pájaro Azul para los nuevos huéspedes que llegarían ese día, trató de imaginar qué se traería su madre entre manos. Kat no pensó que Lolly vendiera jamás el Three Captains' Inn por ninguna razón. Lo de fugarse a Las Vegas con un novio inesperado quedaba descartado, porque su madre no había tenido un galán desde la muerte del padre de Kat, y de eso hacía ya quince años. Y de trasladarse a Tahití o a Canadá, nada. Lolly Weller no había salido de Boothbay Harbor, Maine, ni siquiera para su luna de miel.

Kat había tratado de sonsacarle algo a Pearl —la anciana «asistenta» de su madre, que venía unas cuantas veces a la semana para doblar sábanas y toallas y para regar las plantas— soltándole lo sorprendida que estaba de que vinieran sus primas a cenar esa noche, un viernes cualquiera de agosto.

Sin embargo, lo único que consiguió de Pearl fue: «Me alegro de que vengan. Tal vez nos veamos en la sesión de cine de esta noche. Lolly dijo que íbamos a ver *Los puentes de Madison*. Meryl Streep y Clint Eastwood.»

Kat soltó el suspiro que había estado conteniendo todo el día. Si Lolly no había cancelado su sesión de cine semanal del hostal, el anuncio no podía ser tan importante. Claro que cuando más feliz había visto Kat a su sombría y callada madre era cuando veía películas en el salón con sus huéspedes y con Pearl. Lolly no suspendería su cineclub por nada del mundo.

Sonó el temporizador del horno y Kat echó una mirada a las tartaletas de crema de limón que había hecho para la noche de cine. Ya estaban listas y olían a gloria. Sacó las bandejas del horno y las puso en una rejilla delante de una ventana. Echó una mirada al puerto, a lo lejos. El Three Captains' Inn no estaba en el centro de Boothbay Harbor, donde se encontraban los hoteles más populares,

pero siempre estaba lleno. Se trataba de una construcción victoriana de color azul como el huevo de un petirrojo situada sobre el camino de Harbor Hill, adonde se llegaba por dos sinuosas carreteras procedentes del puerto. Por el hecho de encontrarse sobre una colina, se podía ver en verano todo el ajetreo, las largas escolleras y la multitud de muelles, las majestuosas velas, los barcos que enseñaban las ballenas a los turistas, así como la interminable sucesión de tiendas y restaurantes. Y todo ello sin estar en medio del bullicio. En el interior, con su decorado náutico —timones, boyas y redes—, el Three Captains' Inn no era moderno como algunos de los demás hoteles de la zona, pero al parecer a los huéspedes les encantaba. Lo consideraban una muestra genuina de Nueva Inglaterra, con una auténtica propietaria de Maine que casi nunca sonreía ni gastaba bromas, pero que tenía unas habitaciones acogedoras y preparaba unos desayunos increíbles. Los padres de Kat habían heredado el hostal de la familia de Lolly —lo habían construido tres hermanos capitanes a comienzos del siglo XIX—, de modo que varias generaciones de su familia habían vivido en aquel establecimiento a base de ofrecer alojamiento y desayunos.

Sonó la campanilla de la puerta que daba a la cocina. Entró Lizzie Hamm, su amiga —y clienta—, con su reluciente anillo de diamante de dos quilates.

—Mmm, eso huele muy bien y tiene un aspecto estupendo —dijo Lizzie sonriendo, tal como hacía siempre la gente ante las creaciones de Kat, al ver la tarta con sus caprichosos toques de pajaritos, conchas, ramas o flores que formaban nombres o iniciales. Lizzie leyó las iniciales.

—No veo la hora de enterarme de cuál es el gran anuncio de tu madre. Llámame luego para contármelo, aunque sea tarde. Pero, vaya —dijo mirando a Kat—, ¡te has cortado bastante el pelo! Te queda estupendo así, más corto. Y el flequillo está genial.

—Muchas gracias —dijo Kat con una sonrisa—. Necesitaba un cambio.

Se había cortado casi diez centímetros de su melena de color rubio claro que le cubría media espalda, de modo que ahora apenas le llegaba hasta los hombros. Y, por primera vez en su vida, llevaba un flequillo que la hacía sentir... diferente. Hacía tiempo que le apetecía hacerse algo distinto en el pelo. Ahora que ya había pasado los veinticinco años, o sea, que no era tan joven.

Lizzie puso su gigantesco bolso sobre una silla.

—¡Me muero por ver mis bocetos!

Kat la llevó a un pequeño escritorio situado debajo de otra ventana que daba al enorme jardín trasero, donde estaban sentadas Lolly y Pearl ante una de las mesas de acampada. Estaba jugando a

algo que parecía póquer y usaban como fichas trocitos de blondas de Kat. Aquello hizo sonreír a Kat y por un momento se olvidó de que, en cuestión de horas, el hostal volvería a tener el ambiente de su infancia. Un ambiente claustrofóbico, feroz.

¿Cómo habían cabido las cuatro en esta casa, con huéspedes que iban y venían por los pasillos y por las estancias comunes? Cuando las hermanas Nash se trasladaron al hostal, Lolly transformó la gran sala del ático, con su romántica balconada —que antes había sido su dormitorio y el del padre de Kat—, en una habitación para las tres chicas, y ella misma pasó a ocupar el pequeño cuarto del otro lado del pasillo, que antes había sido el dormitorio de su hija. Compartir habitación con June, que entonces tenía trece años, e Isabel, de dieciséis, le había abierto los ojos a Kat, que no pasaba de los diez. Como acostumbra a suceder, June e Isabel eran muy diferentes: una era muy buena y la otra muy mala. Y Kat, de algún modo, compensaba los dos extremos: no era ni demasiado buena ni demasiado mala. Casi en el justo medio. En todo. La atrevida Isabel y la inteligente June, con sus fuertes personalidades y sus gritos, habían hecho que Kat se volviera callada y las observara desde cierta distancia sin entender muy bien lo que veía y oía. O sentía. Salvo por aquella dolorosa sensación en el estómago que le recordaba que de no ser por los padres de Isabel y June, su padre —un hombre bueno, serio y responsable, que nunca bebía, que nunca se ponía a bailar como un loco en las reuniones familiares, que nunca tenía necesidad de pedir «unos pavos» para ir tirando hasta el día de la paga— todavía estaría vivo. En las contadas ocasiones en que Kat se sentía superada por sus primas, solía gritarles; gritarles que las odiaba, que no podía ni verlas, que estaba harta de ellas, que por culpa de sus padres ella no tenía al suyo y tenían que estar allí todas, apretujadas.

Entonces, June solía contestar, con voz calmada:

—Al menos tú tienes a tu madre. —Y a continuación salía corriendo entre lágrimas. Pero lo que peor hacía sentir a Kat era la forma en que Isabel, que siempre le daba miedo, inesperadamente se quedaba ahí, mirándola, con expresión de culpa en los ojos.

Quince años de evitarse las unas a las otras, y ahora sus primas iban a venir para que Lolly les hiciese un anuncio impredecible.

Kat le pasó a Lizzie, que se casaba en mayo e iba a reunir 120 invitados, los bocetos y las imágenes de ordenador que había hecho para su pastel de boda. Lizzie le había pedido a Kat, cuyos dulces las habían acompañado en muchos momentos tristes, malos y buenos desde que se conocieron en el bachillerato, que le hiciera el pastel de boda. Y no, su amiga no quería ni oír hablar siquiera de aceptar el pastel como regalo, cosa que Kat apreciaba más aún. Esto podía ser un paso más para poder abrir su propia pastelería, Tartas y Pasteles, que

por ahora era el nombre que figuraba en la etiqueta de las cajas color albaricoque en que entregaba sus productos caseros.

—Uhhh, tal vez debería probar una de ésas antes de mirar los esbozos —dijo Lizzie, echando una mirada a la bandeja de tartaletas de limón—. Me da lo mismo si no quepo en el vestido. Dame una.

Kat se rió. Adoraba a Lizzie y deseaba poder estar tan segura de su propia vida amorosa como lo estaba su amiga de la suya. Kat le echó azúcar glasé a una tartaleta que todavía estaba muy caliente y Lizzie aspiró su aroma; después miró el primer boceto y dio un respingo.

—Vaya, Kat, ni siquiera tengo que pasar del primero. Es perfecto.

Kat ya sabía que Lizzie iba a elegir ése. Cinco pisos en forma de conchas, con delicadas ramas y pequeñas florecitas blancas que rodeaban la base. Perfecta para una boda en la residencia de verano de su familia en Peaks Island.

—Me las voy a llevar para enseñárselas a los organizadores —dijo, deslizando los esbozos en su bolso—. Muy bien, ahora cuéntame lo que pasa con Oliver.

A Lizzie le encantaba Oliver, adoraba la «historia» que habían vivido y quería que acabaran casándose. Todos querían lo mismo. En cambio, Kat no lo tenía nada claro. Su pasado se había apoderado de ellos. A veces pensaba que su «historia», en la cual no podía pensar sin rodearla de gran alharaca, era mayor que lo que sentían el uno por el otro.

Katherine Weller y Oliver Tate habían nacido con apenas dos meses de diferencia hacía ahora veinticinco años y se habían criado puerta con puerta, pues sus casas apenas estaban separadas por un seto en el que Kat y Oliver, siendo niños, solían sentarse y hablar aunque estuviera nevando. Habían sido inseparables desde la infancia, para deleite de sus padres.

—¡No vemos el momento de bailar en vuestra boda! —decían todos, ante lo cual Kat y Oliver los miraban con desdén y salían corriendo.

La muchacha recordaba con total claridad el momento en que él había pasado a ser *todo* para ella: la fría mañana de Año Nuevo, cuando tenía diez años, en que su madre les había dicho a ella y a sus primas que se había producido un accidente y que sus tíos y su padre habían muerto. Kat había sacudido la cabeza y había empezado a gritar; luego había salido corriendo descalza por la nieve a través de los matorrales, arañándose con las ramas, hasta llegar a la puerta de Oliver, donde se puso a llamar hasta que la madre de su amigo la dejó entrar. Él le había prestado un par de botas, una chaqueta y unos guantes, y ambos corrieron a refugiarse bajo los árboles, donde estuvieron sentados en medio del frío mientras él la acunaba y lloraba

con ella sin dejar de repetir: «Lo siento, Kat.»

En los días y semanas y meses que siguieron, cuando se sentía abrumada por sus primas y por la tristeza de su madre, Kat empezó a recurrir a Oliver cada vez más. Lo tenía a él. Se sentía bien. A su lado no estaba triste. Oliver era sinónimo de bienestar.

Una de las últimas cosas que le había dicho su padre aquella Nochevieja había tenido que ver con Oliver. La primera vez que la había arropado esa noche, le preguntó si tenía algún buen propósito para el año que comenzaba, y ella le dijo que sólo uno: tener también una amiga íntima. Kat sólo confiaba en Oliver, y no estaba tan apegada a su madre como a su padre. Necesitaba parecerse a la mayoría de sus compañeras de clase y hacer amistad con una chica. Su padre había asentido y le había dicho que era una buena idea, pero que Oliver era leal, y que si uno sólo confiaba en una persona y esa persona era leal, eso era tenerlo todo.

Y era cierto que Oliver no la decepcionó. No lo hizo a los cinco años, cuando la mayoría de los chicos son unos niños mimados. No lo hizo a los diez, cuando la mayoría de los chicos son de lo más desagradables con las chicas. Tampoco lo hizo a los veinticinco, cuando la mayoría de los tíos sólo querían acostarse con la mayor cantidad posible de mujeres antes de sentar la cabeza con la chica que prácticamente les habían asignado como esposa desde el nacimiento.

—Estamos... saliendo —le dijo Kat a Lizzie—. Pasamos mucho tiempo juntos, pero no sé... Oliver es mi mejor amigo. Creo que deberíamos seguir así.

En ocasiones, Kat sentía algo más por Oliver, pero entonces, cuando pensaba que deberían estar juntos, solía invadirla un sentimiento divertido, igual que había sido siempre. No era capaz de poner un nombre a aquello.

—Ya sé que nunca has tenido claro lo que sientes por Oliver —dijo Lizzie—, pero él es de oro puro, Kat. No dejes que se te escape simplemente por miedo.

—No tengo miedo —insistió Kat—. Conozco a Oliver desde siempre. No tengo miedo de él.

¿O lo tenía? Todavía recordaba un momento concreto, cuando ambos tenían trece años, cuando todo había vuelto a cambiar entre ellos, pero esta vez para separarlos. Un día, él era el mismo Oliver larguirucho, con su pelo rubio y sus ojos azules oscuros y su hoyuelo, y al día siguiente se descubrió a sí misma mirándolo... de otra forma. Pensando en cómo sería besarlo. Esos nuevos sentimientos hacia él eran el único secreto que no le había contado. Y eso le causaba terror al tiempo que la divertía. En una de las primeras fiestas a las que acudió, un viernes por la noche, estaban haciendo el juego de la botella. Le tocó a Oliver y, cuando hizo girar la botella, ésta quedó

apuntándola precisamente a ella. Kat podía recordar el rubor que se fue extendiendo por todo su cuerpo. Seguramente se puso roja como un tomate. No había nada que deseara más que besar a Oliver Tate, pero al mismo tiempo la asaltó ese sentimiento divertido y dijo, sin pensar:

—No puedo besar a Oliver. Somos *amigos íntimos*.

Se dio cuenta de que él la había estado observando, esperando su reacción. Y, como conocía a Oliver Tate, lo conocía tan bien como a sí misma, supo que estaba decepcionado. Le había dicho, delante de casi toda su clase de octavo, que eran *sólo amigos*. Que no quería besarlo. Y Veronica Miller, con su larga melena pelirroja y sus hermosos ojos verdes, no dejó pasar la ocasión.

—Yo aceptaré el beso por ella, entonces —dijo, y cogió la cara de Oliver entre sus manos.

Veronica, que tenía tantas cosas que Kat envidiaba, como la picardía y la necesidad de usar sujetador, había sido la primera de las muchas novias de Oliver en el instituto y en la universidad, y Kat no tuvo que volver a preocuparse por besar a Oliver. No había tenido ninguna oportunidad.

Hasta seis meses atrás.

Era una fría mañana de febrero. Nevaba y habían ido andando hasta la avenida Townsend, donde estaba la cabaña de Oliver, cuando él se detuvo en medio del sendero, la miró y le dijo:

—Te quiero mucho.

—Yo también creo que tú eres lo más —dijo Kat, riendo y usando una de las expresiones de su madre.

Oliver se puso serio.

—No, Kat. Quiero decir que te amo. *¡Te amo, Kat!* —gritó a voz en cuello, y todo el mundo se volvió a mirarlos. Dos chicas adolescentes lanzaron una risita y aplaudieron. Entonces, él le cogió la cara entre las manos enguantadas y dijo—: Te amo. Siempre te he amado.

¿Cuál fue la respuesta de Kat? Ese sentimiento divertido empezó por los dedos de los pies y fue subiendo por todas sus terminaciones nerviosas. Se apartó de él y se quedó con los ojos fijos en sus pies, incapaz de decir nada.

—Ya sé, ya recuerdo: no puedes besarme. Somos algo así como amigos íntimos —dijo, con los ojos azules llenos de ternura y algo más, algo que ella nunca había visto en su expresión cuando la miraba —. Pero hablo en serio, Kat. Siempre te he amado. ¿Puedes quedarte ahí parada y decirme que no estamos hechos el uno para el otro?

—No lo sé —fue su respuesta.

A veces pensaba que sí lo sabía. Otras veces creía que había un hombre por ahí al que no había conocido porque jamás había salido de Boothbay Harbor. Y había ocasiones en que pensaba que, si ella y

Oliver Tate hicieran el amor, ella podría llegar a estallar.

Lizzie decía a menudo que no entendía eso último. ¿Estallar? ¿Qué? Pero tal vez sus primas pudieran entenderlo. Si alguien podía, tenían que ser Isabel y June, aunque ella no podía contarles nada; jamás había podido.

Y con su madre, ni hablar. Lolly Weller apenas había sonreído una decena de veces desde hacía quince años, cuando se quedó viuda, perdió a su hermana y tuvo que encargarse de tres chiquillas afligidas que no hacían más que pelear. Además, Lolly jamás hablaba de cuestiones del corazón. Había tenido un matrimonio fantástico con el padre de Kat hasta el accidente. Había sido feliz, bueno, *más feliz que ahora*, al menos. Pero después se había vuelto muy reservada y había dejado que las niñas se las arreglaran solas con sus preguntas. Claro que ellas nunca habían buscado respuestas las unas en las otras.

Y, cosa rara, Kat se había quedado. Allí mismo, en Boothbay Harbor; allí mismo, en el Three Captains' Inn, incapaz de pensar siquiera en marcharse. En primer lugar, su madre la necesitaba. Y temía que, si alguna vez se marchaba, tal vez no volvería nunca. Le encantaba su vida. No le gustaba limpiar el hostal, pero sí hacer pasteles para los huéspedes, aunque esas actividades en absoluto cubrían el alquiler de su hermosa habitación del ático, por la que se podrían cobrar cerca de doscientos dólares por noche en el verano, aunque su madre nunca aceptaría que ella le pagara. Y dentro de unos meses, seis a lo sumo, tendría suficiente para alquilar por fin un local con un escaparate y abrir su propia pastelería. Aunque sólo pudiera permitirse una tienda diminuta en una calle lateral, sería suya. Había ahorrado haciendo pasteles de boda, y también se encargaba de elaborar *muffins* y bollos para algunas tiendas y cafeterías de la ciudad. Además, era la persona a la que todo el mundo acudía para encargarle las tartas de cumpleaños. La madre de un niño de cuatro años la había llamado nerviosísima el sábado pasado por la mañana y le había pagado cien dólares por hacer una tarta con los personajes de Max y Ruby para las cuatro de la tarde. ¡Cien dólares por una tarta! No sólo había cumplido con el encargo, sino que, durante la semana siguiente, recibió cinco pedidos más.

—Kat, si lo dejas ir, acabará casándose con otra —le dijo Lizzie, capturando en su anillo el resplandor del último sol de la tarde—. La amistad que has estado protegiendo todos estos años no será la misma cuando él tenga una esposa. Lo vas a perder, que es exactamente lo que te asusta. De modo que más te vale ir a por él.

—Lizzie, yo... —Kat alzó las manos. No tenía ni idea de qué sentía por Oliver. ¿Miedo? ¿Desinterés? ¿Por qué no era capaz de aclararse de una vez?

—De todos modos, ya he ido a por él. Estamos saliendo.

Lizzie dio un bufido.

—Lleváis saliendo seis meses y todavía no te ha visto desnuda. Eso no es salir, Kat, eso es *amistad*. —Lizzie se puso de pie y se colgó el bolso al hombro—. Sólo quiero que seas tan feliz como yo, cariño. ¿Puedo coger algo de picar para el camino?

Kat se rió, espolvoreó otra tartaleta y le dio a Lizzie un beso de despedida. Cuando miró el reloj se dio cuenta de que faltaban sólo veinte minutos para que Isabel y June llegaran y para que Lolly hiciera su anuncio.

Respiró hondo el olor a magdalenas. Eso siempre la reconfortaba. Incluso cuando no estaba segura de lo que pudiera pasar. Que era lo que menos le gustaba a Kat.

4

Isabel

Isabel estaba sentada en el salón del Three Captains' Inn, con la vista fija en el cuadro que tenía ante sí, un adusto retrato de su tatarabuelo y de sus dos hermanos, los capitanes que construyeron el hostal en el siglo XIX. Hacía diez minutos que había llegado y encontró a su tía Lolly en la cocina, pasando las humeantes *farfalle* de un colador a la fuente de servir. Lolly tocó a Isabel en el codo a modo de saludo: ésa era su versión de un abrazo. Rechazó su ofrecimiento de ayudarla con la cena o a poner la mesa, y le dijo que se pusiera cómoda en el salón, en el jardín trasero o en la terraza. Así eran las cosas. Ni cómo estás, ni dónde está Edward, ni me alegra que hayas venido.

La actitud reservada de siempre. Lolly apenas había mirado a Isabel, y eso le había venido bien, ya que no quería que nadie se diera cuenta de que tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar.

La noche anterior, después de haberse enterado de que la nota anónima no sólo estaba destinada a ella sino que además era de una precisión inapelable, había vuelto a casa, había llenado dos maletas de ropa y de artículos de tocador, y después había conducido durante horas hasta que tuvo que parar y dar rienda suelta a los sollozos que la habían perseguido mientras atravesaba Rhode Island, Massachusetts y Nuevo Hampshire. En algún punto al sur de Maine, Ogunquit o Kennebunkport, encontró un motel, se metió en la cama hecha un ovillo y lloró tan estentóreamente que se sorprendió de que nadie se hubiera quejado a la recepción.

Edward la había llamado más de veinte veces, pero ella no le había cogido el teléfono. Escuchando sonar su iPhone una y otra vez se sentía extrañamente reconfortada. Al menos se había preocupado de llamarla. De pedirle perdón.

O eso creía, hasta que finalmente le había cogido el teléfono hacía unos treinta minutos, casi veinticuatro horas después de haberlo pillado con aquella mujer. Estaba en la ruta 27, acababa de pasar Wiscasset y poco después llegaría a Boothbay Harbor. El paisaje le resultaba familiar —a un lado y otro de la carretera los puestos de arándanos, y al final la granja Chandler, con sus acres ondulados

donde pastaba ganado de la raza Belted Galloway, cuyas moles enormes, negras y blancas, se recortaban sobre el verde de la vegetación— y se sintió menos sola, por eso se detuvo a un lado del arcén y descolgó el teléfono.

Lo escuchó, escuchó lo que decía, y todo se volvió silencioso. Sentía como si tuviera los oídos cubiertos de algodón y la boca seca. Empezó a llorar otra vez. Trató de centrarse en los toros que había al otro lado del cerco, en los dos gansos que pasaban junto a un gato color naranja que estaba muy ocupado acechando a una hoja empujada por la brisa. Dejó caer el teléfono en el regazo, oyó que Edward decía:

—Isabel... ¿Estás ahí?

Entonces apagó el teléfono y se quedó allí mirando a los gansos, al gato, a los toros, absolutamente conmocionada..., hasta que alguien golpeó la ventanilla del coche y le preguntó si estaba perdida y necesitaba indicaciones. Como tenía matrícula de Connecticut, la habían tomado por una forastera.

Desde la ventanilla del coche compró una libra de arándanos, y la mujer de mediana edad, con botas y mono verdes, le dio unas flores silvestres y le dijo:

—Es un obsequio. Espero que le iluminen el día.

La gente de Maine era así. Amable.

—¿De dónde es usted? —le preguntó una joven sentada frente a ella en el salón. Era una huésped muy bronceada y llevaba unas enormes gafas de sol de montura blanca nacarada en la cabeza. No estaba allí un minuto antes. Isabel estaba tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera la había visto entrar. Envidió la soltura de la mujer, el olor a manteca de cacao del protector solar, la despreocupación con la que leía una revista del corazón.

—No estoy aquí como huésped —dijo Isabel, fijando aún más la atención en el cuadro—. Quiero decir que no soy de aquí, aunque sí que lo soy en cierto modo, pero no vivo aquí ahora. Estoy de visita.

«Es evidente que no sé lo que soy», pensó Isabel.

—Creía que había dicho que no estaba aquí como huésped —dijo la mujer, evidentemente confundida, frunciendo la nariz pecosa—. Yo soy de Nueva York. De la ciudad. Mañana vuelvo a casa y desearía poder quedarme aquí para siempre.

Isabel asintió. No estaba para charlas intrascendentes. Y no tenía adónde ir. En la terraza había una pareja bebiendo vino. Lolly estaba en la cocina y Kat, como es lógico, estaba en todas partes.

Con toda naturalidad, su prima apareció frente a ella con una bandeja de queso, galletitas saladas y fruta, y la dejó sobre una mesita. Le dedicó una sonrisa a Isabel.

—Servíos —les dijo a Isabel y a la huésped.

Mientras la huésped charlaba con Kat sobre el número de faros que podían verse desde Boothbay Harbor —la huésped sólo había podido identificar cinco, pero ¿no había siete? Tenía que verlos todos antes de marcharse—, Isabel se quedó mirando los trozos de gouda y brie, así como las galletitas sencillas y con semillas que reposaban sobre la bandeja llena de diminutas florecillas.

«No llores. Contempla el pequeño cuchillo para untar el queso. Contempla la pintura. Céntrate en uno de los tatarabuelos, en su barba hirsuta. No te desmorones en este salón tapizado.»

—¿Estás bien, Isabel? —le preguntó Kat, observándola.

Isabel se esforzó por sonreír.

—Me alegro de verte, Kat.

Isabel se centró en su prima, alta y delgada y tan bonita, sin rastro de maquillaje en la cara. Se había cortado el pelo, pensó Isabel, aunque no la había visto desde diciembre pasado. Kat era de esas mujeres que llevan pantalones Levi's de cintura baja y camisetas sin mangas de fibras naturales y bordadas, precisamente lo que llevaba puesto ahora. Y el corte de pelo, la melena rubia por los hombros y el flequillo recto la hacían un poco mayor, le daban un aire más sofisticado.

—¿Ha venido Edward contigo? —preguntó Kat buscando a través de la ventana el Mercedes negro que a Edward le gustaba conducir en los viajes largos. Por supuesto, sólo pudo ver el Prius gris metalizado de Isabel.

—No ha podido venir —respondió Isabel desviando la mirada cuando se le volvió a presentar la imagen de Edward tapado sólo con la camisa abierta. «¿Cómo ha podido? ¿Cómo ha podido?», pensaba una y otra vez, como si hubiera una respuesta.

«Hicimos un pacto, Isabel...»

Y entonces él iba y rompía el pacto *supremo*.

Y con una mujer que era madre. Precisamente lo que Isabel ansiaba tanto ser. Lo que los había distanciado, lo que había apartado a Edward. No tenía sentido.

Kat asintió y entonces la huésped se llevó a la muchacha hacia el pasillo, donde había un antiguo expositor lleno de mapas y folletos, y le hizo unas cuantas preguntas. Isabel se dio cuenta de que su prima le volvía a echar una mirada, como si quisiera decir algo más, quedarse con ella, pero Isabel volvió la vista hacia la ventana. Kat y ella jamás habían podido hablar. Se llevaban seis años y, cuando habían empezado a compartir dormitorio —entonces Kat tenía diez años e Isabel dieciséis—, el silencio de aquella niñita delgada, pálida, siempre descalza, la forma en que aparecía tan de repente provocaban que Isabel se sintiera espiada y que nunca le contara ninguna

confidencia.

Kat volvió cargada con una bandeja donde traía dos vasos y una jarra de té helado en el que flotaban trozos de limón. Sirvió un vaso para Isabel y otro para sí, y se sentó en el sofá que había junto a la butaca donde estaba Isabel.

—June ha llegado un poquito antes que tú, pero ha llevado a Charlie a Books Brothers para que Henry se haga cargo de él durante un par de horas. —Kat se inclinó más hacia Isabel—. Al parecer, mamá le dijo a June que tal vez fuera mejor que Charlie no estuviera aquí cuando hiciera el anuncio.

El anuncio. Isabel se había olvidado por completo de él.

—¿Que no estuviera aquí? ¿Por qué no? ¿Qué es lo que va a anunciar?

—No tengo la menor idea —dijo Kat tras coger su vaso y quitarle el gajo de limón—. Se lo he preguntado tres veces en la última media hora, pero se ha limitado a decirme que preparara los aperitivos.

—¿Crees que va a vender esto?

—¿Por qué habría de hacerlo?

A Isabel se le ocurrían numerosas razones, pero se dio cuenta de que sus palabras habían ofendido a Kat y no le quedaban fuerzas para ensayar una disculpa.

—Voy un momento al baño. Vuelvo en seguida.

Sólo necesitaba un lugar donde refugiarse, encerrarse tras una puerta para poder darse un respiro. El cuarto de baño del primer piso estaba ocupado, de modo que Isabel subió la escalera. Estaba a punto de entrar en el pequeño aseo de la segunda planta cuando vio que la puerta del Refugio estaba abierta. La empujó y lo encontró tal como lo recordaba. Un viejo sofá, una vieja estera redonda de fibra trenzada, una mesita con una vieja lámpara, y una pequeña estantería llena de libros y revistas. Isabel se vio a sí misma con dieciséis años, corriendo hasta aquí después de haberse peleado con su madre, moviendo con furia la pesada aspiradora para ponerla contra la puerta, que no tenía cerradura.

El Refugio. Donde ella había pasado gran parte de los dos años que vivió en el Three Captains' Inn. Cuando las tres chicas se habían visto obligadas a compartir una gran habitación de la casa, Lolly había transformado aquel trastero de la segunda planta en el Refugio y había puesto en la puerta un letrero reversible con dos leyendas: «ocupado» y «libre». Si una de las chicas necesitaba espacio, un lugar donde aislarse del bullicio de la casa, donde estar sola, no tenía más que ir al Refugio.

Miró el espejo redondo de la pared. Se sorprendió de seguir teniendo el mismo aspecto cuando toda su vida había cambiado: el pelo castaño claro con mechas que le caía hasta los hombros, el

maquillaje ligero, su atuendo levemente formal y los tacones altos. Todo igual menos sus ojos color avellana: «tristes» era la única palabra que podía describirlos. Sin embargo, estaban menos enrojecidos que cuando se había mirado en el retrovisor del coche antes de reunir fuerzas para salir y enfrentarse a los peldaños que llevaban hasta el hostal.

Volvió a reunir fuerzas y bajó la escalera. Ahora su hermana y Kat estaban en el salón. Ésta sostenía una galleta y June tenía en la mano un vaso de té frío y parecía totalmente absorta en sus pensamientos.

—O sea, que Edward no ha podido venir, ¿verdad? —preguntó Kat, cogiendo otra galleta por hacer algo. Isabel reparó en que Kat se había ruborizado, como si se hubiera dado cuenta de que acababa de repetir la pregunta que había hecho diez minutos antes.

Isabel estaba a punto de decir que había tenido que atender unos negocios, pero se limitó a negar con la cabeza y a echar mano de un dado de queso cheddar. Su hermana estaba sentada en el sofá. Vestía unos vaqueros de marca, camisa blanca abotonada rematada con un broche con forma de pieza de rompecabezas que le había hecho Charlie, y zuecos Dansko color burdeos. Sacó un bolígrafo de entre el pelo, que llevaba recogido en la nuca, y se sujetó los rebeldes rizos castaños en un moño alto.

—Hola, June —dijo Isabel, no muy segura de que su hermana hubiera reparado en su presencia.

June dejó el vaso y se puso de pie.

—Ni siquiera te había visto, lo siento. —Le dio a Isabel una especie de abrazo y se volvió a sentar—. ¿Edward está ahí fuera charlando con algún huésped sobre los Red Sox? —preguntó June esbozando una sonrisa.

Isabel apretó el dado de queso entre los dedos.

—No ha podido venir.

Lolly, que no había podido estar mucho por ellas en la última media hora, apareció por la puerta del salón.

—La cena está lista.

«Salvada», pensó Isabel. Al menos por el momento.

—Estás muy guapa, tía Lolly —dijo June, y era cierto. Lolly se había cambiado su uniforme habitual de blusa de algodón, falda amplia y chanclas por un vestido color melocotón y unas manoletinas marrones. En lugar de su larga trenza habitual, se había hecho un prolijo moño. También se había pintado los labios.

—Vaya, ¿es por la ocasión? —preguntó Kat mientras seguía a Lolly a través del pasillo hasta la amplia cocina campestre.

Lolly, que había rechazado cualquier ofrecimiento de ayuda, lo había dispuesto todo en la mesa: una ensalada aliñada, pasta primavera con pesto, un hermoso pan redondo portugués, vino blanco

y el ramo de flores silvestres que había traído Isabel.

—Vaya, me he olvidado del parmesano —dijo Lolly, yendo hacia el refrigerador y haciendo caso omiso de la pregunta de Kat. Después se olvidó del aliño. Y de la mantequilla. Se levantó de la silla por lo menos diez veces y otras tantas se volvió a sentar. ¿Cuál era el gran anuncio? Algo que evidentemente la tenía bastante nerviosa. Y que no quería revelar delante del niño.

Ya llevaban más de cinco minutos sentadas en torno a la mesa rústica rectangular con las servilletas sobre las rodillas. Se iban pasando la fuente de *farfalle* mientras Kat, June e Isabel se miraban entre sí con ojos interrogantes y gestos de desconcierto.

—Entonces, mamá, ¿cuál es el anuncio? —preguntó Kat finalmente.

—Esperemos a después de comer —dijo Lolly tomando un sorbo de vino.

Isabel miró a su tía. Su plato estaba vacío; ella siempre esperaba a que todos los demás platos estuvieran llenos antes de servirse. Pero aunque todo el mundo ya tenía la cena delante, Lolly sólo había cogido un pequeño trozo de pan y se había puesto un cuarto de copa de vino.

La cena fue una repetición de la escena del salón. Por lo general, se podía contar con que Lolly llenaría los silencios con una o dos historias desabridas sobre algún referéndum en la ciudad o algún huésped que hubiera pasado por allí, pero esta vez no dijo ni una palabra. June removía las *farfalle* al pesto. Kat lanzaba a su madre preocupadas miradas furtivas. E Isabel trataba de impedir que se le cruzaran por la mente imágenes de Edward. Pero aquí, en el hostal, donde él había sido una parte tan importante de su vida, no podía pensar en otra cosa.

—Entonces, ¿cómo está Edward?

—Genial —dijo Isabel, ensartando un tomate cherry.

Se preguntó si alguien se sorprendería en caso de que se pusiera de pie y dijera: «¿Sabéis qué? Está teniendo una aventura y lo sorprendí in fraganti y no tengo ni idea de qué va a ser de mi vida. Ni idea de quién soy ahora sin Edward, justo como tú dijiste, June.» La verdad era que Edward no le caía muy bien a ninguno de los presentes. No siempre había sido así, por supuesto, pero parecía que ella era la única que no había notado cuánto había cambiado. O tal vez la que había cambiado era ella.

Nadie le insistió a Lolly sobre lo del gran anuncio. Mientras crecían, habían aprendido que cuando Lolly, la persona más reservada del mundo, estaba lista para decir algo, lo decía. Cuando los tenedores descansaron sobre los platos —al cabo de diez minutos, ya que nadie comió mucho—, Lolly se puso de pie, parecía aturullada, y luego

volvió a sentarse.

—Mamá... —dijo Kat—. ¿Estás bien?

—No —dijo Lolly, mirando su plato. Cerró los ojos un momento y luego volvió a abrirlos para mirarlas una por una—. Tengo algo que decir. Algo difícil. Yo... he descubierto hace unos días que tengo cáncer de páncreas.

Kat se puso de pie de un salto, volcando su copa de vino.

—¿Qué? *¿Qué?*

Lolly enderezó la copa y después puso su mano sobre la de Kat.

—Sé que esto es horrible y resulta duro oírlo —respiró hondo—. No pinta muy bien.

Isabel sintió que el ácido le quemaba la garganta y que las lágrimas le ardían en los ojos. No podía ser.

—Por supuesto, voy a luchar contra él, aunque está avanzado. La quimioterapia puede controlar los síntomas, retrasar lo inevitable, pero... —Miró a Kat y luego a Isabel y a June, que estaban al otro lado de la mesa—. El taimado cabrón se las ingenió para llegar a la fase cuatro antes de que me lo diagnosticaran. No hay una fase cinco.

Isabel sintió un vacío en el estómago. Quiso levantarse y acercarse a Lolly, a Kat, que se había tapado la cara con las manos..., pero Lolly se puso de pie, dijo que volvería en seguida, y fue a la cocina.

—Esto no puede ser —dijo Isabel en un susurro a Kat y a June, que estaban allí sentadas, aturdidas y pálidas.

Lolly volvió con el pastel de iniciales de chocolate alemán y lo puso en el centro de la mesa.

—Vi antes esta tarta enfriándose en la cocina y me quedé allí, mirándola, y me puse a llorar... Y ya sabéis que no soy una llorona. De modo que quedé doblemente convencida de que había hecho lo correcto pidiéndoos que vinierais esta noche. No quería comunicároslo por teléfono —les dijo a Isabel y a June—. Y, Kat, no quise decírtelo sin que estuviéramos las cuatro juntas. Llevamos años sin estar juntas. En realidad, nunca hemos estado realmente juntas, ¿no os parece?

«Juntas.» Isabel usó la servilleta para enjugarse las lágrimas. Miró a su tía: apenas cincuenta y dos años y tan entera y fuerte en apariencia, como siempre. Ojos azules chispeantes, mejillas rosadas. Parecía sana.

Isabel y June empezaron a lanzar preguntas a Lolly, pero ella levantó la mano y sus sobrinas guardaron silencio.

—Isabel y June —dijo Lolly mientras cortaba el pastel—. A lo mejor las dos podéis quedaros un poco, aunque sea sólo el fin de semana o quizá unos días más. Voy a empezar con la quimioterapia el lunes, y voy a necesitar algo de ayuda. Hace tiempo que tengo reservado el hostal para el puente del Día del Trabajo y para la mayor

parte del otoño.

—Yo puedo quedarme toda la semana, y más si quieres —dijo Isabel. Las demás se quedaron tan sorprendidas que se volvieron a mirarla.

June le echó a su hermana la misma mirada incrédula que Kat y luego se volvió hacia Lolly.

—Yo también.

Lolly asintió.

—Bueno, gracias. Aunque acabo de darme cuenta de que estaba tan alterada por el diagnóstico que reservé todas las habitaciones hasta el puente del Día del Trabajo, y ahora no voy a poder hospedaros como es debido. Sin embargo, he pensado que June y Charlie pueden quedarse en el antiguo cuarto de Kat, y podríamos poner un catre en el Refugio para Isabel.

—O Isabel y June podrían quedarse conmigo en mi habitación y Charlie puede quedarse con mi antiguo cuarto al otro lado del pasillo —dijo Kat. Después cerró la boca, como si incluso a ella le pareciera mentira haber ofrecido su espacio.

—¿Estás segura de que no te importa? —preguntó June—. Charlie se va a la cama muy temprano y sería genial que pudiera dormir en tu vieja habitación.

—A mí no me importa —dijo Kat—. ¿A ti te parece bien, Isabel?

Todas la estaban mirando a ella, todas esperaban que dijera: «¡Por supuesto que no!» Sin embargo, asintió. Lo cierto era que no estaba muy segura de que fuera a funcionar, pero se sentía un poco reconfortada por la idea de no tener que estar en una habitación a solas con sus pensamientos.

—Bueno, entonces está decidido —dijo Lolly—. Ah, y esta noche, a las nueve, Pearl y dos de nuestros huéspedes van a venir a la noche de cine. Es el mes de Meryl Streep. Y tal vez vosotras tres podríais acompañarnos. Vamos a ver *Los puentes de Madison*, una de mis favoritas. Todo lo que necesito es una película que me distraiga.

Todas respondieron con solemnes inclinaciones de cabeza. Murmullos de «por supuesto que nos quedaremos y por supuesto que nos reuniremos esta noche para ver la película y todo lo que necesites».

Por el rabillo del ojo, Isabel vio que June le acercaba la mano como para coger la suya, pero en el último instante su hermana la retiró. Isabel cerró los ojos ante el recuerdo de la última vez que June le había tendido la mano. En un día muy parecido a éste, cuando Lolly sentó a las tres chicas en el viejo sofá rojo del salón y les dijo que se había producido un accidente y que sus padres habían muerto, que el padre de Kat había muerto. En aquella ocasión, Isabel había cogido la mano de su hermana y se habían quedado allí sentadas, sin hablar,

mientras las lágrimas les rodaban por las mejillas, y Kat se había puesto a gritar y había salido corriendo por la puerta. Lolly era todo lo que les quedaba.

Y puede que ahora también la perdieran a ella.

Isabel estaba en la cocina, detrás de Kat, con tres cuencos apilados. Kat removía la gran olla de palomitas. Lolly no confiaba en eso de hacer palomitas en una bolsa dentro del microondas. Para la noche de cine bastaba con aceite caliente, maíz de las granjas de la zona, unas cuantas sacudidas y espolvorear generosamente con sal. Isabel estaba pendiente de los pequeños detalles: encontrar en la enorme despensa de Lolly el aceite indicado para las palomitas —de colza, según Kat—, ayudar a su prima a escarchar las tartaletas de limón mientras ésta ponía a Charlie a dormir en el diminuto dormitorio de la tercera planta que antes había sido de Kat, y traer del armario sillas plegables acolchadas para los huéspedes. Concentrarse en estas cosas —en que las tartaletas quedaran uniformemente escarchadas de azúcar de limón, en encontrar los tres grandes cuencos de cerámica para las palomitas, en colocar las sillas en el salón de determinada manera— era todo lo que se interponía entre Isabel y sus rodillas, que estaban a punto de desfallecer.

Su marido. Con otra mujer.

Su tía. Enferma de cáncer.

Isabel. Aquí.

Kat empezó a remover la olla con todas sus fuerzas, e Isabel pensó que en cualquier momento la muchacha podría estrellarla contra la pared y empezar a gritar. Vio por los suaves movimientos de sus hombros que estaba llorando y miró a June, que en ese momento volvía a la cocina con los ojos brillantes.

—Déjame a mí —dijo Isabel agarrando el mango de la olla. Kat se apartó, estaba llorando a mares. Isabel sacudió la olla y sintió que tampoco podía seguir conteniendo las lágrimas. La tía Lolly siempre había sido tan fuerte como el consabido roble. Casi nunca había tenido un resfriado. Y ahora...

—Podría tener años por delante —dijo June, con una voz que era apenas algo más que un suspiro—. Es fuerte.

—Lo es —coincidió Isabel, volviéndose—. Siempre lo ha sido y lo es ahora.

—¿Qué diablos sabéis vosotras de mi madre? —dijo Kat—. ¿Cuándo fue la última vez que estuvisteis aquí? ¿En Navidades? Estamos en *agosto*.

Cuando Isabel miró conmocionada a su hermana, Kat se cubrió la cara con las manos y cayó de rodillas delante de la cocina. Sollozaba.

Isabel y June se arrodillaron junto a ella.

—Kat, por supuesto que nos importa —dijo Isabel, apartándole a Kat el pelo rubio de la cara y sujetándoselo detrás de la oreja—. Tu madre es todo lo que tenemos.

Kat se puso en pie de golpe y salió en tromba por la puerta trasera.

—Oh, Dios —sollozó June—. ¿Qué hacemos? ¿Vamos tras ella? ¿La dejamos en paz?

Isabel se asomó por la ventana de la cocina para ver si su prima estaba allí fuera, sentada en una tumbona o en la gran roca que había al otro lado del enorme jardín. Pero no la vio. También Isabel tenía ganas de salir corriendo. Pero se quedó.

—No lo sé. No debería haber dicho nada. Cuando Kat está delante, siempre hablo de más.

—Pero es cierto, Lolly es todo lo que tenemos —dijo June—. Yo sé lo que has querido decir, Isabel. Y Kat también. Es sólo que está fuera de sí. Vamos a superar esto. Y Lolly se pondrá bien.

Isabel soltó la respiración; ni siquiera se había dado cuenta de que la estaba conteniendo. Asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra.

La puerta trasera se abrió y entró Kat, con los ojos rojos por el llanto.

—Lo siento —dijo—. Fue sólo que... perdí los nervios.

—Lo sabemos —dijo Isabel, frotándole el brazo con la mano. Al menos Kat no la evitó.

La muchacha se quedó mirando el suelo un momento.

—¿Está Charlie a gusto? —le preguntó a June—. Puedo traer un ventilador si hace mucho calor en ese cuartito.

—Está bien —dijo June, echándose el pelo a un lado—. Se ha quedado dormido incluso antes de que cerrara la puerta al salir. Henry lo había llevado a recoger almejas en las marismas y...

—Chicas, ya estamos todos —dijo Pearl, asomando la cabeza entrecana por la puerta de la cocina—. Voy a llevar las tartaletas. —Entró y, antes de coger la bandeja redonda, se detuvo para echarles un vistazo a las tres. Era evidente que sabía lo de Lolly—. Una película puede distraeros un par de horas. Así de mágico es el cine. Vamos, queridas.

Isabel llenó los tres grandes cuencos con las palomitas calientes, y les pasó uno a Kat y otro a June. Ella cogió el tercero.

—Seguiremos hablando después de la película —le dijo a su prima—. ¿Vale?

Kat no miró a Isabel, pero asintió levemente con la cabeza mientras iban hacia el salón, donde Lolly, como si no pasara nada, como si fuera otro viernes por la noche más, estaba poniendo un disco en el DVD.

—¿Estáis todas listas para Meryl y Clint? —preguntó—. No puede haber mejor compañía que estos dos.

Nadie preguntó por qué Lolly Weller quería ver una película, por más que fuera de su actriz favorita, en una noche como ésta, cuando acababa de contarles a su hija y a sus sobrinas que tenía cáncer y que el pronóstico no era bueno. Habían crecido oyendo la historia de cuando Lolly, con apenas dieciocho años y con el corazón roto por la muerte de una amiga que se había ahogado mientras nadaba, había ido a ver *El cazador* tras leer un artículo sobre Meryl Streep —cuyo nombre real es Mary Louise, igual que el de Lolly— y su novio, un reconocido actor que había muerto joven de cáncer. Lolly también solía contar que, años después, había superado su primer año de viudez y había encontrado fuerzas para criar a su hija y a sus sobrinas huérfanas sumergiéndose en los dramas más lacrimógenos de Meryl, y que, cuando finalmente fue capaz de ver una comedia, había alquilado *El cielo... próximamente*, y había conseguido sonreír, incluso reír, por primera vez desde aquel trágico Año Nuevo.

La noche de cine había sido una tradición en el hostal durante décadas. A comienzos de los noventa, una huésped le preguntó a Lolly si tenía un reproductor de vídeo para alquilar la versión cinematográfica de un libro que acababa de leer, *La decisión de Sophie*. Lolly ya había visto la película y había quedado tan conmovida que, a pesar de estar protagonizada por Meryl Streep, estaba segura de que no podría volver a verla. Le había prestado su reproductor a la mujer, pero entonces decidió comprar uno de mejor calidad para el salón, una estancia grande y acogedora que daba al puerto. Reemplazó el televisor de diecinueve pulgadas por otro de treinta y dos, y colocó allí todas sus películas favoritas. Ella y Pearl llamaron a la noche de los viernes «noche de cine». Al principio, cada una de ellas elegía una película, pero luego empezaron a escoger por temas: el mes de los años cuarenta, el mes de Robert de Niro, el mes de la gastronomía, el mes del cine extranjero, el mes de la comedia romántica, el mes de Sissy Spacek. El mes pasado le había tocado a John Travolta.

El mes de Meryl Streep había sido apenas hacía nueve meses, e Isabel, que a veces acudía a la noche de cine durante las vacaciones, había quedado fascinada por *Julie y Julia* las pasadas Navidades. No solía haber discusiones sobre las películas que veían; Pearl muchas veces se quedaba dormida a la media hora. Pero la noche de cine de los viernes era una tradición en el Three Captains' Inn, y la pared del fondo del salón estaba repleta de fotos en blanco y negro de los actores y actrices favoritos de Lolly. Había tres de Meryl Streep, con distintas edades. Clint Eastwood. Al Pacino. Sissy Spacek, otra de la actrices favoritas de Lolly. Tommy Lee Jones. Cher. Brad Pitt. Susan Sarandon. Kate Winslet. Keanu Reeves, al que encontraba sexy. Rachel

McAdams y Emma Stone, jóvenes actrices de las que decía que «tenían un no sé qué».

Y ahora Isabel sabía por qué su tía había decidido celebrar otra vez el mes de Meryl Streep. Lolly siempre había dicho que una película de su actriz preferida era tan buena como disfrutar de una sopa de pollo, hablar con tu mejor amigo, ir al terapeuta o beber un buen trago.

«Si también pudiera curar el cáncer…», pensó Isabel una vez sentada en el mullido sofá junto a su hermana, con la espalda apoyada contra los abundantes y blandos cojines, y el cuenco de palomitas apoyado en el reposapiés que tenían delante. Lolly y Pearl estaban en el sofá blanco y había té helado, vino, tartaletas y palomitas en el viejo baúl que supuestamente los antepasados de Lolly habían encontrado en el fondo del Atlántico y que servía como mesa auxiliar. Kat, hacía nudos con la larga cinta roja de regaliz —Isabel recordó que era la golosina que la tía Lolly solía comprarles cuando, de pequeñas, veían una película— apoltronada en el gran puf floreado a los pies de Lolly. Y Carrie, una huésped del hostal que debía de tener unos treinta años y que mencionó que su marido estaba arriba viendo el béisbol, reposaba en una mullida butaca de respaldo alto; frente a ella, en la mesa, había un plato con una tartaleta y unas cuantas palomitas.

Kat se puso en pie de un salto y salió corriendo. Lolly dejó el mando a distancia y salió tras ella. Isabel le echó una mirada a June; su hermana tenía los ojos llenos de lágrimas, igual que ella. Al cabo de unos minutos volvieron Lolly y Kat. Ésta tenía una expresión sombría, pero se sentó y empezó otra vez a hacer nudos.

Lolly apagó las luces y, con el mando a distancia, puso en marcha el DVD. Al principio, Isabel sintió ganas de escaparse a su habitación, hasta que se dio cuenta de no quedaba ninguna libre y Kat estaba compartiendo la suya con ella. También con June. Al menos aquí, en el salón, dispondría de un par de horas para estar sentada en la oscuridad sin que nadie le hiciera preguntas sobre Edward.

De todos modos, ahora nadie tenía por qué preguntarse qué era lo que iba mal entre ellos. Su tía tenía cáncer.

Cuando empezaron a aparecer personajes en la pantalla, Isabel no tenía mucho interés. Cuando se dio cuenta de que estaba viendo a los hijos adultos de una madre que acababa de morir, se le llenaron los ojos de lágrimas. Dos hermanos, un hombre y una mujer, de algo más de cuarenta años, revisaban las cosas de su madre en una granja de Iowa. Ella les había escrito una carta en la que les contaba que había habido otro hombre en su vida.

De pronto, volvieron al pasado: Meryl Streep era una ama de casa de Iowa que había nacido en Italia, con su bello rostro y un largo cabello castaño, su acento italiano. Estaba despidiendo a su marido y a

sus hijos adolescentes, que se iban a una feria de ganado durante cuatro días. Y ahí estaba Clint Eastwood, un fotógrafo que buscaba cierto puente cubierto que Meryl Streep le mostraría, ya que era difícil de encontrar.

Entonces, con gestos apenas sugeridos, con preguntas muy sencillas, el personaje de Meryl se enamoraba profundamente de aquel hombre que le hacía darse cuenta de la mujer que podría haber sido, de la vida que podría haber tenido. Cuando Clint le pidió que dejara a su marido y a sus hijos y se fuera con él a recorrer mundo, que no renunciara a este amor que sólo surge una vez en la vida, su primera reacción fue decir que sí.

Pero después lo pensó mejor. No podía destrozar a su marido y a sus hijos. Ni tampoco el amor que había entre ella y Clint, lo que seguro que sucedería si se iba con él.

La prueba llegó el día en que Clint se marchaba. Detrás de su todoterreno, en un semáforo, estaban Meryl y su marido con su vieja camioneta. Meryl agarró la manilla de la puerta. Si se iba a marchar con Clint, ésa era su oportunidad. Tenía que hacerlo en ese preciso momento, cuando se le presentaba la ocasión de cambiar un vehículo por otro, una vida por otra. Tendría que abrir la puerta e irse. Isabel contuvo la respiración mientras observaba cómo Meryl Streep, emocionalmente destrozada, apretaba la manilla de la puerta. «No se va a ir —pensó Isabel—. No va a hacerlo.» Cuando vio que se quedaba en la furgoneta, Isabel por fin respiró.

Cuando acabó la película, Pearl se puso de pie y empezó a recoger los platos vacíos.

—¿No es fantástica? Creo que con ésta la he visto tres veces, y en cada ocasión es como si fuera la primera, aunque ya sepa cómo termina.

—Meryl Streep es una actriz extraordinaria —dijo Carrie, la huésped—. Creo que nunca estuvo tan hermosa como en *Los puentes de Madison*.

—Es sorprendente —coincidió Kat, e Isabel y June asintieron.

Lolly apagó el reproductor de DVD.

—Sin duda alguna, es una de mis favoritas. También la he visto tres veces, Pearl, y en cada ocasión descubro cosas nuevas.

Lolly miró a su hija y luego a sus sobrinas.

—Me alegro de que hayáis venido, chicas. Después de este largo día creo que voy a retirarme. Os veré a todas mañana temprano: a las seis y media desayunaremos en la cocina. Quiero que estéis radiantes.

Cuando Lolly y Pearl se disponían a marcharse, June dijo:

—¿No vamos a hablar de la película? Yo ni siquiera puedo moverme. La decisión de Francesca me ha dejado conmocionada.

—¿Te ha dejado conmocionada por su decisión? ¿Quieres decir

por quedarse con su familia? —preguntó Isabel mientras Lolly volvía a sentarse junto a ella.

Todos dijeron adiós a Pearl, cuyo marido esperaba fuera, en el coche.

June cogió una tartaleta y le dio un mordisco.

—Traicionó sus sentimientos.

Isabel se quedó mirándola.

—¿Traicionó sus sentimientos? Y si se hubiera marchado, ¿no habría traicionado a su marido y a sus hijos? ¿Sus votos? Para empezar, ya estuvo bastante mal que cediera a la atracción por otro hombre.

—Bueno, yo entiendo por qué lo hizo —dijo Kat dejando el puf para estirar las piernas. Se sentó en el sofá—. Clint le devolvió una parte de sí misma. Y me gusta la forma en que ella le pidió que se quedara a cenar, *sólo* después de que él dijo aquellas palabras clave: «Sé exactamente cómo te sientes.» Eso es lo que todo el mundo quiere. Alguien que te entienda —dijo.

—Es lo que todo el mundo quiere, pero a veces no puede ser —musitó Lolly mirando por la ventana, e Isabel se preguntó en qué estaría pensando, pero su tía no dijo nada más.

Isabel apoyó la cabeza sobre los cojines. Era evidente que Edward pensaba que ella no lo entendía. Tal vez no podía hacerlo porque ella había cambiado. Del mismo modo que él no podía entenderla a ella.

Sin embargo, en eso consistía realmente el matrimonio: un trabajo duro. No basta con dejarse llevar por el romanticismo, no se puede faltar a la responsabilidad. El personaje de Meryl se enamoró del fotógrafo viajero en cuanto él le dijo que sabía de dónde era ella, que había estado en el lugar en que Francesca había nacido. Porque Bari era, en el fondo, su esencia, sus orígenes.

Isabel se sintió otra vez al borde de las lágrimas. ¿Carolyn Chenowith conectaba con Edward McNeal en lo básico? ¿Cómo era posible? Isabel era la que compartía con él un mismo origen. Isabel era la que había perdido a sus padres, igual que él. Había sido Isabel la que se había dormido llorando durante meses, igual que él. E Isabel era la que había estado a su lado durante quince años, desde que ambos tenían dieciséis.

¿Cómo podía Carolyn haber superado eso? ¿Cómo?

—Es lo que la gente busca —dijo Kat—. Lo que necesita. ¿No os acordáis de que Meryl ni siquiera podía recordar cuántos años llevaba casada cuando Clint se lo preguntó? Contaba con los dedos y no podía recordarlo. Porque había estado casada toda la vida y se había perdido de vista a sí misma. Y ahí estaba Clint, recordándole que había sido alguien. Que una vez había sido otra persona. Y Clint fue el hombre que descubrió a la mujer que ella había sido.

Isabel sintió que temblaba. ¿Qué había visto Edward en Carolyn? ¿Alguien parecido a lo que él era ahora? ¿Alguien que no sabía quién había sido él una vez? Isabel sacudió la cabeza.

—¿Sabes quién más descubrió a la mujer que ella había sido? Su marido. Se conocieron en Italia cuando él era un soldado. Ese hombre se enamoró de ella. O sea, que él también sabía quién era ella.

—Pero ahora...

Isabel interrumpió a June.

—Se acostó con otro hombre durante cuatro días mientras su marido y sus hijos estaban fuera. Lo engañó. Rompió sus votos. Y luego dice adiós a su aventura, pues sabe que de todos modos no va a durar, y sigue con su vida como si no hubiera hecho algo espantoso... cuando en dos ocasiones ha estado a punto de irse.

—Vaya. —June se la quedó mirando—. ¿Hemos visto la misma película? Meryl renunció a sí misma cuando se comprometió con el granjero de Iowa. Ella esperaba algo más cuando se casó con él y vino a Norteamérica. No esperaba una granja en Iowa. Recuerda cuando dijo: «No es lo que yo había soñado cuando era niña.» En esos cuatro días con Clint volvió a encontrarse a sí misma, pero renunció a su propia felicidad por hacer lo correcto. Que, a mi entender, era lo equivocado.

—Ya sé lo que quieres decir —dijo Kat, jugueteando con el envoltorio de su tartaleta—. No es que yo quisiera que se fuera con Clint y abandonara a su familia. Pero tampoco quería que traicionara sus sentimientos.

Isabel se quedó mirando a Kat.

—¿Traicionar sus sentimientos? ¿Y qué pasa con su marido?

—Estoy de acuerdo —dijo Carrie—. Ella se casó con él sabiendo lo que se llevaba, del mismo modo que yo elegí lo que tengo. ¿A que no sabéis quién no tenía ganas de dar hoy un paseo por la ciudad? ¿A que no sabéis quién está arriba viendo a los Red Sox en su iPad? Ella eligió esa vida, del mismo modo que yo escogí la mía.

—En realidad, ella no lo sabía —dijo June—. ¿No recordáis cuando dijo que no podía pensar en otra cosa que no fuera Norteamérica? Tenía sed de aventuras. En vez de eso consiguió una granja rural en Iowa.

—De todos modos, sigo pensando que uno sabe lo que se lleva —dijo Lolly, mirando otra vez por la ventana—. ¿Hasta qué punto era atractivo su marido cuando ella lo conoció? ¿Podía tener una personalidad tan atractiva y aventurera? Creo que, para ella, tan sólo representaba la aventura. Le bastaba con que fuera extranjero.

Kat miraba a su madre, pensativa.

—Y como decía Meryl: «Somos las elecciones que hemos hecho.» —Lanzó un suspiro—. Basta con que cometas un error y...

—Me pregunto si realmente cometió un error —dijo Carrie—. Es cierto que tiene a sus hijos y que la granja es bonita, pero se siente sola. Eso es pagar un precio muy alto.

Todas asintieron al oír sus palabras. Isabel miró por la ventana las luces del puerto. Ella llevaba meses sintiéndose sola. Mucho más tiempo si analizaba minuciosamente la situación.

—Mi parte favorita —dijo June— es cuando Clint y Meryl están echados en el suelo frente a la chimenea después de haber hecho el amor, y ella está llorando y le pide que la lleve a algún lugar en el que haya estado, algún lugar en el otro extremo del mundo…

—Y él la lleva a la ciudad donde nació —dijo Kat, asintiendo—. Una diminuta ciudad de Italia a la que casualmente había ido porque pensaba que era bonita.

—Creo que fue en ese momento cuando Meryl se sintió totalmente enamorada —añadió June—. Él le devolvió su verdadero ser, le hizo recuperar a la mujer que ella en el fondo siente que es, la mujer que nadie ve, ni su marido ni sus hijos.

—Y ella hizo que él volviera a necesitar algo… A ella —dijo Lolly.

Isabel miró a su tía. Carolyn había acabado con dieciséis años de historia en común. ¿Había hecho que él la necesitara? ¿En qué consistía esa necesidad? Puede que sólo se tratara de vivir algo diferente. Emoción. Sexo excitante y novedoso.

—De todos modos, no habría durado —dijo Isabel, aunque realmente no estaba segura de eso—. Tal vez sí, pero esa clase de relaciones suelen acabar pronto exactamente por las razones que daba Meryl. Habría culpado a Clint por todo lo que le había quitado. Cuando él dijo: «Este tipo de certeza sólo se tiene una vez en la vida», quizá se refería a que en ese momento ella era capaz de darse cuenta del dolor que provocaría a su alrededor si se iba con Clint.

Se preguntó cuánto duraría la aventura de Edward con Carolyn. ¿Unas semanas, ahora que él no tenía que andar escondiéndose? Según lo que Edward le había dicho ese día por teléfono, el marido de Carolyn la había dejado hacía meses por otra mujer. Isabel dedujo que lo que los mantenía juntos era el carácter clandestino de su relación, la teatralidad del asunto, no un sentimiento real. Sin embargo, lo de Meryl y Clint sí que era cuestión de sentimiento.

—Lo que me produce sensaciones encontradas es una de las razones que ella aduce —dijo Carrie—. Está preocupada por el mensaje que le transmitirá a su hija si la abandona. Ella tiene dieciséis años, y está a punto de descubrir el amor y las relaciones. ¿Y qué le transmite la vida de silenciosa desesperanza de su madre? La hija acabó teniendo un matrimonio desastroso durante veinte años. O sea, que quedarse tal vez no fuera tan heroico.

—Me gusta lo que les escribe a sus hijos —dijo Lolly—: «Haced lo

que tengáis que hacer para ser felices en esta vida.» Eso depende de cada uno. Creo que el personaje de Meryl fue feliz y desgraciado al quedarse, del mismo modo que habría sido feliz y desgraciado yéndose. De cualquier modo, estaba atrapado. Tomó la decisión que debía tomar.

¿Era así como se sentía Edward? ¿Atrapado? ¿Enamorado de otra mujer, pero prisionero de su esposa, de las promesas que le había hecho?

—Creo que tendría que haberse ido… —confesó Kat, con voz más baja, más triste—. La vida es demasiado corta. ¿No es eso lo que dice todo el mundo? ¿Y no nos ha quedado muy claro hoy?

—Demasiado corta como para herir a la gente a la que dices querer —replicó Isabel.

Kat la miró sorprendida, e Isabel quiso disculparse, pero su prima desvió la vista y ella no supo qué decir.

—No hay una única respuesta —dijo June.

«Somos las promesas que hemos hecho.» Esas palabras no dejaban de resonar en la cabeza de Isabel.

Era cierto, ella lo sabía. Ella había decidido cambiar. Había elegido dejar que germinara en su corazón aquel trémulo anhelo de tener un bebé. Había elegido compartirlo con su marido en lugar de mantenerlo en secreto. Había elegido romper el pacto.

—Pienso que Meryl hizo lo correcto —dijo Lolly, levantándose, y se puso a recoger los papeles vacíos de las tartaletas y alguna que otra palomita perdida—. ¿Por qué es más importante su felicidad que la de su marido o la de sus hijos? ¿Por qué es más importante su felicidad que lo que eso significará para sus hijos, que el color que dará a sus vidas?

—No estoy segura de estar de acuerdo —dijo June, y se levantó para ayudar a recoger los vasos—. También la infelicidad da color a la vida. La hija es prueba de ello, ¿no? No estoy diciendo que pudiera irse con Clint y dejar de lado su vida, pero ¿traicionar sus sentimientos? ¿Romper así su propio corazón?

«No debería haber tenido una aventura», quería gritar Isabel. Si no se hubiera permitido enamorarse de Clint… Sin embargo, entendía por qué lo había hecho. Rompió a llorar y se quedó allí sentada, sacudida por los sollozos.

—Isabel… —dijo Lolly.

—Sorprendí a Edward con otra mujer.

June dio un respingo.

—¿A Edward?

—Cuánto lo siento, Isabel —dijo Kat, apoyando una mano en el brazo de su prima.

—Oh, no —dijo Lolly—, no me lo puedo creer.

Isabel les contó todo lo sucedido el día anterior. Sobre la nota. Sobre el estúpido mazacote de pasta y el aniversario. Les contó cómo había subido aquella escalera blanca. Cuál fue la expresión de Edward.

—Y hoy, cuando por fin he contestado al teléfono, me ha dicho que no se trataba sólo de sexo, que no era una simple aventura, que se había enamorado de esa mujer, que llevaba meses pensando en ella hasta que por fin se decidió… —Isabel no pudo decir el resto.

—Oh, Izzy, lo siento mucho —dijo June—. Me siento fatal por haber justificado la aventura de la película.

Isabel miró a su hermana.

—Pero ¿hay algún motivo que pueda justificar que me haya engañado? ¿El hecho de que supuestamente se haya enamorado hace que traicionarme esté bien? ¿Y los votos? ¿Y yo? ¿Todo está bien porque se ha enamorado?

«Creo que es importante que sepas que la amo, Isabel. No es sólo sexo. No es una tórrida aventura. No te haría eso a ti.»

Muy considerado. Se lo había hecho por algo real.

«Este tipo de certeza sólo se tiene una vez en la vida…»

Evidentemente, eso no era verdad. Edward había estado seguro de que amaba a Isabel cuando la había conocido. Y ahora estaba seguro de que amaba a la avasalladora Carolyn Chenowith. Al menos por ahora.

Isabel encogió las piernas y se abrazó las rodillas. Ella no era la misma Isabel que se había enamorado de Edward a los dieciséis años. Ya no era la misma chica asustada, esa chica que creía ser una persona horrible. Ya no sabía con certeza quién era. No iba a volver a su casa de Connecticut, salvo para empaquetar todas sus pertenencias y dividir el contenido de esa vivienda enorme, como el suave y acogedor edredón que a ambos solía recordarles a Maine, o los cuadros que habían escogido juntos durante su luna de miel y sus vacaciones. ¿Qué iba a hacer ahora? Quedarse con su tía en el hostal y ayudarla, se dijo. Necesitaba un plan sólido al que aferrarse.

Lolly le cogió la mano.

—Me alegro de que estés con todas nosotras.

Isabel se permitió llorar. Su tía le apretó más la mano, y por un momento sintió la mano de su madre sobre la suya, lo que le dio un consuelo que ninguna otra cosa podría haberle proporcionado.

5

June

Ya habían lavado los cacharros de la noche de cine y habían recogido el salón hasta que no quedó ni rastro de palomitas. Kat, Isabel y June fueron a la habitación, y una rápida consulta en Google sobre cáncer de páncreas les había quitado las ganas de seguir buscando. June se sentó en el balcón de la habitación y se quedó contemplando el puerto, las luces de los barcos, y el faro blanco y rojo apenas visible. Pearl tenía razón: una película podía hacerte olvidar tus problemas durante un par de horas. *Los puentes de Madison* había conmovido tanto a June que podría haber seguido hablando de ella durante toda la noche. Pero, en ese momento, había olvidado la imagen de Meryl Streep y Clint Eastwood bailando al son de una ópera italiana en la cocina de la granja. Ahora sólo podía pensar en ese cabrón rastrero de Edward.

A los trece años, a June le habían bastado apenas unos meses para darse cuenta de que el «chico de sus sueños» —siempre pensaba en él al llenar los cuestionarios en la revista *Seventeen,* aunque al final se lo había llevado su hermana, más bonita, más sexy, con más mundo— era más bien un chico de pesadilla y un estúpido.

«Edward dice» había pasado a ser la forma en que Isabel empezaba todas sus frases a los dieciséis años. «Edward dice que maldecir es poco civilizado. Edward dice que los cereales con azúcar te estropean los dientes y además reducen tus oportunidades de entrar en una universidad de prestigio. Edward dice que cada uno hace el duelo a su manera y que hay que dar la ocasión de hacerlo.»

Esta última fue la única cosa acertada que dijo jamás Edward McNeal. Podía hablar del duelo como nadie, conseguir que te sintieras reconfortado, tan envuelto en un halo de comprensión que llegabas a olvidarte de por qué estabas en el Centro Regional de Boothbay para Adolescentes en Proceso de Duelo. Al menos durante unos minutos. Sí, June siempre había entendido que Isabel se enamorara perdidamente de él; lo mismo le pasó a ella, pero aquello le duró unas semanas, hasta que empezó el «Edward dice» e Isabel empezó a cambiar de forma radical.

—Se está convirtiendo en alguien mejor —solía decir Lolly después de que June la persiguiera por todo el hostal cuando ella

limpiaba el polvo y sacaba brillo. June estaba completamente confundida por lo que le había pasado a ese pendón de hermana suya, gritona, egoísta, amiga de hacer novillos, robar cigarrillos y fumar marihuana.

—Y de repente se ha transformado en una niña buena, como yo —había dicho June—. ¡Hasta dice «por favor» y «gracias»!

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Lolly, mientras el olor a limón del pulimento hacía que a June le picara la nariz.

—Que ahora parece una especie de autómata —aclaraba June, que no deseaba que volviera su mezquina hermana pero tampoco estaba muy convencida de que ésta de ahora le gustara. Estaba controlada por «Edward dice».

Tuvieron que pasar muchos años antes de que June se diera cuenta de que Isabel no estaba controlada por Edward, sino por la pena. Y Edward sabía cómo utilizar ese sentimiento a su favor.

—Es preferible que vaya a la escuela, que coma sano y diga «por favor», y no lo de antes —había dicho Lolly—. Dale un poco de espacio, permítele que viva su vida. No hace daño a nadie, recuerda eso. Se encontrará a sí misma, todos lo hacemos.

Esas palabras habían acompañado a June durante mucho tiempo: «Todos lo hacemos.» ¿Era cierto? ¿Se había encontrado a sí misma su tía después de que su marido, su hermana y su cuñado murieran, cuando ella se transformó en una mujer callada que sólo hablaba cuando le dirigían la palabra? Al menos, Lolly respondía. Pero a no ser que tú tomaras la iniciativa, que le preguntaras algo, ella nunca entablaba una conversación. Nada de preguntar si tenías que estudiar o si alguien te había invitado al baile del instituto ni por qué se te veía triste. En una ocasión, cuando June gritó: «¡Ni siquiera te importa que esté sentada aquí a punto de llorar!», Lolly le había dicho: «Sí que me importa, June, pero quiero darte espacio para que lo hagas.»

En aquellos días, June no estaba muy segura de querer espacio. Tampoco era que tuviese mucho, pues compartía una habitación grande con su hermana, quien consumía todo el aire, y con su callada prima, que se limitaba a mirarlas a las dos. Si June se sentía observada, sabía que Kat andaba por ahí.

Cuando las tres estaban juntas en una habitación, alguna de ellas siempre se marchaba. No tenía nada de extraño que June mirara al cielo, donde había apenas algunas estrellas, y se centrara en una, esperando que al final no resultara un avión. Necesitaba esa estrella para mantenerse concentrada. La noticia de Isabel la había conmocionado. Edward podía ser un idiota, pero siempre había estado ahí. En una ocasión, hacía ya unos años, Edward dijo algo sobre Acción de Gracias que hirió los sentimientos de June —ella siempre había maldecido su sensibilidad—, algo sobre ponerle a Charlie queso

fundido en los sándwiches en lugar de un queso más sano como el cheddar. Edward le había preguntado si no se preocupaba de darle a su hijo alimentos que le aportaran nutrientes, y ella le había dicho a Isabel en un susurro: «Dios, de buena me salvé con Edward.»

Isabel había torcido el gesto y June se había arrepentido en seguida de haberle hecho ese comentario. Pero su hermana le devolvió el golpe: «Bah, como si hubieras tenido alguna oportunidad. Y tu gran romance, ¿cuánto duró? ¿Dos días? No hables de lo que no sabes.»

Se terminaron de zampar el relleno del pavo y los pasteles de calabaza, e Isabel y June ni siquiera se miraron. Se evitaron educadamente hasta la siguiente reunión de Navidad, incluso se enviaron las consabidas postales de felicitación en los cumpleaños. Además, todos los años, Isabel y Edward se presentaban para la fiesta de cumpleaños de Charlie. Cinco horas en coche de ida y cinco de vuelta, nunca faltaban. Tanto daba que la fiesta se celebrara en un gimnasio infantil o en el polideportivo o en el pequeño apartamento de encima de la librería. Isabel nunca faltaba, siempre se presentaba con un gran regalo, con algo increíble que June jamás habría podido comprar, como un gran PlasmaCar o la ciudad de Indiana Jones de LEGO. Charlie se entusiasmaba tanto que corría en círculos aplaudiendo y June sentía que todo su enfado se disipaba.

Cinco o diez minutos más tarde, Isabel o Edward lo estropeaban todo con algún desastroso comentario sobre las escuelas públicas de Portland o sobre cómo June apenas ganaba para subsistir. Y la magia que se había gestado por unos minutos... ¡puf!, desaparecía.

June siempre había deseado que la relación con su hermana se pareciera más a la que tenía con Kat. Una relación amable. Sin comentarios hirientes... Bueno, salvo esta noche, pero June comprendía perfectamente a su prima. Kat y ella siempre se habían hablado como si fueran compañeras de trabajo. Sin profundidad, pero sin herirse la una a la otra.

—June... ¿Me ayudas con la cama? Creo que está atascada.

June entró de nuevo en el dormitorio y encontró a Kat luchando con la cama nido mientras trataba de sacar la otra cama que había debajo. Tiró de ella hasta que no pudo más y, tras darle un puntapié, se dejó caer en el suelo.

June se sentó a su lado.

—Tu madre puede superar esto. Seguro que lo hará.

Kat dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó con fuerza el aire.

—Vamos a sacar la cama, ¿vale?

June miró de soslayo a su prima. Le habría gustado que tuvieran una relación más cercana, le habría gustado saber qué decir. Sin embargo, también estaba asustada por el diagnóstico de Lolly, y quizá compartir el miedo fuera lo mejor que podían hacer.

Les llevó unos minutos, pero al final consiguieron que la cama saliera y que se pusiera en marcha el mecanismo que la levantaba. June la llevó rodando hasta dejarla al lado del balcón. De ese modo, si se acostaba boca abajo y ponía la almohada junto a la ventana, podría ver las estrellas y el puerto. En cuestión de minutos dejaron hechas las dos camas y extendieron los dos cobertores de verano. Aunque estaban a finales de agosto, casi nunca hacía demasiado calor. Sin embargo, Kat conservaba el antiguo ventilador de bronce en una esquina, por si acaso. June echó una mirada a la cama donde pasaría los próximos días. Las almohadas, blandas y descoloridas, y la antigua colcha de estrellas de mar tenían un aspecto tan acogedor que a June no le costó imaginarse dormida al cabo de dos segundos.

La puerta del baño se abrió dejando salir una nube de vapor, y apareció Isabel con una camiseta rosa y unos pantalones grises de yoga. La larga melena castaña con bonitos reflejos dorados le caía, húmeda, sobre los hombros.

—¿Estás bien? —le preguntó June. Se dio cuenta de que era una pregunta tonta. Por supuesto que no lo estaba.

—No —respondió Isabel, mirándose las uñas de los pies, pintadas de rosa metalizado.

June miró a Kat. Era evidente que no habían esperado semejante sinceridad, ni siquiera después de la confesión en el salón.

—Lo siento mucho, Isabel —dijo Kat, sentándose con las piernas cruzadas sobre la cama.

También era evidente que Kat quería decir algo, pero no sabía muy bien qué.

June se sentó en su cama.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? ¿Él se la va a sacar de la cabeza y vais a arreglarlo?

Isabel fue hasta el balcón y se quedó allí, de pie, mirando hacia afuera. La mirada de June tropezó con los anillos de su hermana: el diamante redondo de dos quilates con el que hacía tiempo que había reemplazado la diminuta piedra que originalmente había en su anillo de compromiso, y el cintillo de bodas con diamantes engarzados.

—¿Es así como funciona? —preguntó Kat—. Quiero decir, ¿cómo se supera?

—Ésa es la razón por la cual el personaje de Meryl Streep se quedó —dijo Isabel sin dejar de mirar hacia la noche—, porque sabía que su marido y sus hijos nunca lo superarían. Supongo que a Edward no le importó si yo podría hacerlo.

Rompió a llorar de nuevo, y June y Kat se miraron una vez más y fueron hacia el balcón. Allí se quedaron, una a cada lado de Isabel. Kat le tocó la mano durante un instante, y June dejó escapar el aire que llevaba conteniendo desde hacía media hora.

—Esto es descabellado: la aventura de Edward, la forma en que lo descubriste... Me recuerda cómo me sentí cuando Lolly nos contó lo del accidente —dijo June—. Cuando pasa algo que nunca creíste posible, que ni remotamente puedes imaginar, te quedas tan conmocionado que no puedes encajarlo.

A menos que Isabel sí que sospechara de su marido. June sabía que a veces las esposas no lo ven venir, y que otras veces lo saben pero prefieren negarlo. No tenía la menor idea de cómo era realmente el matrimonio de su hermana.

—Yo estaba así cuando venía hacia aquí —dijo Isabel—, totalmente conmocionada. Al principio podía conducir, pero después empecé a pensar en el anónimo, en el hecho de encontrar a Edward saliendo de la habitación de esa mujer, en su expresión, en cómo habían sido las cosas entre nosotros en los últimos tiempos, supongo que incluso antes... Entonces, todo se me vino encima y me derrumbé. Me quedé en un motel y estuve llorando durante toda la noche y parte del día siguiente.

—Y como si todo eso no fuera suficiente, ¡zas! —dijo Kat—. El anuncio de mi madre.

Isabel se tapó la cara con las manos un momento.

—Todavía no sé en qué centrarme. Cada vez que pienso en Edward, me encuentro de repente acordándome de Lolly. Y después paso otra vez a mi marido, y otra vez a mi tía. —Respiró hondo y dejó salir el aire mientras se trenzaba y se destrenzaba el pelo, que le caía sobre el hombro—. De todos modos, él no me ha pedido que pasemos página. Dice que ama a esa mujer. Supongo que si fuera a pedir el divorcio me lo habría dicho, pero probablemente le colgué antes de que tuviera ocasión de hacerlo.

Kat volvió a sentarse en la cama.

—No me lo puedo creer. June tiene razón al decir que fue una absoluta sorpresa. Tú y Edward lleváis juntos desde que yo tenía diez años.

—Una semana después de venirnos a vivir al hostal —dijo June.

—Y ahora, tía Lolly... Ya sé que ella y yo nunca hemos tenido una relación muy cercana, pero, Kat, tu madre es... —Isabel respiró hondo —. Significa mucho para mí.

—Y también para mí —dijo June—. Además, se parece mucho a mamá, ¿no es cierto, Iz?

Isabel no contestó. Tal vez, mencionar a su madre no era lo más adecuado en ese momento. June siempre había pensado que una de las razones por las que Isabel quería alejarse del hostal —de Lolly, de June y de Kat— era por lo que le había dicho a su madre la última noche que la había visto. June sabía que Isabel nunca se había perdonado aquella discusión, que había tenido lugar aquí, en el hostal,

en el pasillo de la primera planta. June sabía que aquellos recuerdos seguían persiguiendo a su hermana. Años de dolor, de pena, de pérdida. Kat se dirigió a su escritorio y se sentó en la silla. Echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando al techo.

—No puedo creer nada de esto. Nada.

Guardaron silencio unos instantes. Los únicos sonidos eran los que llegaban del jardín delantero: los grillos y las cigarras, y gente que venía del puerto.

—Entonces, mañana trabajaremos. Trazaremos un plan para hacernos cargo de las tareas de Lolly —dijo Isabel, volviéndose y dirigiéndose hacia la cama situada debajo de la ventana abuhardillada—. Es posible que la quimio la debilite mucho y no pueda trabajar.

June asintió.

—Ha sido asombroso —dijo— lo conversadora que estaba después de la película. Y pensar que ha estado a punto de irse en cuanto ha terminado. No creo haberla oído nunca hablar tanto.

—Sí, a mí también me ha sorprendido —dijo Kat—. La forma en que hablaba de la película, en que analizaba los diferentes puntos de vista... Y lo que nos contaste después —añadió, dirigiendo a Isabel una mirada compasiva—. Realmente se abrió. Espero que siga así.

—Apostaría a que sí —dijo Isabel—. Meryl Streep es su actriz favorita, y Lolly ya ha visto antes todas estas películas. Seguro que significan algo para ella, que representan momentos diferentes de su vida. Al menos, tengo esa sensación por la forma en que miraba a veces por la ventana.

—Es una persona complicada, ¿no? —dijo Kat.

—Mucho —añadió June, sonriendo. Luego miró a su hermana—. ¿No te importa hacerte cargo de las tareas de Lolly? Va a ser un gran cambio para ti.

Isabel se la quedó mirando.

—¿Porque no trabajo?

June sintió que se ponía roja. Sí, eso era exactamente lo que quería decir, pero no había sido su intención, no había pretendido ser dura. No en este momento.

—Sólo me refería a que ninguna de nosotras, ni siquiera Kat, está acostumbrada a llevar el hostal ni a atender a los huéspedes. ¿Os acordáis de aquella familia insoportable de las últimas Navidades? ¡No paraban de tocar el timbre! Que si más té, que si no teníamos toallas de tocador más suaves, que si no se podía hacer algo con el olor a mar, que si olía mucho a pescado, que si llegaba hasta arriba...

Kat se rió.

—Lo único por lo que aguanté su visita fue porque se volvían locos con mis pasteles. La que no se apeaba de los tacones ni para montar en bici me dijo que debería poner mi propia pastelería y que

ella haría pedidos enormes. No podía soportar a esas señoras, pero me dieron confianza en mí misma. Aunque, a pesar de todo, me daban ganas de coger aquella campanita y tirarla por el inodoro.

June trató de imaginarse a Isabel Nash McNeal de rodillas delante de un inodoro con una escobilla y el Ajax. Su hermana tenía una empleada doméstica que no sólo limpiaba su casa de más de mil metros cuadrados dos veces por semana sino que además hacía la mayor parte de las comidas, además de congelarlas debidamente etiquetadas y con instrucciones para calentarlas.

—Estoy segura de poder hacer lo que sea necesario —dijo Isabel.

June se dio cuenta de que su hermana se había molestado por el comentario que le acababa de hacer. Pero Isabel no estaba precisamente acostumbrada a atender a los demás, ni siquiera a Edward, que prefería tener gente que hiciera ese tipo de cosas. Sin embargo, June sabía que su hermana trabajaba como voluntaria en un hospital, y si sus palabras conseguían consolar a una mujer que acababa de perder al que había sido su marido durante treinta años, seguramente podría atender a unos cuantos huéspedes que estaban de vacaciones. Independientemente de lo desconsiderados y molestos que fueran.

—Supongo que puedes quedarte con el cuarto pequeño cuando June y Charlie vuelvan a Portland —le dijo Kat a Isabel—. O podemos turnarnos. A mí también me gustaría dormir en el viejo dormitorio de mi infancia. Donde pasaba las noches antes de que todo cambiara, ¿sabes?

—Creo que debería anunciaros —dijo June, sacando de la maleta sus pantalones de yoga y una camiseta— que me voy a quedar al menos unas semanas. Cierran la librería de Portland y me voy a quedar sin apartamento. Ya veis: sin trabajo y en la calle.

Sin trabajo, sin casa y con un niño que criar. Patético.

—No estás en la calle, June —dijo Kat—. Ésta es tu casa.

June se acercó al balcón y se puso a mirar el puerto. Un barco recorría las oscuras aguas. El Three Captains' Inn no era su hogar. June había vivido aquí, había ocupado este dormitorio durante cinco años y nunca había sentido que fuera su hogar. Pero no iba a decirle eso a Kat.

—Sin duda, soy la superestrella, ¿no? Dos veces he vuelto aquí corriendo con el rabo entre las piernas. Voy a tener que aceptar la oferta de trabajo de Henry en Books Brothers. Estoy exactamente donde estaba hace siete años.

—Puede que en el mismo lugar —dijo Kat—, pero no eres la misma persona. Has estado viviendo en Portland, criando sola a tu hijo. Y para Charlie eres una superestrella.

June suspiró y alzó los ojos hacia el cielo. Jamás olvidaría cuando

estuvo en este preciso lugar, con veintiún años y embarazada. El padre del bebé no aparecía por ninguna parte, sus amados padres estaban muertos, su hermana mayor se encontraba a cientos de kilómetros de distancia. Aunque, de todos modos, no hubiera recurrido a ella.

—June, cuando te quedaste embarazada, ¿pensaste alguna vez que no querías el bebé? —preguntó Isabel.

June se volvió para enfrentarse a su hermana.

—¿A qué viene eso? ¿Quieres decir que no debería haber tenido a Charlie, que debería haberme deshecho de él? ¿Que fui una irresponsable y que ahora estoy pagando las consecuencias?

Isabel se puso roja por un momento.

—No, June, por Dios. No quería decir nada de eso. Sólo lo he preguntado porque… —Se mordió el labio.

—¿Porque…? —la animó a seguir June, mirándola con rabia.

—Olvídalo. Todas deberíamos dormir un poco.

—No, dime por qué —repitió June con dureza.

Isabel miró su anillo de boda y lo hizo girar.

—Siempre he pensado que no sabría ser madre, ser la madre de alguien. Sólo me preguntaba si alguna vez te preocupó eso cuando estabas embarazada.

—Oh —dijo June. El enfado desapareció—. Por supuesto que sí. Tenía apenas veintiún años y estaba a punto de acabar la carrera. Pasé de preocuparme por mi tesis sobre *Middlemarch* a ser responsable de un bebé. Sola. Pero ¿sabes qué? Ni siquiera entonces pensé que no fuera a ser una buena madre. Es sólo cuestión de amor y de cuidar de la criatura y de hacer lo que tienes que hacer. Sabía que sería capaz. Sólo estaba asustada.

Y, de todos modos, durante algún tiempo había sobrevivido refugiándose en una especie de mundo de fantasía, esperando que John Smith viniera a por ella. Siete años atrás, la primera vez que volvió a Boothbay Harbor, embarazada y con un paquete de galletitas saladas que la acompañaba a todas partes, solía sentarse en este balcón y soñar despierta que John subía por el sendero de piedras, se ponía de rodillas y le pedía que se casara con él mientras ella estaba allí, bajo la luz de la luna. Pero él no vino nunca, por supuesto. Aquel muchacho no había querido saber nada de ella, no le había pedido que la acompañara en su viaje, como había hecho el personaje de Clint Eastwood con Meryl Streep. Porque *Los puentes de Madison* era una película, una película romántica, y no la vida real.

Sin embargo, el tiempo que había pasado con John era real para June. En apenas dos días se había enamorado profundamente de aquel chico.

—Estoy tratando de imaginarme teniendo un bebé ahora, a los veinticinco años —dijo Kat—. Tengo cuatro más de los que tenías tú,

June —dijo Kat—. Ni de lejos estoy preparada para toda esa responsabilidad. Eso tengo que reconocértelo.

—Y yo —dijo Isabel.

June las miró a ambas, conmovida por lo que acababan de decir. Buscó dentro de su bolso la loción corporal. El aroma a lilas llenó la habitación cuando se untó con crema los codos y las rodillas. A continuación se deslizó bajo la suave colcha para poder mirar hacia el puerto.

—Estaba pensando en lo duro que debe de haber sido para ti —dijo Isabel, metiéndose en la cama—. Ya, ya lo sé. Probablemente vas a decirme que estoy siendo condescendiente, pero me refiero a que me doy cuenta de lo sola que te debes de haber sentido. Yo… Ahora entiendo lo que pasaste. Ahora que comparo el hecho de ser una madre joven y soltera con… Ya sabes. Yo… Realmente lamento mucho no haber estado contigo.

June miró a su hermana, que tenía los ojos fijos en el techo. Era cierto que solía acusar a Isabel de ser condescendiente.

—Me alegro de que estés aquí conmigo.

Isabel esbozó una sonrisa y apagó la luz de su mesilla.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Kat, apagando la luz principal.

—Voy un segundo a ver cómo está Charlie —dijo June, saliendo de la cama.

Sólo cuando se encontró en el pasillo, débilmente iluminado, se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración otra vez.

June, Charlie, Lolly, Isabel y Kat estaban sentados en torno a la gran mesa de la cocina. La luz del sol de primera hora de la mañana iluminaba la estancia. Eran las seis y media. Lolly les había recordado la noche anterior a June y a Isabel que el comedor estaba abierto para los huéspedes de siete a ocho y media, de modo que ellas y Charlie tenían que desayunar antes… Y que nada de mencionar la palabra con C delante del niño antes de que Lolly y June decidieran cuándo y cómo decírselo.

June mordió un trozo de beicon y le dio a Charlie un *muffin* de muesli recién horneado. Estaba abrumada por la pena. Su hijo casi no tenía familia, y ahora estaba a punto de perder a su tía abuela.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Charlie, mirando a todos los presentes con ojos brillantes y felices—. ¡Mi mami va a encontrar a mi papá y a mis abuelos para que pueda rellenar mi árbol genealógico! Es para mi proyecto del campamento; tengo que entregarlo el miércoles.

Todos los ojos se volvieron hacia June.

—Mami, ¿crees que podrás encontrarlos antes del miércoles? Faltan cuatro días.

A June se le hizo un nudo en el estómago.

—Bueno, cariño, creo que no va a poder ser, pero entre todas rellenaremos mi lado del árbol genealógico y podemos escribir a tu tutor explicándole que estamos trabajando en la otra rama. —Y de paso, también le contaría que Charlie no iba a volver al campamento. June pensó que hablaría de eso con Charlie durante el fin de semana.

—¿Y me van a poner un suspenso en el proyecto? —preguntó el niño, deteniendo a medio camino la mano con la que se llevaba un trozo de beicon a la boca.

June notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—En primer lugar, en el campamento no ponen notas —dijo Isabel—. En segundo lugar, todas las familias son diferentes, Charlie —añadió, posando una dulce mirada en su sobrino—. Algunas familias tienen muchos parientes y otras unos pocos, pero tú estás de suerte porque ahora todas nos encontramos en esta habitación.

«Gracias, Isabel», le dijo June a su hermana con los ojos cuando sus miradas se cruzaron.

—Así es —dijo Kat—. Nos tienes a todas nosotras, y todas te queremos.

Charlie sonrió y pasó revista a las presentes.

—Tengo a la tía abuela Lolly y a la tía Isabel y a la prima Kat... y a mi mamá. Eso son cuatro tipos diferentes de parientes para poner en el árbol. —Se oyó el ladrido de un perro y Charlie se puso en pie de un salto—. Ése debe de ser *Elvis*, que quiere jugar a «tráelo». ¿Puedo ir, mami?

Elvis era el cariñoso labrador del vecino. Era apenas un cachorro cuando June se había venido a vivir al hostal hacía quince años. Y ahora el viejo *Elvis* seguía aquí, más cariñoso que nunca. Y le seguía gustando recoger ramitas.

—Asegúrate de que es *Elvis* y no ese perro perdido que vino al jardín anoche —dijo Isabel—. Salí a tomar un poco de aire y apareció un chucho con las orejas negras que me apoyó el hocico en el pie. Parecía amistoso, pero nunca se sabe.

Charlie corrió hasta la puerta y apartó la cortina.

—No, es *Elvis*.

—Entonces ve, cariño, pero quédate en el jardín, ¿vale? Y no te olvides de que es muy temprano; o sea, que no hagas mucho ruido.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Lolly musitó:

—Se está haciendo mayor. —Lo dijo con tanta rapidez que June entendió que no quería preguntas sobre su diagnóstico ni sobre cómo se sentía. Hoy volvía a tener su aspecto habitual: una suave camiseta negra, falda blanca vaporosa hasta los tobillos, sus chanclas rojas habituales y la consabida trenza.

—Y cada día está más guapo —dijo Kat, que evidentemente

también había captado el mensaje—. Es un niño tan bueno y tan dulce… Un muñeco.

—Es idéntico a su padre. —June se quedó mirando el plato en el que llevaba cinco minutos paseando los huevos, desde que Charlie había sacado el tema del árbol genealógico—. ¿Cómo voy a encontrar a un hombre llamado John Smith después de siete años si no pude encontrarlo entonces?

—Todo lo que puedes hacer es intentarlo. —Lolly tomó un sorbo de zumo de naranja—. Si no consigues dar con él, Charlie tendrá que aceptarlo.

June sintió indignación ante el típico comentario de Lolly. Aceptar. Aceptar.

—No es justo. Tiene que aceptar que no conocerá nunca a su padre porque yo escogí a un chico que parecía una presa fácil.

—Por lo que tú me contaste entonces sobre John Smith —dijo Isabel mientras empujaba con el tenedor los huevos revueltos—, esa expresión no lo describe en absoluto.

June le dio la razón a su hermana. La había dejado atónita que un chico con el nombre más común de Estados Unidos de América pudiera ser el más original que había conocido jamás. Habían tenido dos citas increíbles, el tipo de cita en la que uno siente que no hay nadie más en el mundo salvo tú y él, en la que hablas de todo, te ríes, miras al otro a los ojos con la loca seguridad de haber descubierto de qué van las canciones de amor.

Se habían conocido en un bar del Upper West Side de Manhattan, cerca de Columbia, al que June había ido con dos amigas. Él estaba sentado a la barra y la oyó hablar de Maine. Él también era de allí —de Bangor, una ciudad a dos horas de Portland, hacia el norte—, de modo que habían empezado a hablar y ya no habían parado. John se había tomado un año sabático en la universidad —estaba en Colby— para recorrer el país como mochilero. Era guapo, casi etéreo, tan pálido, con ojos verdes e intensos y pelo castaño oscuro. June jamás había visto un chico tan guapo como él. Tenía pensado marchar hacia Pensilvania para ver la Campana de la Libertad al día siguiente, pero dijo que lo postergaría, siempre y cuando ella saliera con él. En su segunda cita, a la noche siguiente, June, que era virgen, se había arrancado la ropa y después había hecho lo mismo con la de él.

Y, para no salirse del tópico, jamás volvió a verlo. Habían hecho planes románticos de reunirse para almorzar —ella llevaría las bebidas y él, los sándwiches— cerca de la estatua del Ángel de las Aguas, en la fuente Bethesda de Central Park. Y mientras estaba allí sentada, en aquel banco de piedra con su chaquetón y su bufanda de color rojo, con sus dos botellas de agua y dos galletas de chocolate que había comprado en su panadería favorita, no dejaba de pensar que por fin

entendía a qué se refería todo el mundo… A qué se refería su hermana, Isabel, cuando hablaba de Edward, que por entonces no era tan estúpido. June jamás había sentido eso por ningún chico, con citas o sin ellas. John había sido el primero, en todos los sentidos.

Cuando dio la una y él todavía no había aparecido, le concedió el beneficio de la duda. Él no llevaba tres años viviendo en Nueva York como ella; puede que se hubiera perdido al cambiar de metro, tal vez estaba perdido en el parque. Pero después de mucho esperar bajo aquel frío de noviembre, empezó a darse cuenta de que John no iba a llegar. Él tenía uno de esos móviles de prepago que se compran en las droguerías, pero sólo podía hacer llamadas, no recibirlas. De modo que ella no tenía un número de teléfono al que llamar y él no había dado señales de vida. Dos horas después, a las tres de la tarde, por fin se levantó del banco. Mientras iba subiendo las hermosas escalinatas, le pareció verlo arriba, pero no era él, y notó que el alma se le caía a los pies; sintió un dolor tan intenso que rompió a llorar.

¿Primera alumna de su promoción? Le entraba la risa floja cuando se lo decían. Se había comportado como una estúpida de veintiún años que se había creído todo lo que aquel chico le había dicho. Pero mira que era idiota. Había tratado de encontrarlo cuando supo que estaba embarazada, durante dos semanas, volvió cada noche al bar donde se habían conocido. Caminó alrededor del Ángel de las Aguas tantas veces aquel frío mes de enero que habría podido dibujarlo de memoria, pero no encontró a John. Era un chico guapo que viajaba por el país y a lo mejor llevaba la cuenta de las chicas a las que se había tirado en cada estado.

June Nash, la hermana modélica, preñada a los veintiún años sin haber terminado su carrera. Había tenido que dejarla. Las náuseas matutinas no le habían permitido continuar y, como estaba hecha un lío, no se había preocupado de retirarse formalmente de las clases, tal como le había aconsejado la tía Lolly. En consecuencia, suspendió totas las asignaturas y nunca volvió para terminar el curso. Cuando regresó a casa, a casa de Lolly —«Bueno, lo hecho, hecho está»— había ido en coche a Bangor, la ciudad de donde era él, y había estado preguntando sobre un tal John Smith, lo cual era ridículo, por supuesto. Bangor era una ciudad, no un pueblo. La habían mandado, sin mala intención, de un lado para otro. Conoció a siete John Smith, desde un barbero de setenta años hasta un joven abogado. Ninguno era él, ni siquiera encontró a algún pariente suyo. Incluso había ido al Instituto de Bangor y había pedido los anuarios. El año en que debería haberse graduado —si es que realmente tenía veintiún años— había dos estudiantes con ese nombre: los dos rubios, ninguno era él. Había estado sentada en la secretaría de aquel instituto repasando anuarios hasta que las lágrimas la vencieron y los adolescentes empezaron a

mirarla.

Le había contado a Henry Books la verdad sobre por qué había regresado, le había dicho también que necesitaba un trabajo, y él la había contratado inmediatamente, aunque no necesitaba ayuda. Henry, que a pesar de ser un solitario tenía una novia apasionada, había sido un regalo de Dios aquellos primeros meses, cuando Charlie era un recién nacido. Henry le dio todo el tiempo libre que necesitaba. Incluso le permitía llevar a Charlie al trabajo y él mismo lo acunaba cuando empezaba a inquietarse. Eso les encantaba a las clientas, y las ventas aumentaron ese verano y a comienzos del otoño. Pero la vida con Lolly en el Three Captains' Inn —es decir, toda la vida que ella entonces tenía en Boothbay Harbor— se volvió demasiado insoportable, así que se trasladó a la tienda de Portland con su bebé. Se llevó también el resto del fondo para la universidad y las palabras de Lolly: «Estarás bien, pero siempre puedes volver a casa si quieres. Ya lo sabes.»

Sí, ya lo sabía. Y ésa era la dicotomía de Lolly Weller. Dureza y generosidad. Que la gente era complicada fue una de las primeras lecciones que June aprendió en su vida. June rodeó la jarra de café con las dos manos.

—Me dejó plantada en la tercera cita, después de conseguir lo que quería.

Eso era innegable, de modo que todas siguieron comiendo. En realidad, haciendo como que comían.

—Además, encontrarlo podría ser como abrir la caja de los truenos —dijo Lolly—. No te enfades, sólo es un decir. Es evidente que no conocías al chico por aquel entonces. No sabes qué clase de persona es realmente.

June sintió en la boca del estómago una terrible combinación de enfado y de vergüenza. Vergüenza de que la llamaran tonta. De ser una tonta. Y enfado por la falta de comprensión de su tía. Nunca entendía nada. Ella había conocido de verdad a John Smith durante aquellos dos días. Cuando siete años atrás había tratado de explicarle a Lolly que se había enamorado profundamente, con el tipo de pasión que ahora hacía que pudiera entender al personaje de *Los puentes de Madison*, su tía había dicho que no se puede amar a nadie —y mucho menos conocerlo— en dos días.

—De todos modos —había dicho Lolly—, eso ya lo has descubierto.

Decir que su tía no había servido de mucho consuelo aquellos días, al comienzo de su embarazo, sería quedarse muy pero que muy corta. Sin embargo, Lolly había estado allí. Había ayudado a June hasta que se trasladó a Portland, cuando Charlie tenía casi un año. Tenía que reconocérselo a su tía: eso y mucho más. Lolly no era una

persona maternal. No le iban los abrazos ni la empatía. Era como era, y June hacía tiempo que lo había aceptado. No era razón suficiente para ir a verla demasiado a menudo, pero la idea de perderla...

En eso no quería ni entrar.

—Yo te ayudaré a encontrarlo —dijo Isabel, cubriendo la mano de June con la suya durante un instante.

June la miró sorprendida.

—Y yo también —dijo Kat.

June esperó a que Lolly dijera algo, que les deseaba suerte, *algo*, pero no fue así.

Con sus grandes gafas de sol negras y un sombrero de paja para ocultarse de cualquier antiguo compañero de clase, June fue abriéndose paso entre la multitud de turistas por la avenida Townsend y cruzó hacia Harbor Lane, la calle de Boothbay Harbor en la que estaban sus tiendas preferidas. El diminuto y encantador Moon Tea Emporium, con sus cinco mesas redondas y su interior pintado de un alegre color amarillo; el escaparate de una quiromántica que era extraordinariamente perceptiva aunque no exactamente vidente; una tienda de regalos que llevaba allí generaciones, con sus artículos únicos, como las regaderas con forma de faro que bordeaban los escalones de la entrada; y por supuesto, al final de la calle, Books Brothers. June tiró de la puerta con su picaporte en forma de canoa roja y sonrió como siempre al ver el interior del establecimiento. Books Brothers era como entrar en una mágica sala de estar con paredes cubiertas de estanterías de libros y esteras de bambú. Las antiguas y cómodas sillas y los cojines invitaban a sentarse a leer, y las reliquias que cubrían las paredes y la parte superior de las estanterías contaban todo tipo de aventuras marinas. Encima de una de esas estanterías había una destartalada canoa roja. Encima de otra, una fotografía de Boothbay Harbor tomada por un artista local. A los maestros les encantaba traer a los niños de excursión para que Henry les contara dónde había conseguido sus hallazgos.

Sonrió a la dependienta, una estudiante universitaria. June pensó que esa chica se parecía mucho a ella cuando empezó en Books Brothers.

—¿Está Henry en su oficina?

La joven negó con la cabeza.

—Está en el barco; quiero decir: atracado.

June recorrió los pasillos de los más vendidos, biografías y memorias, y libros de interés local, más allá del rincón de los niños que Henry había construido con un barco langostero. Apareció una carita en el ojo de buey y June sonrió. Al llegar al fondo de la tienda tiró de una puerta en cuyo cartel podía leerse: «Reservado», y pasó por

otra que daba directamente al muelle donde estaba atracada la casa flotante de Henry. Éste se encontraba de rodillas a estribor, con una lata a sus pies y una lijadora en la mano.

—Hola —le dijo June poniéndose las gafas de sol sobre la cabeza —. ¿Te está dando problemas?

Él se puso de pie y le sonrió, entrecerrando los claros ojos pardos, como los de Clint Eastwood.

—Este barco nunca es un problema.

Desde el exterior, la casa flotante de Henry parecía una lancha de motor normal, aunque grande. Pero, en cuanto bajabas la escalerilla, se convertía en un acogedor hogar con dos dormitorios, una sala de estar, una cocina y un baño. Las paredes y superficies estaban decoradas con muchas de las reliquias de Henry y también con su colección de arte. Y una fotografía de Vanessa Gull, la novia con la que constantemente rompía y volvía a salir. Vanessa tenía una belleza goda y era la persona menos amigable de la Tierra; June sospechaba que precisamente por eso le gustaba a Henry. No era amiga de finuras, y a Henry no le gustaban los artificios. Llevaban siendo una pareja inestable desde que June había trabajado la primera vez en el Books Brothers de Boothbay. Eso era mucho tiempo. Hacía unos años, durante unas vacaciones, June había traído a Charlie al barco para decirle hola a Henry, y Vanessa, que estaba allí, le había dicho a la muchacha: «Hay algo en ti que me molesta», y a continuación se había marchado con su vestido brillante y sus botas Frye con correaje. Vanessa, igual que Henry, tenía diez años más que June y hacía que se sintiera como una niña tonta. Se alegró de que no anduviera por ahí.

—He venido a aceptar oficialmente tu oferta —dijo.

El día anterior, antes de venir conduciendo desde Portland, había llamado a Henry. Cuando estaba a punto de contarle todas sus desventuras, él la había interrumpido:

—Ya lo sé. Puedes empezar el próximo fin de semana si te va bien. Gerente, el mismo sueldo.

Ella le había dicho que no estaba segura de cuáles iban a ser sus planes. De si realmente podría vivir otra vez en Boothbay Harbor.

—Ha pasado mucho tiempo desde que te fuiste, June —respondió Henry—. Ya puedes pasar página. El trabajo es tuyo si lo quieres, pero dímelo este fin de semana. El próximo es el puente del Día del Trabajo y necesito a alguien para la avalancha. No me hagas contratar a Vanessa.

June se rió. En una ocasión, Vanessa la había sustituido en la tienda y ahuyentó a tres clientes que más tarde se quejaron amargamente a June y a Henry. Desde entonces tenía prohibido trabajar en la librería.

—Bueno —fue la respuesta de Henry en esta ocasión—, para que

puedas dedicar algo de tiempo a tu tía, ¿por qué no empiezas el viernes? Durante el puente tendrás mucho trabajo, pero el resto de los días estarás prácticamente sola. Bean será el dependiente los fines de semana y durante vacaciones. Tú y Charlie os quedaréis en el hostal, ¿no? —Le había contado lo del anuncio de Lolly el día anterior, cuando recogió a Charlie después de la cena. Él la había rodeado con sus brazos y había hecho que el mundo desapareciera durante quince maravillosos segundos.

—Por ahora, sí —respondió—. Ya veremos.

—Vale. Ya sabéis que podéis venir aquí siempre que queráis. A veces, en el hostal hay demasiada gente...

Dios, June adoraba a Henry Books. Era como un regalo del cielo, el prudente hermano mayor que nunca tuvo. Pensaba mucho en él, en la forma que tenía de entrecerrar los ojos color madera, iguales a los de Clint Eastwood, cuando sonreía. En cómo su pelo oscuro, espeso y lacio le caía en un remolino sobre la ceja izquierda. En lo alto, delgado y musculoso que era. En que, a pesar de ser todo un hombre de Maine, un lobo de mar, tenía mucho de vaquero con los pies bien asentados en la tierra.

Cuando trabajaron juntos, Henry la había tratado como a la asustada veinteañera que era, como a una niña que se había metido en un problema, y no como a una mujer, y ella no se había planteado la posibilidad de vivir un romance con él. De todos modos, por entonces ella estaba embarazada, y después tuvo que cuidar de un recién nacido primero y de un niño pequeño después, mientras Henry se dedicaba a navegar y a dejar que Vanessa lo maltratara. June siempre decía que esa mujer se parecía a Angelina Jolie en la época en la que estuvo con Billy Bob Thornton: pelo largo y oscuro, ojos pintados con *kohl* y feroz sensualidad. ¿Cómo iba a competir con ella June Nash, rodeada de vómitos infantiles y calzada siempre con zuecos y sandalias cómodas?

—Gracias otra vez por lo de anoche, por cuidar de Charlie por mí —dijo June—. Este barco lo vuelve loco y le encantó que lo llevaras a coger almejas.

—Es un muchacho estupendo —dijo Henry, y June sabía que lo decía de verdad. Sintió que se le henchía el corazón con un poquito de orgullo, un poquito de «hice algo bueno».

—Ve con tu tía y tu familia —dijo Henry—. Nos vemos el viernes y te cuento algunas novedades que hay en la librería. No olvides decirle a Lolly que, si puedo ayudar en algo, no tiene más que llamar.

—Ya, ya —dijo ella, y, volviendo a ponerse las gafas, enfiló el paseo marítimo. Seis días libres para pasarlos con Charlie y ayudar en el hostal. Era un plan perfecto.

—Ah, June —le gritó Henry, haciendo que se volviera—. Y si

necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

Le contestó asintiendo con la cabeza y sonriendo. Quizá no fuera la persona más afortunada del mundo, pero tenía a Charlie y a Henry Books. Y, por el cariz que habían tomado las cosas la noche pasada y hoy, estaba empezando a recuperar a su familia.

6

Kat

A última hora de la tarde del domingo, una fresca brisa removió el pelo de Kat, que aún olía al chocolate y al azúcar que había usado para hacer una tarta de cumpleaños. Iban en el convertible de Oliver hacia «algún lugar secreto». Estaban rodeando el extremo más alejado de la península y lo único que le había dicho era que tenía una sorpresa para ella. El viento era muy agradable, lo dejaba todo atrás, especialmente los pensamientos. Kat observaba los barcos que surcaban las aguas gris azulado; en la cubierta, la gente señalaba una ballena que por fin había hecho su aparición. Se encontraba tan exhausta que daba las gracias por no tener que hacer nada más que ir allí sentada, centrada en la salpicadura del agua o en el sonido de los cambios de marcha del coche.

Se dio cuenta de que tenía azúcar glasé azul debajo de la uña del pulgar, pero no había tenido tiempo de darse una ducha ni de lavarse las manos. Había estado trabajando en la tarta del barco pirata para el capitán Alex, de cinco años, mientras de cuando en cuando oía a su madre, que trataba de poner a Isabel al tanto de lo que implica la dirección de un hostal.

—Si un huésped te llama, déjalo todo y acude a ver lo que quiere, aunque estés en medio del almuerzo o de una llamada telefónica. Si ves que algo no está bien, como arena en el suelo o una taza sucia, ocúpate de inmediato.

Entre una indicación y otra había huéspedes a los que saludar y preguntas que responder sobre mapas y sobre cómo llegar al jardín botánico. Unos clientes le contaron a la posadera que era su último día y que no sabían qué hacer: si ir a Portland o a Rockland y Camden. La voz de Lolly era firme y segura, todo en el hostal funcionaba con normalidad, y por un rato Kat estuvo tan absorta en crear un puente perfecto para la parte superior de la tarta pirata que se olvidó incluso de la palabra «cáncer». Hasta que, a través de la ventana abierta, oyó cómo alguien la mencionaba. Allí había dos parejas de huéspedes charlando mientras bebían una copa de vino, cortesía de Lolly, quien siempre invitaba a sus huéspedes a una copa de cinco a seis.

—Mi hermana tuvo cáncer de ovario —decía una de las mujeres —. Lo combatió todo el tiempo que pudo, pero murió hace dos años.

—Mi madre también —sonó otra voz—. Cáncer de mama. —Se oyeron sollozos—. Lo siento mucho.

Y una voz de hombre que decía:

—Vamos, cariño.

Kat se había quedado muy quieta, con los ojos cerrados y las manos y los labios temblorosos.

—Por favor, Dios mío, no te lleves a mi madre —susurró la muchacha, juntando las manos en una plegaria.

Y entonces Lolly había entrado a la cocina a buscar otro trozo de gouda, le había comentado a su hija que la niebla se estaba disipando y, cuando la puerta se cerró otra vez detrás de la posadera, Kat rompió a llorar. Se apartó de la ventana, buscó el rincón más apartado de todos, se acurrucó y lloró tapándose la cara con los antebrazos. No podía perder a su madre.

Estuvo allí sentada hasta que un recuerdo la hizo reír: ella y sus padres en el jardín que había en el límite de la propiedad, echados en el suelo los tres juntos, Kat en el medio, señalando las nubes e intentando adivinar qué forma tenían. Kat había encontrado un reno. Su madre, un coche. Su padre, un pavo, lo que hizo que Lolly Weller se riera a carcajadas.

El recuerdo se disipó, sin embargo, y Kat se levantó, tranquila y triste, dando gracias porque Oliver iba a venir a buscarla de un momento a otro para «llevarla a un lugar al que era necesario que fuera». Necesitaba salir del hostal. Oliver llegó puntual, como siempre, con el buen aspecto de costumbre: alto y musculoso, con sus vaqueros desgastados y una camiseta verde oscura, y con su pelo rubio como la arena, fosco y ondulado, todo revuelto.

Cuando el coche enfiló por una carretera secundaria que no tenía ni idea de adónde llevaba, Kat buscó en su bolso, sacó su pequeña libreta y un bolígrafo, y escribió: «¿Adónde vamos?» Y lo puso donde él pudiera verlo.

Oliver la miró y sonrió.

—Pronto lo verás.

Cuando Kat era pequeña, Oliver y ella solían sentarse en las anchas repisas de sus ventanas enfrentadas, con el amplio jardín de por medio, y mantenían conversaciones valiéndose para ello de grandes blocs de papel en los cuales escribían. Eran los mensajes de texto de una época en la que no existían todavía los teléfonos móviles. A veces bastaba con verlo ahí sentado. Cuando los padres de Oliver o la madre de Kat los hacían entrar en casa, Kat lo echaba mucho de menos. Hacía tiempo que los padres de Oliver habían vendido su casa y ahora vivían en Camden, pero a veces, como el viernes pasado, Kat deseaba poder salir a la repisa y escribirle en una nota «Estoy muy asustada», y recibir el mensaje tranquilizador de Oliver: «Si necesitas

algo, aquí estoy.»

El viernes, después de la película y de que sus primas y ella pasaran un par de horas hablando en la habitación que ahora compartían, Kat había salido silenciosamente de la cama, había escrito una nota y se había marchado sin hacer ruido hasta la cabaña de Oliver. A él le había bastado una mirada para ver que Kat estaba muy preocupada, y que el motivo no era únicamente la llegada de sus primas. Ella le contó entonces lo de su madre. Dijo palabras que se le atragantaban, como «fase cuatro», «metástasis», «quimioterapia». Él la abrazó y la dejó llorar, como había hecho tantas veces. Intentaron hablar, pero no había mucho que decir. La única respuesta a todas las preguntas de Kat, a todas las de Oliver, era «No lo sé». Se echaron en el gran sofá de cuero y los brazos de Oliver rodearon a Kat. Cuando ella se despertó dos horas más tarde, le dejó una nota, volvió conduciendo hasta su casa y entró sigilosamente en su habitación, donde se desmoronó al ver a Isabel y a June, que dormían profundamente en las camas nido. Estaban allí por su madre, y la presencia de sus primas en aquel dormitorio no hizo sino confirmar lo horrible que era la situación. En cuanto se metió en la cama y se tapó con la colcha hasta el cuello, volvió a sentirse asustada y deseó haberse quedado con Oliver y notar todavía sus brazos rodeándola con fuerza. Había vuelto el sábado por la noche después de la cena y habían repetido más o menos lo mismo que la noche del viernes. Eso era lo que necesitaba. Hablar poco, una buena sopa, unos brazos fuertes. Alguien que las conociera a su madre y a ella desde siempre.

En este momento no le apetecían demasiado las sorpresas ni los secretos. Tenía ganas de decirle a Oliver que diera la vuelta, que la llevara a su casa, le preparara un baño y le dejara contemplar las burbujas o el techo, pero las palabras no salieron de sus labios y el coche siguió su camino. Tenía auténtico miedo, un miedo que no había sentido desde la muerte de su padre. Con su madre y sus primas, Kat ya tenía bastante: no le hacía falta otra «sorpresa».

—Hemos llegado —dijo Oliver tras detener el coche en un camino de gravilla. Más allá sólo había árboles—. Mira por mi ventanilla.

Kat se dio cuenta de lo profundamente sumida en sus pensamientos que había estado. A la izquierda había un prado, un campo lleno de flores silvestres. Pudo ver clavelinas rosas y rojas, sus favoritas. Dedaleras y margaritas y ranúnculos amarillos. Sonrió. Las flores siempre la habían animado.

—Ven. —Oliver la cogió de la mano y la llevó hasta un viejo banco de madera que había en el centro del prado.

Kat aspiró la fragancia de las flores, del sol, del calor y de la naturaleza. Por un momento tuvo ganas de dar vueltas, echar la cabeza hacia atrás y dejar que las flores y el sol la envolvieran. Aquí

no había nada más que tierra y cielo. Posibilidades. Pero se quedó allí tumbada, con los brazos por encima de la cabeza. Arrancó un ranúnculo, una de las primeras flores que Oliver le había regalado cuando eran niños, y la sostuvo delante de la cara.

—Esto es hermoso y maravilloso, Oliver —dijo cuando él se tumbó a su lado—. Justo lo que necesitaba. Es como sentirse transportada a una nube de algodón en medio de un cielo azul...

Pero la nube de algodón y el brillante cielo azul la hicieron pensar otra vez en sus padres. En el día que estaban mirando las nubes e identificando renos y pavos y coches, y en la risa de su madre ante la idea de que una nube pudiera tener forma de pavo. Kat nunca la había vuelto a ver reír como aquel día.

—Sabía que te gustaría —dijo Oliver.

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y no pudo evitar el llanto. Su madre se estaba muriendo. Hasta donde ella recordaba, su madre había sido reservada, distante. Y, desde la muerte de su marido, Lolly se había encerrado todavía más en sí misma, había levantado una especie de gruesa muralla entre ellas, entre ella y todos los demás. Kat nunca olvidaría lo que le gritó a su madre el día que le anunció que su padre había muerto.

—¡Papá debería haberme permitido ir con él, como yo quería! ¡Así podría estar con él en el cielo!

Con el correr de los años, al pensar en aquella escena, Kat se sentía tan avergonzada que le entraban ganas de vomitar. Decir semejante cosa. A su madre. A alguien que acababa de perder a su marido, a su hermana, a su cuñado. A los trece años, aquellas palabras consumían a Kat, y Oliver le dijo que fuera y hablara de ello con su madre, que le contara que no había querido decir eso. Kat se armó de coraje, pero su madre la desalentó, como siempre.

—Kat, no es necesario pensar en eso. —Y a continuación había vuelto a sus libros de contabilidad, dejando a Kat sola con la vergüenza, con el peso de algo que no podía quitarse de dentro del pecho.

Sin embargo, ahora le venían a la memoria los momentos en que Lolly la había tratado bien: cómo la había tenido abrazada durante horas esa primera noche sin su padre, mientras Kat lloraba y gritaba; cómo había empezado a leerle un cuento todas las noches como hacía su padre, a pesar de estar tan agotada por el trabajo en el hostal y por haberse hecho cargo de sus angustiadas sobrinas que a veces la que parecía a punto de dormirse era ella; cómo había conducido noventa kilómetros para llevarle a un veterinario un petirrojo que Kat había encontrado herido en el jardín trasero; cómo había estado ahí, todos estos años, firme, fuerte, repasando las cifras en sus libros, ocupándose de los huéspedes, preparando los huevos del desayuno.

Y ahora se había decidido a luchar contra el cáncer. A Kat no la hubiera sorprendido si Lolly hubiera dicho: «No voy a someterme a ese espanto de la quimio y las radiaciones. Me ha llegado la hora y me voy.» Eso era más del estilo de su madre. Que estuviera dispuesta a luchar era raro y no lo era al mismo tiempo, así de complicada le parecía su madre. Pero, a pesar de todo, Lolly era su ancla. Aunque su relación no fuera tan cercana como la de otras madres e hijas que van juntas de compras o comparten secretos mientras pelan zanahorias, eran socias en el negocio, en cierto sentido. Compartían el hostal. Y ahora...

Oliver se incorporó y la atrajo hacia sí. No le dijo que todo se iba a arreglar. No le dijo que dejara de llorar. No le dijo nada. Kat se pegó a él, agarrándose a su camiseta. Cuando por fin dejó de llorar y pudo respirar otra vez, paseó la mirada por las flores silvestres, por el viejo banco en medio del prado.

—Algún romántico debe de haberlo puesto ahí, sólo para sentarse y estar en medio de esta belleza virgen —dijo Kat, señalando el banco. Respiró hondo, se puso de pie y le tendió la mano.

Oliver la cogió y ella lo condujo hasta el banco.

—Sí, yo —dijo Oliver, asintiendo con la cabeza.

Kat bajó la vista y ahí estaban, entre las muchas iniciales y nombres burdamente tallados en la madera, OT en la segunda tablilla y KW en la tercera. No estaban dentro de un corazón, por supuesto, pero sí talladas.

Era el banco que una vez estuvo junto al estanque de las ranas, donde solían sentarse y hablar lejos de sus casas, observando las ranas y los sapos que saltaban entre los nenúfares.

—¿Qué? ¿Cómo lo has traído hasta aquí?

—Gané el concurso para el diseño del nuevo parque y querían deshacerse de esta «antigualla». Pregunté si me la podía quedar, por su valor sentimental y eso. Pasé por aquí hace unas semanas y, después de enterarme de lo de tu madre, pensé que éste sería un buen lugar para que vinieras a pensar, a respirar, a olvidarte de todo, ¿sabes?

Sí, lo sabía. Sabía exactamente lo que quería decir. Adoraba que fuera tan sentimental, que un arquitecto paisajista que diseñaba y construía jardines, patios y paseos residenciales y comerciales también fuera capaz de apreciar un prado de flores silvestres.

—Oliver —dijo acercándosele—. Decir que eres maravilloso es poco.

—¿Eso quiere decir que te casarás conmigo? —dijo sacando de su bolsillo una cajita.

Sintió el familiar cosquilleo de la risa, pero esta vez no se extendió como de costumbre. Era Oliver, de pie entre las flores

silvestres y el banco que había rescatado, en medio de este campo de posibilidades, y le pedía que se casara con él. Kat quería que el mundo volviera a ser un lugar seguro. Él sostuvo la caja abierta y sacó un anillo de oro con un diamante redondo reluciente. Se lo puso en el dedo.

—Te quiero más que a nada, y sé lo asustada que estás en este momento, lo preocupada que estás por tu madre. Quiero ser tu familia, Katherine Weller.

Maldita sea. Sabía decir las palabras adecuadas justo en el lugar adecuado.

—Sí —respondió Kat tras un segundo de vacilación.

Después, protegidos por los viejos robles y otros árboles de hoja perenne, Kat dejó que Oliver la tendiera sobre las flores, le levantara el vestido de verano y le hiciera el amor por primera vez.

No se sintió diferente. Después de todos estos años de fantasear con acostarse con él, de imaginárselo pero de tener tanto miedo, por fin habían hecho el amor mientras el sol le daba en la cara, la brisa le revolvía el pelo y los ojos de Oliver, rebosantes de amor, de ternura y de «Llevo toda la vida queriendo hacer esto», la miraban con intensidad.

Sin embargo, ella no se sintió diferente. Nada había cambiado. «¿Por qué?» Nada había estallado en su interior como siempre pensó que podría suceder.

Se quedó de pie en la puerta del hostal y se volvió para decirle adiós a Oliver mientras se alejaba, con el cosquilleo de la risa otra vez en el cuerpo. Sabía que esa noche no le iba a contar la noticia a nadie, de modo que se quitó el hermoso anillo y, tras mirarlo un instante, lo guardó en el bolsillo. Sacó el móvil y le escribió un mensaje a Oliver: «Guardémonos la noticia hasta que encuentre el momento adecuado para decírselo a Lolly. ¿Vale?»

Unos segundos después, él le respondió: «Hecho.»

Reunió fuerzas antes de entrar, segura de que, en cuanto la viera, su madre se daría cuenta de que algo había cambiado en ella. Había hecho el amor con Oliver. Una vez más había bastado un instante para que su vida cambiara por completo.

Su madre tenía cáncer.

Ella estaba comprometida. Se iba a casar.

Respiró hondo y abrió la puerta. El aire olía a palomitas.

—Ah, bien. Estás de vuelta —dijo Lolly cuando Kat entró—. Ya sé que no es viernes, pero como mañana empiezo la quimio necesito algo divertido y ligero para olvidarme de todo. Por eso preparé una noche de cine improvisada. Vamos a ver *El diablo viste de Prada*. Seremos nosotras dos, tus primas, y Pearl, Tyler y Suzanne, nuestros jóvenes

huéspedes.

Aunque su madre la miraba de frente, los ojos no se le iluminaron con un «Por fin le has dicho a Oliver que sí… a todo. Lo puedo ver en tu cara». Cuando era niña, a Kat siempre la había sorprendido que la gente pudiera tener semejantes secretos en su interior y que no se notara.

De todos modos, Kat no estaba de humor para cosas divertidas y ligeras. Ni para una película. Estaba nerviosa por lo de la quimioterapia. Lo que quería era correr al Refugio, sacar el anillo y mirarlo. ¿Le había dicho que sí a Oliver? Sí, lo había hecho. Sin vacilar. ¿Había sido por el gesto? ¿Por el banco? ¿Por las flores silvestres? ¿Por consideración? ¿La había cogido en un momento de debilidad, cuando estaba asustada?

Todavía estaba asustada.

Pero ahora podía añadir un «Le he dicho a Oliver que me casaría con él» a la lista.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Kat escudriñando la cara de su madre. Había estado haciéndole la misma pregunta prácticamente cada media hora desde que su madre les había dado la noticia. Y siempre recibía la misma respuesta.

—Bien —dijo Lolly, y Kat se dio cuenta de que su madre tenía la cabeza en un millón de cosas: el hostal, dejarle a Isabel las cosas preparadas, la noche de cine, la quimioterapia.

—No vayamos a hacer un mundo de esto, ¿vale?

Kat miró a su madre, pero entonces sintió que su expresión se suavizaba. Era su diagnóstico, su enfermedad, y tenía derecho a manejarlo como quisiera.

—De acuerdo —dijo, y le cogió las manos con las suyas sin importarle que le gustara o no.

Le dijo a Lolly que bajaba dentro de un minuto. Corrió arriba y puso el anillo en el compartimento secreto de su joyero, que tenía una diminuta bailarina que bailaba al son de *Moon River*. Se lo había regalado su padre cuando cumplió los nueve años junto con una cadenita de oro con un colgante en forma de corazón que llevaba una K grabada. Echó una última mirada al hermoso anillo y a continuación cerró el cajoncito.

Al volver al salón, Kat ocupó su lugar habitual en el puf junto al sofá en el que se sentaban su madre y Pearl. Isabel y June estaban en el sofá más pequeño y en las dos butacas se habían sentado Suzanne y Tyler, dos huéspedes de unos veintitantos años. Desde su llegada no habían hecho más que cogerse de las manos. Al registrarse, Suzanne había mencionado que estaban allí para celebrar su primer mes, y viendo su edad y que no llevaban anillos, Kat supuso que se referían al primer mes desde que habían empezado a salir.

Kat no había tenido ocasión de hacer pasteles para la improvisada noche de cine, pero había palomitas suficientes y un gran cuenco de M&&M'S. Kat cogió unos pocos, pero la impactó tanto el comienzo de *El diablo viste de Prada*, con Anne Hathaway abriéndose camino por las bulliciosas y atestadas calles de Nueva York, que las pequeñas pastillas se le resbalaron entre los dedos. Se preguntó cómo sería vivir en un lugar como ése, con tantas luces, tanto tráfico, tanta gente. Boothbay Harbor se llenaba en verano, llegaba a estar abarrotado de gente, y eso resultaba divertido y excitante en cierto modo, pero no dejaba de ser una ciudad pequeña.

El atractivo actor de la serie de televisión «El séquito» hacía el papel de novio de Anne Hathaway. A Kat le pareció que formaban una buena pareja; parecían hechos el uno para el otro, lo mismo que decían todos sobre Oliver y ella. Le gustó el personaje de Anne, una universitaria recién graduada que se va a Nueva York con sus ideales y sus sueños de convertirse en una periodista de éxito y de cubrir noticias importantes. No le faltaba determinación, pero sí ofertas de trabajo. De modo que cuando la jefa de redacción más poderosa del sector de las revistas de moda, Miranda Priestly —el personaje que interpreta Meryl Streep—, le ofrece el puesto de segunda asistente, Anne acepta, a pesar de que ese trabajo no tiene nada que ver con los planes que ella había hecho.

A Kat le encantó la situación. Con el pelo largo y desastrado, sin maquillaje y con un aspecto muy descuidado, Anne estaba totalmente fuera de lugar en una importante revista de moda. No tenía el menor interés por ese mundo, pero le interesaba lo que ese trabajo pudiera representar para su currículum. Al final, tras convertirse en una joven elegante e inesperadamente indispensable para la fiera de su jefa, Anne se enfrenta al dilema de elegir entre sus valores o su vida profesional.

Kat se imaginó trabajando en una pastelería de lujo o en un hotel o restaurante como pastelera jefe o subjefe, dejando de lado sus camisetas cómodas y las chanclas de Merrell y vestida con elegantes vestidos negros, propietaria de un apartamento en la planta veintitantos con vistas al Empire State, al río, y a miles y miles de luces.

Algo se conmovió dentro de ella al ver la transformación de Anne Hathaway, que de chica desgarbada y sin estilo llega a transformarse en una joven elegante y segura de sí misma. A lo mejor también ella necesitaba un viaje a Nueva York, sólo para comprobar que no podía vivir allí, que le faltaba el aire. Para sacarse aquellas fantasías de la cabeza.

Es cierto que se podía imaginar marchándose de repente de Boothbay Harbor. Dos horas después de comprometerse con un

hombre, ninguna mujer está totalmente segura de haber hecho lo correcto al decir que sí y para siempre. Pero mientras pasaban los créditos, Kat deseó que hubiera una segunda parte de la película para averiguar si el trabajo de sus sueños resultaba realmente eso y si las cosas acababan funcionando con su novio. Kat creía que sí.

—Meryl estaba casi irreconocible —dijo Lolly—. ¿No es sorprendente que consiga que una jefa tan despiadada acabe cayéndonos simpática? —Bebió un sorbo de vino—. Me encanta su capacidad para humanizar a Miranda Priestly. Incluso en los momentos en que se muestra más terrible, más condescendiente, logras entenderla. Me ha gustado mucho esa escena en la que explica cómo la elección que hace Anne Hathaway de un simple jersey azul está basada en lo que sucede en la redacción de la revista.

—Ya sabía que la moda era un negocio serio —dijo Isabel—, pero, Dios mío, qué presión, parecía insoportable. Todo eran reverencias.

—Hablando de presión —dijo Suzanne, la joven huésped—. Lo que no me ha gustado nada ha sido la forma en que el novio de Anne Hathaway la presionaba para que no cambiara. ¿Por qué la gente no te deja cambiar y crecer?

—Yo nunca te impediría que tomases tus propias decisiones, Suze —afirmó su novio, Tyler, con la boca pegada al pelo de ella.

—Pienso que tienen miedo —dijo Isabel—. Ven que andas por ahí, plantándole cara a tu mundo, y se sienten relegados. —Se miró los pies, y Kat se preguntó si estaría pensando en Edward.

June cogió un puñado de palomitas.

—Sin embargo, con ese tipo de trabajo no debe de ser fácil tener una vida personal. Es el trabajo o tú. Ella y su novio tendrían algo así como unos veintidós o veintitrés años, ¿no? Es el momento para plantearse qué te conviene más.

—A pesar de todo, ella tenía que elegir —dijo Suzanne—. Su jefa o el cumpleaños de su chico. Eligió a su jefa. Yo nunca elegiría el trabajo por encima de Tyler.

Kat tuvo ganas de decir que lo más probable era que nunca se encontrara en situación de tener que hacerlo.

—¿Sabéis lo que creo? Creo que eligió a su jefa, eligió su trabajo, porque Meryl Streep le permitía convertirse en otra persona, en alguien que ella ni siquiera sabía que llevaba dentro. Su trabajo le hizo descubrir una faceta totalmente nueva de sí misma. A su novio no le apetecía que cambiara, a él le gustaba tal y como era: desordenada. Lo cual no está mal en realidad, pero sí para el personaje de Anne Hathaway. A mí el novio me ha parecido un majadero.

—Pues a mí no me lo ha parecido en absoluto —dijo Tyler—. Creo que lo que intentaba era que ella no se desmandase, que no perdiera de vista la realidad. No estaba dispuesto a dejarse tratar

como una mierda. —Miró a su alrededor—. Lo siento.

Lolly se puso en pie y empezó a recoger fuentes y bandejas, de modo que todos se levantaron a ayudarla.

—Bueno, creo que Anne Hathaway se negó a tener que comprometerse. Se apartó de todo aquello y regresó a lo que siempre había deseado. De algún modo, acaba convirtiéndose en la persona que quería ser.

—Pero le encantaba su trabajo en *Runway* —dijo June—. Y eso era algo que se le daba bien.

—¿Eso de ser la sirviente personal y la conciencia de alguien? —preguntó Suzanne—. No es un papel muy deseable.

—Sin embargo, no estoy muy segura de que volver con su novio estuviera bien —dijo June—. Me ha alegrado que encontrase el trabajo que siempre había querido. Ella se da cuenta de que tiene que sacrificarlo todo, incluso sus ideales, por el trabajo, pero también me ha parecido que se acaba convirtiendo en una persona diferente y que su novio se queda atrás. ¿No os parece?

«Tiene toda la razón», pensó Kat. Mentalmente vio el destello del anillo que había dejado en su joyero. Claro que Oliver no era un tío de esos anquilosados y de mente estrecha. Si ella quería viajar, probablemente a él le encantaría ir con ella a Tailandia o Austria o España. Si ella quisiera hacer un curso de pastelería en el sur profundo de Estados Unidos, o uno de *cannoli* en Roma, seguramente la animaría. Bueno, hasta cierto punto.

«Entonces, ¿por qué estás nerviosa, Kat? ¿Cuál es el problema?» ¿Tanto miedo le tenía a Oliver, a perder esa clase de amor que sólo llega una vez en la vida, que no quería alegrarse demasiado? ¿O era que en el fondo de su corazón ella no lo amaba de esa manera después de todo?

¿Cómo puede saber una persona lo que siente? Su amiga Lizzie insistía en que Kat leía demasiadas revistas femeninas y se dejaba llevar por todas esas paparruchas. Pensaba que Kat debería recordar exactamente cómo se había sentido un momento antes de que aquella botella la señalara, cuando tenía trece años y estaba secretamente enamorada de Oliver, cuando deseaba besarlo protegida por el secreto. Hasta que la botella se paró señalándola a ella y se sintió como si la hubiesen descubierto.

—Me encanta que Anne Hathaway se haya convertido al final en sí misma —dijo Isabel—. No en la persona que necesita ser para encajar en el mundo del personaje de Meryl Streep. Se convierte en una versión más madura de lo que quiere ser. La periodista mordaz.

June asintió.

—¿Sabéis en qué estaba pensando mientras veía la película? En que me encanta Nueva York, pero no habría durado ni un minuto en

un lugar como ése, en la revista *Runway*. Me pregunto si todas las grandes publicaciones funcionan así. A lo mejor me salvé de una buena.

Kat *podía* imaginarse vestida con aquel elegante conjunto negro, corriendo para coger un taxi que la llevara a un café-pastelería de moda en el Soho, saboreando un martini de chocolate, dejando sus chanclas y sus botas de lluvia en Maine. Sin embargo, aunque fantaseara con mudarse a Nueva York y trabajar en una pastelería pija, no se iba a marchar de Boothbay Harbor. Su madre la necesitaba más que nunca. Y una vez casada… Bueno, aquí era donde quería estar Oliver, donde quería pasar el resto de su vida, criar a los cuatro hijos que siempre había deseado tener. Oliver no quería vivir en Nueva York, ni en Roma, ni en París.

La animaría hasta cierto punto.

Si se casaba con él, se quedaría en esta ciudad… para siempre.

7

Isabel

Aquel huésped atractivo que se había registrado la noche pasada, justo antes de que empezara la película, estaba en el jardín del fondo. Su nombre era Griffin Dean. Había llegado un poco preocupado. Venía con una niña pequeña, de dos o tres años, dormida en sus brazos, y una adolescente con cascos y una expresión hostil. La muchacha se disgustó cuando supo que no iba a tener su propio dormitorio, pero cuando Lolly le explicó lo de la alcoba en la habitación Águila Pescadora, que estaba separada del resto de la estancia por una gruesa pared y tenía dos camas y su propia ventana, aceptó con un «vale». Mientras subían la escalera, Isabel no había dejado de insistirle en que el desayuno se servía de siete a ocho y media, en que si necesitaban algo, lo que fuera, no tenían más que decírselo y en que, si él estaba interesado, ésa era la noche de cine en el hostal e iban a ver *El diablo viste de Prada*. Él se había mostrado algo confuso, como preguntándose por qué diablos a aquella mujer se le ocurría pensar que él podría querer ver una película de esa clase. Después dio las gracias y esperó educadamente a que ella se volviera y se marchara antes de cerrar la puerta.

Isabel echó una mirada a su reloj. Todavía no eran las seis de la mañana. Era lunes. Se había levantado temprano para su primer día oficial como posadera, pero un huésped le había ganado. Se dijo a sí misma que quizá debía levantarse antes; tendría que preguntárselo a Lolly. Isabel no había podido dormir mucho esa noche. No era sólo lo de la primera sesión de quimioterapia de su tía —a la que la llevarían ella y Kat mientras June y Charlie se ocupaban del hostal— lo que la había mantenido despierta. Había soñado con Edward, un extraño sueño en el que los dos estaban tumbados en el jardín trasero, debajo de los robles, pero ya adultos, y Edward le decía que habían hecho bien comprometiéndose a no tener hijos porque ella habría sido una madre horrible. Se había despertado empapada por un sudor frío y había llamado a su hermana en un susurro para ver si estaba despierta, pero June no había contestado, y Kat llevaba dos días tan callada que se imaginó que tampoco estaría de humor para conversar a las 2.36 de la mañana. Por fin, a las cinco, Isabel se había levantado y se había sentado en el balcón, tratando de respirar, tratando de

decirse a sí misma que no había sido más que un sueño, a pesar de que Edward había hecho aquel comentario en más de una ocasión durante su matrimonio. Solía gritárselo en aquellas discusiones en las que ninguno de los dos podía ganar, y ella estaba segura al 75 por ciento de que no creía lo que decía. Suponía que ese 25 por ciento de incertidumbre era la razón por la que le dejaba salirse con la suya. Mientras miraba hacia el puerto, hacia el agua azul espejeante y las embarcaciones de todos los tamaños, observando a los pescadores que arrastraban sus redes y sus artes de pesca, a los corredores y ciclistas mañaneros, a una típula que estaba posada en la barandilla, empezó a pensar en todo lo que tenía que hacer en el hostal. Mentalmente repasó lo que Lolly le había explicado durante los dos días anteriores: el modo en que había que registrar a los huéspedes, y cómo usar la máquina de las tarjetas de crédito, rellenar los libros, comprobar si las habitaciones tenían las correspondientes toallas y productos de tocador. Aquello de dirigir una posada era más de lo que Isabel había imaginado; lo había descubierto la noche pasada mientras ayudaba a Lolly a registrar a los Dean, cosa que aparentemente se limitaba a saludar a los huéspedes y acompañarlos al dormitorio. Suponía que en cualquier momento aparecería la señora Dean con una maleta, pero después, revisando las anotaciones de Lolly, se dio cuenta de que sólo había reserva para un adulto y dos niños. Toda una semana, incluido el lunes del puente del Trabajo.

Griffin Dean estaba en el otro extremo del jardín, junto al manzano silvestre, con las manos en los bolsillos de sus pantalones verdes desmontables, mirando hacia la casa y hacia el puerto, que quedaba al fondo.

Isabel estaba a punto de decir buenos días cuando el perro vagabundo apareció de la nada y acabó poniéndole el suave hocico blanco en el pie. Era la segunda vez que se topaba con él. El día anterior, cuando estaba mirando por la ventana, vio cómo el perro se paraba en medio del jardín como si la estuviera buscando a ella. El animal no había hecho caso de June y Pearl, que estaban jugando a las cartas en la mesa del merendero. Sin embargo, cuando Isabel salió agotada con su té helado y se dejó caer en una tumbona, no tardó en sentir el hocico sobre su brazo.

—Vaya, qué bien —dijo, igual que el día anterior, acariciando la adorable cabecita del perro.

El perro trató de subírsele al regazo. No es que fuera enorme, pero tampoco era un terrier, y ella llevaba puesta una camiseta sin mangas con volantitos, pantalones blancos y sus sandalias planas con pedrería. Pantalones blancos, camiseta de seda con volantes y un perro saltarín no eran una buena combinación.

—Eh, quieto. ¿Cómo se llama?

Isabel se volvió al oír la voz. Era la de Griffin Dean.

—En realidad no lo sé. Lo conocí este fin de semana, y por alguna razón peregrina da la impresión de que sólo le gusto yo.

—Los perros tienen intuición para la gente —dijo él, sonriendo—. Usted debe de pertenecer a los buenos.

—Más bien debe de ser porque el viernes le di las sobras del perrito caliente de mi sobrino —dijo, rascándolo debajo del hocico. El perro le apoyó una pata en el brazo—. Tengo la sensación de que me ha adoptado. Mi tía, a la que conoció usted anoche, es la dueña del hostal, no se opone a que nos lo quedemos si nadie lo reclama. Hemos puesto algunos carteles por la ciudad y hemos alertado a la policía y al centro de control de animales y... —Otra vez se estaba yendo por las ramas. Alzó la vista hacia Griffin, poco habituada a sentirse turbada, y en seguida volvió a mirar al chucho.

Isabel jamás había tenido un perro, ninguna mascota, a excepción de un pez que su madre le había permitido llevar a casa después de ganarlo en una feria. Ya tenía bastante con lo suyo, pero quería tener algo propio de que ocuparse. «Yo también estoy perdida, como este animal», pensó mientras seguía acariciándolo.

Griffin Dean volvió a sonreír, y por un segundo Isabel no pudo apartar los ojos de su cara. En su expresión había algo de desencanto, pero también de bondad. Y era atractivo. La verdad, muy atractivo. Unos treinta y cinco años, calculó. Tenía el pelo oscuro y ondulado y ojos también oscuros. Iba vestido con pantalones verdes desmontables y una camiseta Henley azul. Y llevaba anillo.

—Espero que la habitación haya resultado cómoda —dijo Isabel, recordando su papel de posadera en funciones—. Si usted o sus hijas necesitan algo, sólo tienen que decírmelo.

—Gracias, mi hija de catorce años durmió en ese pequeño cuarto que está enfrente del nuestro... Espero que no sea un problema. Cuando me di cuenta de que se había marchado sin hacer ruido y la encontré ahí, estaba helada, con las piernas colgando por encima del reposabrazos del sofá.

—Está bien. —Isabel sonrió—. Es un cuartito que mi hermana, mi prima y yo usábamos cuando teníamos su edad y queríamos estar solas. Las tres crecimos aquí, así que la entiendo.

—¿Todas se criaron aquí?

Isabel asintió, estaba a punto de empezar a hablar otra vez —¿sería porque él era tan atractivo?— cuando el perro empezó a mordisquear los tulipanes de Lolly y tuvo que salir corriendo. «¡No, perro! ¡No, no, no!» Pero el perro no hacía acaso. Arrancó un tulipán y se lo trajo a Isabel moviendo el rabo.

—Es cierto que le gusta usted —dijo Griffin con una carcajada—.

Podría ayudarle a educarlo mientras estoy aquí. Soy veterinario. —Le entregó su tarjeta: GRIFFIN DEAN, VETERINARIO. BOOTHBAY HARBOR, MAINE.

—Sería fantástico —dijo Isabel—. Gracias. ¿Boothbay Harbor? No está muy lejos de su casa... —Su consulta estaba en pleno puerto, a la vuelta de la esquina de Books Brothers.

—Necesitábamos salir de casa, aunque vivimos a pocos kilómetros de aquí. Éste es uno de los últimos lugares que... —No acabó la frase. En vez de hacerlo, fue hasta el perro, se arrodilló a su lado y le dio unas buenas friegas por todo el cuerpo. En ese momento, Isabel se dio cuenta de que llevaba el anillo en la mano *derecha*, no en la izquierda —. Será mejor que vaya a ver qué hacen mis niñas. Alexa es capaz de dormir hasta el mediodía si la dejo, pero Emmy, la pequeña, es probable que esté pintando las paredes. Es broma... —Le dio otra buena friega al perro—. Más tarde me ocuparé de él.

Le sonrió y volvió al interior del hostal. Isabel sintió ganas de seguirlo, de pedirle que terminara la frase, «Uno de los últimos lugares que...», pero, por supuesto, no podía hacerlo.

El hospital Coastal General olía como todos los hospitales. A antiséptico. Una mezcla de esperanza y desesperación. A Lolly le habían asignado una habitación privada en la sala de oncología donde la esperaba un residente. Los médicos la habían informado en el momento de hacer el diagnóstico, de modo que ella sabía a qué atenerse, no así Isabel y Kat. Antes de salir para el hospital, ambas habían tenido una larga conversación en la cocina sobre lo poco que sabían sobre el cáncer y sobre la quimioterapia. Sobre cómo actuaba. Y por qué. Kat estaba al borde de las lágrimas; Isabel había conseguido tranquilizarla y ambas intentaban mostrarse fuertes —o sea, que ninguna de las dos se derrumbó— delante de Lolly, que había permanecido callada en el coche, mirando por la ventanilla, sin ganas de hablar.

Kat le pidió al residente que les explicara, que les hablara como si tuvieran doce años, y las dos agradecieron su tono y sus maneras amigables, especialmente cuando una enfermera le puso a Lolly la vía para la quimioterapia. El tratamiento duraría unas cuatro horas. Lolly tendría que volver dos veces más, al cabo de tres y seis semanas, después el plan se modificaría si era necesario.

En cuanto Lolly se echó en el sillón verde reclinable y el goteo empezó a funcionar, la enfermera le dijo que la llamara si necesitaba algo y el residente se excusó. Kat lo siguió, e Isabel estaba segura de que quería hacerle muchas más preguntas, preguntas que no le parecían adecuadas delante de su madre.

—Isabel, ¿querrías traerme una taza de manzanilla? —le pidió Lolly. Las diez revistas que había traído Kat, desde *People* hasta *Coastal*

Inn, y las dos novelas que June había comprado en Books Brothers estaban en la mesilla junto con una jarra de agua—. Estaré bien.

—Claro —dijo Isabel, dando gracias por la ocasión de recobrar el aliento.

Respiró hondo en cuanto la puerta se cerró tras ella. Un poco más allá, en la sala de espera, Kat estaba hablando con el residente de oncología, un joven con un agradable nombre italiano que Isabel de pronto no podía recordar. Isabel oyó cómo le hablaba a Kat con suavidad pero con profesionalidad. Las palabras se le atropellaban en la cabeza. «Frenar el avance. Inoperable. Con metástasis. El principio activo estándar para la quimioterapia es la gemcitabina. Alivia los síntomas...»

Le estaba explicando que los medicamentos de quimioterapia no distinguen entre las células sanas y las cancerosas, de modo que atacan a todas las que crecen con rapidez. Por eso los pacientes con quimio solían empezar por perder el pelo, ya que las de las raíces capilares eran las que crecían más de prisa. Isabel pensó en el sedoso pelo rubio entrecano de Lolly, en sus largas pestañas y en sus arqueadas cejas, y entrecerró los ojos un momento. Después interrumpió a Kat y al médico para que pararan de pronunciar esas palabras que no podía soportar y preguntó si querían algo de la cafetería. Ambos dijeron que no, gracias, y siguieron hablando. Células. Glóbulos blancos. Plaquetas. Cáncer, cáncer, cáncer.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la tercera planta y alguien se bajó, Isabel vio que la flecha señalaba hacia partos y neonatología. Sin darse cuenta, estaba saliendo del ascensor y siguiendo las flechas hasta encontrarse enfrente de la cristalera de la sala donde estaban los recién nacidos. Hacía tres meses de la última vez que se había permitido visitar a los neonatos en el hospital de Connecticut.

Se miró el anillo de boda. La noche anterior, cuando a las tres de la mañana no podía dormir, se había venido abajo y había llamado a Edward al teléfono de casa, aunque no tenía la menor idea de qué iba a decirle. Tal vez lo hizo para contarle lo de Lolly. Sólo necesitaba oír su voz. Había respondido en seguida.

—Espera un minuto —había dicho, y había ido a coger el teléfono del pasillo, lo cual le reveló que Carolyn Chenowith estaba con él en la cama. Estaba ya a punto de colgar cuando él dijo—: Aquí estoy.

Por un momento había sido incapaz de articular palabra.

—Realmente lo estás haciendo —fue lo primero que le salió.

—Lo siento, Izzy. —Isabel se dio cuenta de que Edward estaba llorando.

Ninguno de los dos dijo nada más. Pasaron unos segundos y por fin Isabel colgó y volvió a poner su teléfono en el bolso. Se quedó allí

sentada en el balcón, con el corazón oprimido dentro del pecho, hasta tal punto que había tenido que respirar hondo varias veces. Se permitió evocar el momento en el que su amor por él había empezado a morir. Había luchado por enterrarlo, pero ahora agradecía el horrible recuerdo. Hacía unos meses, los dos habían acudido a otra de esas comidas del bufete de abogados. Los socios y sus esposas, las historias estentóreas y el whisky y los cigarrillos caros le habían dado ganas de salir corriendo. Uno de los socios más antiguos le había preguntado a Edward:

—Entonces, ¿cuándo vais a iniciar una familia tú y tu señora? Si queréis tener tres hijos, como todo el mundo, será mejor que empecéis ya.

Edward se había inclinado para susurrarle con fingida gravedad:

—Quisiéramos tener cuatro, pero, por desgracia, Isabel no puede.

Aunque suene a tópico, Isabel sintió que la mentira la había dejado sin aliento. Había tenido que marcharse de la mesa, lo cual al parecer había desatado la compasión de todos por la pobre Isabel, que se había ido a llorar por los cuatro niños que no podía darle a ese marido que se los merecía.

Había sido la primera vez que había sentido por Edward algo parecido al odio. Él había sabido usar sus dotes de abogado para salirse con la suya, le había puesto por delante un pacto que había hecho a los quince años, cuando era una niña sumida en el dolor y, peor aún, cuando sólo sentía desprecio por sí misma.

«Deja que se vaya —se dijo—. Olvídalo.»

Delante de los recién nacidos, miró sus preciosos anillos y empezó a darles vueltas hasta que se los quitó. Ya no tenía ningún sentido llevarlos en los dedos. ¿Se suponía que debía guardarlos en su bolso? ¿O ponérselos en la mano derecha como Griffin Dean? Se miró la mano izquierda desnuda y se sintió tan extraña sin ellos que se los puso en la otra mano, lo que la hizo sentirse aún más absurda. Al día siguiente era su décimo aniversario de boda. Se obligó a alzar la vista y a mirar a los bebés dormidos tapados con las consabidas mantitas azules y blancas.

Una vocecita en su interior le dijo que volviera al día siguiente para ver si necesitaban voluntarias. Respiró hondo. Podía coger en brazos a los bebés; ellos siempre necesitaban que los reconfortaran. Podía acariciar los dedos de los diminutos recién nacidos que estaban en la UCI. Darles el biberón. En todos los años que había pasado ayudando a familias en el hospital, no se le había ocurrido presentarse como voluntaria en la unidad neonatal, como si el pacto que había hecho significara que podía mirar, pero no tocar.

Cuando volvió con el té para su tía y un *muffin* de arándanos, el preferido de Lolly, aunque no sabía a nada comparado con los de Kat,

su prima aún seguía hablando con el residente.

Isabel asomó la cabeza en la habitación de Lolly y su tía le hizo señas para que entrara.

—Perfecto, gracias, Isabel —dijo, y empezó a tomar la infusión a pequeños sorbos. Cuando su sobrina se sentó en la silla frente a ella, Lolly añadió—: Antes de que se me olvide, Isabel, me gustaría que después hicieras algo por mí.

—Por supuesto, lo que sea. —Isabel ya se sentía mucho más segura al frente del hostal, tenía un cuaderno lleno de pequeñas cosas que había que atender.

—Tu madre escribía un diario, ¿lo sabías?

Isabel se quedó helada.

—No.

—Cuando empaqueté las cosas que tenía tu madre en su dormitorio los encontré: sólo hay dos, del último año de su vida. Estaba asistiendo a unas clases en el centro recreativo sobre cómo llevar un diario. Yo solía leerlos a menudo cuando la perdimos, para poder sentirla cerca de mí, oír su voz. Escribía sobre lo que haría para la cena, que June se había quemado al sol, sobre lo bonita que estabas, tan mayor, con tu vestido para el baile; cosas cotidianas de la vida familiar que hacían que la notara cerca de mí.

Isabel se quedó mirando a Lolly un momento, sorprendida de oírla hablar de su hermana, de su propia madre, y con tanto afecto. Lolly nunca había sido amiga de rememorar.

Puede que ahora lo hiciera porque no estaba segura de cuánto tiempo le quedaba, pensó Isabel, sintiendo que se le encogía el estómago. Fue hasta la ventana para poder fijar su mirada en algo que no fuera Lolly. No podría soportar que su tía empezara a llorar, y no quería saber nada de los diarios. Las palabras de su madre, especialmente de aquel último año. Su peor año.

—¿Querrás buscarlos por mí? —preguntó Lolly—. Sé que el sótano está todo revuelto, pero deben de estar en uno de sus baúles; ya sabes cómo le gustaban aquellos viejos baúles que no paraba de buscar en los mercadillos.

Aquello le arrancó una sonrisa a Isabel, que se volvió para mirar a Lolly.

—Los que más le gustaban eran los que tenían etiquetas.

Su madre llegaba a casa con otro baúl y el padre de Isabel se la quedaba mirando y decía:

—Venga, Allie, ¿dónde vas a poner eso?

—Pero mira —decía ella con una sonrisa—: éste ha estado en Indonesia. ¡Y en Bali! ¡Y también en Australia! —Isabel recordaba que su madre había cerrado los ojos—. ¡Dios, cómo me gustaría ver un canguro! ¿A ti no, Isabel?

E Isabel, a pesar de lo esquiva que era de pequeña, se había quitado los cascos y había dicho:

—Sí, la verdad es que sí me gustaría ver uno.

Su madre se había vuelto hacia su padre con gesto triunfal y había dicho:

—Ya ves, incluso a Isabel le encantan los canguros.

Eso le había herido, aquel «incluso a Isabel», pero se lo merecía: siempre enfurruñada, siempre quejándose de las restricciones horarias, que jamás respetaba, y de las reglas de la casa, a las que casi nunca prestaba atención.

Jamás habían ido a Australia, nunca había visto un canguro, pero cuando cumplió dieciséis años, su madre le regaló una pulsera de plata con un pequeño dije en forma de canguro. Lo llevó puesto durante años, nunca se lo quitó. Ni siquiera el día de su boda.

—Te queda perfecto —había susurrado Edward, con tono respetuoso, en el altar—. Es como si ella estuviera aquí.

Isabel cerró los ojos para disipar los dos recuerdos. Y otro, de un día, dos años atrás, cuando estaba a punto de probar un *cappuccino* en Starbucks y se dio cuenta de que no tenía la pulsera. Había desaparecido. Presa del pánico, había vuelto sobre sus pasos, había hecho que el encargado de la cafetería abriera la basura para que ella pudiera buscarla, pero no la había encontrado. Había puesto carteles en las farolas en los que ofrecía una recompensa, pero jamás la recuperó.

—Me encantaría volver a leer los diarios —estaba diciendo Lolly. Tomó un sorbo de infusión y probó el *muffin*—. Tener a mi hermana conmigo, oír su voz, ¿sabes?

—Los voy a buscar hoy mismo —prometió, aunque ella no pensara ni hojearlos. Seguro que entre los asados de langosta y los hallazgos en el mercadillo, su madre habría escrito sobre lo mal que Isabel se lo había hecho pasar a ella y a su padre.

—Nos estás destrozando —le había dicho su madre unos meses antes de morir. Isabel no necesitaba revivir aquello.

—Sé que hubo roces entre vosotras —dijo Lolly, mirando a su sobrina—. Pero a lo mejor tú también querrías leer esos diarios. Es importante saber la verdad sobre las cosas en lugar de quedarte con lo que crees conocer. No sé cuánto tiempo voy a estar aquí, Isabel. ¿Semanas? ¿Meses? No lo sé. Y ahora todo parece tan tonto, toda aquella tensión y aquel distanciamiento, miembros de la familia que no se hablan, que se tratan como extraños... Yo también caí en eso, pero no está bien.

Isabel estaba delante de la ventana y miraba los árboles, que se recortaban contra el brillante cielo azul.

—No quiero recordar cómo era yo entonces.

—Leer sus diarios no te va a revelar cómo eras tú, sino quién era tu madre, qué pensaba. Lo que realmente pensaba, no lo que tú crees que pensaba. No quien tú crees que era. Hay muchas cosas que no sabes sobre tu madre.

Isabel dejó escapar un suspiro. No quería leer aquellos diarios y sabía que no lo haría, no podría. Ahora estaban pasando muchas cosas, y el mero hecho de ver la letra de su madre podría hacerle perder el control de la situación. Pero su tía estaba allí sentada, con una aguja de veneno en el brazo y lágrimas en los ojos, de modo que Isabel se limitó a cogerle la mano y a asegurarle que encontraría los diarios.

A Isabel le llevó horas decidirse a abrir la puerta del sótano, situada entre la entrada de la cocina y la escalera trasera, y bajar los crujientes escalones de madera. El sótano estaba lleno de muebles antiguos que Lolly tenía pensado restaurar o vender. También contenía el mobiliario del viejo apartamento que los padres de Isabel y June habían alquilado. Hacía unos años, Isabel había cogido la vieja cómoda, que era antigua y tenía un hermoso espejo ovalado, y la había restaurado de tal modo que casi no se parecía en nada al viejo trasto que era. Ahora, al bajar al sótano, tenía delante de ella el viejo cabecero y los pies de la cama de sus padres junto a unas estanterías en las que había cosas de lo más variadas, desde tierra para macetas hasta disolvente para pintura. Y, más allá de la fila de ventanas estrechas y bajas, estaban los baúles de su madre.

Había siete baúles, apilados unos encima de otros en dos filas sobre una alfombra vieja y descolorida. Isabel bajó uno, se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra y abrió la delgada tapa de madera. Vestidos. Camisas y jerséis, todo perfectamente doblado. Hacía años, Lolly les había dicho a Isabel y a June que los revisaran y cogieran lo que quisiesen, que tal vez donase el resto a la beneficencia, pero era evidente que Lolly no había podido deshacerse de nada. Isabel metió las manos debajo de la ropa tratando de encontrar los diarios. Su tía había dicho que encontraría dos libros de tapas duras forrados con tela roja y con la silueta de un ángel bordado, pero allí sólo había ropa. Se sintió un poco culpable al experimentar alivio.

Revisó otros dos baúles, pero los diarios tampoco estaban allí. Lolly había dicho que los había leído justo después de la muerte de la madre de Isabel, hacía de eso quince años. A lo mejor se había olvidado de dónde los había puesto. O puede que estuvieran en uno de los baúles que aún le quedaban por revisar. La ley de Murphy decía que así sería. En el fondo del tercer baúl vio uno de los jerséis favoritos de su madre, de cachemira color rosa y con escote en V. Unas semanas antes del accidente, su madre lo llevaba puesto

mientras le gritaba a Isabel por haberse saltado las últimas dos clases y haberse dejado pillar —por la madre de una de las amigas de June— bañándose desnuda con dos amigos suyos. Isabel había respondido con ironía algo así como «Qué barbaridad», y su madre la había cogido por el brazo con fuerza. Isabel se quedó sorprendida, pero su madre la atrajo hacia sí y la estrechó contra ella, aunque Isabel dejó los brazos tiesos a los lados del cuerpo.

—Lo que sí es una barbaridad, Isabel, es lo mucho que te quiero. Me preocupa todo lo que haces, todo lo que eres. Eso sí es una barbaridad.

La muchacha dejó que su madre la tuviera así, con la esperanza de que no dijera nada más, pero la mujer continuó:

—Me gustaría saber cómo llegar a ti. Cómo hacer que te respetes un poco.

Isabel había tratado de desasirse y escapar, pero su madre la había sujetado más fuerte.

—Te guste o no, yo te quiero —dijo, y la soltó de golpe.

«Sí que me gusta», había pensado Isabel mientras corría a su habitación y cerraba con un portazo, lo cual la había metido en más problemas por molestar a June, que estaba estudiando para un examen.

Isabel cogió el jersey y se lo acercó a la nariz. Olía levemente al perfume que usaba siempre su madre, Coco de Chanel. Podía recordar que, a los catorce años, había quedado impresionada por un trío de chicas salvajes a las que no les importaba lo que nadie pensara de ellas. En aquel entonces no se había dado cuenta de que esas chicas no se respetaban —como su madre decía siempre de ellas y de Isabel—, de que no tenían autoestima. Eran populares por sus numeritos, cuando Isabel era invisible por ser quien era. Una tarde, delante de todo el instituto, una de las chicas le dio dos cigarrillos y le pidió que se los guardara hasta el día siguiente porque seguro que su madre se los encontraría. Así, sin más, Isabel había pasado la prueba y se había hecho amiga de aquellas chicas. Al día siguiente tenía una camiseta prestada, ajustada y sexy. Después, un par de vaqueros y unas botas prestadas de cuero negro hasta la rodilla. A la semana siguiente ya usaba delineador negro y grandes aros en las orejas.

—Es sólo una etapa, déjala —le solía decir su madre a su padre, que había dejado bien claro lo que pensaba sobre su nuevo estilo. Pero la rebeldía duró hasta una semana después del accidente. Cuando Edward le dijo que tenía unos ojos preciosos, pero que le gustaría verlos, se había quitado el maquillaje.

—Mucho mejor —había dicho él—. Eres tan hermosa...

En cuestión de días ya estaba buscando ropa en el fondo de su armario, la ropa que su madre había insistido en comprarle con la

esperanza de que se vistiera como una chica normal. Sus «amigas» habían quedado muy impresionadas con lo del accidente, no sabían qué decirle, lo mismo que mucha gente, hasta tal punto que desaparecieron de su vida. Ni siquiera habían ido al funeral.

—Siento haber sido tan horrible —susurró Isabel, hablándole al jersey.

Y en lugar de sentirse mal, como siempre le había sucedido cuando recordaba aquellos tiempos, se sintió... bien. Era casi como si pedirle perdón al jersey favorito de su madre, que todavía olía tanto a ella, fuera como decirle a su madre «lo siento». Y decírselo también a sí misma.

Se puso de pie, sin soltar el jersey, incapaz de revisar el contenido de un baúl más, al menos ese día. Le diría a su tía que había estado buscando los diarios, le presentaría el jersey como prueba, y le prometería seguir buscando al día siguiente.

Echó una última mirada a las cosas de sus padres, enfiló la escalera y cerró la puerta. Estaba subiendo a la segunda planta cuando oyó que se abría la puerta principal y le llegaron unas voces airadas.

—¡Deja de tratarme como si yo fuera Emmy! —gritaba una niña. La hija adolescente de Griffin Dean—. *¡Tengo catorce años!* ¡No es más que un paseo!

Griffin cerró la puerta tras él.

—Alexa, no vas a salir con un chico al que no conocemos. Punto. Pero, sobre todo, no lo vas a hacer cuando son... —Miró su reloj— ... las ocho y veinte de la tarde.

—Entonces, ¿para qué me obligaste a venir aquí si no puedo hacer nada? —gritó Alexa, llorando. Se dio la vuelta y, al correr escalera arriba, estuvo a punto de chocar con Isabel. Se oyó un portazo.

Isabel no había pretendido encontrarse en medio de la discusión de la familia Dean, pero allí estaba.

Pensaba que él sonreiría tímidamente y diría «Adolescentes», pero en lugar de eso cerró los ojos y se quedó allí, muy quieto. Isabel creía que también él se iba a poner a llorar.

—Yo solía ser así —dijo ella, bajando otra vez y parándose en el descansillo—. De hecho, creo que una vez le dije lo mismo a mi padre y él me contestó con las palabras exactas que usted ha utilizado.

Griffin se la quedó mirando.

—¿Y salía corriendo y gritando y dando portazos?

—Ah, sí —respondió—. Montones de veces.

—Pero todo acabó bien, ¿no? Todo acabará bien, ¿verdad? —preguntó él esbozando una sonrisa.

—Supongo que sí, pero me gustaría volver atrás y cambiar algunas cosas.

Una puerta se abrió en la segunda planta y una vocecita llamó:

—Papi...

—Debe de haber despertado a Emmy. —Griffin subió la escalera meneando la cabeza—. Es difícil que se despierte cuando se mete en la cama —le contó—. A menos que Alexa golpee la puerta. Cosa que hace mucho estos días.

—Papi —repitió Emmy en el descansillo. Llevaba abrazado un conejo amarillo de peluche—. Tengo sed. ¿Puedo beber chocolate caliente con leche?

Él se volvió hacia Isabel.

—¿Está abierta la cocina?

—Por supuesto. —Isabel esperó a que Griffin subiera y cogiera a Emmy en brazos. Cuando llegó con ella, los llevó hasta la cocina.

—¿Puedo sentarme ahí? —preguntó Emmy, señalando la silla de mimbre de Kat con su mullido cojín redondo de color rosa.

—Claro que sí —dijo Isabel, observando a la pequeña, que se dirigía hacia la silla. Era una niña preciosa. Tenía el pelo castaño oscuro con reflejos cobrizos, y los ojos casi del mismo color.

Mientras Isabel preparaba el chocolate caliente y le ofrecía a Griffin algo de beber, que él rechazó, el hombre cogió a la pequeña, se sentó en la silla y empezó a contarle en voz bajita el cuento de «Ricitos de oro y los tres osos». Cuando terminó, besó a Emmy en la cabeza.

Isabel le sirvió a la niña chocolate en una tacita de plástico rosa con topos.

Emmy miró a Isabel mientras tomaba un sorbo, luego otro.

—Eres guapa.

Isabel se ruborizó.

—Gracias, yo también pienso que tú eres guapa.

—Me gusta cuando mi mami me cepilla el pelo. Antes de ir a la cama. Ahora lo hace Alexa.

¿Sería viudo Griffin? ¿Divorciado?

—¿Te gustaría que yo te cepillara el pelo, Emmy? —le preguntó Isabel.

La niña se la quedó mirando, después negó con la cabeza y escondió la cara en el pecho de su padre.

Griffin le pasó a Isabel la taza rosa.

—Cariño, volvamos a la cama. Buenas noches —le dijo a Isabel, y se marchó.

Esperaba que él volviera a bajar a tomarse una cerveza o una copa de vino, o un café. Pero cuando terminó de lustrar todas las posibles superficies de madera que había en la cocina y de pasar la aspiradora por las alfombras del pasillo y del salón, se dio cuenta de que había pasado más de una hora y de que él no volvería. Nunca

había necesitado tanto sentarse fuera con alguien a disfrutar de la suave brisa de agosto sin decir una palabra.

8

June

En las tres primeras horas como gerente de la librería Books Brothers de Boothbay Harbor, June había vendido cuatro novelas, dos biografías, una guía de viajes del norte de Nueva Inglaterra, había enviado cinco libros que le habían encargado por correo, había cobrado más de trescientos dólares por diversas compras y había vendido libros infantiles por más de doscientos dólares a un grupo Mommy and Me que había pasado por allí.

Una gran mañana, incluso para el viernes del puente del Trabajo. Además, ya fuese en Boothbay Harbor o no, una librería —especialmente Books Brothers, por supuesto— era el lugar donde June se encontraba más a gusto. Se sentó detrás del mostrador de la caja, en su silla de director, y se puso a trabajar en una lista de iniciativas para conseguir nuevos clientes. Ya le había comentado a Henry que quería hacer un club semanal del libro y una hora de cuentos infantiles, y estaba pensando en celebrar unas tertulias literarias donde la gente pudiese tomarse un café, relajarse y, de paso, comprar unos cuantos libros.

El timbre de la puerta sonó. June estaba a punto de alzar la vista de la lista donde acababa de anotar su nueva idea cuando una voz de mujer dijo:

—Juney Nash… ¿Eres tú?

Oh, no. Eso no podía anunciar nada bueno.

Dejó el bolígrafo sobre el papel de Books Brothers y se encontró con los fríos ojos azules de Pauline Altman. Dos veces en el mismo verano. Y con sus dos viejas amigas, Marley No-sé-qué y Carrie Fish. El trío representaba una cuádruple amenaza: inteligentes, bonitas, populares… y nada simpáticas.

—¡Siempre me he preguntado qué habría sido de ti desde la última vez que te vi! —dijo Pauline, acomodando las cintas del bañador blanco que asomaban debajo del vestido—. La última vez que te vi estabas embarazada.

El gran anillo de diamante de Carrie lanzó un destello desde su dedo.

—Ah, es cierto, Pauline. Dijiste que June se había quedado embarazada y había dejado la universidad. O sea, que has estado

trabajando aquí todo este tiempo, ¿no?

—He estado viviendo en Portland los últimos siete años —June se habría abofeteado por sentirse obligada a dar la menor explicación—, pero mi tía está enferma y he vuelto para echar una mano.

Todas asintieron con fingida comprensión. Bueno, a excepción de Marley No-sé-qué, que estaba demasiado ocupada hojeando el *Vogue* en el expositor de prensa.

—Bueno, entonces supongo que acudirás a la reunión de antiguos alumnos de octubre —dijo Pauline—. Todos se preguntaban por qué no viniste a la de los cinco años, y yo discretamente expliqué cuál era tu... situación —añadió en un susurro, como si June hubiera tenido una enfermedad contagiosa.

La reunión, sí, cómo no. Por más que Isabel y Kat asistieran, a ella no la iban a pillar. El puente del Trabajo había traído de vuelta a la ciudad a la mitad de sus compañeros de curso.

—Todo depende de cómo se encuentre mi tía a finales de octubre.

—Por supuesto —dijo Carrie, admirando su anillo—. Por cierto, ¿te has enterado de que Pauline es editora asociada de la revista *New York City*? Celebró una fiesta de campanillas para festejar el ascenso. Vaya, tendrías que ver su apartamento. Terraza con vistas al Empire State y a un millón de luces.

—Es fantástico, Pauline —dijo June, aunque sintió una punzada en el estómago. Y realmente era fantástico. Era exactamente la vida que ella había deseado.

Mientras las tres amigas echaban una mirada a las estanterías y los expositores, Pauline iba desgranando datos sobre su novio, un importante productor de ABC News, sobre sus vacaciones en los Hamptons, y sobre el nuevo barco de sus padres, que vivían en una de las casas más fastuosas de la costa de Boothbay Harbor.

—Qué pena que sólo pueda quedarme aquí hasta que acabe el puente. Se está de maravilla. —Pauline y Carrie estaban frente al mostrador cargadas de libros—. Qué suerte tienes de poder vivir aquí todo el año, Juney. Hace tanto calor en la ciudad en verano...

—Lo sé —dijo June.

Pauline compró un libro que acababa de publicarse, unas memorias, una guía de viajes a Machu Picchu, y una colección completa de *Harry Potter* en tapa dura... para su «sobrina de ocho años, listísima». Carrie se llevó dos libros de cocina escritos por famosos. Y Marley no compró nada. Entre Pauline y Carrie se gastaron una pequeña fortuna. Ahí quedaba eso.

Pauline volvió a guardar su tarjeta oro en la billetera y cogió la bolsa con los libros.

—El otro día fui a visitar a mi hermana mientras su marido estaba de viaje y, ¿sabes, June?, la verdad es que me quito el sombrero ante

vosotras, las madres solteras. ¡Tuvimos que hacerlo todo nosotras mismas, sin descanso! No sé cómo podéis aguantarlo. Debe de ser muy duro.

June casi pudo ver la condescendencia saliendo de los labios perfectamente perfilados de Pauline.

—Lo peor para las madres solteras —añadió Carrie— es que no tienen a nadie que las apoye. Lo tienes que hacer todo sola, y encima no hay un marido que vuelva de sus viajes de negocios con el que puedas desahogarte. Debe de ser una tarea dura y solitaria.

¡June las odiaba con todas sus fuerzas!

—June, cuando tengas un minuto necesito tu ayuda en la oficina. —La voz de Henry Books llegó desde el fondo de la tienda. Salvada. Gracias, Henry.

Carrie y Pauline se volvieron al mismo tiempo para ver a Henry, que entraba en su oficina.

—Vaya, está como un tren —susurró Carrie—. ¿Soltero?

Marley No-sé-qué, de la que June había pensado siempre que parecía un ángel —tenía unos enormes ojos azules, la cara en forma de corazón y la figura menuda—, dejó la revista que estaba hojeando y se unió a sus amigas.

—Vaya partidazo. —Al menos, lo primero que salía de su boca era algo agradable. Y acertado.

—Venga, Marley, es por eso por lo que estás soltera —dijo Pauline—. ¿Cómo va a ser un buen partido? Pero si es el dueño de una librería. Por favor.

—¿Y eso qué significa? —preguntó June, mirando a Pauline. Qué repelente.

—Oh, vamos, ya sabes lo que significa —dijo Pauline, devolviéndole la mirada con desdén.

—Sí, por supuesto.

«Y siento pena por ti. Gracias por hacerme ver que no eres más que una zorra estirada y vacía. Y no me importa lo que puedan pensar las zorras estiradas y vacías», pensó.

June esperaba que Henry no hubiera oído a Pauline, aunque imaginaba que le importaría un bledo. Su jefe era la persona más segura de sí misma que June había conocido. Él era quien era, y al que no le gustara, que se aguantara.

June estaba a punto de dejar a las tres brujas e ir a ver a Henry cuando Marley repuso airada el *Vogue* en el expositor y, volviéndose hacia Pauline, la increpó con un dedo acusador.

—¿Sabes qué, Pauline? Estoy harta de ti y de tu estirada actitud de «soy la mejor». No lo eres. Y ya estoy harta.

Vaya, bien por Marley.

Pauline abrió mucho los ojos, pero se recuperó en seguida.

—Pues entonces regresa a la choza de donde has salido. —Y se volvió dejando atrás a una boquiabierta Carrie, que salió corriendo tras ella—. Ya te había dicho yo que últimamente se portaba como un bicho raro, Carrie. Y tú, Marley Mathers, olvídanos.

Cuando acabó de hablar, Pauline abrió la puerta de mala manera y Carrie le dio un golpe a un expositor de postales para que cayeran al suelo.

Vaya, parecía que algunas chicas nunca hubieran dejado el instituto...

—Putas inmaduras —dijo Marley, acercándose para recoger las postales. June se puso a ayudarla, de rodillas junto a ella. Se dio cuenta entonces de que estaba llorando.

—No lo merecen —dijo June.

—No es por ellas —susurró Marley, secándose los ojos, en los que había una combinación extrañísima de miedo, disgusto y, cosa increíble, felicidad. Recogió las postales y se las dio a June. Después corrió a la sección de no ficción. Un momento después estaba frente a la caja con un libro apretado contra el estómago y los brazos cruzados encima como si no quisiera que nadie lo viera.

June, sin embargo, sabía qué libro era. Habría reconocido ese libro en cualquier parte, por su tamaño y porque le resultaba familiar.

June se puso detrás del mostrador para cobrarle, pero Marley no le entregaba el libro.

—Marley... —dijo June suavemente para llamar su atención.

—Yo... —empezó a decir Marley; la melena castaña y corta le caía sobre la cara y el labio inferior volvía a temblarle.

Para darle a la chica algo de privacidad, June metió el libro dentro de una bolsa de Books Brothers.

—Siéntate un rato —dijo, señalando la pequeña mesa redonda situada frente al expositor de las revistas. Le sirvió un vaso de agua con limón y se sentó enfrente. Y esperó.

A Marley le temblaban las manos al coger el vaso de agua.

—Acabo de enterarme de que... —Se inclinó hacia June y le habló en un susurro—. De que estoy... —Echó una mirada a su alrededor, como para asegurarse de que no había por allí nadie que conociera. Después tomó un sorbo de agua. Cualquier cosa con tal de no decir la palabra.

Marley se mordió el labio y se miró las manos, que no lucían ningún anillo. June esperó, dándole tiempo para decir lo que necesitaba expresar, pero su cara se contrajo y cerró los ojos.

—Has elegido un buen libro —susurró June, apretándole la mano con gesto comprensivo. Recordaba que ella misma había sacado de la biblioteca *Qué se puede esperar cuando se está esperando* y lo había leído

semana tras semana, con miedo de adelantarse, poco dispuesta a averiguar más de lo que necesitaba en cada momento.

—Y cuenta conmigo. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte, no tienes más que decirlo, ¿vale? Aunque sólo quieras hablar.

June tenía la sensación de que lo que más necesitaba saber Marley no podría encontrarlo en las páginas de ningún libro.

Sonó la campanilla y entraron algunas personas.

—Tengo que irme —dijo Marley, y se puso en pie de un salto—. No se lo digas a nadie, por favor. Nadie lo sabe todavía.

—Por supuesto que no.

Marley miró a June como si dudara de algo.

—Entonces, ¿puedo llamarte si tengo alguna pregunta?

June escribió su número de móvil en el reverso de una tarjeta de Books Brothers.

—Cualquiera que mande a paseo a Pauline Altman cuenta con mis simpatías —le dijo, y Marley le devolvió una sonrisa temblorosa, aunque a continuación se serenó—. De verdad, Marley, cuando quieras. Yo sé bien cómo es eso de estar embarazada y sola —añadió en un susurro.

—Ya lo sé. Por eso yo... Gracias por el libro —susurró Marley, y salió corriendo.

June fue tras ella, pero cuando abrió la puerta y miró hacia ambos lados, las calles estaban tan atestadas de gente que no pudo encontrarla. Se dirigió al almacén para decirle a Bean que vigilara la tienda mientras ella finalmente se reunía con Henry. El señor Books siempre solía solucionarlo todo en pocos minutos.

Henry estaba sentado ante su escritorio repasando los pedidos en su Mac. A su lado había una bolsa blanca cerrada que olía a gloria.

—Ah, aquí estás. Espero que no se te haya enfriado. —Le entregó la bolsa—. ¿Vienes conmigo al embarcadero?

June sonrió y fue a decirle a Bean que salía a almorzar y que estaría fuera unos veinte minutos. Después salió con Henry hacia la calle, donde brillaba la luz del sol. Tal como había dicho Carrie, Henry estaba como un tren. Sólo por estar a su lado, por caminar a su lado, June era muy consciente de su presencia, de su estatura, de su cuerpo musculoso y un poco desgarbado enfundado en sus vaqueros desgastados y en una camisa blanca informal y remangada hasta los codos, de su pelo castaño arremolinado por la brisa a la altura del cuello, en la frente.

June se alegró de haberse arreglado un poco. Por lo general, a ella también le gustaba ir cómoda: vaqueros, camisas blancas holgadas, y en los pies los consabidos zuecos Dansko color burdeos. Pero ese día llevaba un bonito vestido de algodón que tenía la dosis

justa de profesionalidad e informalidad para la gerente de una librería en el segundo puente más importante del año. Cuando June había llegado por la mañana, Henry le había dicho que estaba guapa, y por la forma en que su mirada se había demorado en ella, June empezó a pensar que tal vez Henry Books había dejado de verla como a una chica de veintiún años con problemas.

Caminaron embarcadero abajo hasta la zona donde él tenía su barco. Henry se sacó los zapatos, se remangó los pantalones y metió las largas piernas en el agua. June se despojó de sus sandalias y lo imitó, sintiendo el sol de principios de septiembre, que actuaba como un bálsamo, sobre los hombros. Henry desenvolvió dos sándwiches calientes de abadejo frito con salsa tártara y lechuga, unas deliciosas patatas fritas, una pequeña tarrina de ketchup y dos botellas de limonada de Boothbay's Own, y los puso a su lado.

—¿Has comprado esto para mí? —preguntó June.

—En realidad, lo he comprado para Vanessa, pero me ha colgado el teléfono y me ha dicho que se lo diera a mi «jodido pez espada». Exactamente con esas palabras.

June le echó una mirada.

—¿Problemas en el paraíso?

—Siempre hay problemas —dijo, meneando la cabeza—. Antes lo solucionábamos más rápido, pero en los últimos tiempos, me refiero al último año, no hacemos más que discutir. Algo ha cambiado, ¿sabes?

—En realidad, no lo sé. O tal vez sí. Mi único gran amor duró exactamente dos días. Yo diría que eso no es tiempo suficiente para que algo cambie. Supongo que lo que sucedió fue que para él nunca existió.

Él la miró con los profundos ojos pardos entrecerrados para protegerse del sol.

—¿Y desde entonces?

—Bueno, cuando Charlie era pequeño, no me interesaba quedar con nadie. Después, cuando me trasladé a Portland, hubo unas cuantas citas. Algunos de los amigos de tu hermano. Un par de clientes. El electricista que vino a cambiar unos cables. El abogado de Jasper. Mi vida romántica se reduce a un par de citas y a relaciones que nunca han durado más de quince días.

—Tal vez sea que no te has enamorado. Me gustaría conocer al hombre que se gane el corazón de June Nash. Creo que tendrá que ser un tío con muchas virtudes.

June sonrió. Henry siempre le hacía sentir especial. Lo contrario de lo que le había hecho sentir Pauline Altman cinco minutos antes.

—Estoy buscando al padre de Charlie. No sé lo que voy a encontrar.

Henry tomó un buen trago de su limonada.

—Charlie mencionó lo del proyecto del árbol genealógico cuando lo llevé a coger almejas.

June soltó el suspiro que estaba conteniendo desde la noche anterior.

—En cuanto le expliqué que nos íbamos a quedar aquí un tiempo, que no iba a volver al campamento, se sintió aliviado por no tener que presentar un árbol con tantos espacios en blanco. Lo pegó en la pared encima del cabecero de la cama —dijo June, con el corazón encogido —. Y anoche, cuando lo estaba arropando, me preguntó con una mirada llena de esperanza si ya había encontrado a su padre.

—¿Y es así?

—Mi investigación no me ha llevado a ninguna parte —respondió ella, negando con la cabeza.

Había pasado toda una semana desde que ella y Charlie habían llegado al hostal, y no sabía más sobre John Smith que cuando había empezado su búsqueda, hacía ya siete años. Se había puesto tan nostálgica y melancólica la otra noche viendo *El diablo viste de Prada*... Las escenas de Nueva York, los lugares donde se había encontrado con John y aquel principio de enero, cuando había vuelto a la universidad, con su embarazo y su desesperación por encontrarlo. Después de la charla sobre la película había subido a la planta de arriba y había estado más de una hora conectada a Internet, mirando fotos de Central Park, del Ángel de las Aguas, donde se suponía que tendrían que haberse encontrado. Revivió de golpe aquel romance: lo que había sentido por John, y lo llena de esperanza y de anhelos que había estado.

Después fue a ver cómo estaba Charlie y recordó la promesa de encontrar a su padre. Se había castigado por rememorar el pasado, por vivir en un mundo de fantasía, y había empezado a buscar en las páginas web los colegios de Bangor, Maine: estuvo mirando fotos de los alumnos, pero ninguno de los John Smith que encontró era el suyo. O bien eran rubios, o pelirrojos, o con facciones que para nada se parecían al bello rostro del padre de Charlie. Ninguno tenía sus intensos ojos verdes, ni aquella mata de pelo oscuro. Sabía que lo reconocería en cuanto lo viera, y no estaba en ninguna de las páginas que había revisado. El día anterior, Isabel había pensado que quizá John no había estado escolarizado, sino que lo habían educado en su propia casa. O lo habían enviado a un internado. Isabel y Kat habían estado tratando de reconfortarla, le decían que lo encontraría, que no podía desanimarse sólo porque no apareciera en ninguno de los anuarios de Bangor.

June dejó su sándwich. De golpe había perdido el apetito.

—Anoche me estaba hablando de todas las cosas que él y su padre podrían hacer juntos. Pescar, ir a por almejas y hacer acampadas. Las

terroríficas atracciones de feria de los carnavales. Y se quedó dormido con una expresión soñadora en el rostro. Pero poco después abrió los ojos y dijo: «Mami, ¿y si no quiere ser mi papá porque ya tiene otra familia y otros niños?»

Henry le cogió la mano.

—Y tú le dijiste: «Charlie, muchacho, no quiero que te preocupes por nada. Especialmente porque no es posible que alguien te conozca y pueda hacer otra cosa que adorarte.»

June miró a Henry. Le habría gustado echarse en sus brazos.

—Eso fue exactamente lo que le dije. Por Dios, Henry, serás un padre estupendo.

—¿Yo? Puede que algún día —dijo él con una sonrisa.

¿Henry con un par de críos? Sí. Era fácil imaginarlo. Pescando y yendo a buscar almejas o bígaros o cogiendo conchas. Recorriendo el bosque con sus hijos.

Sin embargo, June no podía imaginarse a John Smith casado y con niños. En su imaginación, él siempre estaba viajando, con una mochila y un mapa en la mano. Era de los que nunca se establecen.

Se había equivocado en tantas cosas que tal vez debía aceptar también la posibilidad de que estuviera casado y tuviera hijos. Y que no le interesara saber que tenía un hijo de siete años fruto de una estancia de dos noches en la ciudad de Nueva York.

Sintió que un escalofrío le subía por la espina dorsal hasta el cuello. ¿Y si encontraba a John Smith y él no quería saber nada de ellos? ¿Y si eso le hacía más daño a Charlie que no saber nada de su padre?

«Podrías estar abriendo la caja de los truenos...»

La tía Lolly quizá tuviera razón, pero ella no quería enseñar a Charlie que había que dejarse llevar por los «y si» y por el miedo. Buscaría a su padre, y que pasara lo que tuviese que pasar. A lo mejor, cuando lo encontrase, John Smith corría hacia ella y le decía que llevaba siete años buscándola y que se alegraba de tener un hijo.

Podía suceder.

—En algún momento tendré que ponerle fin a la búsqueda —le dijo a Henry—. Tendré que aceptar que no voy a encontrarlo, como mi tía Lolly dijo que tendría que hacer. Aceptar es importante, aunque sea una mierda.

—Bueno, ese momento todavía no ha llegado, June. Ahora mismo estás buscándolo, y por una buena razón. Si puedo ayudarte, lo haré. —Puso su mano encima de la de ella, le dirigió una de esas miradas tranquilizadoras tan suyas, y por un momento June se sintió transportada a siete años atrás, cuando se lo quedaba mirando mientras hablaba y se perdía la mitad de lo que decía—. Dijiste que había ido a Colby, ¿no? Podríamos ir allí en coche. Mira a ver si

puedes conseguir la dirección de sus padres. Probablemente hubiera un centenar de John Smith en Colby en aquella época, pero tan sólo un par de ellos, como mucho, provendrían de Bangor, Maine.

June le explicó que no había obtenido ningún resultado al llamar hace años al Instituto de Colby. «Bajo ninguna circunstancia podemos proporcionar información personal sobre nuestros alumnos, actuales o pasados, a menos que ellos den su consentimiento. Lo lamentamos mucho.»

—Y probé a buscar en Google «John Smith», «Colby» y «Bangor», y obtuve casi medio millón de resultados.

—Tal vez haya algo, un mínimo detalle, que no recuerdas y que pueda ayudarte a localizarlo. —Henry le dio un bocado a su sándwich y ahuyentó a una hermosa libélula.

Unas noches atrás, Isabel y Kat habían dicho lo mismo. Que tal vez había algo en lo que June no había pensado. Isabel había sugerido que June les contara con todo lujo de detalles aquellas dos noches que había pasado con él; a lo mejor decía algo que pudiera darles una pista.

Fue por eso por lo que se reunieron alrededor de la mesa de la cocina, se pusieron a beber té helado y a comer bollos al son de las cigarras, y June les volvió a contar todos los detalles. Cómo se había sentido cuando se dio cuenta de que ese chico tan guapo la estaba mirando con dulzura, con intensidad, con interés. Cómo habían hablado sobre Maine. Cómo le había contado que una vez había llegado a estrechar la mano de Stephen King en una conferencia. Cómo le había dicho que tenía una belleza sorprendente, algo que no le había dicho ningún otro hombre. Había descrito su cara, su cuerpo, largo y delgado, como el de un jugador de baloncesto, y se dio cuenta de que Isabel tomaba nota de eso. Pero mientras hablaba, June advirtió que ya no era capaz de visualizar a John con claridad. Durante mucho tiempo había podido recordar el tono exacto de sus ojos verdes, como las esmeraldas, y el número de lunares que había contado en su muslo izquierdo, con la forma del Carro, las estrellas más visibles de la Osa Mayor. Pero ahora, cuando pensaba en él, los detalles aparecían borrosos, se confundían con la preciosa cara de Charlie. Los ojos verde esmeralda de Charlie. Los lunares de Charlie. El mismo pelo oscuro y lacio que a Charlie le caía sobre la frente.

Aunque siempre había pensado que seguía recordando perfectamente a John, lo cierto era que los detalles de su cara habían empezado a desvanecerse. June se sintió atenazada por una sensación de vacío, de pérdida; la pérdida de... algo que nunca había existido.

Tal vez ahora John tuviera una familia. Tal vez no le apeteciera pensar en el pasado. Tal vez esto, tal vez lo otro. Pero ella lo encontraría por Charlie. Ya no luchaba por sí misma o por el amor.

Ahora lo hacía por su hijo.

Bean salió corriendo.

—Eh, chicos, odio interrumpiros el almuerzo, pero acaba de llegar un autobús repleto de turistas. En este momento hay más de treinta personas en la tienda.

Mientras Henry y ella recogían los envoltorios y las botellas y volvían andando por la escollera hacia la entrada trasera de Books Brothers, Henry le rodeó los hombros con el brazo, el mejor consuelo imaginable.

En cuanto entró por la puerta del hostal, a las ocho y media de la tarde, le llegó el aroma de las palomitas. Habían tenido tanto movimiento en la tienda durante todo el día que se había olvidado de que tocaba noche de cine.

—Ah, estás aquí, June —dijo Lolly, poniendo algunas flores recién cortadas en un jarrón. Lo colocó en la mesa del vestíbulo—. No estaba segura de si llegarías a tiempo después de tu primer día. ¿Qué tal ha ido?

—Mucha gente. Fueron todos a comprar libros para leer en la playa.

En realidad, lo más destacado había sido que Marley Mathers se había despachado a gusto con Pauline Altman. El recuerdo hizo sonreír a June hasta que se acordó de que Marley estaría sola en casa, preocupada, o leyendo *Qué se puede esperar cuando se está esperando*, sin posibilidad de comentarlo con nadie. Tendría que conseguir el número de aquella chica.

—¿Puedes venir un momento a mi oficina? Quiero hablar contigo.

Oh, oh. June esperaba que no fueran malas noticias. Sabía que Lolly llevaba un par de días sintiéndose cansada por la quimioterapia. Esa mañana, Isabel había encontrado mechones de cabello de Lolly en la almohada al ir a cambiar las sábanas. Los ojos azules de su tía seguían claros y brillantes, pero tenía unas ojeras oscuras y sus mejillas estaban enrojecidas.

June siguió a Lolly a la pequeña oficina cuadrada. En las paredes había hermosas fotos del hostal, en blanco y negro, tomadas a lo largo de los años, desde su construcción en el siglo XIX, y también retratos de la familia. Generaciones de Nash y de Weller. Lolly, joven y sana. June se quedó mirando una foto de su tía en biquini, con el pelo revuelto al estilo de los setenta. ¿Cómo era ese dicho? «Los días pasan en años, pero los años, en minutos.»

—Lolly, ¿te encuentras bien? ¿Has tenido noticias de tu médico?

—No, no, no tiene nada que ver con eso. Pensé que sería mejor preguntar... Pearl eligió *Mamma mia!* para la sesión de esta noche porque es muy animada y divertida, pero si no te apetece, podemos

elegir otra cosa. Tal vez *No es tan fácil*.

¿*Mamma mia!*? June no la había visto, pero recordaba haber oído hablar de ella. Meryl Streep interpretaba el papel de una madre soltera que vivía en una hermosa isla griega con su hija de veinte años, que acaba de comprometerse con su joven novio. La chica jamás había sabido quién era su padre, de modo que sin decir nada invita a la boda a tres posibles candidatos sobre los que ha leído en el diario de su madre con la esperanza de descubrir la verdad.

No recordaba si al final aquella chica lograba su cometido.

—Gracias por preocuparte por mis sentimientos, tía Lolly —dijo June, besando a su tía en la mejilla—, pero no hay problema. Tal vez aprenda alguna técnica detectivesca o alguna manera de encontrar la pista de un tío.

June había planeado pasar la velada en Internet buscando todos los John Smith, con la esperanza de encontrar algo, cualquier cosa que pudiera llevarla hasta el chico al que había conocido, pero una película para abstraerse del mundo era una perspectiva agradable.

Lolly sujetó la mano de June, como para mantener la calidez del momento, de su cercanía, pero en ese momento Kat llamó a su madre, que se dirigió hacia la puerta. June echó una última mirada a la foto de su tía en biquini, con el pelo revuelto. Daba la sensación de que la gente vivía muchas vidas. Distintas fases.

—Ojalá esto sea sólo una fase —susurró June para sí misma.

La fase con cáncer. «¿Recuerdas cuando a Lolly la trataron por el cáncer?», le diría a Isabel dentro de algunos años, cuando su tía sirviera una de sus fabulosas y tradicionales cenas de Acción de Gracias. «No pensé que fuéramos a salir de aquello», respondería Isabel, y darían las gracias por todo, al modo en que lo hacían las familias en la televisión y en el cine... Bueno, a veces.

Isabel, Kat, Pearl y algunas huéspedes —un par de ancianas cuñadas viudas a las que Lolly presentó como Frances Mayweather y Lena Haywood— estaban reunidas en el salón; las dos señoras mayores se deleitaban con el remolino de fantasía que coronaba las magdalenas de Kat.

June cogió una de chocolate con azúcar glasé blanco, se sirvió un vaso de té helado y se acomodó junto a Isabel en el sofá de dos plazas. Se dio cuenta de que ése era el sitio de las dos. No estaba segura de haber tenido nunca un «sitio» en esta posada. Menos aún uno compartido con su hermana.

—¿Todas preparadas? —preguntó Lolly, y puso el disco en el reproductor de DVD. Se sentó junto a Pearl en el sofá grande, con el mando a distancia a mano.

Kat se levantó y apagó las luces.

—Parece que todas estamos listas.

—¿Qué lugar es éste? ¿Italia? ¿Grecia? —preguntó Pearl cuando empezó la película al ver el azul intenso del mar Egeo y la villa de paredes encaladas que, en lo alto, dominaba la playa.

—Grecia —dijo Lolly, tras coger un puñado de palomitas y ponérselas en el regazo sobre una servilleta—. Ésa es otra de las cosas que me encantan de las películas, que se puede viajar a lugares hermosos, interesantes, sin moverse una de su salón.

—Anda, no me digas..., ¿es que Meryl Streep también canta? —preguntó June mientras Meryl empezaba a cantar a voz en cuello una canción animada, divertida, acerca de que no le alcanzaba el dinero mientras iba de un lado para otro por la villa—. Eso es increíble. ¿Su talento no conoce límites?

—Acabas de recordarme que tenemos que ver *Postales desde el filo* —dijo Lolly—. Al final de la película canta una canción, y lo hace tan bien que yo estaba segura de que la había doblado una famosa cantante de country.

—Y espera a oír cantar a Pierce Brosnan —dijo Kat, riendo—. Ya hace un tiempo que vi esta película, pero recuerdo que es como si cantara debajo del agua.

Era una película muy optimista, tal como había dicho Lolly. ¿Cómo era posible que se la hubiera perdido? En realidad lo sabía muy bien: para verla, tendría que haber pagado a una niñera y la entrada del cine —que cuesta una fortuna—, y las palomitas y el refresco y alguna golosina para picar. Eso significaba esperar a que echaran la película en la televisión por cable para poder verla. Y ni siquiera así, porque ella no tenía cable.

La sorprendió ver que Meryl Streep no estaba segura de cuál de los tres candidatos era realmente el padre de su hija. Al parecer, les había dicho a los amigos y a la familia que uno de ellos lo era, pero no les contó que no sabía con certeza cuál. Porque después de que Pierce Brosnan le rompiera el corazón, se había liado con otro, y después con otro más.

—¡Tres amantes en una semana! —musitó una de las cuñadas mayores meneando la cabeza.

June e Isabel intercambiaron una mirada y sonrieron. June estaba más centrada en el vínculo entre Meryl Streep y la hermosa Amanda Seyfried, que interpretaba el papel de hija y tenía una voz a juego con su cara de ángel. Aunque Amanda había crecido sin padre, se la veía confiada y feliz, y había encontrado un joven estupendo con quien casarse. No era más que una película, pero hizo que June se sintiera bien. Charlie crecería confiado y feliz, y también encontraría una joven maravillosa. De todos modos, pensó, a los veinte años eran muy jóvenes para casarse.

Uno de los posibles padres, Pierce Brosnan, a quien June siempre

había considerado uno de los hombres más guapos del mundo, estaba preguntándole a Amanda sobre sus planes para después de la boda, que eran quedarse en la villa para ayudar a su madre. ¿No quería salir de la isla y ver mundo? ¿Desarrollar su talento artístico?

June echó una mirada a Kat, preguntándose si alguna vez habría pensado en dejar el Three Captains' Inn. Seguramente si ella y Oliver se casaban, cosa que June daba por segura, se comprarían su propia casa. O tal vez se instalarían en la habitación del ático y asumirían el trabajo del hostal. O, al menos, Kat lo haría. Cuando Amanda Seyfried respondía que se iba a quedar en la villa porque su madre la necesitaba, June notó un cambio en la expresión de su prima.

A lo mejor ésa era la razón por la que Kat no se había marchado. A lo mejor quería abrir su propia pastelería, puede que incluso ya tuviera el dinero ahorrado. Y a lo mejor ahora, con el diagnóstico de su madre, tenía la sensación de que tendría que quedarse para siempre.

Ajá... June vio que su prima se ponía tensa cuando Pierce Brosnan le decía a Meryl Streep que su hija se casaba y se quedaba en la isla sólo porque le parecía impensable dejarla a ella allí sola. Kat se mordía el labio mientras daba pellizquitos a una magdalena que todavía no había sacado del envoltorio. June echó una mirada a Lolly, que se reía de algo que Pearl le había susurrado al oído.

—¡Me encanta esta canción! —dijo Isabel cuando comenzaron a cantar *S.O.S.*, y empezó a canturrearla en voz baja. Lolly sorprendió a los presentes al unirse al coro, e hizo que todos aplaudieran. Bueno..., excepto las dos cuñadas mayores, que la hicieron callar. June también la estaba tarareando con la boca cerrada, pero su humor cambió cuando Amanda Seyfried dijo algo como que es una «mierda» no saber quién es tu padre. Antes no tenía padre, ahora tenía tres.

—Por Dios, la pobre chica tiene derecho a saberlo —gritó Frances Mayweather.

Isabel le respondió con una mueca:

—Me gusta lo que acaba de decirle el novio a Amanda Seyfried. Que «encontrarse a sí misma» no depende de hallar a su padre. Es sólo cuestión de descubrir quién es uno mismo.

—Creo que en eso tiene razón —respondió Lolly en un susurro.

Frances Mayweather se puso a comer sus palomitas ruidosamente, tal vez a modo de protesta. Hizo un comentario despectivo cuando Amanda anunció alborozada que no necesitaba saber quién era su padre; los tres lo eran. Y, en lugar de casarse, la joven pareja finalmente se liberaba de la isla y salía a ver mundo.

Pero la boda que con tanto esmero han planeado no iba a malgastarse: en lugar de ellos, se casan Meryl Streep y Pierce Brosnan. Hacen una pareja estupenda.

—Eso sí que es un final feliz —dijo June—. Ella acaba con su primer amor. Eso me hace pensar que todavía hay esperanza para mí —añadió riendo, aunque hablaba muy en serio.

—Tontear con tres hombres diferentes… —dijo Frances, dando un bocado a su magdalena—. No saber quién es el padre de tu propio hijo… ¿Es eso lo que se festeja en esta película? Francamente, es vergonzoso.

—Vamos, Francy, por favor. Es una película —dijo su cuñada.

June vio cómo su tía bebía un poco de té helado y no le pasó desapercibido que había apoyado el vaso con cierta violencia.

—Bueno —añadió Lolly—, me gusta la idea de que a la hija le ha ido bastante bien sin conocer a su padre. Es evidente que el personaje de Meryl Streep la crió perfectamente sin ayuda.

«Gracias, Lolly.»

—De todos modos —dijo Frances—, en mis tiempos no dormía una con un hombre a menos que fuera su esposo. Así sabías siempre quién era el padre de tus hijos. Hoy en día, las mujeres están tan desesperadas por llamar la atención de un hombre que se dan sin más, y entonces el pobre crío nace y tiene que cargar con no saber de quién es hijo.

June estuvo a punto de atragantarse con el té.

—A mí la hija me ha parecido una persona de lo más normal —dijo Kat con los dientes apretados.

June tuvo la sensación de que, si Frances Mayweather no hubiera tenido más de setenta años, Kat le habría dado una buena tunda.

—Tan normal que se compromete a los veinte años porque, después de haber crecido con una madre que tiene la cabeza llena de pájaros, necesita la mano de un hombre como guía —replicó Frances.

—No me lo parece —dijo Lolly, tan educadamente como pudo. Después de todo, esa mujer era su huésped—. El personaje de Amanda se compromete porque está enamorada. Y, cuando se está así de enamorada, uno quiere festejarlo.

«Gracias de nuevo, tía Lolly», volvió a pensar June. Vaya, le caía bien esta nueva Lolly Weller, de repente tan solidaria. Sólo le preocupaba lo que pudiera haber detrás de su actitud.

Frances Mayweather lanzó un bufido despectivo.

—Tiene apenas veinte años. No sabe nada del amor. Yo me casé a los treinta, relativamente tarde, lo reconozco, pero amaba a mi Paul, el hermano de Lena, que Dios lo tenga en su gloria, porque era un buen hombre, muy trabajador, y sabía comportarse. Trabajó en IBM durante cuarenta y un años. Se ponía de pie cada vez que yo entraba en una habitación o salía de ella. Yo supe lo que era el amor.

—Yo me enamoré de un chico a los veintiún años —dijo June, mirando su magdalena, que ya no le apetecía—. Él también sabía

comportarse. Me bastó una hora para enamorarme. A veces simplemente se sabe.

Frances la miró con desdén.

—Querida, no es posible amar en una hora. Eso es un capricho. Lujuria. Los hombres están dispuestos a llevarse a la cama a cualquier mujer que les resulte atractiva y novedosa. Eso es lo que hace que vayan con prostitutas. Todos esos políticos a los que cogen con acompañantes caras. No es más que eso. No puede llamarse amor. Ésa es la razón por la que sus esposas no los dejan. Ellas conocen la diferencia.

Esta vez, June sí que se atragantó con el té.

Isabel se puso de pie, sus pulseras de oro tintinearon.

—¿Sabe lo que pienso? Pienso que hay un millón de razones diferentes por las que la gente hace lo que hace y cuando lo hace. Y que juzgar a los demás cuando no se sabe nada de sus vidas ni de su historia ni de su situación no está bien.

—Y eso lo dice una joven disfrazada que no tiene nada de que preocuparse —le susurró Frances a su cuñada, a quien, evidentemente, tenía completamente sometida.

—En realidad, hace apenas dos semanas descubrí que mi marido tenía una aventura —dijo Isabel con los brazos en jarras—. Lo sorprendí en la cama con otra mujer.

—Venir aquí a airear los trapos sucios no es adecuado —dijo Frances, poniéndose de pie—. Nos marchamos mañana, un día antes de lo previsto, y espero que no nos cobren un recargo.

—Oh, no —dijo Lolly, cruzando los brazos—. Estaremos encantadas de que se vaya.

Los ojos saltones de Frances se abrieron hasta más no poder antes de coger a su cuñada por el brazo y sacarla del salón.

—No obstante, espero que mi desayuno especial esté listo a las ocho menos cuarto. Huevos escalfados sobre pan de trigo poco tostado y macedonia. Lo mismo para Lena, pero su tostada no tiene por qué estar poco hecha.

—Buenas noches —dijo Lolly con un gesto exasperado cuando las dos salieron arrastrando los pies hacia la escalera.

Todas miraban a Lolly con mudo estupor.

—Bien por ti, mamá —dijo Kat, chocando los cinco con Lolly, que pareció encantada con la alabanza. Sin embargo, la expresión de la muchacha cambió a continuación, y June creía saber lo que la preocupaba. Lo mismo que la había tenido preocupada a ella un poco antes.

Lolly había hecho algo impropio de ella al mandar a paseo a un huésped.

—No hagas caso a esa vieja bruja, June —dijo Pearl, lo cual

tampoco era propio de ella—. Si tú y John tuvisteis algo especial, aunque sólo hiciera una hora que os conocíais, eso es todo lo que necesitas saber.

June dejó caer una rodaja de limón dentro del té y miró cómo se hundía.

—Gracias, Pearl. Pero, en cierto sentido, tiene razón. No es justo que Charlie no haya conocido nunca a su padre por mi culpa.

—June Jennifer Nash —dijo Isabel—. No sigas por ese camino. Las circunstancias fueron las que hicieron que Charlie no conociera a su padre.

June se quedó tan sorprendida de que Isabel usara su nombre completo —tal como solía hacer su madre cuando quería que le prestara atención— y de que se pusiera de su parte, que no pudo por menos que apretarle la mano y decirle «Gracias» con los labios.

Quizá su historia con John acabara del mismo modo que la de Meryl y Pierce Brosnan. Separados por las circunstancias, puede que volvieran a encontrarse al final del camino. La semana anterior, June había leído un artículo sobre una pareja a la que la segunda guerra mundial había separado y que cuarenta y dos años después se había vuelto a reunir.

—Si realmente tuvimos algo especial —dijo June—, si fui algo más que una chica a la que encontró «atractiva y novedosa», entonces, ¿por qué me dejó de esa manera? —Las lágrimas asomaban a sus ojos —. ¿Por qué me hizo creer en aquellas cosas hermosas para desaparecer después como si yo no hubiera significado nada para él, como si no le hubiera importado?

Porque a ella sí le había importado. En muchos sentidos. Y sobre todo porque de su relación había nacido Charlie.

Lolly se sentó junto a June y la atrajo hacia sí en un abrazo.

—Se perdió a una gran persona.

June quedó tan conmovida que por un momento no fue capaz de hablar.

—Gracias, tía Lolly —susurró al fin. No podía recordar que su tía hubiera dicho nada igual siete años atrás. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá—. Siempre pensé que se preguntaría por mí, que querría saber dónde estaba y me buscaría. Y yo soy fácil de encontrar. Cuando me abandonó, me quedé en la escuela dos meses después de descubrir que estaba embarazada. E incluso dejé una nota en mi ficha para decir que, si alguien quería ponerse en contacto conmigo, podía localizarme en el hostal de mi tía. Soy una idiota. Frances Mayweather, si es que ése es su nombre, tiene razón.

—No hagas caso de esa arpía —le dijo Isabel—. Te toparás con gente así a lo largo de toda tu vida. Tienes que olvidarla. De todos modos, ¿por qué habría de importarte lo que piense de ti un extraño?

—Tienes razón —dijo June—. Para flagelarme me basto sola. No necesito la ayuda de ninguna anciana mezquina.

Isabel asintió con fuerza.

—Eso está bien. Siento que hayas pasado por todo esto, June. Siento que John te haya hecho daño. Siento que no haya conocido a Charlie.

June echó una mirada a su hermana y vio que estaba siendo sincera.

—No puedo decir lo mucho que todo esto representa para mí. Que me apoyéis tanto.

—Estamos de tu parte —dijo Kat—. Definitivamente.

Era cierto que June se sentía más fuerte ahí sentada entre esas mujeres. Su hermana, a la que de repente sentía como una hermana. Su tía, tan maternal. Su prima, que estaba empezando a ser una verdadera amiga. Respiró hondo para despejarse y se sintió muy, pero que muy agradecida. Y lanzó un deseo al universo: que esta noche, estuviera donde estuviese, Marley, con su secreto y su libro, tuviera también alguien con quien hablar.

9

Kat

El sábado por la mañana, a primera hora, después de limpiar el baño del piso superior —la tarea que más odiaba— y de sacarse de un tirón los guantes de goma amarillos, Kat se dio una larga ducha caliente y se dirigió a la cocina a hornear *muffins* —seis docenas: frambuesa, arándanos, trocitos de chocolate y maíz— y bollos —cuatro docenas: frutos del bosque, chocolate blanco y frambuesa— para sus clientes del puerto. Incluso después de haberse pasado casi dos horas limpiando baños, dedicarse a la repostería resultaba tan reconfortante como una siesta reparadora. La sensación de tener harina entre los dedos y de sentir la masa, cálida y flexible, en las manos le levantaba el ánimo del mismo modo que las películas lo hacían con su madre. Como jugar con el perro abandonado que había recogido animaba a su prima Isabel. Y como parecía sentirse June cuando su hijo se le sentaba en las rodillas durante las comidas y la estrechaba entre sus brazos.

Kat revisó los pedidos y se dio cuenta de que también tenía que preparar una tarta para un cumpleaños infantil —vías de ferrocarril con su locomotora para Max, de tres años—; tenía que entregarlo a las dos de la tarde. Cuando dispuso sus grandes cuencos de acero y echó mano al saco de la harina, se dio cuenta de que casi no le quedaba. Era suficiente para la tarta, pero demasiado poca para las docenas de *muffins* y bollos que tenía que preparar. Había estado un poco dispersa últimamente, lo sabía. Entre su madre y Oliver y sus primas y el largo fin de semana se había olvidado de comprar harina. Y, por lo visto, también virutas de chocolate.

Sacó la bici del cobertizo para ir al mercado y optó por el camino más largo, ya que no quería pasar por la oficina de Oliver. Después de la discusión de la noche anterior sobre la película, lo había llamado para decirle que no iba a ir; se había hecho tarde y estaba agotada, y además tenía todo un día de trabajo por delante. Oliver le había preguntado directamente si lo estaba evitando; casi no había tenido tiempo para él en toda la semana, a pesar de que tenían algo bastante espectacular que celebrar y muchas cosas de las que hablar, a menos que lo hubiera olvidado. Eso era imposible, le dijo. Como si pudiera olvidarlo.

Suponía que era verdad que lo estaba evitando, pero no lo había admitido. Sólo quería —necesitaba— algo de tiempo para sí, para decidir cómo se sentía en realidad. Pero ¿cómo podía decirle eso a Oliver sin herirlo todavía más? Él ya le había dicho que cogiera un papel y un lápiz, que había estudiado tres posibles emplazamientos para su pastelería y que había recopilado direcciones e información sobre alquileres. Kat le había recordado que todavía no estaba preparada para abrir un negocio, lo cual dio lugar a un principio de discusión sobre su falta de iniciativa.

—¿Por qué tengo que discutir contigo sobre mis cosas? —le había soltado Kat. Siguió un silencio absoluto, lo cual significaba que lo había ofendido—. Me refiero a la pastelería. No quiero que me presiones, Oliver.

—No se trata de presionar, Kat, sino de ayudar.

Casi le habría gustado que hubiera estado la noche anterior viendo *Mamma mia!* con ellas, para que pudiera ver que después de todo la joven pareja había optado por no casarse. Seguían juntos, pero se estaban dando tiempo para crecer individualmente y como pareja.

¿Era eso lo que ella quería? ¿Lo que necesitaba? ¿Más tiempo?

Había notado cómo los ojos de las presentes se clavaban en ella durante la película. Los de sus primas. Y lo que es peor, los de su madre. Lolly nunca le había preguntado si a ella le pasaba lo mismo que a Amanda Seyfried, si había tenido siempre la sensación de que debía quedarse en Boothbay Harbor porque su madre la necesitaba.. Nunca lo haría, no era su estilo. Lolly daba por bueno lo que decía la gente. En realidad, daba por bueno lo que la gente hacía. Si Kat no se había marchado jamás de Boothbay Harbor era porque no quería hacerlo.

Había veces en que preferiría que su madre fuera una de esas madres metomentodo que siempre tratan de saber la verdad sobre cualquier cosa. Le parecía mentira que Lolly no se diera cuenta de que su hija lo estaba pasando mal.

Claro que su madre estaba enferma. Cansada. Con náuseas intermitentes. Se le caía el pelo. Si ella quería decirle algo, si quería que su madre supiera algo, tendría que decírselo y no esperar a que su madre le leyera la mente. A que le leyera el corazón.

Kat hizo un viraje brusco con la bicicleta para no atropellar a un gato gris que cruzó la calle como una exhalación y el corazón le dio un vuelco cuando se acercó a una pequeña tienda de Violet Place en cuyo escaparate había un letrero en el que se podía leer: «Se alquila.» Aparte de ese local, sólo había tres negocios en la calle lateral: un zapatero remendón, un masajista especializado en *reiki* y en la lectura de auras, y un bufete de abogados. Pero había hermosos árboles y grandes macizos de alegrías del hogar, y todas las tiendas tenían un

aire antiguo, un encanto especial. Hasta el bufete de abogados tenía un aspecto encantador. Podía imaginar un Pasteles y Dulces Kat en ese lugar. Se bajó de la bicicleta, la apoyó contra la farola y miró el interior de la tienda vacía. Era pequeña, apenas había espacio para un mostrador y un expositor, pero la trastienda, visible a través de una hermosa arcada, tenía espacio para un cómodo obrador.

Le gustaba que la pared más larga de la tienda fuera de ladrillo visto, las demás de un color albaricoque pálido y los suelos de cálida cerámica. Se imaginó la leyenda de Pasteles y Dulces Kat pintada a lo ancho del amplio escaparate. Hacía meses que Oliver le había dicho que aquel local estaba vacío.

Desde el momento en que empezaron a salir, hacía ya seis meses, la había animado a abrir una pastelería. Incluso le había dicho que él le prestaría lo que precisase para la inversión inicial, pues sabía que iba a ser un éxito. Pero el obstáculo no era el dinero; ya casi había ahorrado lo que necesitaba para comenzar. Había algo que la retraía y no estaba segura de qué era. Tal vez abrir una pastelería significaría abandonar el hostal, y no quería hacerlo ahora que su madre la necesitaba. Simplemente, ahora no podía abandonar a Lolly por más que quisiese.

«Tal vez algún día», pensó echando una última mirada al local. Pero ahora no. Montó otra vez en la bici y se dirigió hacia la tienda de comestibles. Ya volvía, con la harina y las virutas de chocolate cargados en la bicicleta, cuando vio al doctor Viola, el residente que había atendido a su madre durante la quimioterapia, tendido en un embarcadero junto a un viejo barco langostero. Matteo Viola. Qué nombre más hermoso. Llevaba unas gafas de aviador, pero estaba segura de que era él; el pelo, oscuro, ondulado y ligeramente largo, sobre todo en un médico, era inconfundible. Lo mismo que sus pantalones verdes quirúrgicos remangados hasta las rodillas, su piel morena, y su cuerpo alto y musculoso. Sin embargo, el pecho desnudo era una revelación. No podía apartar los ojos de él. Estaba echado al fondo del embarcadero con la cabeza sobre una mochila, con una rodilla doblada, mientras leía un libro.

Caminó hasta ponerse detrás de él y leyó el título del libro: *Manual de oncología radioterápica basada en hechos*.

—¿Lectura ligera para la playa? —le preguntó, con una sonrisa.

Él se incorporó, se dio la vuelta y se puso las gafas sobre la cabeza.

—Ah, hola. Kat Weller, ¿no?

Le encantó que recordara su nombre.

Él miró la bicicleta y la bolsa de cinco kilos de harina que había en el cestillo.

—Eso es mucha harina —dijo.

—Se me había acabado. Nada bueno para una pastelera. Acepto muchos pedidos extra porque me ayuda a calmarme. Mi familia se beneficia de esas sesiones. Ayer horneé cuatro tartas. Hasta conseguí que una adolescente siempre enfurruñada que se hospeda en el hotel de mi madre sonriera.

Él también lo hizo.

—Yo también me he beneficiado de los dulces toda mi vida. Mis padres tienen una pastelería en la ciudad, ¿sabe? La panadería italiana, en Townsend, al lado de la floristería.

Kat se quedó boquiabierta. Alonzo y Francesca..., por supuesto. Se dio cuenta de que nunca había sabido sus apellidos porque todo el mundo los conocía por su nombre de pila. Eran cordiales y amistosos, y siempre daban galletas a los niños. Estaban especializados en panes y en pasta italiana. Toda la gente iba allí a comprar el pan. Incluso a Charlie, su sobrino, se le hacía la boca agua ante el escaparate mirando los *cannoli*.

—No tenía ni idea de que Alonzo y Francesca fueran sus padres. Me encanta su tienda. Jamás he comido un cañón de crema como los de la panadería italiana.

—O sea, que usted también es repostera, ¿verdad? ¿Y cuál es su especialidad?

—Puse en marcha mi propio negocio de pastelería en el Three Captains' Inn, que es donde vivo. Lo llamo Pasteles y Dulces Kat. Hago los dulces para el hostal, pero estoy especializada en pasteles de boda y en tartas y magdalenas de todo tipo. También me están empezando a conocer por mis *muffins*.

Los dos se volvieron para mirar una ballena que saltó del agua; la gente de una embarcación de recreo empezó a aplaudir y a dar vivas.

—Me encantaría probar uno alguna vez —dijo él—. Y dígame, ¿cómo está su madre?

—Ella dice que bien, pero se la ve cansada. Se sujeta con fuerza de la barandilla cuando baja la escalera, cosa que no había hecho antes. Y he encontrado mechones de pelo en la almohada y en la ducha.

—Eso es por la quimio —dijo él, con mirada compasiva—. Y de ánimo, ¿qué tal?

—La verdad, tiene bastante buen humor. Creo que está contenta de tener a sus sobrinas y a su sobrino nieto de nuevo en casa. Su familia está otra vez reunida. Creo que significa para ella más de lo que sospechábamos.

—La familia tiene propiedades sanadoras. Y usted, Kat, ¿cómo lo lleva?

—He tenido momentos mejores. Aguantando. Preocupada. —Se encogió de hombros.

Sabía que él diría algo para reconfortarla. Pensó en cómo la había cogido de la mano cuando se conocieron en el hospital, a la puerta de la sala de quimioterapia, y ella le había dicho: «¿Qué se supone que debo hacer?» «Nadie tiene una respuesta para eso —había respondido él, mirándola intensamente—. Puede llorar, puede gritar, puede controlar su miedo, puede hacer lo que le apetezca hacer.»

Kat se había sentido tan reconfortada en ese momento que había roto a llorar y él no le soltó la mano hasta que paró. Desde entonces se había sorprendido a menudo pensando en aquello.

—¿Podría hacerle algunas preguntas, doctor Viola? Preguntas reales, como cuánto le queda a mi madre. Es tan difícil conseguir una respuesta directa...

Él se sentó y dio un golpecito a su lado en la madera desgastada del embarcadero.

—Llámame Matteo y ven a sentarte.

Kat se despojó de las sandalias y se sentó con las piernas encogidas y los brazos rodeando las rodillas. «Matteo.»

—El doctor Samuels dijo que le podrían quedar semanas, meses, incluso un año, es imposible de saber; y que la quimio podría prolongarle la vida, pero también la va a debilitar.

—Así es la quimio —respondió él, asintiendo—. Te da y te quita. Y no podemos darte una fecha concreta, Kat. Sólo podemos procurar que la vida de tu madre sea lo más cómoda posible.

—Ya sé que sólo podéis decirnos lo que sabéis, me refiero a lo que sabéis con certeza, pero me gustaría que me pudierais decir qué hacer con la preocupación, y con el miedo.

—La verdad, sí que puedo decírtelo. Al menos te contaré lo que hice yo.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Alguien de tu familia?

—*Il mio padre*. Mi padre. Él fue el motivo de que me dedicara a la oncología. Tenía cáncer de próstata, y se lo detectaron bastante a tiempo porque yo no dejaba de insistir en que se hiciera las pruebas. Pero fue por los pelos. Cuando se lo diagnosticaron me asusté como no te puedes imaginar. Sobre todo porque yo sabía perfectamente lo que supone tener un tumor.

Kat se pasaba a menudo por la panadería italiana para curiosear delante del escaparate, o para comprar pan para el desayuno, o para su madre: a ella le encantaba comerlo con aceite de oliva. Alonzo estaba siempre charlando con algún cliente, contando historias sobre Italia. Kat no tenía la menor idea de que hubiera estado enfermo.

—Es un superviviente, pero me preocupo por él todos los días. Por eso quise hacer mi residencia aquí. Tengo suerte de que tengamos un gran hospital universitario en Boothbay.

—Pareces tan centrado y tranquilo... Nadie diría que tu padre está enfermo.

—Así es la gente —dijo él, sonriendo—. Pura fachada. Actitud profesional. Nunca se sabe realmente lo que le puede estar pasando a alguien.

Kat asintió.

—Ahora me estoy enterando de lo que les pasa a mis primas. El otro día conociste a una de ellas: Isabel. Durante toda mi vida he tenido de ellas una opinión equivocada.

—Eso es lo fantástico de la vida. Lo sorprendente que puede ser la gente. Para bien y para mal.

—Yo prefiero que sea para bien.

—Yo también —respondió, con una sonrisa.

—Entonces, ¿qué hiciste para sobrellevar la preocupación cuando le diagnosticaron cáncer a tu padre?

—No dejé de repetirme que él estaba allí. De pie. Vivo. Que tenía que centrarme en eso y en el tratamiento. No en la posibilidad de que muriese ni en el miedo. Me centré en tenerlo conmigo, y traté de sacarle a esa idea todo el partido posible. Compramos un abono para los Red Sox. Dábamos largos paseos en coche. Le construimos un kart a mi sobrinita. No quiero ponerme cursi, pero nos dedicamos a celebrar la vida en lugar de pensar en todo lo contrario. Eso no sólo es bueno para ti y para tus primas, sino también para tu madre.

Kat respiró hondo y dejó que las palabras de Matteo, el calor y el aire fresco la invadieran. Podría haber estado allí sentada todo el día. Hablando con aquel chico, sintiendo la brisa en el pelo.

Cuando él se echó hacia atrás, con los brazos detrás de la cabeza, sus manos se tocaron y por un momento ninguno de los dos se movió hasta que se separaron exactamente al mismo tiempo.

—Será mejor que me vaya —dijo Kat. «Antes de que me eche encima de ti y te bese como en las películas», le hubiera gustado añadir—. Gracias por hablar conmigo. Ha sido una gran ayuda.

—Me alegro. Y si alguna vez necesitas hablar más, llámame. En cualquier momento.

Kat sonrió y se alejó por el embarcadero. Cuando se volvió para echar una última mirada, él la estaba observando.

Kat estaba apoyada contra el pecho de Oliver en la bañera. El agua caliente y las burbujas tenían un efecto relajante sobre sus músculos fatigados. Después de un par de horas de horno y de entregar la tarta, había ayudado a Isabel a hacer limpieza general. El comedor estaba lleno de arena —ambas suponían que los zapatos de cierta huésped de catorce años eran los responsables— y de huellas. El hostal estaba completo, lo que suponía para Isabel tener que limpiar

las habitaciones, los pasillos y los espacios comunes hora tras hora. Las huellas húmedas, las migas de los bizcochos del desayuno, los pañuelos de papel diseminados por aquí y por allá..., de todo ello daban cuenta el limpiador ecológico y la aspiradora de Lolly. Así todo el día. Kat estaba impresionada con su prima, que no había parado en ningún momento. Cuando no estaba atendiendo a los clientes estaba limpiando, y además había preparado limonada y se la había servido a los huéspedes en el jardín trasero.

Oliver había recogido a Kat a las siete y la había llevado hasta la cabaña que tenía alquilada en Townsend. Estaba separada de la casa principal por un muro de piedra y plantas perennes, lo que provocaba que Kat siempre tuviera la impresión de entrar en una cabaña en medio del bosque. Le encantaba ese lugar.

Dentro la estaba esperando una parrillada lista para servir con chuletas, espárragos y patatas asadas, sus favoritas. Durante la cena, Oliver se puso un poco pesado con lo de los locales, pero cuando ella le explicó que había decidido posponer la idea de abrir su propia pastelería mientras Lolly estuviera en tratamiento, él pareció entenderlo, y lo dejó de lado diciendo:

—Vale, ya lo entiendo.

Después la llevó arriba, a su dormitorio, con la cama enorme y sus mullidas almohadas. La desnudó, le dio un masaje por todo el cuerpo y a continuación le hizo el amor con dulzura.

Pero ella había hecho algo horrible mientras estaban en la cama, algo de lo que se sentía muy avergonzada. Había pensado en Matteo. En sus ojos oscuros y en sus abdominales duros como rocas. En la forma en que esos pantalones de médico dejaban ver su piel. Su cara, agraciada, exótica. Le hacía pensar en Italia, en Europa, en sus sueños de adolescencia de ser aprendiz de pastelería en Roma o en París. De ir repartiendo sus tartas en una Vespa. Había intentado centrarse en la dulce y perfecta cara de Oliver, pero sólo podía pensar en el rostro de Matteo, en el cuerpo de Matteo.

—Entonces, ¿crees que es hora de contarle lo nuestro a tu familia? —preguntó Oliver mientras la tenía rodeada con sus fuertes brazos.

—Yo... Es que no puedo. No creo que esté bien obligar a mi madre o a mis primas a prestar atención a algo tan grande —dijo, y así lo sentía—. Anoche mamá estaba muy cansada, y eso sólo por haber visto una película. Está preocupada por tantas cosas, Oliver... Si le cuento lo del compromiso se sentirá obligada a mostrarse alegre y feliz, y puede que hasta quiera organizar la boda e incluso pagarla. ¿Cómo puedo hacerle esto? Todo debería centrarse en cuidar de ella, no en mí y en mi boda.

Oliver le masajeó los hombros, ablandando con sus manos

enjabonadas los nudos de tensión.

—Entiendo lo que dices, pero a mí me parece que la noticia haría maravillas con ella. La alegraría. Ella sería feliz de saber que tendrás quien se ocupe de ti.

Ocuparse de ella. Pero si Kat no quería que nadie se ocupara de ella…

Y la palabra «asentarse» le daba miedo. Una vez había deseado mucho a Oliver, con mucha intensidad, pero tantos años de reprimir ese deseo —como decía el novio de su mejor amiga, Lizzie, que era terapeuta— le habían pasado factura. Ahora tenía la oportunidad de pasar con él el resto de su vida y estaba demasiado asustada para aceptarlo. Al menos ése era el punto de vista del terapeuta.

—No quieres pertenecer a ningún club entre cuyos miembros pueda haber alguien como tú —había dicho el novio de Lizzie—. Por eso sales con éste y con aquél y vives romances tórridos de un mes que acaban fracasando. Todo porque tienes miedo de quién eres realmente, de lo que realmente quieres.

—¿Y lo que quiero realmente es…? —había preguntado Kat.

—Tal vez estar exactamente donde estás. Puede que el motivo por el que nunca te fuiste de Boothbay Harbor, por el que no dejaste el hostal, no es que tu madre se quedara sola ni que sintieras esa necesidad acuciante de resarcirla de algo, sino porque esto es lo que te gusta. Porque te encanta el hostal. Porque quieres a tu madre. Y a Oliver. Pero si le dices que sí a él, a esta vida que conoces y que adoras, empezarás a tener miedo de perderlo todo.

Kat pensaba que todo eso era psicología barata. Jerga de psicólogos. Sin embargo, tenía tantos visos de verdad que intentaba no pensar demasiado en ello.

—Kat —dijo Oliver, recogiendo las burbujas de lavanda y acariciándole con ellas los pechos, el estómago, la parte interna de los muslos—, mientras no se lo digas a tu familia, yo tampoco puedo contárselo a nadie. Y yo quiero gritarlo desde los tejados.

—Lo sé —dijo, intentando centrarse en la sensación, en el ritmo de sus manos—. Sólo estoy esperando a que encajen la noticia de la enfermedad de Lolly antes de soltar algo que los hará felices a todos.

—¿Le has dicho a Lizzie que estamos comprometidos?

—No —susurró Kat tras lanzar un suspiro.

—Entonces es posible que la razón de que no se lo digas ni a tu familia ni a tu mejor amiga es que no estás segura —dijo Oliver con un deje de enfado, o quizá de frustración, en la voz—. Puede que ése sea el motivo por el que has estado tan esquiva toda la semana.

—No estoy segura de no estar segura, Oliver. —Se quedó mirando las burbujas y meneó la cabeza—. Dios, escucha lo que digo. Suena ridículo. No estar segura de no estar segura…

Él le cogió las manos.

—Sé que las cosas son muy duras en este momento, Kat. Entre tu madre y tus primas... Justamente por eso te lo pedí ahora en lugar de esperar. Para darte ánimo, para asegurarme de que sabes que tienes a alguien que te apoya sin reservas.

Y no era que ella no lo apreciara, pero... Pero, pero, pero. ¿Cuál era el pero? ¿Que no necesitaba el respaldo de nadie? ¿Que precisaba encontrar por sí misma el camino? ¿Que tenía la sensación de que debía experimentar algo más antes de establecerse para siempre en este lugar? Ahora que su madre estaba enferma, ella debería llevar las riendas del hostal, sobre todo cuando Isabel y June volvieran a sus vidas. El hostal y Oliver serían el centro de su existencia, como lo habían sido siempre.

—Kat, quiero estar a tu lado. Quiero pasar mi vida contigo, pero si me respondiste que sí en un momento de debilidad cuando lo que querías contestar era «no lo sé» o directamente «no», dilo. No juegues conmigo. —Ahora había dureza en su voz.

—Yo sólo... Sólo es que no lo sé ahora mismo.

Oliver le giró los hombros para tenerla de frente.

—¿Quieres casarte conmigo o no, Kat?

—No lo sé —respondió con sinceridad—. ¿Puedes darme un poco de tiempo para pensar en todo esto?

—Te quiero muchísimo, y claro que te daré tiempo, pero creo que una persona sabe lo que siente, Kat. En lo más íntimo, lo sabe. Yo creo que tú lo sabes, y lo que me preocupa, y mucho, es que me estés ocultando algo.

—Sólo te pido que me des algo de tiempo, ¿vale?

Él salió de la bañera y se fue del baño, y de repente Kat sintió frío.

10

Isabel

No hacía mucho, Isabel vivía en una casa de campanillas en Connecticut y tenía una persona que le hacía la limpieza dos veces a la semana. Ahora estaba en la habitación Águila Pescadora con un par de viejos vaqueros que le había prestado Kat, y equipada con la barredora, unos guantes de goma amarillos y todo tipo de productos de limpieza. Ya había limpiado antes las habitaciones Pájaro Azul y Concha Marina, y había dejado la de Griffin para el final. Teniendo en cuenta la secreta atracción que sentía por él, le resultaba excitante estar ahí dentro, como si lo estuviera espiando. Pero la verdad era que estaba ahí para limpiar. Le faltaba práctica, sin duda, pero a lo largo de esa semana había descubierto que realmente le gustaba colocar los platos sucios en el lavavajillas, fregar los mostradores, barrer el suelo y darle después una pasada con la mopa rociada con ambientador de limón, recoger la mesa cuando los clientes terminaban de desayunar y poner las habitaciones en orden. Le gustaba deshacer las camas y volverlas a hacer, alisar las colchas y esponjar las almohadas. Bajar las sábanas, las fundas y las toallas en una cesta de mimbre al cuarto donde estaba la lavadora provocaba que se sintiera útil por primera vez desde hacía mucho tiempo. No era tanto que le gustara limpiar, sino que le encantaba atender el hostal. Mucho más de lo que jamás había imaginado.

Al menos se le daba mejor limpiar que preparar las cenas de la familia. La noche pasada nadie había querido repetir su pollo a la cazadora ni su ensalada César. Ni la noche antes su lasaña, uno de los platos favoritos de Charlie, aunque el pan de ajo le había salido bien. No era una buena cocinera, estaba claro, pero lo pasaba bien cocinando, siguiendo las recetas del libro de cocina de Julia Child que le había dejado su tía Lolly. No tenía la menor idea de lo bien que le sentaba a uno preparar la cena todas las noches para la gente a la que quiere. Edward y ella solían llevarse a casa la cena de su restaurante favorito, o salir a cenar solos o con clientes y socios. Los últimos meses, lo más común era que comiera sola los platos congelados y etiquetados que le dejaba su asistenta. Trataría de mejorar como cocinera. Puede que tomara clases, algo que siempre había querido hacer.

Se dio cuenta de que Griffin era ordenado. Alexa no. Su ropa estaba toda revuelta en los cajones abiertos, como si le hubiera costado decidir qué ponerse y hubiera sacado fuera la mitad de las cosas. Le vino a la cabeza la cara de Alexa. Ese rostro bonito en forma de corazón con unos ojos enfadados de color azul oscuro. «Te entiendo, hija mía —dijo para sus adentros mirando el revoltijo de ropa—. No sabes cuánto.» Sintió el impulso de ordenarlo todo, de doblar prolijamente la ropa. Sin embargo, según Lolly, si los huéspedes dejaban los cajones o las puertas del armario abiertas, tenían que cerrarlos, pero no podían tocar nada que hubiera en su interior. Isabel cerró los cajones, sacudiéndolos un poco para que las camisetas y los vaqueros y los pantalones cortos encontraran acomodo dentro.

Reunió las sábanas y las fundas, y las echó dentro de la cesta de mimbre. Después cogió la ropa limpia, hizo las camas de las niñas y esponjó las almohadas.

Dejó la cama de Griffin para el final. Mientras retiraba con lentitud las sábanas azul pálido, se lo imaginó allí acostado, desnudo. Se imaginó a sí misma acostada a su lado, encima de él, debajo de él.

—Oh, lamento interrumpir. No me había dado cuenta de que estaba limpiando aquí. Volveré luego.

Al darse la vuelta se encontró a Griffin de pie junto a la puerta abierta con la llave de la habitación en la mano.

Isabel se preguntó si estaría tan roja como se sentía. Él la estaba mirando. Casi como si supiera lo que había estado pensando. Eso hizo que se ruborizara otra vez.

—No, no se preocupe. Saque lo que necesite y a mí no me preste atención. —Echó las sábanas en la cesta y luego cogió las almohadas. Olían a él. Masculinas, limpias, como su champú.

—A decir verdad, Isabel, te he estado prestando atención desde que llegué.

Ella lo miró, tan sorprendida que dejó caer la almohada al suelo. La recogió, quitó la funda y la echó en la cesta de la ropa sucia.

—En primer lugar, creo que eres hermosa. En segundo lugar, he disfrutado el tiempo que he pasado contigo mientras trabajábamos con *Happy*.

Griffin se había pasado las tardes entrenando al perro de Isabel, *Happy*. El nombre, «Feliz», lo había elegido Charlie, y la verdad era que describía muy bien al animal. Griffin le había enseñado a Isabel lo básico sobre el adiestramiento de un perro mientras Alexa cuidaba de Emmy en la terraza. Muchas veces, Isabel se quedaba tan hechizada por la cara de aquel hombre, por sus ojos, su voz, que cuando se daba cuenta había perdido por completo el hilo de lo que le estaba contando. Sentirse atraída por otro hombre, estar tan... colgada, la

sorprendía. Le habría parecido imposible tener sitio en la cabeza, en el corazón, para pensar en Griffin Dean, para imaginarlo desnudo. Y ahora aquí estaba él, diciendo que había sentido más o menos lo mismo.

Estaba tan sorprendida, tan... encantada, y de repente tan azorada como una adolescente, y por un momento no pudo articular palabra.

—Mmm, esta noche tenemos sesión de cine en el hostal. Bueno, es domingo y no viernes, que es cuando solemos celebrar nuestra noche de cine, pero mi tía, Lolly Weller, a la que ya conoces, por supuesto, a veces decide que una noche es noche de cine, así, porque sí. Hoy vamos a ver *Se acabó el pastel*. Meryl Streep y Jack Nicholson. Es un clásico. Divertida. Bueno, todo lo divertida que puede ser una película sobre una aventura amorosa.

Oh, Dios mío, ¿realmente había dicho eso?

—Sé muy bien lo poco divertidas que son las aventuras —dijo Griffin, y ella de golpe se encontró sobria.

¿Habría tenido él una aventura? ¿De ahí venían todas las trifulcas familiares? ¿La airada adolescente? ¿Las vacaciones en una posada en la misma ciudad?

—¿A qué hora? —preguntó él.

—A las nueve. Habrá palomitas, y las sorprendentes magdalenas de Kat. Vino y cerveza, si te interesa.

«Deja ya de divagar, Isabel.»

—Allí estaré —dijo Griffin, esbozando una sonrisa. Después fue hacia la alcoba y volvió a aparecer con el iPod de Alexa y el sombrero rosa de Emmy. Miró otra vez a Isabel y se fue.

Después de la cena —en la que el pastel de carne y el puré de patatas con ajo receta de Julia Child que había preparado Isabel fueron un éxito, especialmente con Charlie, que repitió—, la mujer volvió al sótano por tercera vez. Cuando unos días atrás le dijo a Lolly que no había encontrado los diarios en ninguno de los baúles, su tía había insistido en que estaba segura de haber puesto los dos diarios rojos, etiquetados, en uno de ellos. Isabel tuvo que reconocer en su fuero interno que tal vez no había mirado con bastante atención porque, en realidad, no quería encontrarlos. De repente, se sintió muy avergonzada. Su tía quería los diarios, los necesitaba para sentirse mejor. La quimio le estaba destrozando el estómago y hacía que estuviera muy fatigada. E Isabel se portaba como una egoísta al no poner más empeño en encontrar los diarios. No saldría sin ellos de la atmósfera asfixiante de ese lugar.

En uno de los baúles encontró sus papeles del instituto. Hojeó los boletines de notas y algún que otro examen con sobresaliente que su madre había guardado. Encontró la copia de una carta que ésta le había enviado al tutor de Isabel fechada en octubre de hacía quince

años.

Quiero asegurarle que, en el fondo, Isabel es una chica fantástica, muy compasiva. Pienso que está atravesando una época difícil y desafortunadamente larga en la que se pone a prueba a sí misma y también a los demás. Pero no tengo la menor duda de que mi hija saldrá reforzada de estas experiencias. Isabel es una joya, y en cuando pueda relucir, atención, mundo…

Llorando, Isabel volvió a leer la carta. Su madre solía soltar discursos a veces, insistiendo en que creía en Isabel, en que sabía que su hija era capaz de cosas mejores, pero ella creía que no eran más que mentiras con las que pretendía conseguir que se comportara. Sin embargo, en esa ocasión había salido en su defensa. Isabel dobló la carta y se la guardó en el bolsillo antes de reanudar la búsqueda de los diarios, ya menos preocupada. Era posible que lo que su madre había escrito no fuera tan malo después de todo.

Sin embargo, después de cuarenta y cinco minutos, no halló ni rastro de los diarios. Volvió a subir con algunos tesoros que había encontrado: algunos vestidos y un sombrero que estaba segura de que a June le encantarían, un dibujo que había hecho Kat a los siete años para su tía Allie y su tío Gabriel —los padres de Isabel—, y que a su prima le encantaría poner en su escritorio. Los diarios no estaban en esos baúles, ahora estaba segura, pero estaba contenta de haberlos buscado con más cuidado, por Lolly y por sí misma.

Isabel había elegido *Se acabó el pastel*. Otra comedia de enredos, sí, pero con un punto de vista muy diferente. Meryl Streep interpreta el papel de una comentarista de temas gastronómicos de una revista neoyorquina, y Jack Nicholson es un columnista de Washington. Ambos se casan, a pesar del mal sabor que les habían dejado sus primeros matrimonios. Meryl abandona su vida en Nueva York y se traslada a Washington, donde no tarda en descubrir que Jack estaba teniendo una aventura con una mujer muy conocida mientras ella está esperando el segundo hijo de ambos. Al parecer, todo el mundo excepto ella sabía que su marido la engañaba.

Se preguntaba qué tal sería Griffin en una relación. La gran diferencia de edad que había entre sus hijas le hacía pensar que ahí tenía que haber una historia. Miró su reloj. Iban a dar las nueve. La lluvia golpeaba las ventanas, un chaparrón que garantizaba que Griffin no preferiría dar un paseo.

—Me encanta esta película —dijo Pearl, ocupando su puesto en el sofá al lado de Lolly—. ¿Quién iba a pensar que una película sobre la infidelidad podría ser tan divertida y conmovedora?

Lolly colocó el disco en el DVD.

—Eso es gracias a Nora Ephron. Escribió el guión basándose en su propio libro, que tiene mucho de autobiográfico. Su marido es ese a quien representaba Dustin Hoffman en aquella película sobre el Watergate. ¿Cómo se llamaba?

—*Todos los hombres del presidente*. Y también estaba basada en una historia real —dijo Kat, tras entrar con sus fantásticas magdalenas. June había traído una bandeja con dos grandes cuencos de palomitas—. Yo soy uno de esos bichos raros a los que realmente les gusta leer el libro después de ver la versión cinematográfica. Mañana empezaré a leer *Se acabó el pastel*. Hasta ahora no había visto la película ni leído el libro.

Pearl puso una magdalena en la mesilla auxiliar.

—Te la puedo prestar. Me gusta mucho Nora Ephron. Y cada vez que veo esta película entiendo por qué Jack Nicholson es una estrella de la pantalla. Es realmente encantador, al menos por un rato.

—Vaya, me olvidé del té helado —dijo Isabel, y fue a la cocina a por la jarra y los vasos.

Miró por la escalera con la esperanza de ver a Griffin bajando por ella. Ni rastro de él. Pero justo cuando volvía, él apareció en mitad de la escalera. Venía tan... Atractivo era la palabra. Tenía un aspecto clásico: alto, moreno y ligeramente despeinado. Hasta su pelo era sexy.

—Espero no llegar tarde —dijo—. Emmy se ha despertado y me ha llevado un rato conseguir que se volviera a dormir. He tenido que probar suerte dos veces con una canción de *La sirenita* hasta que Alexa ya no ha podido soportar mis notas desafinadas y ha decidido reemplazarme. Emmy se ha dormido al cabo de dos minutos.

Isabel sonrió. Cómo le gustaría cantarle a un niño pequeño para que se durmiera. Abrió la marcha hacia el salón.

—Espero que tengas un vídeo tuyo cantándole a tu niña una nana desafinada. Es tan dulce...

—Yo canto como Pierce Brosnan en *Mamma mia!* ¿La has visto? Yo por mí no lo habría hecho, pero Alexa la puso una noche y me pidió que la viera con ella. Eso no sucede a menudo.

Isabel soltó una carcajada.

—De hecho, la vi hace unos días. Es el mes de Meryl Streep en el Three Captains' Inn. Me alegro de que te unas a nosotras.

—Yo también. Hace tiempo que no veo una película en la que no haya criaturas del bosque cantando —dijo cuando se sentaron uno junto al otro en las butacas altas.

June sonrió.

—Ya sé cómo es eso.

Hubo saludos, un poco de charla intrascendente, se sirvieron

magdalenas y palomitas, y Kat corrió a traer dos cervezas, para ella y para Griffin.

—¿Estamos todos? —preguntó Lolly, con el mando a distancia en la mano.

—Creo que sí —dijo Kat, pasándole a Griffin la cerveza.

Había otra huésped sentada en el lugar que solía ocupar Kat sobre el puf, una charlatana de veintitantos años. Su nombre era Jillian y se había registrado con su novio, que se había quedado jugando al Warcraft en su portátil en la habitación Pájaro Azul.

Griffin estaba a escasos centímetros de Isabel. Cuando la película empezó, ella estaba pendiente de su presencia, del brazo y el muslo que casi la rozaban, de su perfil vigoroso y masculino. Ese pelo. Olía a jabón Ivory.

—Vaya. Me gusta Meryl con el pelo castaño —dijo June—. Es tan hermosa... Me encanta su cara.

—A mí también —dijo Kat—. Esos pómulos tan elegantes, incluso con ese pelo tan gracioso al estilo de los ochenta y esas hombreras.

Realmente, Meryl llevaba unas hombreras considerables en su vestido de fiesta. Estaba en una boda y no hacía más que intercambiar miraditas provocativas con Jack Nicholson, a quien no conocía de nada. Y etcétera, etcétera, etcétera, de pronto estaban en la cama compartiendo en plena noche un plato de espaguetis a la carbonara que ella misma había preparado. Mientras comían, envueltos con las sábanas, Jack dijo que cuando se casaran quería que ella hiciera ese plato una vez por semana.

Eso hizo que Isabel se acordara de Edward. Cuando tenían dieciséis años, unas semanas después de conocerse, Edward había dicho:

—Cuando nos casemos te voy a hacer espaguetis todos los días.

Habían comido espaguetis a montones en las semanas y meses que siguieron a la muerte de sus padres. Era lo único que sabía hacer Edward, aparte de sándwiches. De modo que solía hacer fuentes de espaguetis con salsa casera y se sentaban y los enrollaban mientras hablaban de cómo serían las cosas cuando se casaran. Según él, no habría ni hijos ni penas. Isabel no albergaba grandes esperanzas para el futuro de Meryl y Jack.

—Vaya —dijo Griffin—. Cuando Meryl dice que no se va a volver a casar nunca, que el matrimonio no funciona, que no cree en él, y Jack dice que él tampoco, deberían haber parado ahí. Fin de la película. Corten.

Todos se volvieron a mirarlo. Incluso Isabel.

—Lo siento —dijo él—. No he podido evitarlo.

—Creo que todos estamos de acuerdo contigo —dijo Lolly.

Isabel se preguntó si volvería a creer en el matrimonio.

—Eso no puede ser cierto —dijo Kat—. ¿El cuarenta por ciento de todos los segundos matrimonios acaban en divorcio? Yo creía que la gente elegiría con mucho cuidado la segunda vez y el porcentaje sería mucho menor.

June cogió un puñado de palomitas.

—A lo mejor es que tienen más expectativas. Si una vez los pisotearon, o lo que fuera, no están dispuestos a admitir más mierda. O se largan más rápido.

Sin embargo, el matrimonio de Meryl y Jack, el segundo para cada uno de ellos, iba muy bien. Y habían tenido un bebé.

Un bebé. Isabel sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas cuando Meryl le decía al redactor jefe de su revista:

—Tú también naces. Es como si te expandieras.

Así era exactamente como se lo imaginaba Isabel. Después se lo preguntaría a June.

Kat meneaba la cabeza.

—¿Hasta qué punto es creíble que Thelma, que es tan conocida, tenga una aventura con el marido de alguien, y que nadie sepa quién es, y que resulte ser Jack Nicholson?

—Incluso es difícil imaginar siquiera que engañe a Meryl —dijo Isabel—. Parecen muy felices. La verdad es que no lo entiendo.

June recogió con la lengua parte del azúcar glasé de su magdalena.

—Me gustaría entender qué es lo que lleva a la gente a engañar. Quiero decir que lo entiendo en algunos casos, pero en éste, como en otros muchos, no tiene sentido.

Kat asintió.

—¿Te puedes creer que lea una por una las palabras que lo definen en ese estúpido juego de mesa incluso después de que se haya mencionado la cuestión de su aventura? ¿Cómo es posible que no añada la expresión «infiel mentiroso»? ¿Cómo es posible que no se sienta culpable?

—Puede que haya gente —dijo Isabel— que sea capaz de acomodarse a la situación, de separar una cosa de la otra. Así pueden seguir viviendo en su casa, con su cónyuge, como si nada hubiera cambiado. Como venía haciendo Edward desde hacía meses hasta que lo pillé.

—Pero sigo pensando que una mujer en la situación de Jack, una mujer que estuviese engañando a su marido, dejaría a un lado la lista, y saldría corriendo y llorando.

—Mi mujer no lo hizo —dijo Griffin—. Mi ex mujer.

Todos los ojos se fijaron en él.

—Lo que quiero decir es que no se sentía culpable —aclaró—. Se sentía bien. Tenía derecho a ser feliz. Se enamoró y puso eso por

delante de cualquier otro sentimiento, de la lealtad al matrimonio, a la familia.

Vaya. No había engañado sino que lo habían traicionado. Isabel quería mirarlo a él y no a la película, pero no podía, por supuesto.

—Lo curioso es que ella, me refiero a Meryl Streep, lo supo, así, sin más —dijo Griffin, en un claro intento de que se volviera a hablar de la película—, en cuanto en la peluquería se empezó a hablar de una aventura dentro de su círculo.

—Tengo la sensación de que en muchos casos pasa de ese modo —dijo Pearl, dándole la razón—. Mi hermana, que en paz descanse, entró un día en casa y tuvo la certeza, pero fue la última del vecindario en enterarse. ¿Creéis que es así? ¿Que lo sabe todo el mundo menos la esposa?

—Yo no lo sabía —dijo Isabel en un susurro.

—Yo tampoco —respondió Griffin en el mismo tono.

Se miraron el uno al otro, e Isabel se dio cuenta de que todos los estaban observando a ellos.

—Oh, Dios, odio esta parte —dijo Lolly—. Cuando encuentra las facturas de los hoteles y los regalos, cuando lo sabe y se enfrenta a él y le pregunta: «¿La quieres?», y él le dice que no puede responderle en ese momento.

Lolly estaba mirando por la oscura ventana e Isabel se preguntó qué estaría pensando, qué estaría recordando. No creía que su tío Ted hubiera tenido jamás una aventura. Estaba loco por Lolly.

—Sí, como si todo eso fuera demasiado para él, pobre —dijo June, sarcástica—. Me gustaba tanto su personaje hasta que... Bueno, hasta que se sabe que está teniendo una aventura.

—Lo que me aterra es ver cómo la vida te puede cambiar en un instante. Basta con hacer así —dijo Kat, chasqueando los dedos—, y tu vida ya no es igual.

—Así es —confirmó Isabel—. Tu vida cambia por completo. Mirad a Meryl, volviendo a la casa donde se crió. Igual que yo. Bueno, casi.

—Lo que no puedo creer —dijo la huésped— es que realmente esté esperando a que ese cretino la llame y vuelva a buscarla. ¿Después de cómo la ha tratado? Tú no esperas que tu ex vuelva a buscarte, ¿verdad, Isabel?

«Estás entrando en el terreno de lo personal, cariño», pensó Isabel, consciente de que Griffin la estaba observando. Aguardando la respuesta. No, ella no estaba esperando que Edward llamara ni que viniera a por ella, pero quería algo de él: una explicación que tuviera sentido. Pero era probable que tal cosa no existiera.

—Por el amor de Dios, ¿es posible que su padre le dijera eso? —preguntó June rápidamente para que Isabel no tuviera que contestar.

Isabel se lo agradeció con la mirada—. «Si quieres monogamia, cásate con un cisne.» Me pregunto si el padre de Nora Ephron sería realmente así o si esta anécdota se la inventó.

Isabel y June se quedaron calladas mientras Meryl le decía a su padre que echaba de menos a su madre, que había muerto hacía años. Sobre todo, contuvieron el aliento cuando la actriz añadió que a su madre «no se le daban bien los momentos como éste».

Isabel se preguntó cómo habría reaccionado su propia madre en un momento así. Tal vez, siendo adultas, su relación habría sido diferente. Claro que si sus padres no hubieran muerto, si ella no hubiera conocido a Edward, si ella no hubiera cambiado tan de repente, ¿quién sabe cómo habría sido su relación con su madre o con cualquier otra persona? Tal vez se habría casado con un hombre totalmente diferente. O tal vez Edward y ella habrían llegado a conocerse en circunstancias distintas. Era imposible saberlo.

Ella creía que su madre habría sido estupenda en una situación como ésta. Para ella y para June.

—¿Realmente va a volver con él? —preguntó Kat cuando apareció Jack Nicholson con su «Quiero que vuelvas. Te amo».

—Isabel, ¿tú volverías con tu marido si él llegara al hostal y te dijera eso? —preguntó la huésped mientras hacía un globo con el chicle.

Isabel miró a June y se dio cuenta de que su hermana tenía ganas de hacerle explotar el globo en toda la cara.

Edward no había llamado. No había venido a buscarla. No había dicho las palabras que, en lo más hondo, Isabel tenía que admitir que le gustaría oír, sólo para saber que ella le importaba, que su matrimonio le había importado. No tenía la menor idea de si podría volver a confiar en él. Pero saber que lo sentía, que era consciente de que había cometido un error y le rogaba que volviera... Para ser sincera, eso era lo que quería.

—¿Y qué me dices de esos Red Sox? —dijo Kat, mirando con intensidad a la huésped hasta que ésta pareció haber recibido el mensaje.

—Ah, sí, Jack Nicholson no va a volver a ver a su amante. —La mujer lanzó una especie de bufido indignado—. ¿Cómo puede ser tan tonta como para creerle? Espero que Nora Ephron no lo hiciera en la vida real.

—No se puede juzgar a alguien a menos que estés en su situación —dijo Lolly.

La mujer hizo otro globo.

—Lo único que digo es que quien engaña una vez lo volverá a hacer. ¿Por qué no iba a hacerlo, especialmente si ya ha conseguido que vuelvas?

—Cariño, no nos dejas oír la película —dijo Pearl, e Isabel tuvo ganas de darle un beso… aunque todos se habían pasado la película hablando.

Isabel se contrarió al ver a Meryl Streep, de regreso en Washington, con Jack Nicholson. Estaba totalmente despierta en mitad de la noche, mirando el techo y en un estado de agitación emocional, mientras él dormía, desentendido y feliz. ¿Cuántas noches había estado así Isabel, en la cama, con Edward profundamente dormido a su lado?

—Ja, ya veo —dijo la huésped—. No se fía de él. Lo intentó, pero, a Dios gracias, no es tan imbécil.

—¿Sabéis lo que no entiendo? —dijo Griffin—. ¿Cómo es posible vivir con alguien y no saber que en su interior hay algo de ese calibre que no tiene nada que ver contigo? Eso hace que te sientas como un maldito idiota.

Isabel buscó su mano y él la miró, sorprendido, pero se la cogió durante un momento antes de soltarla.

La huésped dio otro bufido.

—La gente ve lo que quiere ver.

—Ah, ahí está —dijo Kat con los ojos fijos en la pantalla—. «No es que uno no sepa que algo va mal, pero es como una campana que suena a lo lejos.»

June suspiró.

—Me gusta lo que acaba de decir Meryl sobre qué hacer con la aventura de tu pareja: «Puedes perseverar, lo cual se vuelve insoportable, o tener otro sueño.»

Tener otro sueño. Eso era lo que quería Isabel.

La huésped empezó a aplaudir.

—¡Impresionante! Meryl le tira un pastel a Jack Nicholson en toda su cara de tramposo y toma un vuelo de regreso a Nueva York.

Mientras pasaban los créditos, Isabel no dejaba de preguntarse qué haría con su vida. Tal vez Lolly mejorara. Su cáncer podía remitir. Y tal vez ella se quedaría allí o tal vez pensaría en lo que habría hecho si no hubiera conocido a Edward a los dieciséis años y no le hubiera permitido dirigir su vida. En este momento, el único sueño de Isabel era tener un hijo. Se dio cuenta con una sonrisa de que eso significaba que tenía otro sueño.

—¿Te gustaría dar un paseo por el puerto? —le susurró Griffin—. La lluvia ha parado.

—Me encantaría —respondió.

Isabel fue arriba a buscar el bolso y a comprobar que no tenía restos de palomitas entre los dientes, y no se sorprendió de que June y Kat aparecieran un momento después con una risita tonta.

—¿Vas a ir con esa ropa? —preguntó June, mirando lo que Isabel

se había puesto para ver la película: pantalones de yoga, un blusón suelto de algodón y zapatos planos.

Isabel se encontraba cómoda, pero se miró en el antiguo espejo de cuerpo entero del rincón.

—¿Debería cambiarme?

—Estás estupenda —dijo Kat—. Un poco de brillo en los labios y estarás lista para salir.

—O un vestidito sexy y unas sandalias de tiras —dijo June—. Es la segunda primera cita de tu vida.

Ahora también Isabel tenía la sonrisita tonta.

—No es una cita. Es un paseo. No estoy muy por la labor de quedar con nadie, ni siquiera...

—¿Con un atractivo veterinario? —fue el final de frase que propuso June.

Isabel no pudo por menos que sonreír.

—Es muy atractivo.

—Lo es —dijo Kat.

—Tal vez si afianzamos la amistad y acordamos una cita formal me vista un poco —le aseguró Isabel a June—, pero lo de esta noche es sólo un paseo.

Y así, después de que June le aseguró a Griffin que vigilaría a las niñas, él e Isabel salieron. Mientras caminaban, ella descubrió que él había nacido y se había criado en Boston, pero había seguido a su ex esposa a Camden, Maine, de donde era ella. Y como habían concebido a Alexa durante unas vacaciones en Boothbay Harbor, habían decidido trasladarse a esta ciudad. A ella le gustaban las cosas bonitas, y a él le iba bien como veterinario, aunque no tan bien como al jefe de su mujer, que había tenido éxito en la bolsa y era dueño de una casa de varios millones de dólares.

—A mí me cogió por sorpresa, como a ti —dijo Griffin al llegar a la avenida Townsend, todavía llena de turistas a pesar de lo tarde que era—. Un día llegué a casa temprano porque me salté una conferencia y me encontré a mi mujer en la cama con su jefe. En nuestra cama. Después de dos años de convencerme de que tuviéramos otra hija, de que Alexa necesitaba una hermana. Emmy todavía no había cumplido un año cuando nuestra familia se derrumbó.

Isabel hizo un gesto de desaliento.

—Me gustaría poder sacarme de la cabeza la imagen de Edward y de ella, se llame como se llame. ¿Cuánto tiempo tardaste tú en conseguirlo?

—Bastante tiempo. Después empezó a desvanecerse. Ahora casi no pienso en ellos. Mi ex y yo mantenemos una relación cordial por el bien de las niñas, pero ya no siento nada por ella, ni siquiera como persona. A pesar de todo, procuro referirme a ella con delicadeza

cuando las niñas están delante. Alexa sigue furiosa con su madre por destrozar nuestra familia. Dice que la odia, pero sé que no es cierto. No es más que enfado. Y dolor.

Isabel suspiró.

—Los catorce son una edad dura. Y sé a qué te refieres cuando dices que los sentimientos acaban desapareciendo. Yo llevaba tanto tiempo con Edward que, aunque ya no lo quería como antes, reprimía y aplastaba mis sentimientos. Cualquier cosa por no perderle. E incluso cuando me traicionaba en pequeñas o grandes cosas yo seguía mirando para otro lado, tratando con desesperación de encontrar el camino de vuelta hacia él.

—Hasta que él lo hizo imposible —Griffin le cogió el brazo y lo enganchó al suyo. Isabel sintió una vibración en todo el cuerpo—. Como mi ex.

Había una cafetería abierta, de modo que se pararon a comprar dos cafés helados para llevar y caminaron por el puerto hacia el puente peatonal. Se detuvieron en el centro, bajo la luna en cuarto creciente y un número tan reducido de estrellas que Isabel pudo contarlas. Siete. Siete centelleos de la suerte.

Griffin tomó un sorbo de café.

—Cuando le dije a Alexa que iba a salir un rato, a dar un paseo por el puerto, me preguntó si iba solo. Cuando le dije que tú venías conmigo se tapó la cabeza con la almohada.

—Tiene que ser duro para una chica de su edad tener que enfrentarse a todo eso. Su madre que se vuelve a casar, su padre quedando con mujeres... Aunque no sea más que un paseo.

—Le dije que era sólo un paseo, y su respuesta fue: «Vale, sólo un paseo.»

Se miraron y él le cogió la mano. Isabel notó un escalofrío, que le subía por la espalda hasta el cuello. Un grupo de personas subía por el puente, de modo que él la volvió a coger del brazo y se dirigieron hasta el otro extremo del puente a contemplar los barcos que hacían excursiones nocturnas.

—Me alegro de haberte conocido, Isabel, aunque conocer a alguien era lo último que esperaba cuando reservé una habitación en el Three Captains' Inn.

—Yo también me alegro, Griffin. —Lo que le apetecía era pararse y besarlo bajo las siete estrellas. Quería hacer un millón de preguntas —. Hablando del hostal, ¿dijiste que habías estado allí antes?

—Sí, los tres, Alexa, Emmy y yo, cuando mi ex acababa de marcharse. Necesitaba salir de aquella casa... ¿Sabes? De repente, me sentía incómodo en ella. De modo que reservé una habitación en el Three Captains' Inn por el nombre y porque pensé que a las niñas les gustarían la casa y los jardines. Nos quedamos un fin de semana.

Emmy era demasiado pequeña para entender lo que estaba pasando, pero Alexa estaba hecha un lío. Se pasó un montón de tiempo en el Refugio. Tu tía dijo que no importaba, pero no creo que nos recuerde.

—Está preocupada. Le han diagnosticado un cáncer de páncreas en fase cuatro. Por eso estoy aquí. Por eso estamos todas.

—Lo siento mucho, Isabel. Me alegra estar aquí y ayudar a mi modo, adiestrando a *Happy* para que sea el perro oficial del Three Captains' Inn.

Isabel sonrió y se miraron hasta que Griffin se inclinó y la besó.

Por un instante, se sintió transportada, consciente de los labios blandos y fuertes de Griffin, del aroma a Ivory y de su ancho pecho, de su desconocida masculinidad. Pero, luego, precisamente el hecho de que se tratara de un desconocido fue lo que la obligó a apartarse.

—Lo siento —dijo—. Es que esto me parece... más raro de lo que esperaba. Hace apenas dos semanas que me enteré de que mi marido tenía una aventura. Y realmente me pilló por sorpresa. Quiero decir que sabía que teníamos problemas, que había algo que se interponía entre nosotros, pero nunca pensé que... —Cerró la boca y suspiró—. No sé si debo hablar de esto..., ¿debo?

—No hay «debo o no debo». No hay reglas. Y sé exactamente cómo te sientes.

Isabel empezó a llorar y él la abrazó. Estuvieron parados en el extremo del puente hasta que pasó un grupo de adolescentes y uno de ellos gritó: «Buscaos una habitación.» Carcajadas y después pasos. Los dos se rieron.

—En realidad, ya tengo una habitación —dijo él—, pero la comparto con una furiosa chica de catorce y otra de tres que duerme pacíficamente.

—Y yo comparto la mía con mi hermana y mi prima.

—Tal vez sea lo mejor —dijo Griffin con sus ojos oscuros fijos en ella.

—Sí —respondió ella en un susurro.

Y, cogidos de la mano, emprendieron el camino de vuelta.

11

June

«¿Cómo he llegado hasta aquí?», se preguntó June a las seis de la mañana del Día del Trabajo sentada al volante de su Subaru. Marley estaba sentada en el asiento del acompañante, mirando las altas ventanas de Boothway Flowers, donde vivía su antiguo novio de la secundaria, una estrella del béisbol de quien June recordaba que era muy atractivo y que había salido con Marley durante un verano. Al parecer, habían vuelto a coincidir a principios de primavera y habían comenzado a salir de nuevo. Pero, hacía algunas semanas, habían tenido una fuerte discusión y Marley había decidido dejarlo. Y a Kip —abreviatura de Christopher, según había sabido June la noche anterior— le había faltado tiempo para citarse con otra. Vivía en Boothbay todo el año, y trabajaba como entrenador en programas universitarios y de ocio. Por lo visto, habían discutido porque, al igual que en el pasado, Kip no estaba interesado en quedar sólo con Marley.

Y ahora estaba a punto de decirle que estaba embarazada de diez semanas y que el padre era él. Las seis de la mañana no parecía la mejor hora, pero ¿cuál lo era? Marley lo había llamado la noche anterior y le había dicho que tenían algo importante de que hablar, y Kip le había contestado que el único momento que tenía libre era antes de iniciar sus ejercicios matutinos. Marley se lo había contado a June cuando la había llamado también la noche anterior, hecha un mar de lágrimas, para pedirle consejo. Quería saber cómo se había tomado la noticia el padre de Charlie. ¿De qué modo se lo había dicho June?

Y así, con una copa de vino delante, en el salón y a medianoche, June le contó a Marley la historia, que no daba para mucho. Pese a que June no había pasado por la experiencia de compartir la noticia con el padre de su hijo, Marley le preguntó si la acompañaría para contárselo a Kip; la chica necesitaba apoyo en aquel duro momento. June se preguntó qué habría pasado si ella se hubiera reunido con John cuando se dio cuenta de que estaba embarazada. Si se lo hubiera dicho y él la hubiera abandonado, se habría quedado sola en Nueva York y se habría sentido rechazada, abandonada. Puede que no conociera muy bien a Marley Mathers, pero iba a ayudarla.

—Bueno —exclamó Marley, echando mano por tercera vez en

cinco minutos de la manilla de la puerta del coche—. Ahí voy.

—Aquí estaré —confirmó June.

Un minuto después, Marley salió por fin del automóvil y se dirigió a la puerta que estaba entre la floristería y la tienda de cerámica. Con la mano en el picaporte, se volvió con una última sonrisa en los labios. Luego desapareció en el interior del portal.

June no tenía la menor idea de lo que iba a decir Kip, de cómo reaccionaría, pero envidiaba a Marley porque tenía la posibilidad de poder hablar con él. Por lo menos, Kip lo sabría. «Por favor, muéstrate eufórico —musitó June—. Estréchala en tus brazos, levántala en el aire para celebrarlo, dile que estaba escrito que teníais que estar juntos y que ahora seréis una familia.» Eso era lo que deseaba para Marley; y también lo deseaba para sí misma. No tenía por qué ser una fantasía, y Marley lo iba a demostrar en seguida.

No habían pasado ni cinco minutos cuando salió Marley corriendo y llorando mientras le gritaba a June que pusiera el coche en marcha y que la sacara de allí. La envidia de June dejó paso al horror.

Mientras desayunaban en el hostal, en cuya cocina Isabel les había preparado y servido amablemente el desayuno, Marley le habló a June de la respuesta de Kip que ella había soñado —que se casara con él— y de la respuesta real que él le había dado —«¿Qué?»—. Le había repetido la misma palabra una y otra vez, como si un condón roto no bastara para que una chica se quedara embarazada. Se había asustado y le había dicho que tenía que pensarlo, pero a continuación había añadido que le resultaba imposible con ella delante mirándolo de esa manera. Por eso Marley había salido corriendo.

Dios. June notó que se le hacía un nudo en el estómago sólo de imaginarse una reacción semejante de John. Siete años atrás y en ese mismo momento.

Cuando Charlie entró en la cocina con su pijama de Spiderman y el cabello revuelto y se subió al regazo de June para darle un abrazo, la expresión de Marley cambió.

—Dios mío —exclamó la chica, con un brillo de asombro en sus ojos.

—Sí —susurró June—. Pase lo que pase, esto es lo que tienes.

Marley se mordió el labio y se llevó una mano a la barriga. Entonces, June supo que su nueva amiga estaría bien.

El tipo que estaba de pie en la sección de libros de interés local, sosteniendo en las manos un ejemplar de *Fuera de los caminos trillados: la costa de Maine*, se parecía tanto a John Smith que June se sofocó al verlo hasta que comprobó, un segundo después, que no era él. Era alto

y desgarbado, con un cabello oscuro y lacio que contrastaba con la piel clara, y no tendría más de veintiún años. Esto último le recordó hasta qué punto seguía viviendo en el pasado. Una atractiva joven que traía dos libros de tapa dura de la mesa de las novedades de ficción se acercó a él, y June sintió una punzada tan intensa en el corazón que tuvo que sentarse en la silla del encargado, que estaba detrás del mostrador de facturación, y respirar hondo.

Echaba de menos el amor. Echaba de menos que la abrazasen. Extrañaba el sexo. Tenía que aceptar que John Smith no iba a cruzar las puertas de Books Brothers, no iba a aparecer por el sendero adoquinado del Three Captains' Inn, no iba a venir a buscarla siete años después para decirle que nunca había dejado de pensar en ella.

Él había desaparecido. Después de dos noches. Ella tenía que dejarlo marchar, incluso aunque lo buscara por Charlie. Ésa era la clave en este caso. Lo estaba buscando por Charlie, no por ella. La experiencia de Marley le había abierto los ojos. Y quedarse dormida fantaseando y soñando con algo que no ocurriría, como había hecho durante los últimos días, no iba a ayudarla. No tenía tiempo ni energía para encajar una nueva decepción. Sobre todo si se debía a su propia estupidez.

«Déjalo marchar», se dijo a sí misma por enésima vez.

Echó una mirada al enorme reloj en forma de barco pirata que colgaba de la pared de la sección infantil: las diez menos cuarto. Faltaban quince minutos para cerrar. Debido al fin de semana del Día del Trabajo, Books Brothers había ampliado el horario de atención, ahora de ocho de la mañana a diez de la noche, para que la gente que venía de la playa y también la que salía a pasear después de cenar pudiese entrar y comprar un libro, o incluso tres o cuatro. La noche anterior se había acostado tarde porque había estado hablando con Marley y luego se había levantado pronto para acompañarla a casa de Kip. Sin embargo, se sentía llena de energía, como si la epifanía que había tenido Marley cuando había visto a Charlie no hubiese hecho más que reforzar lo agradecida que estaba por poder disfrutar de su hijo. Hoy apenas había tenido tiempo de pensar en nada que no fuera la tienda: vender, ayudar a los clientes, consultar el registro, recolocar los expositores especiales. La librería había estado llena todo el fin de semana, y ahora, lunes por la noche, clausura oficiosa del verano y de la temporada turística, esperaba con ansiedad la celebración con champán en el barco de Henry después de cerrar.

Justo antes de bajar la persiana, June llamó a Kat para saber cómo estaba Charlie; ella y Oliver lo habían llevado a merendar a la playa y a una exhibición de fuegos artificiales, y se había quedado dormido aferrado a su bocina en forma de langosta. Le encantaba ver lo arropado que estaba Charlie por la familia. Cuando ella y Bean

enfilaron el muelle en dirección a la casa flotante, se dio cuenta de que estaba sonriendo, y aún se sintió más alegre cuando Henry les trajo sendas copas de champán y un cheque de gratificación que pagaría con creces las dos horas extra que Charlie permanecía en el colegio durante el curso. Brindaron y bebieron champán para acompañar los nachos de maíz mojados en una deliciosa salsa casera que había preparado Henry. Como música de fondo, canciones de Van Morrison que sonaban en el viejo equipo de estéreo.

Cinco minutos después apareció el novio de Bean y ambos se marcharon juntos. Una vez más, June se dio cuenta de lo mucho que ella necesitaba ese tipo de cosas. Alguien que viniera a buscarla. Alguien que estuviera allí por ella. Alguien que la amara, que la cuidara. Había dependido de sí misma durante tanto tiempo que se había ido habituando a resolverlo todo sola: la desesperación y la alegría, un grifo que pierde, acostar a su hijo noche tras noche, un ratón en la casa. Necesitaba a alguien en quien apoyarse, a quien querer, con quien hacer el amor.

—Sin ti no se habrían producido ni la mitad de las ventas de este fin de semana, June —dijo Henry, apoyándose en la mesa de la cocina del barco—. Tu forma de vender libros es eficaz. Y los clientes se dan cuenta de que sabes de lo que hablas, de que te gusta realmente el libro que recomiendas, de que te apasionan un tema o un autor determinados.

Ella agradeció el cumplido.

—Una de las compensaciones de pasar sola las noches de los sábados es que tengo tiempo para leer buenos libros.

Él dejó a un lado la copa llena de champán y abrió una cerveza, lo cual era más de su estilo. Ella lo observó, vio cómo levantaba la botella haciendo ademán de brindar, cómo tomaba un trago, echando hacia atrás la cabeza de modo que su cabello castaño, ligeramente largo y con matices dorados le caía hacia un lado. Tenía un aspecto tan soberbio, tan de lobo solitario... Tan sexy... Pero cuando se imaginó besando a Henry Books, éste se transformó en un pálido veinteañero de pelo negro y ojos verdes.

Si ni siquiera Henry Books podía desterrar a John de su interior, puede que nunca llegara a ser libre. Su corazón seguía encadenado a un tipo que no la había querido, que se había marchado, pero que seguía estando presente en su hijo. ¿Cómo podía pensar que iba a poder desprenderse de él?

Henry dejó a un lado la botella y la miró; fijó en ella esos intensos ojos castaños enmarcados por finas arrugas a lo Clint Eastwood. «Ayúdame a olvidar a John —pensó, devolviéndole la mirada—. Aquí estamos, solos. Hace años... que ambos sentimos una silenciosa atracción mutua.» Salvo que ella estuviera loca y él nunca la hubiera

mirado de aquel modo. Pero algo en la expresión de aquel hombre le decía que estaba calculando algo, contemplando algo. ¿Fundirse con ella en un apasionado beso y llevarla a la cama?

«¿Qué estás pensando, Henry Books?» ¿Que podían hacer el amor allí, en el propio barco, en ese mismo instante?

¿O que ella no era más que la pequeña June, la misma de siempre, y él no se sentía atraído por ella ni lo más mínimo? June quería saberlo. Quería tener el valor de levantarse de aquel taburete giratorio, acercarse a él y besarlo sin más en la boca.

—Vaya, qué agradable reunión.

June giró en redondo y allí, frente a ella, estaba Vanessa Gull. Como de costumbre, June se había evadido de la realidad y había olvidado a la novia. Por un instante, se quedó tan sorprendida por la aparición de Vanessa que no hubiera podido hacer el menor movimiento. Ella se los quedó mirando alternativamente a ambos, vestida con su uniforme de verano: vestido escotado y deportivas Chuck Taylors.

—Estábamos brindando por un fin de semana muy provechoso para los negocios —se apresuró a decir June.

—Estupendo —respondió Vanessa, con sus ojos negros llenos de furia—. Henry, ¿por qué no lo admites de una vez? Ahórrame la molestia de esperar en vano unos cuantos años más para que me propongas matrimonio, y no es que yo esté segura de querer casarme contigo sea como sea. Di ya lo que ambos sabemos, lo que sabemos los tres. Estás enamorado de June y siempre lo has estado.

June miró primero a Vanessa y luego a Henry. «¿Qué?»

Vanessa la miró fijamente.

—Oh, una mierda, June, deja esa actitud de «¿quién, yo?». Quizá funcionaba cuando tenías dieciocho años, o la edad que fuera, y te quedaste embarazada, pero ahora resulta cansina. Créeme. Ya se te pasó la época de hacerte la ingenua.

June miró a Vanessa, y ésta miró a Henry.

—No me gusta que me pongan entre la espada y la pared, Vanessa —respondió él por fin.

Vanessa le golpeó el pecho con el índice.

—Y a mí no me gusta tener que competir. Estoy cansada de esto, Henry. Considérate libre. De todos modos, he empezado a salir con Beck Harglow. Él no se ha pasado años penando por alguien.

Cogió la copa de champán que había dejado Bean y la tiró contra la pared cerca de donde estaba Henry. June observó cómo caía al suelo hecha añicos. Luego, Vanessa se dio la vuelta y se fue escalera arriba, desde donde llegó el estampido de un portazo.

—Ve tras ella —aconsejó June, sin saber con certeza lo que acababa de pasar.

Estuviera o no con Beck Harglow, el estupendo mecánico con el que todo el mundo estaba encantado, Vanessa se había alterado lo suficiente como para desahogarse.

—Esta vez no —respondió él—. Si dejamos a un lado la escena que Vanessa ha montado, hay que decir que no está equivocada.

June lo miró, conteniendo la respiración.

Él la miró a los ojos con aquella mirada intensa a lo Clint Eastwood.

—Siempre te he amado, June.

Ella se quedó rígida, helada, paralizadas todas las células de su cuerpo.

Él se acercó, se detuvo ante ella, le alzó la barbilla y luego la besó en la boca con la misma intensidad con que June siempre había imaginado que lo haría. Se apartó de ella sin dejar de mirarla a los ojos.

—Siempre había deseado hacerlo. Cada fin de semana, cada día, pero para siempre. Durante el resto de mi vida.

Ella se dio cuenta de que se había quedado muda. Deseaba lo que le estaba pasando. Lo había deseado siempre. Pero... ahora que alguien —y no cualquiera, sino Henry Books, el único hombre con el que había soñado— le estaba ofreciendo todo lo que ella sentía que le faltaba, no podía abandonar la búsqueda de John, a pesar de las pocas posibilidades de hallarlo. Albergaba la peregrina idea de que lo encontraría y tendría las respuestas que la habían acunado para dormir todos esos años. June deseaba pensar que John también la había estado buscando todo ese tiempo. Puede que ella ni siquiera le hubiera dicho su segundo nombre. Habían pasado siete u ocho horas juntos, algunas de ellas bajo los efectos soporíferos de la cerveza y de los gin-tonics.

«Podría estar buscándome en este momento», pensó.

—June...

—Yo...

Se dio la vuelta y se sentó en la silla de cuero del escritorio.

—Estoy...

—Estás esperando a alguien —afirmó él—. Sé que lo estás haciendo.

Sintió que se le inundaban los ojos de lágrimas.

—¿Acaso soy tonta? En este momento, mientras lo estoy buscando por Charlie, sigo pensando en él, sigo teniendo esperanza. Puede que sea una estupidez y un sinsentido, pero parece que no puedo evitarlo.

«Siempre te he amado...»

Él apoyó la espalda en una columna.

—¿Quién dice que sea un sinsentido y una estupidez? Tienes un

montón de «¿y si...?» que necesitan respuesta, June. Y eso es justamente lo que estás haciendo en este momento: averiguar dónde están tu cabeza y tu corazón. Eso no es un sinsentido. Estás arreglando cuentas con algo. Tal vez con el tiempo, dependiendo de lo que ocurra, te liberarás y lo tendrás claro.

Ella dejó escapar un hondo suspiro, agradecida de que él la comprendiera. «Yo también te amo, Henry», deseaba decir. Y lo dijo. A pesar de que le daba miedo lo que sentía por él.

—Siempre me has comprendido. Eres el único que lo ha hecho. Me haces sentir bien.

—Estupendo —dijo él, con una sonrisa en los labios.

Ella se levantó, cogió la copa de champán y bebió un sorbo.

—Tú y Vanessa os habéis peleado y reconciliado durante años. Está claro que entre ambos hay una gran pasión.

Entre ellos dos también. Ese largo beso la había dejado temblando.

Él negó con la cabeza.

—Confundí el drama con la pasión. Y el hábito con la realidad. Vanessa y yo no tenemos una auténtica relación desde hace mucho tiempo. Y, para serte sincero, ambos esperamos algo del otro que, en el fondo, sabemos que nunca sucederá.

«Es lo mismo que ocurre con John Smith y contigo», ella sabía que eso era lo que estaba pensando Henry.

Se apartó, confusa, pero de repente reparó en una foto que había sobre el escritorio en la que salían ella y Charlie. Debía de ser de hacía dos o tres Navidades. Recordó ese día. Había tenido que escapar del hostal, de su hermana y de Edward. Henry había acudido en su ayuda prestándose a hacer un muñeco de nieve con Charlie; luego habían emprendido una batalla de bolas de nieve. En la foto, se los veía a ella y a Charlie haciendo ángeles de nieve, luciendo una sonrisa tan brillante como el naranja de la cazadora y los pantalones de nieve que vestía el niño. Pasara lo que pasase, Henry siempre había sido su apoyo, la persona a la que había recurrido en caso de necesidad. Alguien que estaba a su lado.

—Hemos compartido muy buenos momentos los tres juntos —dijo Henry, que permanecía detrás de ella.

«Los tres.» Nunca se olvidaba de Charlie. Jamás. Ella se dio media vuelta y lo miró a los ojos. No tenía ni la menor idea de lo que haría sin él. Pese a que ella estaba ahora muy unida a su familia, Henry seguía siendo tan vital como respirar. Era su *apoyo*. Él le devolvió la mirada, y por la cabeza de June pasó una rápida sucesión de imágenes de momentos de su vida. Henry masajeándole la espalda durante el embarazo. Henry meciendo a Charlie en sus brazos cuando era un bebé. Cambiando sus pañales y aguantando estoicamente mientras el

niño se orinaba encima de él. Henry consolándola cuando lloraba por la ausencia de John Smith, por la pesadumbre de su vida, por su incierto futuro. Henry.

—Haz lo que tengas que hacer, June —dijo Henry.

«Soy muy afortunada por tenerte», deseaba decirle, pero se dio cuenta de que no podía hablar.

A la mañana siguiente, mientras June estaba en la cocina preparando el bocadillo y el almuerzo de Charlie para el colegio, Lolly metió una de las famosas galletas de Kat con pepitas de chocolate en la cartera del almuerzo de Spiderman y miró a su sobrina.

—Se te ve muy contenta, June. Se diría que estar de vuelta y trabajar en lo tuyo, a pesar de que la tienda no sea la misma, te hace feliz.

June estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Feliz, aquí, en Boothbay Harbor? Sin duda, era feliz de que Charlie estuviera contento. A él le gustaba vivir con la familia. Tener un perro, aunque fuera de Isabel. Se había tomado en serio la tarea de pasear y cepillar a *Happy*, por la que Isabel le pagaba dos dólares a la semana. Estaba muy ilusionado con la escuela; hoy era su primer día. Sin embargo, seguía preguntándole a su madre, con expresión esperanzada, si había encontrado ya a su padre. Se lo había preguntado hacía sólo cinco minutos.

—Hoy voy a hacer algunas averiguaciones más en la librería —le respondió.

En lugar del gesto de contrariedad que solía reflejar su cara, Charlie le dijo:

—Está bien, puede que hoy lo encuentres.

Y salió corriendo al jardín porque quería aprovechar para jugar con *Happy* antes de que viniera el autobús escolar.

Charlie era feliz aquí. Rodeado por su familia, que lo adoraba, que le «colaba» galletas en la bolsa del almuerzo. Lo abrazaban cuando se lo cruzaban por el pasillo o le compraban camisetas de los Red Sox con el nombre de su jugador favorito de béisbol grabado en la espalda. Aquí tenía familia.

Era estupendo despertarse y que hubiera gente alrededor. No tener que echarse encima la responsabilidad de todas y cada una de las cosas de la casa. Como cambiar el papel del baño. Inflar los neumáticos bajos. Detener una hemorragia nasal a las dos de la madrugada. La noche anterior se había desvelado cuando Charlie la había llamado porque le volvía a sangrar la nariz; había pensado en Henry, en lo que él le había dicho. «Siempre te he amado, June.» Su Henry. Que alguien a quien ella quería tanto, a quien admiraba tan intensamente, le hubiera declarado su amor la conmovía de un modo

que no recordaba haber sentido nunca.

«Se te ve muy contenta esta mañana...»

¿Era por Henry? ¿O porque seguía albergando esperanzas con respecto a John?

¿O porque era realmente feliz aquí? Aquí, con sus familiares, entre los que siempre contaría a Henry. La noche anterior, después de secarle la nariz a Charlie con un pañuelo de papel, Isabel había ido a la cómoda para coger un pijama limpio y algunas servilletas húmedas para limpiarle la mejilla y el cuello, que se le habían manchado. Y Kat había cambiado la funda de la almohada por otra limpia con pequeños robots azules y rojos.

En realidad, era la primera vez que Charlie y ella podían decir que tenían una familia. Estaban con gente que cuidaba de ellos. En cierto modo, en las semanas que llevaban allí, preocupándose de madrugada por Lolly, compartiendo su día a día, su vida, los cuatro se habían acercado sin que ella reparara en ello.

June se acercó a la puerta mosquitera. Charlie estaba jugando con *Happy*. Le lanzaba su juguete de trapo favorito y el perro iba a buscarlo y lo dejaba a sus pies.

—¿Estás listo, cariño? —preguntó.

—Listo. ¡Adiós, *Happy*! —se despidió mientras acariciaba vigorosamente al perro.

Lolly y June acompañaron a Charlie hasta la parada del autobús, situada a media manzana de allí, y a June le pareció que le iba a estallar el corazón cuando Charlie se subió al autobús después de haberle dado un fuerte abrazo a su tía y a su madre. En el trayecto de vuelta, Lolly le contó a June lo mucho que lloraba cuando dejaba a Kat en el enorme bus escolar amarillo y se quedaba mirando cómo su niña se adentraba sola en el mundo.

Caminaban tomadas del brazo, y June era demasiado consciente de que su tía empezaba a moverse con mucha más lentitud de lo que era habitual. Después de dos tonificantes tazas de café, y de que Kat le asegurara que todo estaba bien y que era hora de que siguiera con su investigación, June se encaminó a la biblioteca, pues quería conectarse a Internet. Se sentía fresca, tranquila, feliz.

Pensaba que a lo mejor un entorno diferente como la biblioteca la ayudaría a avanzar. Pero no sabía qué más podía hacer. Quizá recurrir a un detective. Tal vez fuera eso lo que tenía que hacer. Nunca había optado por esa posibilidad porque le hubiera costado una cantidad de dinero que no tenía. En una ocasión había consultado con un investigador privado, que le había dicho que si no tenía algo, como el número de la seguridad social o la fecha de nacimiento, sería difícil localizar a una persona con un nombre tan común. Y que ella misma podía realizar las búsquedas en Internet que él iba a hacer y, de ese

modo, ahorrarse los 250 dólares que le iba a cobrar por echar «un vistazo» al caso.

June escuchó un coro de voces infantiles cantando y siguió el alegre sonido hasta una aula. Y allí había un grupo de unos diez pequeñajos de alrededor de dos años sentados en círculo en el regazo de sus cuidadores, mientras un bibliotecario les cantaba *Itsy Bitsy Spider*. June sonrió al recordar que le tarareaba esa misma canción a Charlie cuando era un bebé, haciendo los movimientos de la mano. Solicitó una contraseña para poder utilizar los ordenadores y subió a la primera planta, donde estaban instalados. Al pasar por la sección de no ficción, vio a Marley, con gafas de sol oscuras y un arrugado sombrero para el sol, sentada en una silla, con una pila de libros embutida entre la espalda y el respaldo. A June le dio un vuelco el corazón, del mismo modo que cuando sentía en la ciudad la necesidad de esconderse, de pasar desapercibida. Hacía mucho que no le pasaba.

Se acercó a decirle hola a Marley, que estaba leyendo *Lo que realmente necesita tu bebé* mientras redactaba una lista de cosas básicas.

—¿Has sabido algo de Kip? —le susurró June.

La chica negó con la cabeza.

—Se lo he dicho a mi madre, y quiere que me quede en Boothbay y busque trabajo en un colegio. Dijo que me haría de niñera sin cobrar nada. De «abuñera». —Esbozó una sonrisa—. Sin embargo, aún no estoy tan desesperada.

—Es estupendo que te quedes aquí; no me cabe duda de que Kip aparecerá. Aunque tal vez tengas que aguardar a que nazca el bebé.

—Eso espero. Puede que lo que voy a decir sea una estúpida fantasía, pero sigo pensando que tiene a su alcance un regalo increíble: una familia, una mujer que está locamente enamorada de él, un hijo..., y él no podría estar menos interesado.

—Ya veremos —opinó June—. Con tiempo. Necesita recapacitar.

Después de quedar para cenar juntas esa semana y de hablar de lo que June consideraba que toda madre primeriza debía tener y de lo que le parecía superfluo —como los calentadores de toallitas para bebé—, dejó a Marley acabando la lista y se sentó delante de un ordenador.

Empezó a hacer las consultas habituales. Media hora más tarde, comprobó que los pocos sitios que estaba revisando ya los había analizado minuciosamente con anterioridad. Se pasó otra media hora repasando todos y cada uno de los resultados que habían aparecido en el buscador. Pero no encontraba nada.

Entonces se topó con algo prometedor. Muy prometedor. Cuando tecleó «John Smith, Colvy College, 2003, 2004, 2005» en Google Blogger, apareció una pequeña nota —y una vieja foto— sobre una banda de jazz de un colegio mayor, un cuarteto llamado Jazz

Experience, de 2005. Su John Smith había hablado de que le gustaba mucho ese tipo de música, pero no había mencionado que estuviera en una banda. Sin embargo, el pie de foto situaba a John Smith como el segundo por la izquierda, y aquel tipo, el del bajo, tenía su mismo pelo liso, revuelto y negro. Miraba a la guitarra y el cabello le colgaba delante de los ojos.

Podría ser él. El año es el correcto.

Y ahora, ¿qué? Quizá consiguiera ponerse en contacto con ellos: «Eh, vosotros fuisteis a la misma escuela universitaria que un tal John Smith, de pelo negro y revuelto. Tocaba la guitarra con vosotros en el grupo Jazz Experience. ¿Sabéis si abandonó en el último curso para viajar?»

Al menos tenía alguien —tres personas— a quien preguntar. Era un comienzo.

—Perdone, pero su tiempo terminó hace diez minutos, y hay otras personas que están esperando para usar el ordenador —le comunicó un empleado de la biblioteca.

June se levantó de golpe.

—Lo siento —se disculpó, y luego salió disparada hacia la escalera.

Por fin tenía una pista. «Lo voy a encontrar.» Sin la menor duda. Estaba segura. Finalmente, se iba a enterar de lo que había pasado, de por qué no había aparecido, a pesar de lo que habían compartido las noches anteriores, a pesar del modo en que la miraba, la abrazaba y le hacía sentir que estaba tan enamorado de ella como ella lo estaba de él. Y, por escasa que fuera la probabilidad, incluso era posible que hubiera una oportunidad de que ella y Charlie pudieran tener su propia familia.

Después de cenar, June buscó en Google al tipo del cartel cuyo nombre era menos usual. Sólo apareció un Theodore Theronowki. ¡Uno! «¡Gracias por tener ese nombre!» Lo escribió junto con las palabras «páginas blancas», y al instante aparecieron una dirección y un número de teléfono. Vivía en Illinois.

El corazón le latía a cien por hora, echó mano del teléfono y marcó el número.

—John Smith, John Smith —repitió Theodore Theronowki después de que ella le explicara el motivo de su llamada—. ¿De Jazz Experience? No me acuer… Oh, sí, me parece que fue en la época en que Parker estaba con el mono. Su amigo John lo reemplazó en el bajo durante un par de meses. Yo me trasladé a la Universidad de Boston al final de ese curso, de modo que no llegué a conocerle muy bien.

Lo recordaba. June cerró los ojos en un acto de agradecimiento. Estaba cerca.

—Entonces, ¿no tienes su dirección? ¿Ni siquiera un número antiguo de teléfono? ¿Algo que me pueda servir para volver a ponerme en contacto con él?

—No, lo siento. Lo que sí recuerdo es que vivía en Haywood Street o Place, o algo así. Haywood es mi segundo nombre y algunos amiguetes me llamaban así, y recuerdo que él me dijo una vez que se había criado en Haywood No-sé-qué. Pero no me acuerdo bien.

Haywood No-sé-qué. En Bangor. Era todo lo que necesitaba. Esto la conduciría a sus padres, que lo llevarían hasta él. «Gracias, Theodore Theronowki. Muchas gracias.»

Después de colgar, tecleó «Haywood, Bangor, Maine» en Google Maps y allí estaba: Haywood Circle, una calle sin salida. Claro que podía darse el caso de que los padres no siguieran viviendo allí. Pero una búsqueda rápida de «Smith, Haywood Circle, Bangor, Maine» arrojó el siguiente resultado: Eleanor y Steven Smith, Haywood Circle, 22.

Se le inundaron los ojos de lágrimas y se tapó la boca con la mano, impresionada por estar a un paso de encontrarlo después de tanto tiempo, de tantas búsquedas fallidas. Ante ella se abría el camino del reencuentro. Pero ¿qué pasaría ahora? ¿Iba a llamar a los padres de John? ¿Les contaría que era una antigua amiga y que le gustaría ponerse en contacto con él? ¿Qué pasaría si ellos no le hacían llegar el mensaje? ¿Y si les parecía extraño que una chica preguntara por su hijo? ¿Y si John estaba comprometido o casado y sus padres no querían darle la dirección o el teléfono a una vieja amiga? Una antigua novia. ¿Qué era lo máximo que debería decirles para que las cosas no se estancaran? ¿Y lo mínimo?

«Hola, señora Smith. Me llamo June Nash, conocí a su hijo John hace siete años, cuando pasó por Nueva York. Perdí el contacto con él, y me gustaría reanudarlo.»

Eso sonaba razonable.

Lo hablaría después con Isabel y Kat; quería tener en cuenta sus opiniones. Por enésima vez estaba contenta de que estuvieran ahí, de poder apoyarse en ellas.

12

Kat

Su madre tenía un aspecto muy frágil. Lejos de recuperarse de la primera sesión de quimioterapia —la próxima la recibiría una semana y media después—, el cuerpo de Lolly parecía estar sometido a una permanente convulsión. Tenía frecuentes náuseas y a menudo se sentía fatigada, hasta tal punto que apenas podía levantar los brazos, como era el caso en ese momento. Permanecía acostada en la cama especial que Kat había conseguido para la habitación de Lolly, y a Kat la embargaba la angustia al ver el esfuerzo que le costaba a su madre pasar las páginas de la revista *La buena ama de casa*.

Kat se sentó en el borde de la cama, mientras el sol de la tarde iluminaba con tachones de luz la colcha amarilla con descoloridas estrellas de mar bordadas, que había pertenecido a la hermana de Lolly, la tía Allie. Cuando veía aquella colcha, Kat solía ponerse triste. Por la pérdida. Por la desaparición prematura de unas mujeres fuertes. Su tía había sido una mujer hermosa, y a Kat le habría gustado tener la larga, ondulada y espesa melena caoba de Allie Nash, matizada con reflejos dorados. Isabel había heredado los dorados y June el caoba. En el pasado, cuando Lolly enviaba a Kat con sus tíos para echar una mano en el hostal algún sábado o domingo de mucho trajín, la tía Allie se sentaba y peinaba la larga melena rubia de su sobrina mientras murmuraba que tenía un pelo precioso, lo cual enorgullecía a Kat. Su tía había sido muy buena, y a Kat le encantaba ir al apartamento de sus tíos. De camino, Kat podía espiar por la ventana de la adivina, un par de manzanas antes. La mujer se llamaba Madame Esmeralda, y la tía Allie le había dicho a Kat que, a pesar de que ella y sus primas no creían que Madame Esmeralda pudiera realmente leer el futuro, era capaz de ganarse la vida sólo con interpretar las expresiones de la gente, de todas aquellas personas que acudían a ella con sus deseos y temores reflejados en la cara. En una ocasión, durante un tranquilo día de invierno, cuando Madame Esmeralda se convirtió en la modista de arreglos de la ciudad, le había leído el futuro a Kat a cambio de que le hiciera tres encargos. La había hecho sentarse en la pequeña tienda adornada con ricas colgaduras rojas y candelabros, y le había soltado un montón de tópicos, salvo una frase que siempre acompañó a Kat: «Al final acabarás sorprendiéndote a ti

misma.» Sin embargo, unos días después del accidente, Kat había coincidido con Madame Esmeralda en la tienda de comestibles y se le había acercado con agitación para soltarle que era un fraude, que no sabía nada de lo que decía, que podría haber avisado a su padre de que no debía montar en el coche a los tíos de Kat, de que un borracho estrellaría su coche contra el Subaru Outback de su padre poco antes de que llegaran a casa. Poco antes de que llegaran sanos y salvos. Vivos.

Madame Esmeralda se había quedado tan horrorizada y entristecida que Kat permaneció inmóvil por un momento y gritó que lo sentía antes de salir corriendo. Acabó desterrando de su memoria la frase de Madame Esmeralda que tanto le gustaba, la de que al final acabaría sorprendiéndose a sí misma, y no volvió a creer ni una palabra de Madame Esmeralda. Y, desde luego, al final se sorprendió a sí misma. La vida estaba llena de malditas sorpresas.

Kat apartó la mirada de la descolorida estrella de mar que le había traído aquellos recuerdos y la centró en los trocitos de la tarta de fresas que había hecho para su madre. A Kat no la volvía precisamente loca, pero era una de las favoritas de Lolly.

—Mmm, esto se deshace en la boca —dijo Lolly mientras Kat pinchaba trocitos pequeños y se los daba. La posadera suspiró; luego clavó la vista en su hija. Era la tercera vez en un cuarto de hora.

—Vamos, mami. Está claro que estás molesta por algo.

Lolly la miró. Apretó fuertemente los labios y por fin musitó:

—Yo esperaba que tal vez tuvieras algo que decirme.

—¿Sobre qué? —preguntó Kat, manteniendo el tenedor en alto.

—¿Sobre un anillo de brillantes?

Oh, no.

—Antes estaba a punto de entrar en la cocina, pero te he visto por el ventanuco de la puerta, de pie delante del horno, y tenías en la mano algo que parecía un anillo de brillantes. No he querido que pudiera parecer que te estaba espiando, de modo que he empujado la puerta y he entrado, y tú me has mirado y has guardado la sortija en el bolsillo.

—Me la dio Oliver —susurró Kat, en voz tan baja que no estaba segura de que su madre la hubiera oído. «Hace casi dos semanas y la siento tan extraña como el día que me la puso en el dedo.»

—¿Venía acompañada de una petición?

Kat asintió.

—¿Y?

—Y dije que sí, pero creo... No me parece que esté bien comprometerme y organizar una boda mientras tú estás pasando por todo esto, por la quimio. Llenar la casa de gente. Me pareció... Pensé que era mejor dejarlo estar.

Lolly la miró unos instantes con tanta dureza que Kat tuvo que apartar la vista.

—Kat, sabes bien que no soy amiga de meter las narices en los asuntos de los demás, incluidos los de mi propia hija, pero ahora te voy a decir algo que normalmente no diría.

Vaya.

—Nada me haría más feliz que veros a Oliver y a ti casados y acomodados.

Kat le dio la espalda a Lolly.

—¿Por qué?

Otras preguntas estuvieron a punto de aflorar a sus labios. «¿Para que no tengas que preocuparte de mí? ¿Por qué piensas que quiero casarme? ¿Porque papá y tú habíais elegido a Oliver para mí cuando yo tenía cinco años?» Pero no podía decir nada más. No podía hablar con su madre. Nunca había podido y ahora tampoco.

—Porque os amáis el uno al otro. Así de claro y sencillo.

«¿Acaso el amor es algo así de claro y sencillo?», pensó.

Kat cortó otro trozo de tarta para tener ocupadas las manos.

—No quiero que tú quedes al margen, mamá. ¿Cómo puedo pensar en el tocado y en la lista de invitados cuando mi madre está...?

Mientras pronunciaba estas palabras, Kat se dio cuenta de que eran ciertas. Ya no se trataba sólo de que no tuviera claro lo que sentía por Oliver. Tampoco podría prestar la menor atención a un tocado de boda mientras su madre se estaba muriendo.

Su madre se estaba muriendo. Esta realidad le atenazó el estómago. «Nunca te tuve realmente, y ahora...» Una imagen se abrió paso imperiosamente en la cabeza de Kat: la de su madre, que se la encontraba llorando por algo que había pasado en la escuela, porque las compañeritas la llamaban huérfana. Ya se habían metido con ella en otras ocasiones, y cuando se había atrevido a confiárselo a June, ésta le había dicho que lo hacían porque era preciosa y encantadora, y a algunas niñas no les gustaba eso, y dado que esas idiotas eran tan ignorantes que no sabían lo que era un huérfano, Kat no debía hacerles caso, sino que tenía que acudir a su tutor y contárselo. Eso hizo que Kat se sintiera un poco mejor. Pero ésas eran cosas de las que siempre había hablado con su padre —acosos y desprecios y aprobados raspados en asignaturas que había preparado—, y él siempre sabía qué decir. Lolly sólo le replicaba que había que esforzarse más y agregaba un «Por el amor de Dios» para echar más sal en la herida, y una vez que su padre se había ido, Kat no había vuelto a hablar con Lolly. De hecho, cuando aquel día Kat volvió llorando de la escuela y su madre le preguntó si le pasaba algo, Kat murmuró «Nada», y salió corriendo. Cuando necesitaba algo, hablaba con June, que era tres años mayor y más lista. Pero, sobre todo, Kat

consiguió salir adelante gracias a Oliver.

Nunca se dio cuenta de hasta qué punto había rechazado a su madre. Puede que no le hubiera dado a Lolly una oportunidad después de morir su padre.

Lolly se sentó, con un esfuerzo que dejó helada a Kat.

—Kat, ¿sabes en qué estaba pensando durante la sesión de quimio con esa aguja clavada en mi brazo? En ti. En que te dejo sola. ¿Recuerdas que en *Mamma mia!* la hija estaba preocupada por abandonar a su madre? En nuestro caso es todo lo contrario. Me inquieta dejarte sola.

—Mami, yo...

—Kat, ya sé que tú y tus primas estáis ahora más unidas, pero no estoy segura de si Isabel volverá o no a Connecticut ni de si June regresará a Portland o se quedará. Me asusta pensar que no tendrás a nadie a tu lado. No estoy diciendo que no seas perfectamente capaz de llevar este hostal o incluso de encauzar tu propia vida, pero no quiero dejarte aquí sola, Kat. Me haría muy feliz verte casada con Oliver. Saber que estáis bien y que eres feliz. Ya sabes a lo que me refiero.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Kat. Ahora que su madre estaba hablando, diciendo por una vez cómo se sentía realmente, Kat deseaba poder soltar lo confundida que se sentía. Pero ¿cómo podría hacerlo, a la vista de lo que estaba diciendo Lolly?

—También estuve pensando en lo mucho que te quiere Oliver. Y en lo maravilloso que ha sido —prosiguió Lolly—. ¿Recuerdas que, cuando murió tu padre, Oliver y tú os sentasteis bajo los árboles que crecen entre nuestras casas? Oliver estuvo allí contigo durante horas, embutidos los dos en vuestros abrigos y con los guantes puestos, y él se acercó a su casa y regresó con termos de sopa y chocolate caliente. Durante mucho tiempo, tú no quisiste estar en ninguna otra parte que no fuera bajo aquellos árboles, y él pasó sentado contigo todas aquellas horas, a pesar de que hacía un frío que congelaba. Sólo tenía diez años. Los mismos que tú.

—Lo recuerdo —respondió Kat.

«Nunca te dejaré —le había dicho entonces Oliver—. Te lo prometo. ¿Quieres que hagamos un juramento de sangre?»

Y lo hicieron, varias veces.

Lolly pareció haberse perdido en sus pensamientos por un momento.

—Y cuando nosotras dos tuvimos anginas, hace cinco o seis años, y Pearl también estaba enferma, Oliver se hizo cargo del hostal y nos traía la comida en bandeja y aquella asombrosa sopa de Chowhounds.

—Y el chocolate del Harbor Lights Coffee. Con aquel enorme bombón —agregó Kat, recordando cómo Oliver había cambiado las sábanas de las camas de ambas. También les había traído flores frescas

y la revista *People*.

—A los diez años ya cuidaba de ti —prosiguió Lolly—. Y lo sigue haciendo. Tienes mucha suerte, Kat. Mucha suerte de ser tan joven y haber encontrado ya a alguien como él, de haber disfrutado siempre de ese tipo de amor.

«Soy afortunada de tener a Oliver», reconoció, pensando en su agraciado rostro, en todo lo que había hecho por ella. Se estaba comportando como una idiota. Sin duda, tenía suerte. ¿Quién dijo que no podía viajar? Para eso estaban las lunas de miel en París. Las vacaciones en Roma y Sídney y Moscú.

Y su atracción por el doctor Matteo Viola significaba sólo que era una mujer estadounidense normal, es decir, de natural fogoso. No significaba que no quisiera a Oliver.

—Dedicar estas semanas a organizar tu boda —dijo Lolly—, mirar fotos de revistas de novias y confeccionar la lista de invitados no sería precisamente algo que me molestara. Es más, pensar que podré ayudarte a elegir el vestido o la clase de comida que se servirá en el banquete ya me hace sentirme más fuerte en este mismo momento. ¿Qué tipo de vestido tienes en la cabeza? ¿Algo suntuoso de color blanco y con muchos adornos, o algo más sencillo?

Kat no podía recordar la última vez que se había sentido tan cercana a su madre. Debía permitirle disfrutar de todo aquello. Además, Kat y Oliver estaban hechos el uno para el otro; todo el mundo parecía saberlo, parecía entenderlo. Ella tenía que confiar en los demás.

—Estaba pensando en algo sencillo —se oyó decir a sí misma—. Sin muchos perifollos ni lazos.

La cara de Lolly se iluminó con una ancha sonrisa de satisfacción.

—¿Qué tal si celebramos la ceremonia y el banquete en el jardín? ¡Sería perfecto!

—Ya lo creo, mami.

Puede que fuera así como se suponía que debía ser, pensó Kat. Era la segunda vez que tomaban una decisión por ella. Quizá fuera lo que necesitaba, alguien que se plantara y dijera: «Ahora escúchame, Oliver es el mejor hombre de la Tierra, no habrá nunca ningún otro tipo tan magnífico como él, y os vais a casar.»

—Déjame ver cómo luce ese anillo en tu mano.

Kat sacó la sortija del bolsillo y se la puso en el dedo. Aquella auténtica reliquia, que Oliver había heredado de su bisabuela, era realmente hermosa, con su fino aro de oro y un diamante redondo y brillante enmarcado por dos diminutas *baguettes*.

—Ahora todo encaja —dijo Lolly, admirando el anillo.

Entonces, ¿por qué Kat seguía sintiendo que era ella la que no encajaba?

El viernes, cuando llevaba dos días luciendo en su dedo el anillo de compromiso y ya había recibido felicitaciones por parte de toda la gente del hostal y llamadas telefónicas de la familia de Oliver y de sus amigos comunes, a Kat le apetecía pasar una noche tranquila con su familia. Se sentarían a ver una película, luego la discutirían y no hablarían ni de los preparativos de la boda ni del futuro. Ni una sola pregunta sobre adónde irían a vivir ella y Oliver ni si habían visto la antigua casa victoriana que estaba a la venta a dos manzanas de allí y que a Kat seguro que le gustaría.

Lizzie estaba loca de alegría por las noticias y había dejado al menos treinta revistas de novias sobre la mesa. Había marcado con notas de colores cuáles eran sus vestidos, tocados, zapatos, ropa interior, joyas y estilos de peinado preferidos. También había confeccionado una lista con los salones de fiestas y los proveedores de restauración, ideas para regalos de boda, y destinos para la luna de miel. Lizzie y su prometido se inclinaban por Hawái. A Kat le estaba empezando a doler la cabeza. Aquello era demasiado.

Estaba revisando los DVD en el salón. Su madre le había encargado que eligiera algo alegre de la colección de Meryl Streep para la noche de cine del viernes. La iban a ver en el dormitorio de Lolly porque ella llevaba un par de días muy cansada y sería probable que se durmiese en mitad de la película. Los DVD estaban ordenados por temas. En la sección Meryl Streep, estaban apuntados en unas etiquetas los nombres de todos los actores importantes de las películas. Clint Eastwood. Shirley MacLaine. Tommy Lee Jones. Nicole Kidman. Robert De Niro. Cher. Jack Nicholson. Uma Thurman. Robert Redford. Albert Brooks.

El cielo... próximamente. Ya sabía qué película verían. Kat la cogió y leyó la contraportada. Después de sufrir un accidente mortal en su coche el día que cumplía años, Albert Brooks tenía que defender las decisiones que había tomado en vida —sobre todo los momentos de miedo que le habían hecho renunciar a sus sueños— en un tribunal de la Ciudad del Juicio. Si conseguía ganar, podría ascender al cielo con su nuevo amor, Meryl Streep, cuya vida había sido intachable. «Divertidísima y sincera», había dicho un crítico.

Momentos de miedo. Kat tenía muchos. Puso el DVD sobre la tapa del reproductor y se dirigió a la cocina para hornear un pastel de bodas en miniatura para la noche de cine. Quería saber qué sensación producía. Kat nunca tenía miedo en la cocina. «Veamos lo intrépida que soy a la hora de cocinar mi propio pastel de bodas.»

—Ha pasado algún tiempo desde que vi *El cielo... próximamente* —dijo Lolly desde la cama con el mando a distancia sobre el regazo—. Recuerdo que es muy divertida, aunque en realidad te hace reflexionar

sobre la posibilidad de tener que defender las decisiones que has tomado en tu vida y no ser capaz de hacerlo.

Kat respiró hondo y puso la bandeja con una porción del minúsculo pastel de bodas —que arrancó todo tipo de exclamaciones a Lolly, Isabel y June— entre su madre y ella. En realidad, había disfrutado haciendo el pastel —con sus diminutos herrerillos y sus rosas rugosas—, pero no había pensado en ella ni en Oliver ni en la boda mientras lo preparaba; sólo pensaba en el pastel. En hacerlo perfecto.

Pero cuando probó el primer bocado —y eso que le había salido perfecto—, la dulce tarta se le volvió amarga en la boca. Necesitaba un poco de ayuda para defender sus sentimientos, aunque aún no tuviera claro lo que quería: casarse con Oliver o no hacerlo; sentirse atraída por Matteo Viola, ya fuera por voluntad propia o en contra de su voluntad; quedarse en la ciudad o marcharse.

Isabel y June estaban sentadas en unas sillas tapizadas que se encontraban a la derecha de la cama; June tenía un recipiente lleno de palomitas apoyado en el regazo. Pearl había ido a una fiesta de cumpleaños, de modo que sólo estaban las cuatro. Kat daba gracias de que ningún huésped curioso se entrometiese para dar su opinión.

—Incluso la cara de Albert Brooks me hace reír —dijo Lolly cuando la película empezó y Albert Brooks apareció pronunciando un divertido discurso en el trabajo—. Me refiero a sus gestos, a la manera de usar la voz: es graciosísimo.

Kat vio cómo Albert Brooks, que interpretaba el papel de un amable y divertido publicista, se compraba un BMW para su cumpleaños y luego lo estrellaba accidentalmente contra un autobús mientras buscaba un CD que se le había caído —algo que nadie debería hacer nunca—. Terminó en la Ciudad del Juicio, que se parecía en cierto modo a Las Vegas, donde tenía que defender las decisiones que había ido tomando durante su vida en la Tierra. El juicio contaba con abogado y fiscal, y Brooks debía ganarlo para poder ir al cielo con Meryl Streep, que había hecho cosas maravillosas en este mundo, tales como adoptar niños y salvar gatos en los incendios. Si perdía el caso, lo enviarían a la Tierra para que lo volviera a intentar.

June cortó una porción de pastel de boda y le dio un bocado.

—Dios mío, ¿os imagináis que cada segundo de vuestra vida estuviera realmente registrado y luego lo utilizaran para decidir si podéis ir o no al cielo? A mí me mandarían a la Tierra una y otra vez.

«A mí también —pensó Kat—. De momento le he dicho a Oliver que me casaré con él sólo porque tengo miedo de todo, incluso de decir que no. Y qué decir de los momentos en que veo la cara y el cuerpo de Matteo mientras estoy en la cama con el que se supone que

es mi prometido...»

—Sólo por lo del instituto yo me quedaría fuera del cielo para siempre —intervino Isabel, moviendo la cabeza.

—Ajá, en este mundo la gente sólo usa un tres por ciento de su cerebro —terció Kat, repitiendo las palabras del abogado de Albert Brooks—, lo cual explica sus problemas en la vida diaria. Puede que sea cierto.

La película era entrañable, divertida e interesante, tan divertida y sincera como anunciaba la contraportada del DVD, y Kat consiguió relajarse y disfrutar de cada bocado de su pastel de bodas en miniatura. Hasta que una secuencia le dio que pensar. Tal como Lolly le dijo que pasaría.

—¿Creéis que eso es verdad? —preguntó Kat—. ¿Que el miedo es como una niebla que impide que la gente sea realmente feliz?

—Probablemente —respondió June—. Lo que sé es que en algunas ocasiones he tenido miedo de actuar porque no conocía el resultado. Eso es muy humano.

Isabel asintió.

—El miedo a no escuchar lo que deseo oír me impidió, más de una vez, hablar con Edward de nuestros problemas.

Kat se arregló la almohada, tratando de ponerse cómoda, luego se dio cuenta de que la incomodidad estaba en su interior. El miedo le impedía, en cierto modo, decir o hacer cosas. Puede que supiera lo que quería y que le asustara, precisamente, ir a por ello.

—¿Albert Brooks tiene que defender las decisiones que tomó durante nueve días de su vida? —exclamó June—. Yo tendría que defender las de muchos más.

—También yo —dijo Lolly en voz baja.

Kat volvió la vista hacia su madre, pero Lolly había echado mano de su taza de té helado, que era su modo de decir: «No preguntes.» Tal vez Kat preguntaría si no la atemorizara traspasar los límites del pasado.

«Yo tan sólo las de tres días», pensó Kat.

—Oh, ahí está Meryl —interrumpió Isabel—. Es gracioso que se encuentren en un club de la comedia durante la actuación de un mal cómico.

Kat estaba encantada de que finalmente apareciera Meryl Streep; su cara, ese pelo rubio sedoso, sus expresiones y su risa contagiosa le resultaban tan familiares que se dio cuenta de que la sola presencia de Meryl la reconfortaba.

—Anda, ésa sí que es una buena pregunta —dijo Isabel cuando empezó el juicio de Albert Brooks y, en la pantalla instalada en el tribunal, se proyectó la escena de un incidente de su infancia—. ¿Cuál es la diferencia entre miedo y prudencia? La línea divisoria es muy

delgada a veces.

Lolly asintió con un bostezo. Era el tercero desde que había empezado la película.

—El exceso de autocontrol lo puede privar a uno de hacer lo que realmente debe. Pero, algunas veces, la gente debería tener más prudencia. En ocasiones, es difícil saber dónde está el límite.

June puso su plato vacío en la mesilla de noche.

—Vaya, esto también es bueno. —En la pantalla se veían los momentos en que el miedo y la estupidez le habían hecho tomar decisiones equivocadas—. Yo tengo cientos de ellos en mi vida.

—También yo —confesó Isabel—. Pero últimamente no, tía Lolly, te lo juro.

Kat se sintió aliviada cuando su madre soltó una carcajada. Hasta entonces, Lolly no se había movido, su expresión era sombría, y parecía estar perdida en sus pensamientos. Kat se preguntó qué recuerdos le estaría evocando la película.

—Albert Brooks es una verdadera revelación para mí —afirmó Isabel—. Es gracioso y también autocrítico, y además hay algo auténtico en sus gestos, en la manera en que la mira a ella, en cómo habla. Ahora comprendo bien por qué Meryl se enamora de él.

June asintió.

—A mí me pasa lo mismo. Y entiendo lo que quiere decir con eso de estar cansado de que lo juzguen. Pero ¿sabéis lo que es más extraño? Últimamente estoy pensando que yo misma soy mi crítico más duro.

—Creo que a todas nos pasa lo mismo —confirmó Isabel.

Kat se quedó fascinada cuando Albert Brooks le dijo a Meryl Streep que no quería subir a su habitación y practicar sexo porque temía echar a perder las cosas maravillosas y perfectas que había entre ellos. Quería conservar la fantasía. Estaba haciendo la elección equivocada; pero ella lo entendió. Demasiado bien.

—Vaya, tiene que regresar a la Tierra —dijo June—. Y volver a intentarlo.

Kat dejó escapar un suspiro.

—Ésa es la clave de la vida, ¿no os parece? Y eso es lo que acaba de decir su abogado, que cuando Albert Brooks vuelva a la Tierra, debería aprovechar las oportunidades que se le presenten. Él no quiso subir a la habitación de Meryl y ahora no puede ir al cielo.

Casarse con Oliver o no hacerlo. Casarse con Oliver, no casarse. Lo hago. No lo hago. ¿Qué se suponía que iba a hacer? ¿Qué oportunidad se suponía que iba a aprovechar, y por qué ella no sabía verla?

Albert Brooks viaja en un trolebús con otras personas que tienen que regresar a la Tierra. Y de pronto allí está Meryl Streep, en el

trolebús de los que van al cielo. Meryl grita su nombre, y él sale en estampida para alcanzarla.

Aprovecha su oportunidad. No tiene miedo del amor. Y se va al cielo con ella.

—Qué película tan estupenda —dijo June cuando empezaron a pasar los títulos de crédito.

Kat apagó la luz de la mesita de noche.

—Mami… —inquirió, mirando de cerca a Lolly—. ¿Estás llorando?

Lolly se limpió las lágrimas.

—Esta película siempre me hace pensar que… —Se la veía nostálgica y con expresión triste—. No estoy segura de que yo pudiera salir airosa de la Ciudad del Juicio.

Se dio la vuelta y clavó la mirada en la oscura ventana.

—Mami, seguro que lo conseguirías —la animó Kat, preguntándose a qué se estaría refiriendo su madre—. Y mucho más que eso.

—De acuerdo, para la película —dijo Isabel—. Tía Lolly, te hiciste cargo de dos sobrinas huérfanas. Sólo por eso ya te ganaste el cielo.

Lolly respondió a su sobrina con una especie de sonrisa, pero no detuvo el reproductor y se volvió a concentrar en el televisor, en los créditos. Kat sabía por la expresión de su madre, por ese gesto de hermetismo en sus ojos, en sus labios, que no diría ni una palabra más. A menudo, la muchacha se hacía preguntas sobre la vida de su madre; en los quince años que Lolly Weller llevaba viuda no había tenido nunca una cita. Kat le había preguntando en una ocasión si había pensado alguna vez en un «galán», que era la palabra que empleaba Lolly para referirse a un novio, pero ella le respondió: «No seas ridícula.» Y con esa frase dio a entender que ese tipo de cosas se habían acabado para ella.

La mayor parte del tiempo su madre era un misterio difícil de desentrañar. Pero tenía su hostal, tenía sus clubes, tenía a su querida amiga Pearl, que había sido siempre la consejera de Lolly. Kat nunca había tenido la sensación de que su madre fuera especialmente alegre; puede que algunas personas no lo fuesen.

Desde luego, Kat intentaba no pensar eso de su madre. La falta de alegría era síntoma de algo más preocupante.

Mientras Kat recogía los platos y los vasos, observó que su madre o bien estaba dormida, o bien simulaba estarlo. Lolly había bostezado varias veces a lo largo de la película; o sea, que tal vez no estuviera fingiendo, aunque de todos modos su madre no tenía ningún interés en prolongar aquella charla. Kat tenía mucha curiosidad por saber en qué había estado pensando.

—Mami —susurró.

No hubo respuesta.

—Vamos al comedor —dijo en voz baja Isabel—. O arriba.

—Arriba —decidió Kat, y puso en una bandeja lo que quedaba del pastel de bodas junto con las bebidas de cada una—. Estaremos más tranquilas.

Rápidamente recogieron del suelo el cuenco de las palomitas y se pusieron de pie; luego apagaron la luz y sin hacer ruido cerraron la puerta del dormitorio de Lolly. Enfilaron escalera arriba, pasando de puntillas por la habitación de Charlie. June asomó la cabeza por la puerta abierta y sonrió.

—Qué rico está cuando duerme...

Kat e Isabel asomaron también la cabeza.

—¡Qué tierno! —dijo Isabel.

Happy estaba enroscado en su lugar habitual, cerca de Charlie, y el brazo del niño colgaba de la cama sobre la pata del perro.

Ya en su habitación, Kat apoyó la bandeja sobre el escritorio y avistó un montón de trozos de papel arrugados sobre la cama de June.

—¿Estás trabajando en algo?

June sopló para apartar el rizo que le caía sobre la cara y se dejó caer en la cama, haciendo saltar por los aires las bolas de papel.

—Es una carta para los padres de John. Hace tres días que les dejé un mensaje en el contestador y todavía no me han devuelto la llamada. He estado muy pendiente del teléfono, de modo que es imposible que la pasara por alto.

Hacía tres días se habían sentado las tres, muy avanzada la noche, para decidir qué diría June si uno de los padres de John contestaba al teléfono y también qué mensaje iba a dejar si saltaba el contestador. Con Kat e Isabel como público, June había repetido al menos diez veces lo que quería decirles hasta estar segura de que en su voz no quedaba ni rastro de temblor ni de nervios. Seguro que los padres de John no tendrían ningún problema en darle a una chica tan simpática como ella el número de teléfono de su hijo o, al menos, en darle a él el número de ella.

—Puede que esté casado —dijo June, desanimada—. No le van a dar su número a cualquier mujer que llame. Creo que debería escribirles una carta, diciendo que lo conocí en Nueva York hace siete años y que tengo algo importante que hablar con él. Y adiós muy buenas.

—Pero lo que debemos averiguar es cómo decir exactamente eso sin que parezcas una loca.

—Creo que lo puedes decir en pocas palabras y con amabilidad —opinó Isabel, sentada en la cama con las piernas cruzadas y medio trozo de pastel en la mano—. Lo de «algo importante» hará que, al menos, le entreguen la carta y le informen de tu llamada.

June se apoyó en la pared y se abrazó las rodillas.

—No puedo dejar de preguntarme qué habría pasado si él me hubiera encontrado aquel día al lado de la fuente de Central Park. ¿Se habría quedado en Nueva York hasta que yo terminase mis estudios? ¿Me habría convencido para que lo acompañara en sus viajes por el país y dejase la facultad durante un año? ¿Aún estaríamos juntos?

—Es imposible saberlo —terció Isabel—. Aunque mientras veíamos *El cielo... próximamente* no dejaba de pensar en las decisiones que tendría que defender, en las que actué por puro miedo, o por lo que fuera. Y entonces empecé a pensar: ¿qué habría pasado si no hubiera conocido aquel día a Edward en el centro? ¿Qué habría pasado si me hubiera tocado otro tutor? ¿Quién sería yo ahora?

Kat se puso boca abajo y apoyó la barbilla sobre las manos entrelazadas.

—¿Crees que eres tan diferente? ¿Que tus sentimientos son tan diferentes? En lo más hondo de ti, ¿tanto te parece que has cambiado?

—Antes yo era bastante salvaje —respondió Isabel.

—Puedo confirmarlo —se apresuró a decir June, sonriendo.

—Sí, yo también lo recuerdo —afirmó Kat—, pero ¿no fue en realidad porque te arrastraron a ello? ¿No fue porque te dejaste llevar por aquellas chicas salvajes? Del mismo modo que después del accidente acabaste saliendo con Edward. Fue algo que tuvo que ver *contigo* y con lo que te atraía o te repelía.

Isabel pareció quedarse pensativa por un momento.

—Supongo que sí. Me agrada el hecho de, al final, haber tenido más control sobre mí misma del que creía tener. Como si fuera yo la que reaccionaba a las circunstancias y no que éstas me controlasen a mí.

Kat asintió. Eso era lo que la preocupaba ahora: que las circunstancias la dominaban. Había una diferencia, pero se trataba de una línea tan delgada que era como si tuviera un pie a cada lado de ella y no pudiera encontrar la línea propiamente dicha.

—¿Sabéis lo que me pregunto? —interrogó Kat—. Pues me pregunto si hubiera terminado con Oliver en el caso de que mi padre y mis tíos no hubieran muerto y la policía no hubiera llamado a mi madre, cambiando por completo su mundo..., si yo hubiera ido a la universidad, si hubiera ido a la escuela de cocina o si me hubiera tomado un año sabático en Francia.

—Es al destino a quien le toca decidir —dijo June—. Si es que crees en eso.

—Sí, estaba pensando que probablemente yo habría conocido a Edward de todos modos —opinó Isabel—. De no haber sido en el Centro Regional de Boothbay para Adolescentes en Proceso de Duelo, hubiera sido en cualquier otra parte.

Se quedaron calladas por un instante.

—Creo que en todos los casos podemos defender nuestras decisiones —concluyó Isabel—. El porqué de haber tomado determinadas opciones. Aunque eso no nos va a llevar necesariamente al cielo. Pero creo que lo que plantea la película es muy importante. Si tienes miedo de algo, averigua por qué y luego actúa sin temor. Toma una decisión que realmente desees tomar.

Kat se echó de espaldas en la cama y se puso a mirar el ventilador del techo.

—¿Y qué pasa si tienes miedo de tomar una decisión equivocada? Por ejemplo, ¿qué pasa si casarme con Oliver no es lo que se supone que debo hacer? Quizá estoy destinada a hacer otra cosa...

—Creo que lo sabrías —respondió June—. Lo sabes, ¿verdad, Kat?

La muchacha se sentó, encogiendo las rodillas sobre el pecho. Asintió, pero no lo sabía.

—Conoces a Oliver de toda la vida —aventuró Isabel—. Me parece fantástico que te cases con él después de tanto tiempo de conoceros. Es lo contrario de lo que me pasó a mí con Edward. Lo conocí a los dieciséis y me casé con él a los veintiuno. Sabes exactamente lo que te llevas. Sabes quiénes sois.

—¿Lo sé? —preguntó Kat, y se sorprendió al descubrir que lo había dicho en voz alta—. Quiero decir: sé quien es Oliver, lo sé en la medida en que se puede conocer a alguien, pero no estoy segura de saber quién soy yo.

—¿De verdad? —preguntó June, mirando con gesto reflexivo a Kat—. Siempre pienso en ti como si fueras feliz por tener tu vida tan encarrilada. La repostería. Oliver. El hostal. Parece que lo tienes todo muy claro.

—A veces me dan ganas de marcharme a París y dar vueltas y más vueltas por la ciudad, comiendo pasteles en cada barrio. Besar a todos los tipos estupendos que me encuentre. Acostarme con algunos también. ¿Es una locura?

—Se lo estás preguntando a las personas equivocadas —se apresuró a decir June—. Quiero decir que aquí estamos, con nuestras vidas completamente en el aire. Que nos ofrezcan un futuro seguro, brillante y prometedor suena muy bonito.

—¿Te estás arrepintiendo de haber tomado la decisión de casarte? —preguntó Isabel—. Si es así, no te cases, Kat.

«Pero el sueño de mi madre es verme casada —pensó la muchacha—. Oír que nos declaran marido y mujer a mí y al hombre al que mi padre adoraba y con el que predijo que me casaría cuando yo tenía cinco años. ¿Cómo puedo privarla de eso cuando es lo único que la hace estar ilusionada?»

—No me estoy arrepintiendo —contestó Kat, pero ninguna de las

dos hermanas apartó la vista de ella.

—Kat —dijo June, mientras miraba a Isabel—, digamos, hablando hipotéticamente, que Isabel y yo estamos preparando una pequeña fiesta sorpresa para celebrar vuestro compromiso para mañana al mediodía y en el hostal. Y digamos que vamos a invitar a los padres de Oliver y a su hermano, y a algunos amigos comunes de la ciudad. ¿Te apetecería?

Kat podría haber saltado y decir: «No, canceladlo, canceladlo todo.» Si había una fiesta para celebrar el compromiso, ello significaba que el compromiso era real.

Sin embargo, se miró el anillo y pensó en su madre, dormida en aquella cama de hospital, y aceptó:

—Pues claro que estoy de acuerdo. Y os lo agradezco. —Pero Isabel no apartaba la vista de ella, por eso Kat decidió cambiar de tema—: ¿Os parece que mi madre está bien? ¿Está preocupada por...? —Kat no podía ni siquiera mencionarlo.

—Creo que sí —asintió June—. Estoy segura de que toda esa charla sobre el cielo, el juicio y la defensa de las propias decisiones la hizo pensar en su propia vida.

—También a mí me hizo pensar en la mía —les confió Kat.

El sábado, Kat se fingió sorprendida cuando ella y Oliver salieron al jardín trasero del Three Captains' Inn y se encontraron con una pequeña fiesta en su honor. Los padres de Oliver habían venido desde Camden, junto con su hermano y la novia de éste, y también se encontraban allí algunos antiguos amigos de la infancia bebiendo cócteles de champán y picando canapés. Kat sonrió al ver que Lizzie tenía secuestrada a Lolly en la mesa del jardín; le estaba enseñando varias revistas de novias mientras le explicaba qué significaban las notas de colores.

Kat conversó con tres amigos que conocía desde preescolar mientras miraba de reojo a Oliver, al hermano de éste, que era una versión más joven del prometido de Kat, y a su encantadora novia. Los padres de Oliver, Fred y Freya, hablaban con los Nutley, los dueños de la casa de al lado. «Ésta va a ser mi familia», pensó Kat, mientras daba unos sorbos a su cóctel de champán. Conocía de toda la vida a esta gente encantadora, había recibido muchas atenciones de Freya Tate a lo largo de los años. Pero cuando trató de imaginarse pasando los días festivos y los cumpleaños y las ocasiones especiales con los Tate, no podía evitar mirar a Lolly, Isabel y June con un feroz sentido de protección. Nunca las había sentido suyas, ni siquiera a su madre; sin embargo, ahora deseaba salir corriendo con las tres al comedor para sentarse a ver *Silkwood* o *La mujer del teniente francés*.

—¿Sabes lo que sería maravilloso? —le estaba diciendo Oliver a

Lolly—. Una boda el día de Acción de Gracias, aquí mismo. Sé que Acción de Gracias es tu fiesta favorita, Lol.

«Dentro de dos meses, ni más ni menos», calculó Kat con un nudo en el estómago. Oliver trataba de ser amable y práctico a la vez: quería asegurarse de que Lolly vería a su hija recorrer el pasillo hasta el altar. En los últimos días, le había mandado mensajes del tipo «París = Luna de miel. Degusta nuestro recorrido por las confiterías. Aunque ninguna podrá igualar tus pasteles».

¿Acaso había olvidado Oliver que ella era insegura? ¿Que quizá había aceptado esta propuesta de matrimonio en un momento de debilidad? ¿Que la enfermedad de su madre no le permitía ver las cosas claras?

Además, sabía que siempre había soñado con ir a París. Disfrutar de un recorrido por todas aquellas pastelerías. Aprender con los maestros confiteros. ¿Se estaba aprovechando, una vez más, de las circunstancias? ¿O esperaba simplemente vencer su obstinación?

Éste sería uno de los momentos que ella tendría que defender en la Ciudad del Juicio. Lo sabía.

«París es perfecto», le respondió. Y lo era. Por eso todo lo demás no lo era. Como lo de la luna de miel. Cuando la novia del hermano de Oliver le contaba qué tipo de vestido le gustaría a ella —una versión sin mangas del de Kate Middleton— si Declan Tate le propusiera matrimonio, sonó el móvil de Kat. Matteo. Preocupada por si esta llamada tuviera algo que ver con las pruebas que recientemente le habían hecho a su madre, se excusó con los presentes y subió al tocador del primer piso.

—Por favor, Matteo, dime que todo está bien.

—Sí —respondió rápidamente—. Siento mucho haberte alarmado, Kat. Los resultados no están todavía, no los tendré hasta el lunes por la mañana, pero no esperamos que haya cambios. Trata de no preocuparte. En realidad, te llamo para preguntar cómo lo está llevando Lolly. No se sentía nada bien la última vez que la vi. ¿Cómo se encuentra?

Kat relajó los hombros con alivio.

—Eres muy amable, Matteo. Se encuentra mejor.

Mientras él le decía lo que esperaba de la segunda sesión de quimio que estaba a punto de iniciarse y le aclaraba qué efectos iba a tener sobre el organismo y cuál podría ser la reacción de Lolly, ella estaba asombrada de hasta qué punto deseaba recurrir a él y dejarse empapar por sus conocimientos y sus sabias palabras.

—Tengo que ir a hacer la ronda, Kat. Pero si alguna vez necesitas preguntarme algo, si te hace falta ayuda con todo esto, no dudes en llamarme al busca. Ah, casi me olvidaba, le hablé a mi padre de ti y dice que estará encantado de enseñarte a hacer sus famosos *cannoli* si

tú le enseñas a preparar tus famosos *muffins*. Los *muffins* no son lo suyo, pero le gustaría aprender a hacerlos. Probó los tuyos en el café Harbor Lights y dijo que se le habían deshecho en la boca.

Kat se sintió invadida por una sensación de euforia.

—Sería un honor para mí enseñarle al incomparable Alonzo Viola cómo hago los *muffins*. Y estaré encantada de que me dé una clase sobre los *cannoli*. Me sentiría casi como si estuviera en Italia, aprendiendo de un maestro dulcero.

—¿Hay algún lugar al que te gustaría ir?

—Italia, Francia, España, Reino Unido, Rusia, Suecia. Solía soñar con hacer viajes por todo el mundo, aprendiendo la repostería de cada país. Pero mi madre siempre me ha necesitado aquí, así que acabé olvidándome de la idea.

—Bueno, pasa unas horas haciendo repostería con mi padre y estoy seguro de que te sentirás como si estuvieras en Italia.

Hicieron algunos planes para la semana siguiente, y Kat se dio cuenta de que debía dejar libre el cuarto de baño por si alguien estaba esperando para entrar.

—Entonces, te llamo el lunes si hay noticias sobre los resultados de los análisis, ¿de acuerdo? —concluyó el médico al tiempo que Kat abría la puerta. Vio a Isabel, que estaba esperando justo al lado, con un cóctel de champán en la mano.

—De acuerdo, y gracias otra vez.

—¿Era el doctor Viola? —preguntó Isabel cuando Kat guardaba el teléfono en el bolso.

El doctor Viola se había convertido en Matteo para Kat.

—Me preguntaba por mi madre. Quería saber cómo lo está llevando.

—Es todo un detalle por su parte.

—Su padre me va a enseñar a hacer *cannoli* —añadió Kat, mirándose las sandalias y las uñas de los pies, pintadas de rojo—. Es Alonzo, el de la panadería italiana. Yo no lo sabía.

—¿Estás interesada en aprender a hacer *cannoli*? —preguntó Isabel, mirándola fijamente a los ojos para ver si Kat le contaba algo más.

—No sabía que quería aprender hasta que su padre se ofreció a enseñarme —susurró Kat—. Y de pronto, ahí está, no hay nada que desee más que aprender a hacerlos. ¿Tiene eso algún sentido?

—Sí que lo tiene —respondió Isabel, apretándole una mano por un instante—. Sé muy bien lo que quieres decir.

Kat quería llevarse a Isabel al piso de arriba y preguntarle cómo podía sentirse tan atraída por otro hombre si amaba a Oliver, y si eso significaba que no lo quería, que no debería casarse con él, o si por el contrario era normal y a todas las mujeres les atraía algún hombre de

vez en cuando y ello no significaba nada. ¿O acaso siempre quería decir algo? Era un sentimiento. Un asunto del corazón. ¿Acaso no era incluso más íntimo que el sexo?

Hasta que llegara a alguna conclusión, tenía que guardarse sus sentimientos para sí misma.

13

Isabel

El lunes por la mañana, Isabel empezó a trabajar oficialmente como voluntaria en la unidad de cuidados intensivos para neonatos del hospital Coastal General. Le asignaron dos bebés con ictericia que tenían que estar bajo luces para tratar la bilirrubina durante al menos seis días. Su trabajo consistía en permanecer sentada entre ambas incubadoras y, cuando los bebés estaban despiertos, introducir los brazos por las dos aberturas y acariciar suavemente lo que pudiera alcanzar de cada uno de ellos. A las horas de las comidas, podía darles el biberón y cambiarles los pañales bajo la supervisión de una enfermera. Había recibido un cursillo de orientación y tres sesiones de formación práctica donde les habían enseñado desde la manera apropiada de lavarse las manos antes de entrar en la unidad neonatal hasta cómo sostener a un recién nacido. Ahora que el puente del Trabajo había pasado, y con él los apuros veraniegos, Isabel se sentía muy bien ausentándose algún tiempo del hostal para trabajar como voluntaria. Aunque era lunes, dos de las tres habitaciones de huéspedes estaban ocupadas, y Kat se había ofrecido a reemplazarla en su primer día en el hospital.

Se sentó sosteniendo en los brazos a Chloe Martel, un bebé de tres días y dos kilos ochocientos gramos cuya hermosa y suave cabecita, cubierta con un gorrito de algodón blanco, estaba apoyada sobre el brazo de Isabel. Con la mano libre sostenía un pequeño biberón con ochenta y cinco gramos de leche extraída del pecho de la madre, y alimentaba a Chloe, sintiendo palpitar tanto su propio corazón que pensó que realmente le iba a explotar. «Estoy destinada a hacer esto —pensó—. Ya sea con mi propio hijo o en este hospital.»

Pensó en qué habría sido de su vida si Edward hubiera aceptado tener un bebé. Tendrían un recién nacido, un niño pequeño, y un día le habrían enviado la nota anónima mientras su hijo merodearía por los patios traseros. Ahora estaba contenta de no haber sido capaz de hacer cambiar a Edward de opinión.

Vio que se aproximaba una pareja que venía hablando en voz baja con la enfermera. Eran los padres de unos gemelos prematuros que habían nacido hacía dos meses; uno de los bebés no estaba respondiendo muy bien. Isabel vio lágrimas en los ojos del padre, que

se las secó; luego la pareja se abrazó e Isabel pudo oír los sollozos de la madre.

«Siento mucho que estéis pasando por esto», les dijo en silencio, y rezó una callada oración dirigida a los gemelos, aquellos pequeños luchadores. La enfermera le había explicado a Isabel en el cursillo de orientación que las cosas podían cambiar en cualquier momento, que de estar «así, así» un niño podía pasar a estar grave, o de estar grave a lo peor, o de lo peor a la mejoría y de ahí a la recuperación. Isabel lo sabía bien.

Emmy Dean había nacido en un parto prematuro a los siete meses y medio, según le había dicho Griffin por teléfono la noche anterior. Había llamado todas las noches desde que había dejado el hostal el lunes pasado, algunas veces sólo para darle las buenas noches, otras para hablar. Le gustaba que él respetara su deseo de llegar a conocerlo, paso a paso, antes de pensar siquiera en besos durante los largos paseos por la orilla del mar. Desde los dieciséis años no había estado con ningún hombre que no fuera su marido y, a pesar de lo atraída que se sentía por Griffin, no estaba preparada para notar sobre su cuerpo las manos de otro hombre que no fuera Edward. Pero esperaba con ansiedad sus llamadas nocturnas, y casi retenía el aliento a la hora en que previsiblemente sonaría su móvil. Le había dicho que era su primer día como voluntaria de la unidad neonatal, y él le había respondido que era un lugar increíble y que Emmy había pasado en esa unidad dos semanas antes de estar en condiciones de que se la llevaran a casa. Él iba a visitarla tres veces por día, mañana, tarde y noche, y cada mediodía estaba la misma voluntaria amable, una especie de abuela llamada Ernabelle, acunando en sus brazos a Emmy. Por eso su segundo nombre era Belle, en honor a la mujer que se había comportado como un ángel con ella.

Cuando le contó esta historia a Isabel, ella se dio cuenta de que, preparada o no, se estaba enamorando de él de una manera que no tenía marcha atrás. Le dijo que aquella misma tarde vendría a entrenar a *Happy*.

—Bueno, en realidad iré para verte a ti otra vez —había añadido, y ella había sentido que una ola de calor recorría todo su cuerpo.

Después de que Chloe se terminó el biberón, Isabel la hizo eructar tal como le había enseñado la enfermera, erguida y apoyando el mentón del bebé sobre una toallita con la que se había protegido el hombro. Luego la acurrucó en sus brazos y la meció durante un rato. Isabel tarareó una nana que una noche le había oído cantar a June para dormir a Charlie, pero no podía recordar la letra. Los ojitos de Chloe se cerraron, luego se entreabrieron apenas, y finalmente volvieron a cerrarse.

—Eres una niña guapa y fuerte —le susurró Isabel antes de

devolverla a la incubadora.

Mientras esperaba a que se despertara Eva Rutledge, de apenas cuatro días, Isabel estiró los pañales. Luego vino la enfermera y le pidió que acunara a un recién nacido cuyos padres no podían llegar antes de las tres de la tarde. Isabel se levantó de un salto y se desplazó por la unidad neonatal hasta donde, lleno de cables, estaba Logan Paul, un bebé prematuro e increíblemente diminuto. La enfermera lo sacó de su moisés y lo depositó con todo cuidado en los brazos de Isabel. Ella se sentó en la mecedora y se balanceó adelante y atrás, susurrando la nana, invadida por una paz que jamás había sentido en su vida.

Eran casi las cuatro de la tarde; Griffin llegaría en cualquier momento y el hostal estaba en orden. Isabel había actualizado la página web del Three Captains' Inn, había estado llamando a varias agencias locales de viajes para presentarse, y se había pasado por Home Depot para comprar un pomo nuevo para la habitación Pájaro Azul. Los libros de contabilidad estaban al día, los calendarios estaban sincronizados con las fechas de llegada y salida de los clientes, y las numerosas plantas del hostal estaban regadas. «Tener el dominio de tu propia vida hace que te sientas feliz», pensó Isabel. Ella no había tenido una gran vida que conquistar, y los quehaceres del hostal la hacían sentir bien.

Happy estaba tumbado boca arriba en un retazo de sol y tenía en la boca su juguete favorito, una cómica y chillona rata de goma. Griffin había hecho maravillas con el perro en la semana que se había alojado en el hostal y lo había convertido en una mascota bien educada, aunque traviesa. Incluso a Lolly le gustaba *Happy* y le encantaba tenerlo a su lado, enroscado, mientras leía por las noches. Isabel llevaba todos los días de paseo al perro, jugaba con él y lo abrazaba tanto como podía, pero su encantador sobrino se había apropiado de él, y eso satisfacía a Isabel. Podían compartirlo.

Cuando divisó a Griffin y a sus niñas, que se acercaban por el sendero de la casa, la euforia invadió a Isabel y sintió revolotear en su estómago un montón de alegres mariposas. Se sentía tan atraída por él que casi no podía creérselo. Había encontrado otras veces a hombres atractivos, sin duda, nunca pasaba por alto a un hombre guapo, y estaba enamorada de una o dos estrellas de cine, pero nunca se había sentido realmente atraída por ellos. En el sentido de «Me gustaría besarte y puedo hacerlo porque estoy disponible por primera vez desde que tenía dieciséis años».

Alexa tenía su inseparable iPod sujeto a los pantalones cortos blancos y los auriculares en las orejas. Ni siquiera dijo hola. Se sentó en una silla, volvió la cara hacia el sol, y empezó a moverse

ligeramente al son de la música. Emmy levantó la vista hacia Isabel. Venía con una mano oculta tras la espalda.

—Esto es para ti —dijo Emmy, y le ofreció una flor rosada.

Isabel, con una ancha sonrisa en los labios, se arrodilló frente a ella.

—Me encanta. Gracias. ¿Qué te parece si me la pongo detrás de la oreja?

Isabel se recogió el pelo detrás de la oreja y se colocó la flor.

—¿Cómo me queda, Emmy?

A la niña se le iluminó la cara.

—Estás muy guapa.

Emmy corrió hacia *Happy* y se puso a acariciarle la tripa. El perro movió su cómica cabeza de derecha a izquierda lleno de alegría, lo que hizo reír a Emmy con aquellas carcajadas estentóreas suyas.

—Estás preciosa —le susurró Griffin al lado de la oreja, provocándole un escalofrío que le recorrió la espina dorsal y le puso la carne de gallina. Estaba para comérselo con sus pantalones verdes desmontables y su camiseta negra.

—Bien, chicas, yo voy a trabajar con Isabel y *Happy*. Lex, te quedas a cargo de la vigilancia de Emmy.

Silencio.

Se acercó a su hija y le sacó un auricular.

—Quiero que te ocupes de Emmy mientras entreno a *Happy*. Quítate los auriculares.

—Entonces, ¿qué se supone que voy a hacer?

—Disfrutar del sol. Jugar con tu hermana. Hojear una revista.

Le señaló una cesta de mimbre.

—Hacer un castillo de arena con Emmy en el arenero —agregó cuando Emmy se metió en el arenero protegido por una valla y se puso a llenar con arena un cubo naranja.

—Llevo puestos unos pantalones blancos. Se me van a estropear.

La contención de Griffin para no dejar traslucir su malhumor fue impresionante, pensó Isabel.

—Entonces, siéntate aquí, disfruta del sol y al mismo tiempo vigila a tu hermana. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo.

Isabel se llevó a Griffin al lado opuesto del jardín para que comenzara con las lecciones de *Happy*.

—Yo me parecía mucho a Alexa cuando tenía catorce años. Fue una época horrible.

—Hay momentos, no muy a menudo, en que es increíblemente dulce, como la niña maravillosa que era, la que yo trato de imaginarme para poder sobrellevar los malos momentos, la hosquedad y el sarcasmo. ¿Quieres creer que, todos los fines de semana que

Emmy y ella están conmigo, se encarga de acostar a su hermana? Yo entro cuando ha acabado de arroparla, pero es ella quien la acuesta. Le lee un cuento, intenta peinarle esa maraña de pelo, le da un beso en la frente y apaga la luz. Siempre lo mismo.

—Caramba —se asombró Isabel, observando a Alexa, cuyas enormes gafas de sol prácticamente le tapaban toda la cara mientras leía una revista—. Adora a su hermanita. Me alegro de que Emmy crezca así. Mi hermana y yo nunca nos llevamos muy bien.

—¿De veras? Yo tenía la impresión de que tú, tu hermana y tu prima erais uña y carne, como suele decirse. La forma en que hablasteis después de la película muestra que realmente sois abiertas, da la impresión de que cuidáis las unas de las otras.

Griffin tenía razón: habían empezado a abrirse gracias a sus charlas sobre cine. Lo habían empezado a hacer cuando discutieron sus puntos de vista, tan dispares, sobre *Los puentes de Madison*, y cuando a Isabel se le escapó que Edward la había engañado, que lo había pillado saliendo de la habitación de una mujer con la camisa desabrochada. Las tres —las cuatro, incluida Lolly— se habían sentido muy unidas en las últimas semanas por los debates sobre las películas, por compartir la casa, la habitación, por trabajar juntas, por formar piña a la hora de preocuparse de Lolly.

Happy empezó a excavar, lo cual le valió un «Basta, chico» por parte de Griffin, y entonces empezó la sesión de adiestramiento. Griffin insistió en lo básico, enseñándole a Isabel a manejar los comportamientos díscolos. Excavar era un ejemplo de ellos. Le mostró también cómo recompensar a *Happy* cuando obedecía las órdenes. Cómo mantenerlo al lado de uno, lo cual es vital en los paseos por el centro de una ciudad como Boothbay Harbor, en la que hay mucho tráfico. Estaba explicándole los sistemas de recompensa cuando a Griffin le sonó el teléfono móvil.

—Es el tono de emergencia —explicó, y atendió la llamada. Habló muy poco, luego guardó el teléfono en el bolsillo—. Hay un problema no lejos de aquí, un viejo perro pastor que me trae loco. Voy a preparar a las niñas rápidamente. Si puedo resolverlo en un tiempo razonable, volveremos y continuaremos con la sesión de *Happy*. —Y empezó a andar hacia la galería.

—Yo vigilaré a las niñas, tú vete a cuidar a ese pastor. No te preocupes.

Él miró a Isabel.

—¿Estás segura? No quiero...

—Estoy segura. No hay ningún problema.

Le vendría bien pasar algún tiempo a solas con las hijas de Griffin, llegar a conocerlas un poco mejor. Ser algo así como una mamá durante una hora.

Él le apretó la mano.

—Te lo agradezco.

Se acercó a Alexa, le subió las gafas de sol hasta la cabeza, y le dijo que volvería al cabo de cuarenta y cinco minutos, máximo una hora, y que Isabel se quedaría con ellas. La mujer vio cómo Alexa le echaba una mirada de reojo; luego se bajó las gafas de sol. Griffin le dijo a Emmy que estaría de vuelta en seguida, que Isabel cuidaría de ella y de Alexa, y, tras besarla en la cabeza, salió corriendo por el sendero de la parte delantera.

—¿Qué os parece si traigo limonada recién hecha y algunas galletas? —dijo Isabel con excesivo entusiasmo, o al menos eso le pareció a la adolescente.

Emmy palmoteó.

—Sí.

—Tengo una idea mejor —rectificó Isabel—. ¿Qué tal si traigo una jarra de agua fría, un poco de hielo, azúcar y limones, y hacemos nosotras la limonada? Podéis poner vuestro puesto y ofrecérsela gratis a los clientes.

—¡Sí! —volvió a festejar Emmy.

—Alexa, ¿cuáles son tus galletas favoritas? Mi prima Kat es una experta repostera y hoy tiene todas las variedades. —Alexa la miró.

—¿Tiene de mantequilla de cacahuete con trocitos de chocolate?

Isabel sonrió.

—Por supuesto que sí. Son sus favoritas. Dentro de tres minutos como mucho estaré de vuelta; ¿te importaría ocuparte de Emmy?

Alexa asintió y se volvió a enfrascar en la revista. Emocionada por poder pasar un rato con las chicas Dean, por responsabilizarse de ellas, Isabel se apresuró a entrar en la casa, echó mano de una bandeja enorme y resistente, y la puso sobre la mesa. Llenó una jarra de agua, puso hielo en una cubitera, cogió la azucarera y un cuenco de limones, además de un plato con tres clases de galletas —entre ellas las de mantequilla de cacahuete con trozos de chocolate—, levantó la pesada bandeja y volvió al jardín. Alexa ya no estaba en la silla. Isabel miró hacia el cajón arenero. Tampoco vio a Emmy.

«Está bien, Alexa, muy graciosa.» ¿Jugaba al escondite para asustarla?

—¡Alexa! —llamó, pero no obtuvo respuesta.

Examinó los alrededores del jardín y miró entre las ramas de los árboles bajos. También las buscó tras la roca de gran tamaño que había al fondo. Ni rastro de las chicas.

—¡Alexa! ¡Emmy! —gritó—. Por favor, venid. Lo tengo todo listo para preparar la limonada.

Ni la menor respuesta. Su corazón empezó a latir aceleradamente. Isabel recorrió todo el jardín, mirando detrás de los árboles, a ambos

lados del hostal; después, dentro de la casa. Entró en el cuarto de baño: vacío. Revisó el Refugio y todas las habitaciones comunes del hostal, hasta el último rincón. Con cada lugar que revisaba aumentaba su pánico. Recorrió la fachada. Sólo vio a Pearl regando las rosas.

—Pearl, ¿has visto a Alexa y a Emmy? Ya sabes, las niñas de Griffin Dean. Una adolescente y la otra de tres años.

—Hace unos minutos que vi a la mayor. Salió casi a la carrera en dirección al puerto. Cuando pasó por delante de mí se iba riendo mientras hablaba por el móvil.

Isabel inspiró hondo. De acuerdo.

—¿Y la de tres años?

—No la he visto. Alexa iba sola.

¿Dónde estaba, entonces, Emmy? Isabel le contó en pocas palabras a Pearl lo que había sucedido, luego volvió a recorrer todos los rincones al tiempo que repetía el nombre de Emmy. Pero nada.

Isabel no conocía el número del móvil de Alexa. Tendría que llamar a Griffin para pedírselo, y explicarle que Alexa se había escabullido y que a Emmy no la encontraba por ninguna parte.

¡Dios mío!

Volvió a llamar a Emmy repetidas veces mientras marcaba el número de Griffin. Ninguna respuesta de Emmy, pero él contestó en seguida.

—Isabel, ¿hay algún problema?

Ella, histérica, le explicó la situación. Permaneció sola en el jardín, mirando a su alrededor desesperadamente, rebuscando entre los árboles, corriendo al patio delantero con la esperanza de localizar a la niña. Tal vez se hubiera ido tras una ardilla. Isabel escudriñó el lugar metro a metro, a derecha e izquierda. Nada. Vacío. «Emmy, ¿dónde estás?»

—¿Pearl está segura de que Emmy no estaba con Alexa?

—Totalmente segura. Dijo que Alexa había pasado a toda prisa por delante de ella, riéndose mientras hablaba por el móvil. Yo no tengo su número. Oh, Dios mío, oh, Dios mío. Griffin, lo siento mucho.

—Maldita sea. Puede que Pearl no reparara en Emmy por fijarse en Alexa, o algo así.

Isabel percibió una gran preocupación en su voz.

—Voy a llamar a Alexa, luego vuelvo a llamarte. Sigue buscando a Emmy. Revisa todos los escondrijos. Si no la has encontrado cuando yo vuelva a llamarte, me pondré en contacto con la policía.

Isabel cerró los ojos y sintió que se le revolvía el estómago. Guardó el teléfono en el bolsillo y volvió a registrar el hostal de arriba abajo, gritando a cada paso el nombre de Emmy, escudriñando todos los lugares posibles. Nada. Nada. Nada.

Cinco minutos después, sonó otra vez su teléfono. Era Griffin.

—Ya localicé a Alexa. Dejó a Emmy en el jardín y se escabulló. Ahora está conmigo en el coche. Llegaremos ahí dentro de un minuto.

Isabel pudo oír a Alexa, que lloraba y se disculpaba.

—Lo siento, papi. Pensé que Isabel volvería en seguida, por eso me marché.

«Volví en seguida —pensó Isabel, aturdida—. Sólo tardé un par de minutos.»

Sólo un par de minutos. Todo puede cambiar en un instante.

Todo puede cambiar en un instante.

—¡Emmy! —volvió a llamar Isabel tan alto como pudo. Se quedó tensa esperando respuesta. Pero no se oyó nada, salvo los ruidos habituales del verano. Y su propio corazón desbocado.

«Emmy, ¿dónde estás?»

Acababa de llegar la policía acompañada de June, a quien Pearl había llamado presa del pánico, cuando Isabel oyó ladrar a *Happy* de una manera que no era habitual.

Isabel corrió tras Griffin hasta el jardín de la casa de al lado, adonde sólo se podía acceder mediante el resquicio que quedaba entre la valla y unos matorrales.

Happy retozaba panza arriba frente a la caseta del perro de los Walsh, el viejo labrador amarillo *Elvis*, que estaba tumbado y dormitando.

—*Happy* —lo llamó Griffin acercándose a él—. Ayúdanos a encontrar a Emmy. —Entonces le acercó a la nariz el jersey de Emmy, y el perro empezó a ladrar como un loco—. *Happy*, encuentra a Emmy. Busca.

Pero *Happy* no se movía, seguía ladrando y entonces empezó a moverse en círculos frente a la caseta del perro. *Elvis* ni se movía, sólo miraba a *Happy* con ojos perezosos.

—Griffin, lo siento mucho —dijo Isabel—. Yo...

«Vamos, Isabel, tú no tienes instinto maternal», le había dicho más de una vez Edward.

—Lo siento mucho —repitió con la voz quebrada.

Alexa se miraba los pies, las uñas pintadas de azul y verde metalizado. No se atrevía a mirar a Isabel.

Griffin se puso de rodillas y examinó el interior de la caseta del perro.

—¡Está aquí dentro! Está dormida. Vamos, *Elvis*, sal para que pueda sacar a mi niña, ¿de acuerdo?

Pero el perro ni se movía. Eric Walsh ayudó a desalojar a *Elvis* con una galletita, y Griffin cogió a Emmy por un brazo.

—Papi... —susurró su vocecita.

Griffin la sacó y la cogió en brazos. Miró a Isabel, y ésta pudo ver

en los ojos del hombre enfado y frustración, y también alivio. «Pero sobre todo enfado», pensó ella.

—Vámonos a casa —le dijo a Alexa.

Con Emmy en brazos y Alexa pegada a su lado, se dirigió al aparcamiento, donde había dejado el coche. Sin dirigirle ni una palabra a Isabel ni echar una mirada atrás.

14

June

El martes por la mañana, temprano, las gaviotas despertaron a June, pero valió la pena porque así pudo contemplar el rosado amanecer sobre la bahía. Salió al balcón y aspiró el aire salino, el fresco aroma de las flores y de la hierba segada, y todo ello la hizo pensar en Henry. Muchas veces, a lo largo de la pasada semana, había querido hablar con él, pero lo que bullía en su interior en esos días tenía que ver con otro hombre, y por eso había evitado a Henry. Y él, que era una persona fantástica, la había dejado tranquila.

Miró hacia el puerto, donde los pescadores estaban ya en sus embarcaciones. «Tal vez hoy sea el día», pensó. Hacía exactamente una semana que había dejado el mensaje en el contestador de los Smith, corto y sencillo, diciendo que era una vieja amiga de John y que le gustaría ponerse en contacto con él. Desde entonces, todas las mañanas al despertar se había sentado allí, segura de que ese día tendría alguna noticia.

De todos modos, hoy ya no estaba tan segura. Si tuvieran intención de telefonear, ya lo habrían hecho antes. Una llamada que recibía a diario era la de Marley, para saber si había alguna respuesta de los Smith que hiciera sentir mejor a June. O al menos comprendida. Marley se había concienciado de que sería mamá desde el día en que conoció a Charlie, y no paraba de confeccionar listas de lo que iba a necesitar para su hijo, de buscar el mejor centro de atención de día, de leer aquel libro, *Qué se puede esperar cuando se está esperando*. June tenía en Marley a una verdadera amiga, y cuando pensó en que se la había encontrado por casualidad, tomó conciencia de que podía pasar cualquier cosa. Por ejemplo, tener noticias de los Smith. Encontrar a John. Formar con él una familia.

Se acercó a la habitación de Charlie, más por ver su apacible rostro, el movimiento de su pequeño pecho al respirar, que por otra cosa. Posó la mirada en el póster del árbol genealógico que había pegado sobre la cabecera de su cama. Aún no había cambios.

Cuando volvió a su habitación, se dio cuenta de que Isabel no estaba en la cama. ¿Se había levantado durante los dos minutos que June había estado ausente, o ya no estaba cuando June se había despertado? Kat seguía profundamente dormida en el borde de la

cama, y su hermosa cabellera rubia colgaba de ese lado. June sintió la necesidad de moverla un poco hacia adentro, tal como solía hacer con Charlie cuando se lo encontraba casi a punto de caerse de la cama. Había oído una especie de ruido sordo en mitad de la noche. Pero Kat era una adulta, y June estaba muy segura de que no hay que preocuparse por los adultos que se caen del lecho en mitad de la noche.

Echó una ojeada a la cama vacía de Isabel. Las sábanas azul celeste moteadas de boyas estaban arrugadas, como si su hermana hubiera estado dando vueltas todo el tiempo. La noche anterior había estado muy callada. Isabel había preparado la cena para la familia: tres especialidades diferentes de pizza con curiosos ingredientes. Aunque había tenido que picar montones de vegetales, también había disfrutado de la ventaja de poder ajustarse a una larga receta, con sus pasos y sus indicaciones. Había rechazado todos los ofrecimientos de ayuda, y nada de lo que habían dicho los demás parecía haber conseguido que Isabel se sintiera mejor: las afirmaciones de que podría haberle pasado a cualquiera, que no sería la primera vez que a Griffin le pasaba algo así, que la culpa era de Alexa, quien se comprometía a cuidar de su hermana pequeña en un momento y luego no lo hacía y dejaba que Emmy se extraviara… Pero Isabel seguía estando triste y respondía que necesitaba estar sola. Los había avisado a todos para que fueran a comer, pero ella había subido a su habitación sin probar bocado. Cuando June y Kat habían subido con un plato de comida para ella, había fingido estar durmiendo. June estaba segura de que su hermana no había pegado ojo en toda la noche.

Miró por la ventana para ver si podía localizarla paseando con *Happy*, pero Isabel no se había sumado a la legión de corredores y paseantes de perros. June se asomó al ventanuco que daba el jardín trasero, y allí estaba Isabel, sentada sobre una enorme roca que a los niños les encantaba escalar y sobre la que solían jugar. Estaba sentada, abrazándose las rodillas, que tenía dobladas y apoyadas en el pecho, y había una jarra a su lado. *Happy* estaba acostado royendo un hueso delante de la roca, pero luego se levantó y empezó a perseguir una enorme mariposa blanca.

June ni se molestó en cambiarse; salió escalera abajo con su camiseta y sus pantalones de yoga. Hizo un alto en la cocina para servirse una taza de café que Isabel había preparado y cogió dos *muffins* del bote al que Kat había puesto una etiqueta: «¡*Muffins* riquísimos: coge uno!»

—Hola —saludó June, y apoyó el café y los *muffins* sobre la roca antes de trepar hasta donde estaba Isabel.

Isabel la miró con los ojos enrojecidos; luego desvió la vista hacia

los árboles.

—Hola.

—Lo que pasó ayer no dice nada de ti, no fue culpa tuya. Supongo que lo sabes.

—Sí dice algo de mí. Edward me echó en cara una vez, en medio de una discusión, por supuesto, que yo no tenía instinto maternal, que no se me notaba ese impulso protector. Es cierto. Puede que hubiera sido una mala madre.

—Edward ha demostrado ser un cabronazo, Izzy. Está muy equivocado. Puedo hacerte una lista de al menos veinticinco maneras en las que has demostrado, en las pocas semanas que llevas aquí, que sí tienes instinto maternal. Que serías una magnífica madre.

—Dime sólo dos —desafió Isabel con desánimo.

—Una: la manera en que has tratado a Charlie desde el día en que aparecimos. La forma en que le dijiste, cuando habló del árbol genealógico, que aprovechara la familia que tenía sentada alrededor de la mesa. Dos: cómo corriste a buscar un pijama limpio cuando sangró por la nariz y luego le cambiaste las sábanas. Tres: lo paciente que te mostraste con la mayor de los Griffin, que hubiera merecido que la trataran bruscamente. Cuatro: la amabilidad con que has tratado a Pearl, que necesita sentirse útil. Cinco: el cariño con el que cuidas de Lolly y el interés que muestras por el hostal. Y podría seguir.

Isabel se echó a llorar y se tapó la cara con las manos.

—Pensé que estaba haciendo lo correcto. Olvidar mi matrimonio por más que sea lo único que he conocido en los últimos quince años. Despertarme todas las mañanas sola, hacer algo importante aquí, echarle una mano a Lolly con el hostal. Permitirme llegar a enamorarme de alguien, y de alguien con hijos. Pero entonces perdí a Emmy y pensé en lo que dijo Edward y... —Lanzó un hondo suspiro—. Lo que ocurrió con Emmy podría haber sido mucho peor, June. Podría haber corrido hacia la calle y acabar atropellada por un coche. *Elvis* podría haberse asustado y morderla. Podría haberla raptado alguien...

—Las cosas siempre pueden ser mucho peores. No puedes vivir con tanto miedo, Izzy. Sólo tienes que tener... mucha fe, creo yo. En ti misma, en los demás. En que las cosas van a salir bien porque te importa un bledo y porque lo intentas. Eso es todo lo que podemos hacer. De lo contrario, acabarás abandonando y dejando que te gane la preocupación.

—¿Cómo dejas de preocuparte, entonces?

—Tienes que confiar en ti misma. Y lo acabarás consiguiendo.

Isabel respiró hondo y cogió un trozo de *muffin* espolvoreado con canela y chocolate blanco. June supo entonces que había logrado comunicarse con ella, aunque sólo hubiera sido un poco.

Esa noche, June, Isabel, Kat y Lolly se reunieron en la habitación de Lolly para una improvisada noche de cine. Estaban todas tan decaídas que Lolly había encargado a June que eligiera una película de Meryl Streep que resultara conmovedora y emotiva, algo que llegara al corazón. June repasó la colección de DVD del salón con la esperanza de que Lolly tuviera la película en la que había pensado al oír su petición. Y ahí estaba: *Kramer contra Kramer*.

June la había visto hacía mucho tiempo, y la había vuelto a ver cuando estuvo con gripe y la emitieron en una cadena de televisión. Meryl Streep abandona a Dustin Hoffman y a su hijo de cinco años —o tal vez tuviera seis— porque Dustin es un egoísta adicto al trabajo y eso es algo que ella no soporta, de modo que él tiene que ocuparse solo del niño y entonces es cuando descubre lo que significa de verdad ser padre.

Pero en el momento en que se da cuenta, cuando comprueba que ser el padre de su hijo es más importante que nada en el mundo —más que su trabajo, más que él mismo—, reaparece Meryl y se quiere llevar al chico. Dustin no se lo quiere entregar. Lucha por ser el padre en que se ha convertido y le disputa la custodia a Meryl. Pero gana ella. Pese a ello, la mujer se da cuenta de hasta qué punto ha cambiado Dustin, cómo confía su hijo en él, cuánto quiere a su padre y cuánto lo necesita, y finalmente permite que sigan juntos.

Quizá la película ayudaría a Isabel a entender por qué Griffin estaba enfadado y por qué era incapaz de responder a las llamadas de ella. Aunque el enfado de Griffin tenía menos que ver con ella que con su propio miedo. Y tal vez Isabel acabaría viendo que podría ser una madre realmente buena, porque su instinto, su capacidad de amar, la clase de persona que era ya lo habían demostrado.

Isabel apareció con dos cuencos llenos de palomitas.

Aquella noche estaban las cuatro. El marido de Pearl estaba resfriado, así que ella se había quedado en casa para cuidarlo. Y Lolly, que no se sentía muy bien, quería pasar en su habitación esa noche de cine sólo con la familia.

Kat estaba recostada en la cama con su madre, casi tapada con un cubrecama de cachemira que le habían regalado por su compromiso. Con cara triste, Isabel les alargó un cuenco grande de palomitas; luego apagó las luces y se sentó al lado de June en una silla de madera tapizada. Apoyó las piernas sobre la butaca que su hermana tenía al lado.

—¿Aún no has sabido nada de Griffin? —le susurró al tiempo que cogía un puñado de palomitas del cuenco que Isabel tenía en el regazo.

Su hermana movió negativamente la cabeza.

—Creo que no volveré a saber nada de él. Anoche lo llamé dos

veces y esta mañana he vuelto a insistir.

—Estoy segura de que telefoneará —insistió June—. Sólo está asustado. Eso no tiene nada que ver contigo.

—No habría pasado nada si yo no hubiera dejado solas a las niñas. Aunque sólo fueran dos minutos.

—Isabel, Alexa tiene catorce años —apuntó Kat—. No es que quiera entrometerme. Bueno, en realidad lo estoy haciendo. Cualquiera hubiera hecho lo que tú hiciste: pedirle a una chica de catorce años que cuidara de su hermanita un par de minutos mientras entras en la casa para coger todos los enseres para elaborar limonada. Incluido el propio Griffin. No ha sido un fallo tuyo.

—Entonces, ¿por qué me siento tan mal por ello? ¿Por qué Griffin no me ha devuelto la llamada todavía?

June la entendía, pero ella le habría dado un día más a Griffin para que contestara. Sin embargo, que aquel hombre hiciera sentir así a Isabel —el día anterior su hermana había estado muy alterada— era algo que molestaba a June.

Lolly se incorporó un poco.

—Como dijo June, que Emmy desapareciera así lo dejó muerto de miedo. Pero la persona con la que probablemente esté más furioso es consigo mismo, Isabel. Cuando se le pase, llamará.

Isabel cogió un puñado de palomitas, otro signo positivo.

—Eso espero.

Lolly puso en marcha el DVD.

—Creo que June ha elegido una película muy buena para esta noche.

—Mirad lo joven que está Meryl —dijo June cuando la actriz le dijo a Dustin Hoffman que los abandonaba a él y a su hijo.

—¿En qué año se hizo? ¿Setenta y algo?

Lolly encendió el velador de su mesita de noche y examinó la caja del DVD.

—Mil novecientos setenta y nueve, para ser precisos.

—Ganó un Oscar por esta película, ¿verdad? —preguntó June, y Lolly asintió.

—Por ésta y también por *La decisión de Sophie* y por *La dama de hierro*.

—Caramba, la verdad es que entiendo que Meryl esté tan harta de su marido —dijo June.

—Pero ¿hasta el punto de abandonar a su propio hijo? Yo no estoy segura de comprenderlo.

Kat se sirvió otro puñado de palomitas del cuenco que se encontraba entre ella y Lolly.

—De todos modos, es impresionante cómo consigue Meryl Streep que te pongas de su parte. Tiene mucho talento.

—Realmente lo tiene —asintió Lolly—. Por eso puedo ver sus películas una y otra vez. Y era muy joven cuando hizo ésta.

Todas se instalaron cómodamente con sus palomitas y sus bebidas, en silencio, mientras Dustin Hoffman, sin prisa pero sin pausa, pasa de ser un adicto al trabajo a un padre que cuida de su hijo, quien realmente lo necesita.

—Dustin Hoffman también es un pedazo de actor —dijo June—. Se ve realmente cómo cambia, cómo descubre que su hijo es más importante de lo que puede llegar a serlo cualquier negocio.

Lolly cogió también un puñado de palomitas.

—Y lo despiadado que es el mundo de la publicidad, o lo era en ese momento. El hecho de que su jefe lo despida acaba mostrándole realmente que nadie cuida de nadie en ese mundillo.

—Vaya... ¿Meryl Streep regresa *quince meses* después? —dijo Isabel abriendo los ojos como platos—. ¿Después de quince meses, de repente quiere llevarse a su hijo?

June mueve la cabeza.

—No puedo imaginar pasarme un día sin ver a Charlie, sin abrazarlo, sin decirle que lo quiero.

—Me cuesta creer esta batalla por la custodia —opinó Kat—. Sobre todo la forma en que se presenta. Porque los abogados, los jueces, no estaban allí, no pueden saber lo que pasó, ni de qué forma pasó. Como el accidente del hijo en el patio del colegio.

—Pero Meryl lo sabe —terció Isabel—. Porque conoce a Dustin Hoffman y a su hijo.

June asintió.

—Oh, Dios mío, sabía que esto iba a pasar, pero me cuesta creer que le otorguen la custodia a Meryl. Él quiere mucho al crío. Acaba de descubrir lo que significa tener un hijo, se ha convertido en un padre en el verdadero sentido de la palabra, y ahora se lo quitan.

Había lágrimas en los ojos de toda la concurrencia. Lolly se secó las lágrimas, que desbordaban sus ojos, con un pañuelo de papel.

—Me encanta esta escena. Meryl vuelve a buscar a su hijo; entonces dice que sabe que Billy ya está en casa.

—Al menos en este momento mis lágrimas son de felicidad —dijo Isabel, enjugándose los ojos—. Dios mío, qué momento más emotivo.

—Vuelve a llamar a Griffin —le aconseja Kat—. Deja sólo un mensaje de voz. Dile que entiendes que no responda a tus llamadas y que quieres que sepa que tú lo comprendes.

Isabel negó con la cabeza.

—Lo he llamado tres veces. No me ha devuelto ninguna llamada. La semana pasada hablábamos por teléfono todas las noches.

—Creo que es injusto que no te coja el teléfono —opinó June—. Comprendo por qué está enfadado, pero hacerte sentir fatal no está

bien. Al menos podría llamarte para decirte que necesita algún tiempo para pensarlo o algo así.

—Podrías enviarle un correo electrónico —sugirió Kat—. Dile que hemos visto *Kramer contra Kramer* y que te ha emocionado mucho, que te ha dado la ocasión de descubrir cómo es la vida de un padre soltero, que el miedo que invadió a Dustin Hoffman cuando su hijo se hirió en el patio del colegio, por ejemplo, te ha ayudado a comprender lo aterrado que debió de sentirse ayer.

—¿Y si piensa que soy una idiota por comparar su vida con una película? —preguntó Isabel.

—La película te ha calado hondo y te ha ayudado a ver las cosas desde la perspectiva de un padre que está solo —opinó Lolly—. Pienso que puedes mencionarlo. En cualquier caso, por lo menos tendrás ocasión de decir lo que piensas.

Lolly iba a decir algo más, pero bostezó mientras sus ojos empezaban a cerrarse.

—Me parece que deberíamos dejarte dormir —dijo Kat, y le besó una mano a Lolly.

Isabel y June hicieron lo mismo. Luego, Isabel subió al piso de arriba para enviar el mensaje electrónico a Griffin, y Kat fue a reunirse con Oliver. June se quedó sola de repente en la planta baja del hostal. Todo estaba en calma hasta que llegaron los huéspedes de la habitación Pájaro Azul. Le pidieron que les hiciera café, si a June no le molestaba, y la verdad es que no le molestó. En la cocina preparó una jarra y puso el resto de las galletas con trozos de chocolate en una bandeja. Su teléfono sonó y decidió contestar. Puede que fueran los Smith.

Era Henry.

—Hola, June. Hay algo de lo que quiero hablar contigo. Es importante. ¿Puedes acercarte?

¿Iría a despedirla? No, qué tontería. Por supuesto que no la iba a despedir. Quería hablar con ella sobre lo que había ocurrido en la casa flotante el Día del Trabajo. June estaba segura de ello. Quería decirle que comprendía la necesidad que sentía ella de encontrar a John, de aclarar ese asunto costara lo que costara, y que esas cosas no tenían por qué resultar incómodas para ambos, como lo habían sido. Los martes y los miércoles eran los días libres de June, de modo que no había estado con Henry desde el Día del Trabajo, cuando le declaró que siempre había estado enamorado de ella. Él no se había dejado ver en toda la semana; luego se había tomado libre el fin de semana y había salido con su moto. En una ocasión, en que tenía que hablar con él sobre un pedido que había salido mal, había llamado a su puerta y no había recibido respuesta. Cuando miró por la ventana trasera, lo vio trabajando en la lancha, pero de repente Henry hizo un alto y se

quedó observando el agua y luego el muelle. «No sabe qué hacer», pensó ella. Sobre esto, sobre ella. Sobre los dos.

También June tenía algo que decirle. Después de que Henry confesara sus sentimientos hacia ella, ella no había querido compartir con él la noticia de haber encontrado a los padres de John, es decir, su número de teléfono y su dirección.

Claro que aún no había tenido noticias de ellos. Pero las tendría; debía redactar la carta que les estaba escribiendo de tal modo que no sonara como si se tratara de una «chica despechada que había conocido por casualidad». No podía presentarse y decirles por qué quería encontrar a su hijo. Tenía que decírselo primero a John, y dejar que él se lo dijera a ellos. Se pondría con la carta esa noche, y luego, si no tenía noticias de ellos al mediodía siguiente, la enviaría.

—Puedo ir ahora —le contestó a Henry mientras servía el café en dos tazas y colocaba la crema y el azúcar al lado de las galletas en un bandeja de plata—. Déjame decirle a Isabel que esté pendiente de Charlie. Estaré ahí dentro de unos veinte minutos.

—Te esperaré en mi embarcadero —respondió él, y June podría jurar que había oído cómo su propio corazón latía en los segundos que tardó en colgar.

Cuando June abrió la puerta para dirigirse al encuentro de Henry, Marley y Kip estaban en el porche a punto de llamar al timbre. Kip estaba igual que como lo recordaba June, atractivo y alto, con su uniforme de entrenador: pantalón gris de baloncesto y una camiseta negra de manga larga. Dios, iban a tener un bebé precioso.

Marley parecía una mujer diferente. Sus grandes ojos azules irradiaban felicidad. Y su cara estaba iluminada por un sonrisa.

—June, espero que no haya ningún problema porque nos hayamos dejado caer sin avisar —dijo Marley—. ¿Te pillamos en mal momento? ¿Ibas a salir?

«Nos», repitió mentalmente June, mirando a Marley y a Kip. ¿Habrá recapacitado él? Allí estaba el muchacho, pero con un aspecto tan serio que a June le entraron dudas.

—Iba camino de la librería para ver a Henry —respondió, dándose cuenta de que Marley y Kip no habían venido en coche—. ¿Os apetece acompañarme hasta el puerto?

Kip rodeó a Marley con su brazo y echaron a andar. Con los ojos abiertos como platos, June miró a Marley, que estaba radiante, resplandeciente.

—June, quiero agradecerte que hayas apoyado a Marley —empezó a decir Kip—. Me ha contado que has sido un firme apoyo para ella, algo que no puede decirse de mí cuando me enteré. De modo que estoy en deuda contigo. Todavía me estoy haciendo a la

idea de todo esto. Pero sé que amo a Marley, y eso es todo lo que necesito saber.

June sonrió. Le gustaba que el amor no fuera algo complicado.

—Me quedé un poco asombrada cuando anoche llamó a mi puerta —confesó Marley—. Hablamos durante horas. Incluso llegamos a confeccionar una lista de nombres de niño y de niña. —Kip y Marley se sonrieron con arrobo el uno al otro—. June, nunca podré devolverte lo que has hecho por mí. No dejo de pensar en que estabas sola con veintiún años. Espero que tuvieras a alguien cerca del mismo modo que yo te he tenido a ti.

—Lo tuve —respondió ella, y en seguida le vino a la cabeza la imagen de Henry impidiéndole cargar con un paquete de libros. Trayéndole cinco cajas de galletitas saladas cuando en una ocasión había tenido un ataque matutino de náuseas tan furibundo que se pasó dos horas en el diminuto servicio de Books Brothers. Él había sido el primero en saber que se había puesto de parto porque ella estaba en la librería. Había sido él quien había llamado a Lolly, el que había esperado en la sala contigua al paritorio, paseando arriba y abajo como un padre nervioso. Había sido el primero en decirle: «Charlie es perfecto, igual que tú, June.»

Tuvo que parpadear varias veces porque las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Él le había dicho que la amaba, y ahí estaba ella, persiguiendo un sueño del que no podía desprenderse.

Porque la prueba de que volver con John era posible estaba delante de ella. La pareja feliz.

«Sus padres me llamarán y me darán sus datos, y yo también tendré mi oportunidad», se dijo a sí misma, mientras observaba cómo Marley y Kip intercambiaban miraditas.

En el puerto, June le dio un abrazo de despedida a la pareja, le recordó a Marley que tenían una cita la semana siguiente para ir a ver cochecitos de bebé, y se los quedó mirando mientras se alejaban cogidos de la mano. «Posibilidad» era la palabra preferida de June, y allí podía verla hecha realidad. En su interior se instaló una reconfortante calma a medida que enfilaba el paseo marítimo y se acercaba a Books Brothers. Si Marley y Kip habían logrado reencontrarse, también podrían hacerlo ella y John.

Era una de esas hermosas noches del mes de septiembre en las que Maine está en su máximo esplendor, cuando el aire tibio envuelve a sus habitantes con el aroma de las flores e insinúa el otoño, y hace bastante frío como para alegrarse de haber echado mano de una chaquetita ligera de punto. Henry estaba de pie en el muelle como le había dicho, cerca de su casa flotante, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, mirando hacia el agua.

—Hola —saludó ella mientras se acercaba—. Me alegra que hayas llamado. Yo también tengo algo que decirte.

Él se dio la vuelta y la contempló con detenimiento. Había algo diferente en su expresión, algo que ella no recordaba haber visto antes.

¿La iba a despedir? ¿No podía soportar tenerla al lado mientras trabajaba?

—Henry…

—Vayamos adentro y sentémonos. —Extendió la mano para ayudarla a subir a la lancha—. Así que también tienes algo que decirme. Empieza tú.

June subió los tres escalones, entró en la zona cubierta y se dio la vuelta para mirarlo.

—Lo encontré.

Él la miró fijamente, y por fin preguntó:

—¿Encontraste al padre de Charlie?

June se sentó en la alta silla del director.

—Encontré una antigua foto del colegio en la que se le ve con un grupo de música y seguí la pista de uno de los compañeros, que, gracias a Dios, tenía un apellido muy poco frecuente. Por casualidad, su segundo nombre era el mismo que el de la calle donde vivió John, por eso el tipo la recordaba. Pude dar con sus padres, bueno, con su número de teléfono y su dirección.

Él volvió a mirarla, como si estuviera esperando que dijera algo concreto.

—Llamé y dejé un mensaje en el que decía que era una amiga de su hijo, que lo había conocido en Nueva York hacía siete años cuando andaba de viaje y que me gustaría ponerme en contacto con él. Todavía no me han devuelto la llamada, pero estoy escribiéndoles una carta. No puedo aparecer sin más y…

—June.

Ella hizo un alto y miró a Henry. Él le sostuvo la mirada un instante, luego cerró los ojos unos segundos y respiró hondo. Ella se quedó paralizada.

—Henry, ¿algo va mal?

Él se volvió y cogió una hoja de papel doblada de encima de su escritorio. La sostuvo en la mano, pero ni la miró ni se la dio a June.

—Se me ocurrió comprobar, sólo comprobar, nada más que por ver, y… Oh, Dios mío, June, siento tener que mostrarte esto.

Desdobló la hoja y se la pasó a ella. Era una nota necrológica del *Bangor Daily News*. Fechada en noviembre de hacía siete años. El día en que se suponía que ella y John iban a reunirse al pie de la estatua del Ángel de las Aguas, en el Central Park de Nueva York.

John Smith, veintiún años, de Bangor, Maine, murió de leucemia el 10 de noviembre

en la ciudad de Nueva York. Muy enfermo ya, eligió vivir los últimos meses de su vida cumpliendo su sueño de viajar por todo el país, desde las grandes ciudades a los pueblos más pequeños. En Bangor, Maine, deja a sus padres, Eleanor y Steven Smith, a sus abuelos maternos...

Había una foto. Allí estaba, con aquel precioso rostro que ella había tenido clavado en su memoria durante siete años, aquellos rasgos que veía a diario en la cara de su hijo. Era la inconfundible imagen de John Smith sonriendo. June dejó escapar un grito ahogado y retrocedió, buscando con las manos el borde de la silla antes de que sus piernas flaquearan.

—Mientras yo lo llamaba drogadicto y lo buscaba por toda la ciudad, yacía muerto en un hospital a poco más de un kilómetro de donde yo estaba. —Estalló en sollozos.

—Lo siento mucho, June. Él no te dejó —le susurró Henry—. Te lo arrebataron.

La chica lloró, sus sollozos surgían de algún lugar muy profundo de su ser, y cuando Henry se arrodilló frente a su silla y le tomó la mano, ella se apartó.

—¿Por qué has mirado en las necrológicas? —le gritó—. ¿Era esto lo que querías? ¿Que estuviera muerto?

Estaba siendo injusta, lo sabía, pero no pudo evitarlo. John Smith estaba muerto. Lo había estado todo ese tiempo.

—No, June —se apresuró a decir Henry, con voz amable y casi emocionada—. Miré porque no se me ocurría ninguna otra explicación. Siempre me pareció imposible que un hombre te hubiera abandonado.

A June se le rompió el corazón y echó a correr. Cuando llegó al hostal y subió a toda prisa la escalera, llorando a lágrima viva, Isabel salía de puntillas de la habitación de Charlie.

—Se ha dormido en seg... —Isabel dejó la frase sin terminar; luego miró a June—. ¿Qué ha pasado? June, ¿algo va mal?

Ella no podía hablar, sólo lloraba, de modo que Isabel cerró despacio la puerta de Charlie y la llevó de la mano a la habitación de ambas. Cuando se cerró la puerta tras ella, June apoyó la espalda y se dejó caer poco a poco, sollozando.

Isabel se arrodilló frente a su hermana, apartando los rizos que se pegaban a la cara de June, arrasada por las lágrimas.

—¿Qué ha ocurrido?

June sujetaba con firmeza la nota mortuoria. Ni siquiera se había dado cuenta de que la tenía en la mano. Se la dio a Isabel, que al leerla se quedó sin aliento.

—Oh, no. No, no, no —se desesperó Isabel; luego se echó también a llorar y se fundió con June en un fuerte abrazo.

June se apretó contra el cuerpo de su hermana, sollozando con

tanta desesperación que tuvo miedo de despertar a Charlie.

15

Kat

La panadería italiana tenía un aspecto mágico y el olor que salía de su interior era también mágico, como si a uno lo hubieran transportado a Roma y entrara en una *pasticceria*. La tienda estaba especializada en pastelería italiana: cañones con requesón, cremas de vainilla y de chocolate, tartaletas espolvoreadas con azúcar glasé, bombas de crema, colas de langosta y milhojas. También vendían pan de soda parmesano, *focaccia*, grandes rebanadas de pan italiano, pan de pita, chapatas y botellas de distintas clases de aceite de oliva artesanal. Kat podía haberse quedado de pie en la puerta todo el día sin hacer otra cosa que respirar esos ricos aromas.

La imagen de Matteo, con unos vaqueros color verde oscuro y una camiseta a juego, sentado ante una de las mesas redondas con una taza de café *espresso* y un platillo de galletas, la hizo muy feliz. Cuando abrió la puerta, sonó la campanilla adosada a la parte superior, y Matteo le sonrió y se puso de pie. Su padre, Alonzo, estaba detrás del mostrador. Era alto como su hijo, pero más fornido, con el cabello negro y ralo salpicado de gris.

—Así que ésta es mi encantadora competencia —dijo Alonzo, y salió de detrás del mostrador y le estrechó ambas manos mientras su rostro cordial se iluminaba con una sonrisa—. Es un placer conocerte y aprender de ti.

Qué amable era.

—Es un honor para mí que usted piense que mis *muffins* son buenos, señor Viola. A toda mi familia le gustan sus *cannoli*. Por lo general, sólo consumen los productos de panadería y pastelería que cocino yo, pero hacen una excepción con sus *cannoli* y su tiramisú. Mi primito pensó que me estaba traicionando cuando se gastó la paga que le dan por pasear al perro en uno de sus *cannoli*. Se pasó días alabándolo.

Recordar a Charlie hizo que Kat se preocupara por June, que no se había levantado de la cama esa mañana. Cuando Kat regresó al hostal la noche anterior, de casa de Oliver, se había encontrado a sus primas sentadas en la cama de June, que tenía los ojos enrojecidos de llorar. Isabel le había mostrado a Kat la necrológica. Esa mañana, había oído llorar a June, pero ésta yacía acostada mirando a la pared

y no se había dado la vuelta. Cuando Kat oyó que se abría la puerta de Charlie y sonaba su saludo matutino habitual —«¡A la carga, mis valientes!»—, le había dicho a June que llevaría a Charlie a la escuela y le diría que su mami tenía dolor de cabeza y que no tardaría en ponerse bien. Isabel había llamado a Books Brothers para informar de que June estaba indispuesta y que se tomaría el día libre. Cuando Kat volvió de llevar a Charlie a la parada del autobús escolar, June seguía en la cama en la misma posición.

Kat se había inclinado sobre ella y le había frotado la espalda; también le había ofrecido uno de los bollos de chocolate blanco espolvoreado con canela —los favoritos de June—, que Kat había horneado por la mañana temprano, pero su prima apenas había negado con la cabeza.

—Sólo necesito estar sola algún tiempo —había dicho.

Isabel, que también había subido varias veces a la habitación a lo largo de la mañana, le dijo que no se preocupara, que ella se ocuparía de June, por eso Kat había acudido a su cita en la panadería italiana.

—Lamento no poder presentarte a mi esposa, la madre de Matteo. Hoy está cuidando a un sobrinito enfermo, pero estoy seguro de que tendrás oportunidad de conocerla muy pronto. —Alonzo se volvió hacia Matteo—. ¿Por qué no le sirves a la señorita un *espresso* mientras yo me aseguro de que todo está en orden en el obrador?

Sin embargo, Matteo tardó unos instantes en ponerse en marcha. Estaba mirando el anillo de Kat.

—Parece que debería felicitarte...

Ella contempló el anillo, el hermoso diamante con una preciosa montura antigua que brillaba en su dedo, y esbozó una especie de sonrisa de agradecimiento.

—No me resisto a entrar en el obrador. Aquí huele a gloria. Es maravilloso que tu padre se tome la molestia de enseñarme —agregó, percatándose de que se estaba yendo por las ramas.

Notó que Matteo la estaba mirando, esperando que le respondiese algo, pero ¿qué podía decirle sobre el anillo? «Dije sí, pero no estoy segura —hubiera deseado contarle—. No estoy segura de por qué no estoy segura. Mi madre está segura y me hizo sentir más segura, pero te miro a ti, miro a mi alrededor, miro este lugar, mi sueño, y me pregunto...»

—¿Todavía quieres ese *espresso*?—preguntó él, mirándola fijamente a los ojos, y ella se preguntó en qué estaría pensando aquel chico, pero no lo conocía tan bien como para descifrar su expresión. Cuando ella dijo «No, gracias», él respondió: «Entonces, al obrador.»

Entraron en la inmensa cocina, donde Alonzo estaba esperando detrás de una antigua mesa rústica de madera, con una bola de masa envuelta en plástico, cuencos e ingredientes varios. Matteo se quedó

en el quicio de la puerta, apoyado sobre una jamba, bebiendo su *espresso* y observándola.

—Cuénteme cómo decidió hacerse pastelero y abrir su propia *pasticceria* —dijo Kat.

Se puso al lado de Alonzo, y éste empezó a mezclar los ingredientes que tenía frente a él: cuencos de varios tamaños con productos que iban de la harina al azúcar y al requesón. Hoy le tocaba a ella recibir su lección, y la próxima semana Alonzo y Francesca irían al hostal para aprender cómo hacía ella sus *muffins*.

—¿Decidir? —preguntó Alonzo mientras enharinaba la amplia mesa de madera—. Es algo que nos elige a nosotros, ¿no es así? Se siente uno atraído por la cocina, por el horno. Cuando era niño solía hornear y vender mis pasteles y panes por toda la ciudad. Ahora, en vacaciones, mi mujer y yo viajamos buscando dulces que, como tú dices, nos dejen con la boca abierta. Que nos enseñen algo.

El corazón de Kat latió de gozo con la idea.

—Eso suena fantástico. Me gustaría viajar por todo el mundo, probando todos los pasteles hasta encontrar uno que me hiciera perder el sentido y entonces convertirme en la aprendiz de ese maestro.

—Eso es. Tú eres joven, puedes hacerlo. Tal vez aprovechando la luna de miel con tu flamante esposo —dijo él, señalando el dedo de Kat.

Ella volvió a echar una ojeada al anillo; luego miró a Matteo, que seguía apoyado en la pared, en silencio, hasta que finalmente volvió a la tienda. Kat se dio cuenta de que estaba decepcionado. ¿Habría pensado en invitarla a salir después de la lección de repostería? La idea le provocó un escalofrío que le recorrió la columna de arriba abajo. Trataba de imaginarse cómo sería una cita con Matteo, con un chico que era hijo de inmigrantes y que tendría un sinnúmero de historias que contarle sobre su familia y sus parientes, un chico que había ido a la Facultad de Medicina de Nueva York, que había vuelto a su ciudad para hacer la residencia y así poder estar más cerca de su padre mientras éste recibía quimioterapia, un chico que había viajado por quince países. Un chico que podía susurrarle al oído todo tipo de cosas románticas en italiano.

«Es pura fachada —se dijo a sí misma—. Lo estoy idealizando. En realidad, ni siquiera lo conozco.» Su primer novio, que le había parecido tan inteligente y fantástico a los dieciséis, acabó siendo un tipo mezquino hasta el punto de que Kat finalmente se dio cuenta de que la verdadera compatibilidad, así como la química y el amor, surge de un lugar que no tiene casi nada que ver ni con la inteligencia ni con los estudios de tu pareja. Otro novio que llamaba «tío» a todo el mundo, que siguió al grupo U2 por todo el país, que tenía un negocio de jardinería durante el verano y conducía una destartalada

quitanieves en invierno, sabía más de política e historia que nadie a quien ella hubiera conocido. La gente puede sorprendernos. Por eso no se dejaría deslumbrar por un hermoso nombre italiano ni por una bata de médico. Tampoco por unos asombrosos abdominales ni por una exótica cara bonita. Ya lo estaba, por supuesto, pero intentaría controlarse. Oliver se lo merecía.

—He dejado reposar esta masa durante sesenta minutos —dijo Alonzo—. No estaba seguro de la hora a la que vendrías, de modo que no quería pasar mucho tiempo esperando.

Tenía la receta escrita a mano para dársela a ella y ahora le explicaba cómo había estirado la masa. Luego le mostró paso a paso cómo se usaba el molde, cómo se freían durante un par de minutos los canutillos de los *cannoli* hasta conseguir un color dorado fuerte, y cómo introducir en ellos la mezcla de crema, requesón y azúcar. Hicieron varios tipos de relleno, bañaron los extremos de algunos *cannoli* en chocolate fundido y añadieron trocitos de chocolate.

Ella se lo estaba pasando tan bien que incluso se olvidó del anillo. Y de Matteo. Hasta que éste volvió a la cocina a probar lo que ella había hecho. Alonzo se había disculpado porque tenía que atender a los clientes, y de repente el amplio obrador pareció encoger cuando tuvo a Matteo tan cerca. Podía notar el perfume de su jabón. Lo observó mientras daba un mordisco a un *cannolo* con aquella boca demasiado sensual.

—*Perfetto* —dijo—. Perfecto.

Kat sonrió y probó el que tenía en la mano. Estaba bueno. No tanto como los de Alonzo Viola, pero indudablemente bueno.

—Tienes una pizca de crema y de azúcar glasé en el labio —le susurró Matteo, la mirada puesta en la boca de Kat, diciendo con su expresión: «Yo te lo limpiaría, pero me lo impide el anillo.»

Algo se derrumbó en el interior de Kat, una endeble barrera que no iba a resistir por más que se dijera a sí misma que no era más que un chico con bata de médico cuyo padre podía enseñarle a hacer *cannoli* auténticos. Le gustaba que respetara el anillo. Incluso aunque ella se sintiera culpable en ese instante, por sus pensamientos, de no hacer lo mismo.

Él comió otro bocado.

—Estoy admirado de lo concentrada que estabas en la lección. Puedo ver lo apasionada y lo seria que eres a la hora de cocinar. Algún día tendrás tu propia pastelería, no tengo la menor duda.

—Es mi sueño —respondió ella mirando a su alrededor—. Ese horno, esos cuencos plateados, este polvo de harina. Este lugar. Algún día. —Dejó el *cannolo* en la mesa—. En este momento, todo es tan... improbable.

—Excepto eso —dijo, con la mirada fija en el anillo.

—Incluso eso —respondió ella en voz tan baja que no estaba segura de haberlo dicho alguna vez en voz alta.

—¿De veras? —preguntó él, con expresión seria.

Ella fijó la vista en el polvo de la harina.

—En este momento estoy muy confusa. Mi madre... es... Tú sabes lo que es. Yo no puedo pensar. No puedo... No sé cómo me siento con respecto a nada. Sólo siento eso...

—¿Qué sientes? —preguntó él, entrelazando sus dedos con los de ella; la mano de Matteo era fuerte, cálida.

—Como si estuviera en un camino de un solo sentido, creo.

Kat retiró la mano, pero inmediatamente echó de menos el contacto de su piel.

—¿Un camino de un solo sentido hacia dónde? ¿Quieres decir hacia la vida que ya estás viviendo?

Kat se volvió hacia él.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir. Hacia el modo en que ya estoy viviendo. La vida que no cambiará. Nada cambiará. Me casaré con el chico que conocí a los cinco años. Hornearé mi bollo y mi *muffin* número cien millones para el hostal. Una vez al año iré de vacaciones a París o a Roma o a algún otro lugar al que siempre he deseado ir. Y luego volveré a casa, a la vida que han planificado para mí.

—¿Que han planificado para ti? ¿Planificada por quién?

Ella se detuvo y lo miró de frente.

—Por...

Vaya. «¿Por quién?» era la pregunta correcta.

—Por... las circunstancias. Yo quería ir a la universidad, pero también sabía que deseaba abrir mi propia pastelería, por eso pensé en aprovechar mi destreza y elaborar pasteles para el hostal. De modo que he estado haciendo eso hasta ahora. Y dado que mi madre ha estado siempre sola aquí, mi presencia y mi ayuda siempre me han parecido lo más adecuado.

—Entonces, esta vida que no estás muy segura de que te llene la has planificado tú, ¿no te parece? Tú sabes que puedes cambiarla. Eres la capitana de tu propio barco, como se suele decir.

—Pero mi madre se está muriendo, Matteo. Y su mayor deseo es verme casada con el chico al que mi padre quería como si fuera su propio hijo. Y no es tan sólo que no esté segura de querer casarme con Oliver. Es oro puro, como dice mi amiga Lizzie. Y de verdad que lo es. De lo que no estoy plenamente segura es de sentirme preparada para sentar la cabeza. Quiero ver París. Quiero comer tapas en España. Quiero ver el país donde Isak Dinesen escribió que tenía su granja en África. Quiero saborear todos los pasteles de París y aprender con los maestros pasteleros, como tu padre. Pero ésa no es la realidad.

—¿Quién lo dice? Tienes veinticinco años, Kat. Si no vas a viajar por el mundo y a conocer gente nueva y vivir una aventura ahora, ¿cuándo vas a hacerlo? Éste es el momento.

—Ahora mi madre se está muriendo. Y Oliver acaba de proponerme matrimonio y yo he aceptado. Verme casándome en el jardín del Three Captains' Inn dará paz al espíritu de Lolly.

Él la miró, pensativo.

—Yo pensaría que tu felicidad es lo que dará paz al espíritu de tu madre. Pero, independientemente de lo que te depare la vida y de adónde te lleve, Kat, estoy encantado de haberte conocido.

Le faltaba tan poco para llorar que se dio la vuelta y se propuso no hacerlo.

—Supongo que ya tienes una fecha para la boda...

Se volvió hacia él, casi sorprendida de que hubiera tocado el tema. Pero significaba que él se había dado cuenta.

—Hemos puesto la fecha para noviembre, alrededor de Acción de Gracias. Es la fiesta favorita de mi madre. Está muy ocupada planeando los detalles, cuando tiene ánimo para ello. ¿Será demasiada carga para ella eso de recorrer los salones de bodas y hablar con los organizadores de banquetes en busca del mejor rosbif?

—Tendrá que ser ella la que decida lo que puede y no puede hacer. Si se siente débil, debe descansar. Pero si está dispuesta a planificar toda la boda, quiere decir que eso es lo que ella necesita: un objetivo que la haga feliz, que le permita contribuir en el hermoso ciclo de la vida, en los nuevos comienzos. Es lo más adecuado.

Lo más adecuado. Lo adecuado y lo no adecuado se habían vuelto tan confusos en el interior de Kat que ya no percibía la diferencia. ¿Y lo de los de nuevos comienzos? ¿Por qué la idea de casarse con Oliver, de vivir en Boothbay Harbor para siempre, de regentar el hostal e incluso de abrir su propia pastelería le parecía justo lo opuesto? Empezó a notar un nudo en el estómago.

—Será mejor que regrese al hostal. —Necesitaba aire—. Gracias por todo, Matteo. Ha sido una mañana muy especial. Nunca la olvidaré.

Empezó a recoger los cuencos para llevarlos al fregadero, pero Matteo la detuvo mirándola con toda la intensidad de sus ojos negros.

—Eres nuestra invitada.

—Gracias. Gracias por todo.

Él sonrió, y ella se apresuró a avanzar hacia la puerta, apartándose de aquel rostro, de aquel cuerpo, de aquella voz que la fascinaban. Dedicó unos minutos a agradecer al padre de Matteo sus enseñanzas y él la despidió con un caluroso abrazo y una caja de pasteles para la familia, en la que había algo «superespecial» para Lolly.

Deseaba quedarse y al mismo tiempo quería marcharse.

Por la tarde, Kat llevó a su madre al hospital para que le hicieran el recuento de glóbulos. Isabel se había quedado con June, que se había levantado de la cama por Charlie, pero estaba aún tan conmocionada que apenas podía hablar. Kat se había ofrecido para llevar al niño hasta la parada del autobús escolar, pero June dijo que iría ella porque desde la tarde anterior no había visto a su hijo. Kat la había acompañado y en ese breve recorrido había respetado el silencio de June, la ausencia de preguntas, la falta de comunicación.

Cuando volvieron al hostal, June había desaparecido en su dormitorio. Kat puso al corriente a Lolly, que subió con lentitud la escalera hasta la habitación del ático, donde pasó al menos media hora con June hasta que Kat vio, a través del ventanuco de la cocina, cómo June ayudaba a Lolly a bajar la escalera. Se la veía un poco mejor, había pensado Kat. Fuera lo que fuese lo que le había dicho Lolly, estaba claro que la había ayudado.

Mientras una enfermera entraba en la habitación cada diez minutos para vigilar las constantes de Lolly, ésta permanecía reclinada en la silla tapizada, hojeando lentamente una revista de novias, y el simple hecho de pasar las páginas parecía costarle un gran esfuerzo.

—Oh, Kat, mira esto.

Kat acercó su silla a la de Lolly y miró la foto. Era una modelo con un sencillo y hermoso traje de novia, exactamente el tipo de vestido que habría llamado la atención de Kat en el escaparate de una tienda de novias. Era de satén blanco, sin mangas, de media pierna y con reminiscencias de los cincuenta, con una banda azul pastel muy tenue que ceñía el talle imperio. El vestido estaba pensado para una boda al aire libre y en Maine. Podía imaginárselo puesto. Claro que podía.

—Es absolutamente perfecto, mami. Siempre aciertas con mi estilo. ¿A que sí?

—Es fácil acertar. Te gusta la sencillez. Sin líos ni complicaciones.

Sin embargo, esta vez se estaba complicando la vida.

Los ojos de Lolly tomaron un aspecto vidrioso, se llevó la mano a la boca e hizo señas a Kat para que le alcanzara la «palangana de vomitar», como la llamaba ella.

Kat odiaba ver a su madre tan enferma a causa de lo que se suponía que la ayudaba. ¿Cómo podría tolerar la segunda sesión de quimio la semana siguiente si aún se sentía tan mal por la primera?

Pasado ya el apuro de la vomitona, Lolly se recostó, la cara perlada de sudor. Kat salió corriendo hacia el cuarto de baño que había al otro lado del pasillo en busca de una toalla mojada. Al volver, limpió con ella la frente y las mejillas de su madre, y le pasó la mano

por la cabeza para acomodar los cabellos sudorosos que se habían escapado de la trenza. Se le quedó en la mano un mechón de cabello grisáceo y se echó a llorar.

—Estoy bien, Kat —dijo Lolly—. La quimio tiene ese efecto. Es lo que esperaba. Lo que odio son las sorpresas.

Kat se quedó mirando el mechón de pelo que tenía en la mano.

—Te quiero, mami —dijo Kat.

Ella misma se sorprendió y, por supuesto, sorprendió a su madre. Entonces Lolly le cogió la mano y se la apretó.

Kat estuvo a punto de soltarla. Necesitaba ir a algún lugar, a algún lugar solitario y llorar, desahogarse, echar fuera el miedo y la incertidumbre. Pero no podía llorar en el cuarto de baño porque su madre se preocuparía.

Lolly sacó una bolsa de galletitas saladas del bolso. Era su antídoto favorito para las náuseas.

—Kat, ¿podrías traerme un té helado? Con dos rodajas de limón y un terrón de azúcar.

—En seguida —dijo Kat, agradecida por la tarea, que le permitiría hacer un alto en la sala de estar del pasillo para llorar antes de dirigirse a la cafetería.

Pero cuando cruzaba el pasillo a toda prisa, vio a Matteo en la puerta de una habitación examinando el historial de un paciente. Kat se detuvo frente a él, incapaz de contener las lágrimas.

—Kat... ¿Está bien tu madre?

—Se la ve tan frágil y pálida y con tantas náuseas. Se me ha quedado un mechón de su pelo en la mano. —En ese momento se dio cuenta de que seguía apretando el mechón y se lo enseñó—. Odio todo esto, lo odio. —Se echó a llorar y él la cogió de la mano y la llevó hasta un grupo de sillas adosadas a la pared.

«Y sigue eligiendo vestidos y zapatos y pensando en los aperitivos, y eso es lo único que la hace feliz», iba pensando Kat.

Él le indicó una silla; luego se sentó a su lado sin soltarle la mano.

—Procura recordar que los efectos de la quimio son temporales, y que tu madre necesita el tratamiento.

—Nunca imaginé que sería así. Creí que la quimio tendría que hacerla sentir mejor, no peor. Es todo lo contrario. Lo odio.

Él se acercó aún más, cogió de su mano el mechón de cabello y lo envolvió en un pañuelo de papel que sacó del bolsillo.

—Es un efecto secundario —dijo, y se levantó para tirar el pañuelo en una papelera que había al lado de las sillas—. La quimio está contribuyendo a prolongar su vida.

—Pero de manera lamentable.

Los ojos negros de Matteo tenían una mirada tan compasiva, tan llena de empatía, que Kat sólo quería apretarse contra él y que la

abrazara.

—Sé cómo te sientes, Kat. Yo recuerdo haber pasado por esto con mi padre. Cuando ves que alguien a quien quieres tanto se encuentra tan mal, cuando te sientes tan desvalida, la única manera de soportarlo es apoyarte en tus amigos, en tu familia, en cualquiera que te dé ánimos.

—¿Estaría bien que me apoyara en ti?

—Más que bien. —En ese momento sonó su teléfono y él lo miró —. Escucha, hoy sabremos el nivel al que hay que ajustar la dosis para la próxima semana. Eso será de gran ayuda. —El teléfono volvió a sonar—. Tengo que irme, Kat. Pero llámame cuando quieras, de día o de noche. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó ella, sorprendida al descubrir que se sentía más fuerte. Ahora podía ir a buscar ese té helado y permanecer al lado de su madre, en lugar de esconderse y hacer que Lolly se sintiera peor.

Se quedó mirando cómo Matteo se alejaba hasta que dobló una esquina.

—No me había dado cuenta de que tú y el médico de tu madre teníais tanta confianza.

Kat alzó la mirada y allí estaba Oliver, con una expresión de enfado y confusión. Se puso rápidamente de pie, ruborizada. Él tenía la vista fija en ella, y a sus ojos azules asomaba una mezcla de enfado y dolor.

—He venido porque dijiste ayer noche que estabas preocupada por las pruebas de hoy, que tenías que ser fuerte por tu madre, sobre todo ahora que June tampoco se encuentra bien. He venido a apoyarte. Pero parece que ya tienes a alguien a quien recurrir.

Oh, no.

—Oliver, conocí a Matteo..., quiero decir, al doctor Viola, hace unas semanas, y cuando antes he salido de la habitación de mi madre, me he echado a llorar y él me ha llevado hasta esas sillas para hablar conmigo. Me tenía de la mano porque... —Se paró, al darse cuenta de que lo que estaba a punto de decirle no era mentira, en absoluto.

—¿Porque...?

—Porque nos hemos hecho buenos amigos.

—Vamos, Kat, he estado ahí al lado observándoos desde el momento en que tu «buen amigo» te ha traído hasta aquí de la mano. Vi cómo lo mirabas. Cómo te miraba él a ti. Así que no me mientas a la cara.

—Oliver, yo no tengo...

—¿Te has acostado con él?

—¡Oliver!

—¿Te has acostado con él? —repitió remarcando cada palabra con rabia.

—No.

—Dímelo ahora mismo, Kat. ¿Deseas devolverme el anillo? Te estoy pidiendo que me digas la verdad.

Ella apoyó la cabeza sobre las rodillas por un instante, como si esperara que su cabeza, su corazón le dijeran qué debía hacer.

—No —dijo finalmente.

Kat tendría que confiar en sí misma, en que ésa era la verdad, en que en lo más hondo de su ser deseaba casarse con Oliver Tate. Realmente no lo sabía.

Vio cómo se relajaba la cara de su prometido.

—No quiero hacer tu vida más difícil en este momento, Kat. Sé que estás pasando por algo muy doloroso. Sé que tengo que darte un amplio margen de libertad. Por eso, si me dices algo, yo te voy a creer. ¿De acuerdo? Así es como funcionan el amor y la confianza.

Kat asintió.

—Tengo que llevarle a mi madre su té helado. Iré a tu casa esta noche, ¿de acuerdo? Y seguiremos hablando.

Él asintió también y la envolvió en un apretado abrazo. Kat sintió su mirada en la espalda mientras se alejaba apresuradamente por el pasillo en dirección a los ascensores.

A la mañana siguiente, Kat y Lolly fueron a elegir el vestido de novia a una pequeña y elegante tienda del centro, donde tenían una cita con su dueña, Claire Wignall. Lolly había llamado al establecimiento cuando volvieron del hospital y le había explicado a Claire que habían visto un vestido en una revista y que les había encantado. La dependienta les dijo que no tenía ese vestido en concreto, pero en su colección había dos que se le parecían mucho.

«Disfrazarse. Fingir. Cuento de hadas.» Éstos eran los pensamientos que asediaban a Kat cuando entró en la tienda. Una de las paredes estaba tapizada de novias reales con sus vestidos de Beautiful Brides. La tienda estaba salpicada de maniquís con trajes y velos de novia. Claire les dio la bienvenida, felicitó a Kat y no escatimó elogios acerca del anillo de compromiso. Luego las condujo a la zona de los vestidores, que estaba amueblada con un sofá de dos plazas. En la puerta que daba al vestidor colgaban dos vestidos de una percha.

—Lolly, siéntese usted aquí —la invitó Claire, haciéndole un gesto para que se sentara en el mullido sofá color melocotón frente a la puerta.

—Kat, entra, ponte uno de los vestidos y sal cuando estés lista. En el probador encontrarás unos hermosos zapatos de raso de tu número.

Lolly sonrió y se sentó.

—Qué ganas tengo de verte con un vestido de novia.

Kat sonrió a su madre, pero el corazón le empezó a latir con fuerza. Mientras le sacaba la funda de plástico al primer traje, supo con total seguridad que no quería probárselo. Ni el segundo. Ni ninguno. «No es así como se supone que debería sentirme la primera vez que me pruebo un vestido de novia.» Unos meses atrás, cuando Lizzie se comprometió, le hizo ver a Kat dos episodios seguidos de «Di sí al vestido», un *reality show* sobre una famosa tienda de novias de la ciudad de Nueva York. Se suponía que ella tenía que sentirse igual que aquellas novias. Entusiasmada, ilusionada con la idea de encontrar el vestido adecuado. Se suponía que éste era un momento importante y mágico de su vida.

La noche anterior había ido a la casa de Oliver tal como le había prometido, pero en lugar del Oliver que la presionaba sobre sus sentimientos, el que le preguntaba por qué hacía manitas con un residente del hospital, salió a recibirla el Oliver clásico, el amable. No le había pedido explicaciones. Simplemente, le había abierto la puerta y la había abrazado con fuerza. Eso era lo que ella necesitaba: un abrazo de su mejor y más viejo amigo. Fueron al centro a comprarse un helado y se lo dieron a probar uno al otro; luego regresaron a la casa de Oliver e hicieron el amor con la misma pasión de siempre.

Esta mañana, cuando Lolly le dijo que había concertado una cita en la tienda de novias, los ojos azules de su madre brillaban, sus mejillas tenían un color más rosado que el día anterior, y entonces Kat volvió a sentirse en paz. Su boda era el antídoto para el cáncer de Lolly; si la quimio debilitaba a Lolly, el compromiso de Kat la fortalecía.

Pero ahora, en medio de toda aquella blancura, de todos esos vestidos que simbolizaban el compromiso, el futuro..., uf, no estaba tan segura de poder tomar decisiones sobre lo largo que debía ser el vestido, y eso por no hablar del resto de su vida.

«Finge que te encuentras mal —pensó—. Haz como si estuvieras a punto de desvanecerte y apóyate en la puerta. Y sal de aquí.»

El inconveniente era su madre, sentada en aquel sofá melocotón, con diez kilos menos de lo que pesaba a mediados de agosto. Lolly Weller, que no era precisamente una persona romántica, tenía una expresión de pura felicidad en su pálido y demacrado rostro.

Lolly carraspeó, y Kat se dio media vuelta y abrió la puerta.

—Mira, Kat, fíjate en ese velo —dijo su madre, que se levantó lentamente, con mucho cuidado, y se acercó a un busto apoyado en una mesa antigua. Era un velo corto, con un hermoso tocado en el que se dibujaban diminutas estrellas de mar y capullos de rosa.

—Es perfecto, Kat. ¿Ves las estrellas de mar?

Su padre se había pasado la vida coleccionándolas. De todos los tipos. Desde pesados pisapapeles de plata hasta las de papel maché

que hacía Kat en la escuela cada Día del Padre.

—Es precioso —aceptó Kat, recordando los pendientes de estrellas de mar con filigrana de oro que su padre le había comprado para «cuando tuviese las orejas perforadas».

Ese día, Kat le había pedido a su madre que le permitiera agujereárselas, y Lolly había cedido. Desde entonces nunca se había quitado aquellos pendientes.

«¿Estás tratando de decirme algo, universo?», preguntó Kat mirando al cielo.

Claire asintió, mirando a Lolly, y ésta sacó el tocado del busto y con él en las manos se acercó a Kat, que bajó la cabeza para que su madre se lo pudiera poner. Era una pieza realmente cómoda que no apretaba ni se notaba áspera. Lolly se llevó la mano a la boca.

—Oh, Kat. Mírate. —Y se colocó detrás de ella frente al espejo de pared que había junto a la mesa.

El tocado era precioso, e hizo que Kat se sintiera realmente una novia. Lolly apretó los hombros de su hija.

—Pruébate los vestidos para ver si combinan bien con esto.

—Avísame si necesitas ayuda —dijo Claire—. Los dos trajes son fáciles de poner y especialmente de quitar.

Kat entró en un elegante probador, tan amplio que casi era del tamaño de la habitación Pájaro Azul del hostal. Colgó ambos vestidos en un perchero elevado, se sacó el tocado y lo apoyó en el banco; luego se quitó la camiseta y la falda. Se embutió el primero de los trajes de satén blanco y se subió la cremallera que tenía en la espalda. Precioso. Lucía como el de la foto. Kat se puso el tocado y se examinó en el espejo de tres hojas. Seguía teniendo la sensación de estar disfrazándose, de fingir. La sensación de que en realidad no iba a ser ella la novia.

—Kat, ¿necesitas ayuda?

Salió y se encontró frente a su madre.

—Es muy bonito —se entusiasmó Lolly.

—Realmente hermoso —la apoyó Claire—. Pero ¿a ti qué te parece, Kat?

—Bueno, a mí me gusta —respondió ella, acercándose al espejo de tres lunas situado en la esquina de la tienda—. Pero no estoy segura del todo.

—Pruébate el otro. Y recuerda que es tu primer día, tus primeros cinco minutos en la tienda. Puede que tengas que probarte diez o veinte vestidos para encontrar el tuyo. Lo sabrás en el mismo instante en que te lo pongas.

¿Diez o veinte vestidos? Kat no creía que pudiera soportar ponerse ni siquiera dos.

De vuelta al probador, se quitó el vestido número uno y lo colgó;

luego se puso el número dos. En el momento en que se miró al espejo, algo se conmovió en su interior.

Éste era el vestido. Lo supo con más claridad de lo que había sabido ninguna otra cosa en los últimos tiempos. Era perfecto, precioso, impresionante. Su piel tenía un aspecto luminoso. Se colocó el tocado y se quedó boquiabierta.

«Es tan sólo un vestido bonito», se recordó a sí misma. «No significa nada. El universo no te está diciendo nada. Es sólo un vestido que por casualidad parece que esté hecho para que tú lo lleves, como si lo hubieran creado sólo para ti.»

—¿Estás lista, Kat?

Respiró hondo. En el momento en que su madre la viera con este vestido, con este tocado, se echaría a llorar, Kat lo sabía. Su madre no era demasiado sentimental, pero si el vestido la había emocionado a ella, si la había dejado boquiabierta, a su madre la conmovería el doble.

Abrió la puerta. Y no estaba equivocada.

Lolly se levantó y se puso una mano sobre el corazón. Luego se tapó la cara con ambas manos mientras rompía a llorar. Kat se dio cuenta de que su madre la quería de un modo del que nunca había sido consciente.

—Es éste —anunció Kat.

—Apenas vas a necesitar algunos retoques —dijo Claire, sonriendo—. Tengo que estrechar un poco la cintura y alargar el ruedo un centímetro, pero, por lo demás, parece como si lo hubieran diseñado para ti.

—¿Es muy caro?

—El vestido de tus sueños, sea cual sea y no importa lo que cueste, corre por cuenta de alguien anónimo —desveló Claire, con ojos brillantes—. Y te diré que esto no es algo muy frecuente.

«Oliver.» Kat lo sabía. Lolly esbozó una amplia sonrisa.

—Bueno, Kat, si estás segura, entonces nos lo quedamos.

Kat volvió a mirarse en el espejo. Oliver iba a pagar el vestido de sus sueños, así que su madre no tendría que preocuparse por el precio. Y Kat podría despreocuparse de la preocupación de su madre.

Lolly permaneció a su lado, admirando abiertamente el reflejo de su hija en el espejo.

—Si lo último que hago es verte recorrer el jardín del Three Captains' Inn con este vestido para casarte con Oliver, moriré feliz.

Kat miró a su madre. «Lo último que hago...»

—Pero si no estás segura —concedió Lolly—, podemos seguir buscando. He visto al menos otros tres vestidos en los maniquís que te quedarían de fábula.

«Si no estás segura, si no estás segura, si no estás segura.» Las

palabras resonaron en la cabeza de Kat hasta que se volvió y dio la espalda al espejo. Sólo estaba segura de una cosa: deseaba hacer feliz a su madre durante el tiempo que le quedara de vida.

—Estoy segura —dijo Kat.

16

Isabel

—¿Recuerdas este día? —preguntó June, mostrándole una foto del álbum.

Isabel apoyó el álbum sobre sus piernas cruzadas y le echó una mirada. Ellas dos y sus padres sonriendo con el Pato Lucas en Disney World cuando Isabel tenía siete años y June sólo cuatro. Su padre tenía puesto un sombrero de Mickey Mouse, con orejas y todo, y su madre estaba preciosa con aquella solera blanca de algodón, un sombrero de paja en la cabeza, y en el brazo una pegatina de Cenicienta que le había pegado June.

Isabel y su hermana habían bajado al sótano del Three Captains' Inn para buscar entre los viejos baúles los diarios de su madre. Cada una por su lado revisaron baúl por baúl, pero los cuadernos no estaban allí. En uno de los arcones habían encontrado doce álbumes de fotos. En las semanas siguientes a la muerte de sus padres, Isabel había cogido algunos de sus favoritos, pero siempre le había dado miedo buscar el resto, sobre todo a medida que pasaban los años. Miedo a los recuerdos. A la tristeza. Al dolor.

Hacía una hora, cuando Isabel había subido a la habitación del ático para coger un jersey, se encontró a June sentada en la terraza mirando hacia el puerto, con una expresión tan triste que estuvo a punto de echarse a llorar. Habían pasado cuarenta y ocho horas desde que June se había enterado de que el padre de Charlie había muerto el mismo día que se iban a encontrar en Central Park. Y, aunque estaba levantada y andaba de un lado para otro poniendo buena cara cuando la veía Charlie, June estaba destrozada. Isabel le había sugerido a su hermana que la ayudara a buscar los diarios, sin estar muy segura de si eso la ayudaría de algún modo o si le traería a la memoria más pérdidas, pero June había aceptado y la había acompañado al sótano.

Las pertenencias de sus padres —el vestido favorito de su madre, las antiguas gafas estilo John Lennon, con su montura metálica— parecieron animar a June. Se había encontrado las gafas y le había entrado la risa, abandonada a un recuerdo que no compartió. Pero luego hundió la cara en la bufanda que su padre llevaba la noche que murió, una prenda de lana azul marino que había tejido su madre. Había llorado, e Isabel le había dado un fuerte abrazo. Pero June se

había vuelto a desmoronar, repitiendo una y otra vez su angustioso «Todos mueren. Todos mueren», que le había roto el corazón a Isabel.

Justo en el momento en que Isabel se temía que June fuera a salir corriendo, reparó en un paquete de cartas del último año en que ella y June habían asistido al campamento de verano, cuando tenían catorce y once años. Isabel había disfrutado cada minuto fuera de casa, a pesar de que su tutor y el director la habían amenazado con mandarla a casa si se saltaba una norma más. June, en cambio, había echado mucho de menos su casa. Isabel cogió la primera carta del paquete y empezó a leerla en voz alta, y reparó en que June se le había arrimado para poder leer también.

Mi querida June, mi bichito:

Me han contado que estás un poco triste en el campamento y que quieres volver a casa. Comprendo que estás experimentando un montón de cosas nuevas y que eso puede resultar difícil. Pero tú eres una niña curiosa, inteligente y fuerte, con un corazón generoso, y sé que si le das una oportunidad al campamento acabarás encontrando tu lugar y tus amigos, y de pronto estarás deseando que no se termine nunca. Vamos a esperar una semana más, June. Si para entonces lo sigues detestando irremediablemente, papi y yo iremos a buscarte. Pero demuéstrale al campamento Arcadia quién eres: divertida, inteligente, sensible, creativa, imaginativa, buena bailarina y mejor amiga, y además con una gran fortaleza de cuerpo y de espíritu. Tú puedes hacer todo lo que te propongas, June.

Con cariño,

MAMI

—Realmente, nos quería —dijo June, apretando la carta contra su corazón. La dobló y la guardó en el bolsillo trasero, luego buscó otra.

«Nos quería, incluso a mí», pensó Isabel. Bajar al sótano fue lo que ambas necesitaban. June sonrió mirando la foto de Disney World y pasó las páginas del álbum, incluso soltó una carcajada, a pesar de lo apenada que estaba. Isabel echó una ojeada a una foto de su padre tratando de colocar a June, que entonces era un bebé, sobre los hombros de un muñeco de nieve, mientras Isabel, que tendría cinco o seis años, clavaba una zanahoria en la cara del muñeco. El resto del álbum lo miraron juntas; luego June se sentó y cogió otra carta.

—Ésta era para ti, Iz —le dijo, y empezó a leerla en voz alta.

Querida Isabel:

Papi y yo te echamos mucho de menos, Izzy-biz. Sin ti la casa está silenciosa. Ya sé que últimamente no nos llevamos muy bien, pero también

estoy segura de que cuando vuelvas pasaremos mucho tiempo juntas. Si quieres, incluso podemos ir a ver Scream*, esa película que acaban de estrenar.*

Me ha contado tu tutor que la muerte de Flop *te ha conmovido mucho. Sé que ha sido el conejo del campamento durante tres años y que ha tenido una vida buena y feliz, rodeado por adorables niños que disfrutaban acariciando sus largas y suaves orejas y su suave pelaje. El tutor me ha contado también que una niña echaba mucho de menos a su familia hasta que le encomendaron la tarea de darle todas las mañanas a* Flop *sus zanahorias, y que a partir de entonces se le pasaron las ganas de volver a casa. Era un conejito especial, y cuando perdemos algo, o a alguien, muy especial para nosotros, tenemos que recordar las cosas buenas, los momentos felices, y retenerlos en nuestro corazón. Al menos, es lo que yo intento hacer. Como cuando el abuelito murió, ¿recuerdas? Tú tenías sólo cinco años y puede que no te acuerdes, pero yo estaba muy triste hasta que empecé a rememorar lo especial que me hacía sentir el abuelito, lo buen padre que fue, lo contenta que estaba de haberlo tenido en mi vida. Me centré en eso y sentí que mi corazón se recuperaba de la pérdida.*

Espero que esto te ayude, Isabel, mi niña valiente.

Recibe todo mi cariño.

MAMI

Mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas, Isabel dirigió a June una mirada de incredulidad.

—Léemela otra vez —pidió June.

Isabel releyó la carta. Se había olvidado por completo de *Flop*. Y no recordaba a su abuelo, ni tampoco su muerte. Y ni siquiera esta carta.

—Tiene razón —aceptó June, cogiendo la carta de la mano de Isabel y examinándola—. Tengo que rememorar lo especial que me hizo sentir John, la suerte que tuve de conocerlo, aunque fuera por tan poco tiempo. —Observó las cosas de sus padres diseminadas por el sótano; luego miró al techo—. Gracias, mami.

Isabel cogió la mano de June y se la apretó.

—Quédate con esa carta.

Bajar allí en los últimos días también le había hecho mucho bien a Isabel. Se había despreocupado de si Griffin le devolvía o no la llamada. El incidente, del que habían pasado tres días, lo había alejado. Quizá no la culpara a ella de lo sucedido, tal como sugirió Kat la noche anterior, sino que simplemente lo había disuadido de la idea de empezar una relación. Isabel, por su parte, no estaba muy preparada para tener una cita; quizá por eso era mejor que Griffin siguiera habitando en sus fantasías, donde ocurrían todo tipo de cosas

maravillosas, como los besos a cámara lenta. También se lo imaginaba acariciando su cuerpo con sus fuertes manos, o recuperaba pasajes de conversaciones en las que se había sentido por unos instantes como hacía mucho tiempo que no se sentía. Atractiva. Interesante. Deseada. En las fantasías no ocurría nada malo. Los niños no se perdían ocultándose en casetas de perro. Los adolescentes no la miraban con el ceño fruncido. Y los hombres que le gustaban no se alejaban haciéndola replegarse sobre sí misma una vez más.

Pero esa manera de pensar había impedido a Albert Brooks ir al cielo en *El cielo... próximamente*.

En otro baúl, Isabel encontró un paquete entero de fotocopias de cartas que Lolly había enviado a lo largo de los años a los directores y profesores de los colegios de Isabel, June y Kat.

Querida señora Patterson:

Gracias por avisarme de que Isabel no quiere participar en la clase de inglés y de que lleva días sin hacer los deberes sobre los textos asignados. Como usted sabe, perdió a sus padres hace menos de un mes y le está costando encontrar su sitio. Tal vez podría usted mostrar un poco de comprensión y compasión, especialmente por lo que respecta a los textos que tratan de familias felices y afortunadas.

Atentamente,

LOLLY WELLER

Isabel carraspeó.

—No tenía ni la menor idea de que me cubría las espaldas de ese modo en aquella época. Ella fue siempre así, sensata. «Haz lo que se supone que debes hacer y las cosas funcionarán.» ¿Recuerdas que siempre solía decir eso? Yo odiaba esa frase.

—Yo también. Sobre todo porque la mayoría de las veces era verdad. Tiene gracia: ella sigue comportándose como entonces. Aunque se muestre un poco más abierta, sigue siendo igual de comedida. Y la verdad es que me encanta su forma de ser. No hay nada edulcorado en ella, ¿entiendes? —June sacó del paquete otra carta de Lolly—. Escucha ésta.

Querido director Thicket:

Mi hija, Kat, me ha indicado en varias ocasiones que dos niñas de su curso la están molestando continuamente. La llaman huérfana y se burlan de su ropa. En dos ocasiones se lo he comunicado a su profesor y a usted mismo. Si esto se repite, iré al colegio con Canal 8 Noticias para preguntar por qué la escuela no está protegiendo a mi hija.

Gracias,

—¡Anda! —exclamó Isabel—. Tenemos que enseñarle esto a Kat. Lolly actuaba como si no se preocupara por lo que nos pasaba. Pero, entre bastidores, allí estaba ella, armándole un buen lío al director Thicket.

En el piso de arriba sonó el teléfono del hostal, y Kat llamó:

—Isabel, teléfono para ti.

Isabel subió a toda prisa hasta la oficina y cogió el receptor que Kat había dejado sobre el escritorio. Kat también había dejado correspondencia para el hostal sobre la mesa; entre otras cosas había una pequeña postal dirigida a ella escrita con letra de adolescente. Isabel le dio la vuelta, pero no tenía remite.

—Hola, soy Isabel.

—Querría reservar la habitación Águila Pescadora, si está disponible, para el sábado por la noche. Un adulto y dos niños.

—¿Griffin? —preguntó ella, pero no cabía ni la menor duda de que la voz profunda y fuerte del otro lado de la línea era la de él.

—Siento no haberte devuelto las llamadas. He estado... Bueno, podemos hablar de eso este fin de semana. Si la habitación está disponible, claro...

—Justo ayer cancelaron la reserva de esa habitación.

—Entonces, nos vemos el sábado. Ah, Isabel, si quieres podemos dar un paseo el sábado por la noche, después de que haya acostado a Emmy.

El corazón le dio un vuelco.

—Me gustaría.

Deseaba hacerle tantas preguntas... Pero él y sus hijas iban a venir. Lo cual quería decir que Griffin aún estaba interesado en ella. Abrió la postal. Era de Alexa Dean.

Para Isabel:

Siento lo que pasó el lunes. No tendría que haber dicho que iba a cuidar de mi hermana mientras tú entrabas en la casa si no era eso lo que tenía pensado hacer. Estuvo mal. Siento los problemas que causé.

Alexa D.

Isabel enarcó una ceja y sonrió. Podía imaginarse a Griffin de pie detrás de Alexa, que tendría los cascos puestos y el ceño fruncido, mientras la muchacha escribía aquella torpe y hosca postal en la que le pedía disculpas a Isabel.

Tenía muchas ganas de verlos a todos. Incluso a Alexa D.

Cuando Isabel apareció con las palomitas en la habitación de Lolly para la noche de cine de los viernes, su tía estaba hojeando uno de los álbumes de fotos que le había traído June. Un viejo álbum de familia de cuando Lolly y su hermana Allie eran niñas.

—Me encantan estas fotos —dijo Lolly, y empezó a reír al ver una foto de la madre de Isabel, que no tendría más de diez años, con dos dedos levantados detrás de la cabeza de Lolly al tiempo que ponía una cara divertida.

Isabel sonrió. Aún le producía una sensación extraña ver a su tía, siempre tan seria, como una traviesa niña de ocho años que aparecía sacando la lengua en la mayoría de las fotos.

—June y yo también hemos estado mirando álbumes. Encontramos una cantidad enorme de ellos dentro de esos viejos baúles. Cartas antiguas, pequeños recordatorios que han despertado en mí recuerdos que creía olvidados. Pero no he podido encontrar los diarios. Quizá estén en otro sitio.

—Puede ser —respondió Lolly, sin inmutarse y pasando otra hoja.

Isabel miró a su tía. Le daba la impresión de que la engañaba.

—Lolly Weller, ¿existen realmente esos diarios? —preguntó con una sonrisa.

—Estaba segura de que sí, pero puede que me equivocara —musitó Lolly, pidiéndole a Isabel con la mirada que no la presionara tanto.

Isabel se sentó en el borde de la cama, al lado de Lolly, y cogió la mano de su tía.

—Gracias por pedirme que los buscara. He encontrado un montón de tesoros inesperados. *No eras la persona que nosotras pensábamos*.

—Estoy segura de que así ha sido.

—Esos baúles también han ayudado a June —susurró Isabel—. Hemos encontrado algunas misivas que nuestra madre nos había enviado al campamento de verano. En ellas, nos recomendaba justo lo que el médico le había prescrito a ella. Y algunas copias de cartas que tú enviaste a profesores y directores. Gracias.

Lolly sonrió y apretó suavemente la mano de Isabel. En ese instante llegó June con el DVD para esa noche, *Postales desde el filo*, que nadie conocía, excepto Lolly, que la había visto dos veces hacía ya algún tiempo. Detrás de ella venía Kat con cuatro magdalenas de chocolate bañadas con azúcar glasé blanco. Era milagroso que ninguna de ellas hubiera engordado diez o doce kilos desde la primera noche de cine. En el caso de Lolly, en realidad había perdido bastante peso.

—Ah, casi me olvido —dijo Lolly—. Pearl y yo nos acercamos a la tienda de novias donde compramos el vestido de Kat, y yo hice algunas fotos.

Echó mano de la cámara que tenía en el cajón de la mesita de

noche, apretó unos botones y se la dio a Isabel.

—¡Es divino! —exclamó Isabel, pasándole la cámara a June.

—Precioso —agregó June.

Kat no vino corriendo a mirar boquiabierta su propio vestido de boda, tal como debería haber hecho una novia entusiasmada. No se le escapó un «¡ooh!» al contemplar el delicado canutillo, ni un «¡aah!» por el encantador escote. No dijo nada. Sólo sonrió para agradecerles sus palabras. Isabel devolvió la cámara al cajón.

—¿Estáis todas listas? —preguntó Kat, con el dedo en el interruptor de la luz.

No cabía duda de que la muchacha quería cambiar de tema. ¿No estaba segura de querer casarse? ¿Tenía problemas con Oliver? ¿Le interesaba el doctor Viola? ¿Estaba preocupada por su madre? Tal vez Isabel y June podrían hablar con Kat esa noche, después de la película. Lo habían intentado con anterioridad, pero Kat siempre se escabullía con cualquier excusa o insistía en que todo iba bien.

Lolly apretó un botón del mando a distancia y *Postales desde el filo* se puso en marcha.

—Creo que os gustará a todas. Es una gran interpretación. Meryl y Shirley MacLaine. También actúa Dennis Quaid y..., madre mía, qué atractivo está.

Meryl da vida a una actriz que tiene problemas con las drogas. Y Shirley MacLaine interpreta a su madre. Recién salida de una clínica de desintoxicación, la compañía de seguros de la nueva película de Meryl no acepta asegurarla, a menos que alguien se haga responsable de ella en todo momento durante el rodaje. Lo cual significa que tiene que vivir con su escandalosa madre, con la que apenas se trata.

—El personaje que interpreta Shirley MacLaine es insufrible —dijo Kat—. Su hija acaba de desintoxicarse, lo está intentando con todas sus fuerzas, y Shirley no se dedica más que a humillarla.

—Dios mío, ¿le dicen que tal vez no viva mucho tiempo porque le han encontrado tumores fibroides? —preguntó June, moviendo la cabeza—. No se la puede ayudar, pero sí quererla, incluso aunque sea tan melodramática.

Lolly se estaba riendo, pero no así Kat. Sobre todo cuando Shirley le dijo a Meryl que tenía que estar preparada para verla morir.

—¿Es toda la película así? —preguntó Kat—. No sé si voy a poder acabar de verla. Sé que se supone que es graciosa, pero...

Lolly le quitó el papel a su magdalena.

—Una de las cosas que me gustan de esta película es que Meryl y Shirley al principio están distanciadas en todos los sentidos, y al final acaban reencontrándose. Pero hay que empezar por lo malo para llegar a lo bueno. Os juro que vale la pena.

Kat miró a Lolly.

—Me callaré y me dedicaré sólo a ver la película —dijo la chica, dedicándole a su madre una cálida sonrisa, y le dio un mordisco a su propia magdalena.

Isabel soltó una carcajada cuando Dennis Quaid, que en esta película estaba irresistible, confesó su amor a Meryl diciéndole: «Creo que te amo.» Y ella le respondió: «¿Cuándo estarás seguro?»

—Dios, espero que no sigan por ese camino —dijo Kat—. No me gusta que Dennis Quaid le diga que es «en teoría, la persona más auténtica que jamás ha conocido», que era su fantasía y quería hacerla realidad. ¿Os parece que la gente hace eso? ¿Tener relaciones con gente que ha construido en su imaginación?

—En principio, puede ser —respondió Lolly—. La fantasía va muy rápido. Luego viene la realidad.

A Isabel la fascinó que Griffin Dean fuera fantasía y realidad a un tiempo.

—Mirad, ¿es ésa Annette Bening? —preguntó June—. Es asombrosa. No me extraña que se convirtiera en una gran actriz. Y ahí está la respuesta a tu pregunta, Kat: Dennis Quaid los está engañando a todos, incluso a ella.

Cuando la película se acercaba a su fin, Kat echó mano de un pañuelo de papel y se enjugó las lágrimas.

—Estabas en lo cierto, mami. Me gusta que Meryl y Shirley descubran qué es lo realmente importante en la relación de ambas: las dos, tenerse la una a la otra, estar allí la una para la otra. Sin embargo, ahora que se han reencontrado, ¿crees realmente que van a poder comenzar de nuevo?

—Yo quería a mi madre y antes tenía... Me resulta doloroso haberla tratado del modo que lo hice —dijo Isabel—. Como si ella no tuviera derecho a decirme nada, como si estuviera tratando de dirigir mi vida. Ojalá la hubiera escuchado más.

—Pero mamá conocía tu juego, Izzy. Las cartas que encontramos en el sótano se referían a eso.

—Tienes razón —aceptó Isabel—. Me ha ayudado mucho leerlas. Saber ahora que ella veía más allá de mi estupidez y mi bravuconería. Pero si la hubiera escuchado con más atención, no habría establecido aquel estúpido pacto con Edward. Tendría que haber sido más fuerte, haber tenido más autoestima, haber creído más en mí misma.

—¿Qué pacto? —preguntó June.

Isabel echó una ojeada a las caras de las demás. Nunca le había hablado a nadie del tal pacto. Sólo se encogía de hombros cuando alguien le preguntaba si ella y Edward pensaban en tener hijos, en formar una familia.

—Cuando tenía dieciséis años, Edward y yo acordamos no tener hijos para que ellos nunca sufrieran una desgracia semejante a la

nuestra.

—Oh, Isabel —se asombró Lolly.

—En una ocasión, Edward me dijo que posiblemente yo no sería una buena madre. No le dije nada, aunque para mis adentros yo pensaba que sería una buena madre. Yo solía plegarme a él en todo porque me había ayudado cuando papá y mamá murieron. Siempre pensaba que tenía razón en todo. Pero no la tenía. Está enfadado porque yo he cambiado de parecer y ahora quiero un hijo.

—Qué malnacido. Eso me subleva —se indignó June—. Él era el que estaba atascado, Isabel. Estaba paralizado y no podía seguir adelante, y te puso a ti en esa situación y te ninguneó hasta que empezaste a sentirte incómoda.

Kat estaba moviendo la cabeza.

—Me sorprende que sólo hayas tardado quince años. Dios mío, no me extraña que te afectara tanto la desaparición de Emmy. Pensaste que eso le daba la razón a Edward.

Isabel se echó hacia atrás. Podía sentir la helada brisa en su cara como si estuviera en el jardín con Edward aquella noche que hicieron el pacto. Ella sabía por qué lo había aceptado. Porque estaba profundamente enamorada de Edward. Porque había seguido con su marido mucho después de que sus desaires y pullas y pequeñas traiciones la acabaron convenciendo de que ella no era la misma chica asustada de veintiún años que se había casado con él. Aquella mujer joven que se sentía sola en el mundo, pese a tener una hermana, una prima, una tía. Durante mucho tiempo había permitido que Edward le dijera quién era ella. Pero eso se había acabado. Nadie más le diría nunca cómo era ni qué era capaz de hacer.

—Me gustaría hablar contigo después, tía Lolly —dijo Isabel, pero cuando se volvió a mirarla estaba dormida con el mando a distancia en la mano.

—Buenas noches, mami —susurró Kat, quitándole el mando, y la cubrió con el edredón. Apagó la luz mientras Isabel y June recogían los cuencos de las palomitas y los vasos.

Se dirigieron todas a la cocina y June puso el hervidor para calentar agua.

—Lo que sentimos en la adolescencia no tendría por qué definirnos —opinó Kat, guardando las magdalenas sobrantes—. Algunas veces creo… que estoy con Oliver porque eso es lo que se supone que debo hacer.

June puso Earl Grey en hoja en el filtro de la tetera.

—¿Te estás arrepintiendo de lo de la boda?

—Puede —respondió Kat, dejándose caer en una silla—. Sí. No. No lo sé. No sé nada. Olvídame.

—Imposible —opinó Isabel, apoyando una mano sobre el hombro

de Kat antes de verter el agua hirviendo sobre las hojas de té—. Sólo espero que hagas lo que realmente quieras. No lo que alguna otra persona crea que debes hacer. *Capisci?*

Kat sonrió.

—*Capisco*.

—Una cosa que he aprendido —dijo June— es que, cuando no estás segura de algo, puedes hacer dos cosas: dar un paso atrás, o quedarte donde estás, pero no avanzar. Algo te acabará dando la solución. Te despertarás una mañana y te darás cuenta de que entiendes algo que no comprendías el día anterior.

Kat sirvió tres tazas de fragante té.

—Eso espero. Estoy esperando ese despertar y esa mañana. Al menos, Isabel sabe lo que siente —bromeó Kat—. Tienes una cita con Griffin mañana por la noche, ¿cierto?

—No es una cita. Es sólo otro paseo. Puede que quiera firmar una tregua. Y luego decirme que todo ha terminado antes de haber empezado.

June puso un terrón de azúcar en el té.

—No creo que se vaya a gastar ciento cincuenta pavos en la habitación Águila Pescadora sólo para eso.

Isabel sonrió.

Isabel se pasó la tarde del sábado viendo entrar y salir a los Dean. Cuando llegaron, Alexa apenas miró a Isabel, y Emmy le preguntó si podía visitar al bueno de *Elvis*, el perro a cuyo lado se había acurrucado la última vez que había estado en el hostal. La petición provocó una expresión casi cómica de Alexa, una mezcla de mirada asesina y del asombro más absoluto.

La forma en que Griffin la había mirado cuando entró por la puerta —con un profundo sentimiento— había provocado escalofríos en la espalda de Isabel. Se moría de ganas de arrastrarlo a la oficina, cerrar la puerta, y fundirse con él en un prolongado y apasionado beso. Pero Emmy había entrado pidiendo un polo, el teléfono estaba sonando y Alexa estaba subiendo la escalera, de modo que los besos tendrían que esperar hasta esa noche.

Si es que había beso. Isabel se había pasado la noche en vela pensando en su cita. Pensando en pasear con Griffin, tal vez cogidos de la mano, hasta el puerto, por el muelle iluminado por la luna, de modo que él pudiera levantar su barbilla para ese lento y profundo beso.

Isabel estaba trabajando en los libros de la oficina cuando se dio cuenta de que los Dean se marchaban. Horas más tarde, cuando estaba sacando el polvo del salón, habían vuelto; Emmy venía chupando una piruleta de chocolate con forma de langosta y Alexa llevaba en la

mano una bebida fría de color azul y tenía puestos sus auriculares. Griffin había sonreído y le había preguntado si a las ocho y media era buena hora para el paseo.

A las siete, Isabel subió a cien por hora al dormitorio del ático y se duchó, imaginando ese beso, la sensación de las manos de Griffin sobre ella, sobre su cuerpo enjabonado en la ducha. Sobre su cuerpo sin jabón en la cama. El hecho de que sus pensamientos sobre Griffin fueran tan eróticos la tenía intrigada. Como en aquella vieja canción de Carly Simon en *Heartburn*, le parecía que estaba volviendo en sí.

Se puso su vestido informal favorito, uno que había comprado en el puerto hacía unas semanas. Era de algodón amarillo pálido, con talle imperio, y tenía diminutas flores bordadas en los tirantes. La hizo sentirse preciosa y desenfadada. Se aplicó un ligero toque de Coco, su perfume favorito, unas pinceladas de rímel y una pizca de lápiz de labios cereza; se arregló el pelo otra vez, y salió escalera abajo. En el segundo piso, pudo oír que alguien lloraba. Se detuvo para comprobar de dónde procedía el llanto. Del Refugio. ¿Era June? Golpeó suavemente y alguien tiró algo contra la puerta, probablemente un libro.

Alexa.

—Alexa, soy yo, Isabel. Déjame pasar.

—No.

Isabel se quedó de pie frente a la puerta.

—Sólo quiero hablar contigo, cariño.

—¿Para qué? Tú me odias y ahora eres la novia de mi padre. Mi vida es fenomenal. ¿Qué podría ir mal?

¿La novia de su padre? Si apenas habían salido una vez a pasear. Pero para una adolescente con un padre divorciado, eso era suficiente.

—Yo no te odio, Alexa. Ni siquiera un poquito. No estoy enfadada contigo.

Se produjo un silencio, luego volvieron los sollozos.

—No te creo. Pero no importa. ¿No llegas tarde a tu cita?

Bueno, ése no era su papel... ¿Ponerse a hablar con Alexa sobre la vida amorosa de su padre? Y no era porque hubiera una relación entre ella y Griffin. Todavía. O quizá nunca llegara a haberla.

Isabel giró el pomo de la puerta con la intención de hablar cara a cara con Alexa. Éste dio vueltas, pero la puerta no se abrió. Alexa había puesto algo pesado al otro lado.

—Tu padre y yo vamos a dar un paseo. Con *Happy*.

—Tenéis una cita. Igual que mi madre tuvo una cita con su jefe y acabó destrozando mi familia. Y ahora mi padre también tiene citas. Odio a mi madre. La odio, la odio, la odio —gritó Alexa—. Si no lo hubiera arruinado todo, estaríamos genial. La odio y me gusta decírselo.

«Dios mío, ésta es una carga demasiado pesada.» Isabel no sabía si debía ir a buscar a Griffin y dejar que él se encargase de su hija o si debía seguir sus instintos. Se arrimó más a la puerta.

—De verdad que quiero hablar contigo, Alexa. Creo que hay algunas cosas que te ayudarían a conocerme.

—No quiero saber nada sobre ti.

Isabel acarició con los dedos la gargantilla que llevaba puesta, una de las delicadas cadenas de oro de su madre, de la que colgaba una pequeña medalla en forma de corazón.

—Bueno, yo quiero compartir una cosa contigo. —Respiró hondo, pues no le había contado a nadie esta historia desde hacía muchos años, justo desde que tenía dieciséis y se la había confiado a Edward —. Lo último que le dije a mi madre fue que quería que estuviera muerta. Tuvimos una terrible y estúpida pelea. Y cuando me desperté a la mañana siguiente me encontré con que se había muerto. Fue en un accidente de coche en Nochevieja. Con ella murieron mi padre y mi tío, el padre de Kat Weller.

Silencio.

Isabel volvió a respirar hondo.

—Yo no pretendía que le pasara nada. Yo la quería, de verdad que la quería, a pesar de que algunas veces no lo sabía. Estaba rabiosa con ella por obligarme a volver a casa a las doce y media en Nochevieja, por fastidiarme continuamente, por castigarme, por decir que cada vez estaba más descontrolada, que un día iba a hacer algo de lo que me arrepentiría. Y, mira tú por dónde, tenía razón. Nunca pude decirle que no era mi intención, que lo sentía.

Isabel volvió a oír la llantina, y varios libros se estrellaron contra la puerta.

—Pero ella no engañó a tu padre —gritó Alexa—. No destrozó tu familia ni arruinó tu vida.

—No, pero se fue, cariño. Se fue para siempre. Nunca podré arreglar las cosas entre ella y yo. Ni ella tampoco podrá hacerlo. Alexa, nunca se sabe lo que puede ocurrir en la vida. Las cosas dolorosas ocurren continuamente. Pero si vas por ahí llena de rabia hacia todo el mundo, te encontrarás cada vez peor. Hacer que las cosas funcionen con tu madre cambiará tu vida por completo.

—Entonces, ¿se supone que la tengo que perdonar? ¿Ése es tu consejo?

Dios, qué dura era Alexa.

—Puedes intentarlo. Y puedes seguir queriéndola aunque estés rabiosa con ella. Puedes dejar que te quiera. Puedes permitirle que trate de hacer cosas que os gusten a las dos. Es tu madre, Alexa. Mi madre murió cuando yo tenía dieciséis años. Se fue para siempre.

Se produjo un silencio. Luego, minutos después, Isabel oyó que

empujaban algo al otro lado de la puerta. A continuación, se descorrió el pestillo. Ella esperó un momento, pero la puerta no se abrió. Isabel giró lentamente el pomo y vio a Alexa sentada en el sofá, que ahora estaba en mitad de la pequeña habitación. Tenía la cara llena de delineador y rímel.

—Yo no quería decirle todo eso a mi madre —dijo Alexa, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero sigo estando muy enfadada con ella.

Isabel se sentó al lado de la chica.

—Mi madre no está aquí para que yo le pida perdón, para que yo le cuente que no pretendía decir ni la mitad, ni la cuarta parte de lo que dije..., sobre todo lo último. Pero la tuya vive sólo a dos ciudades de aquí. A quince minutos en coche.

—Pero la odio. Incluso aunque no la odie de verdad —repuso Alexa, y empezó a sollozar de nuevo.

Isabel comprendía perfectamente a esta niña y, desde lo más profundo de su ser, deseaba encontrar las palabras adecuadas para ayudarla. Pero eso llevaría un tiempo. Confianza. Y que Alexa madurara un poco.

Así pues, la rodeó con sus brazos, a pesar de la débil resistencia de Alexa, y la apretó contra sí. Isabel le habló de la carta que habían encontrado June y ella unos días atrás. Del conejito que había muerto, de lo que se podía leer entre líneas, que era mucho más, y de cómo la carta, las palabras de su madre, acabaron confortándolas a ambas tantos años después. Y poco a poco, mientras Isabel hablaba, y sin que pasara tanto tiempo como ella pensaba, Alexa se abandonó por completo a su abrazo.

Eran las nueve cuando Isabel le dijo a Alexa que lo mejor era que le contara a su padre la conversación que habían mantenido, y que después volvería a su lado.

—No tienes que volver —respondió Alexa, con voz baja y temblorosa—. Debes dar el paseo con mi padre y con *Happy*.

Isabel le sonrió.

—Déjame hablar con tu padre.

En la recepción, Isabel se dirigió rápidamente a June.

—Está en el comedor —la informó June—. Lleva veinte minutos, yo le he dicho que iría a ver qué hacías y al volver le he contado que tú y Alexa estabais enfrascadas en una conversación. Ha echado una mirada a la escalera como si estuviera decidiendo si debía intervenir o no, pero luego ha entrado en el salón con un suspiro y la cerveza que yo le he servido.

Isabel le apretó la mano.

—Gracias, June.

Entró en el salón, y allí estaba Griffin. Sentado, y con los codos

apoyados en las rodillas, se dedicaba a observar fijamente el cuadro de los tres capitanes originales. La cerveza estaba intacta en el extremo de la mesa. Se puso de pie cuando la vio llegar.

—¿Qué os ha pasado? ¿O no debería preguntar?

—Alexa me ha abierto la puerta. Le ha costado un poco, pero lo ha hecho. No te puedes imaginar lo contenta que estoy de poder ayudarla a tener una mejor percepción de las cosas, de sí misma.

La mirada de asombro de Griffin la hizo sonreír.

—Sea lo que sea lo que le hayas dicho, debe de haberle llegado muy hondo. Gracias, Isabel.

—Apuesto a que si subes ahora y le preguntas, estará dispuesta a hablar de ello. Podemos dar el paseo cuando se haya dormido. O cualquier otra noche. Ve con tu hija.

Esto era lo que significaba tener hijos, Isabel lo sabía. Complicaciones, interrupciones. Dramas. Todo era un toma y daca. Y por cada instante de sacrificio, por cada instante estremecedor, había algo mágico y hermoso.

Isabel vio desde el umbral de la puerta cómo Griffin subía la escalera. June salió de la oficina y se inclinó sobre Isabel.

—Y tú que estabas preocupada porque no te creías capaz de ser una buena madre…

17

June

June estaba de pie frente a un viejo y polvoriento espejo de cuerpo entero que había en el sótano del hostal. Se puso el chaquetón de lana roja. El cuello seguía oliendo ligeramente al perfume de su madre, o tal vez era la imaginación de June. Lo había encontrado colgado dentro de una bolsa en un armario de abrigos viejos. La parka naranja L.L.Bean de su madre. La cazadora de aviador, de cuero marrón, de su padre. Unos cuantos abrigos de lana que June no recordaba. Puede que fueran de Lolly.

Su madre era diez centímetros más alta que June, que medía un metro sesenta; probablemente le iría perfectamente a Isabel. Pero June le tenía mucho cariño a aquel abrigo, le encantaba su tacto, le resultaba muy confortable y le recordaba a su madre. June tenía el pelo color caoba y le gustaban los colores «primaverales», de modo que nunca hubiera pensado que podría ponerse un naranja puro como el de ese abrigo. Sin embargo, parecía darle un brillo a su tez, a sus ojos verde avellana. Una vez más puede que fuera su imaginación. Al cabo de un par de meses, en noviembre, haría más frío y lo usaría como abrigo de diario.

Se lo sacó y, tras volver a colgarlo en el perchero, lo corrió hacia la izquierda, donde acumulaba su creciente número de tesoros. June echó mano de uno de los álbumes de fotos de cuando las hermanas Miller, su madre y Lolly, eran pequeñas. Se habían criado en Wiscasset, un precioso pueblo no muy lejos de Boothbay Harbor. June se sentó con las piernas cruzadas encima de una antigua alfombra y empezó a pasar las hojas una por una. Se detuvo en una foto de su tía Lolly en la que posaba, siendo adolescente, frente al amarillento Cape Cod de su familia con un vestido de fiesta de fin de curso color lavanda y un ramillete prendido en el pecho. A su lado estaba un apuesto muchacho.

«¿Harrison?», se preguntó June, pensando en el misterioso hombre del que había hablado su tía cuando June descubrió que John Smith había muerto. Lolly había subido hasta el dormitorio del ático y se había encontrado a June acostada en posición fetal y de cara a la pared, llorando a lágrima viva. La muchacha no podía dejar de llorar. No podía alejar de su cabeza los «¿qué hubiera pasado si...?». Su sueño

se había desmoronado. Había vuelto a perder a alguien. Otra vez. Pero se sentía tan avergonzada de que Lolly hubiera subido la escalera hasta el tercer piso, con el esfuerzo que suponía para ella, que se levantó de golpe y se disculpó con Lolly por haberla preocupado, por haberla hecho subir todos aquellos escalones.

—Haría cualquier cosa por vosotras —había dicho Lolly, tras sentarse en el borde de la cama de June—. Cuando se os rompe el corazón también se rompe el mío, aunque no lo hayáis sabido nunca. —Miró a June por un instante; luego desvió la mirada—. Creo que sé exactamente cómo te sientes, por más que lo que me pasó a mí fuera diferente.

—El tío Ted.

Lolly negó con la cabeza.

—No. No era él. Era Harrison. Un hombre al que una vez amé. Cuando ya estaba casada.

June reprimió una exclamación y esperó a que Lolly continuara. ¿Lolly Weller había tenido una aventura?

—¿Recuerdas lo que pasó entre Meryl Streep y Clint Eastwood en *Los puentes de Madison*? Una vez me sucedió algo parecido. Fue un amor como ése. Pero no podía ser. Lamenté haberlo dejado durante mucho tiempo. Y algunas veces, cuando pienso en él, siento tanto dolor en el pecho como cuando le dije adiós definitivamente. Pero ¿sabes qué me salvó?

June tenía muchas preguntas, pero tendrían que esperar.

—¿Qué?

—Puede que esto suene un poco anticuado, pero... era un hombre increíble, especial, y me quería con locura. Eso me salvó. Me dio lo que necesitaba para seguir adelante. Es lo que interioricé en mi corazón y en mi espíritu, y lo que me dio fuerzas para continuar viviendo.

Así fue exactamente como la hizo sentir a June la declaración de amor de Henry. Tenía un montón de preguntas para Lolly.

—Tía Lolly, cuando...

—No me encuentro muy bien y creo que necesito volver a la cama —la había interrumpido con un tono de voz que June conocía bien. Ese tono quería decir: «No hablemos del pasado, no hagas preguntas. Confórmate con lo que te he dicho.» June estaba dispuesta a respetar el silencio de su tía y eso fue lo que hizo.

Lo que Lolly había dicho la había ayudado mucho. Porque nunca había creído que John la amara, nunca había pensado en sus sentimientos hacia John, ni en los de él hacia ella, de la forma en que lo planteaba su tía. Y ahora se daba cuenta de que el hecho de que aquel chico increíble, especial, atractivo la hubiera querido era todo un regalo.

En los días siguientes, tanto a la hora del desayuno como en la cena, o cuando entraba en la habitación de Lolly para llevarle un té o una de las creaciones pasteleras de Kat, June se moría de ganas de hacerle preguntas sobre el tal Harrison. Y una vez lo intentó, pero Lolly la había cortado llevando la conversación hacia el banquete de bodas de Kat. June había comprendido que Lolly no quería que su historia influyera en la idea que tenía Kat respecto al amor y el matrimonio. De modo que June se guardó la confidencia que le había hecho su tía y no volvió a insistir.

La historia de Lolly y el hallazgo de la misiva que su madre le había escrito a Isabel le dieron fuerzas para acabar la carta que había empezado y abandonado tantas veces desde que había leído la necrológica. Finalmente, la terminó y se la envió a Eleanor y Steven Smith. La había echado al buzón hacía tres días, junto con una foto de Charlie de cuando era un bebé y otra más actual. Cada vez que sonaba el teléfono, June se sobresaltaba. No lo hacía a menudo. Marley la llamaba con alentadoras noticias sobre Kip, que estaba cumpliendo su palabra sobre el compromiso y estaba construyendo una cuna. Henry la había llamado una vez, la noche siguiente a que saliera corriendo y llorando de su casa flotante, y le había dejado un mensaje. Le decía que comprendía que no quisiera volver al trabajo por un tiempo, o nunca, pero que se tomara su tiempo y que su puesto estaría esperándola si decidía reincorporarse. Ella no lo había llamado ni había ido a verlo.

June le debía una disculpa por la forma en que había actuado. Por haber faltado al trabajo durante toda una semana. Por dar por sentada su generosidad. Le diría todo eso. Había algo más que quería decirle, que sentía brotar de su interior, pero no sabía exactamente lo que era. Sólo notaba que, en el fondo de su corazón, iba ganando terreno una necesidad imperiosa que en cierto modo tenía que ver con Henry. Sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y empezó a marcar el número de su jefe. Pero, de repente, el teléfono empezó a sonar: 207-555-2501.

Los padres de John.

June lo miró con la boca abierta. Por un instante no pudo moverse, luego se dio cuenta de que era mejor responder antes de que saltara el contestador.

—June... Soy Eleanor Smith. La madre de John.

La muchacha sintió que se le aflojaban las piernas y se alegró de estar sentada.

—Steve y yo no salimos de nuestro asombro —dijo Eleanor—. Hemos estado fuera casi todo el verano y volvimos ayer. Nos estaban esperando tu mensaje telefónico y tu carta, pero nos ha costado un día entero asimilarla: la noticia de un niño, de un nieto... Espero que no

sea un inconveniente que hayamos dejado pasar unos días antes de responderte.

June apenas pudo pronunciar palabra por el nudo que le atenazaba la garganta. La voz de Eleanor sonaba cálida y cariñosa.

—Ninguno, por supuesto.

—En cuanto vimos la foto que mandaste de tu hijo, supimos sin la menor duda que era hijo de John. Se parecen mucho. —Eleanor dejó escapar un sollozo en ese instante.

—Lo sé —respondió June—. Los mismos hermosos ojos azules y el pelo oscuro.

—Y algo de su expresión.

«Sí —pensó June—. Algo de su expresión.»

—Quiero que sepas —dijo Eleanor— que nos has ayudado a resolver un misterio. Una de las enfermeras nos dijo que John había perdido y recuperado la conciencia varias veces antes de morir y que sólo había dicho una cosa: «June.» No entendimos lo que quería decir, porque en aquella época era noviembre.

June sintió un ahogo y se echó a llorar. Eleanor se mantuvo un instante en silencio.

—Gracias por habernos escrito. Estamos muy felices de que finalmente nos hayas encontrado.

—Yo también —susurró June.

Ambas coincidieron en que había muchas cosas de las que hablar, y en que los abuelos tenían que conocer a Charlie, de modo que quedaron al día siguiente. Por lo menos, June tendría tiempo de ponerse nerviosa.

Mientras conducía por la autopista interestatal I-95 hacia Bangor, el viernes por la mañana, June observó a Charlie por el espejo retrovisor. Una vez más, el niño estaba mirando la hoja en la que había dibujado su árbol genealógico, cuidadosamente desplegado sobre su regazo. El día anterior, después de mantener una larga conversación sobre su padre en el jardín del hostal, después de contarle cómo se había enterado de su muerte y de anunciarle que sus abuelos los habían invitado, Charlie había dado un salto y le había dicho que iba a actualizar su árbol genealógico. Luego había salido corriendo hacia el hostal. Un minuto después se había presentado con la lámina y con su lápiz verde de la suerte, y a continuación había escrito con el mayor cuidado la palabra «cielo» dentro de un círculo al lado del nombre de su padre y dos nuevos nombres: «Abuelos: Eleanor y Steven Smith.»

Ahora iban de camino para encontrarse con ellos. Después de haberse pasado los últimos siete años buscando a John, sobre todo cuando se dio cuenta de que estaba embarazada y con esfuerzo

redoblado durante las últimas semanas, casi le parecía mentira estar avanzando sin más por el camino de entrada a la casa de los padres de John Smith. Su fachada blanca de tablas superpuestas al estilo Nueva Inglaterra, con sus hileras de flores y sus jardineras de ventana en plena floración, parecían amigables y acogedoras, y le ayudaron a calmar los nervios.

Cuando June y Charlie salieron del coche, se abrió la puerta delantera de la casa y un matrimonio salió al porche para saludarlos. Cuando madre e hijo subieron la escalera, los Smith reaccionaron los dos a la vez de la misma manera: rompieron a llorar, cubriéndose la boca con la mano, y se abrazaron el uno al otro.

—¿No os gusto? —preguntó Charlie.

Eleanor Smith se arrodilló ante su nieto.

—Claro que nos gustas. Nos gustas muchísimo. —Y no dejaba de mirarlo, de examinarlo centímetro a centímetro, empapándose de la visión de su nieto, de esta imagen rediviva de su hijo.

—Te pareces muchísimo a tu padre, Charlie. Estoy deseando enseñarte fotografías de él cuando tenía siete años. Espera a verlas.

Eleanor se puso de pie, y Steven Smith, con lágrimas en los ojos, envolvió a Charlie en un cálido abrazo, moviendo la cabeza mientras decía:

—Es su viva imagen. Su viva imagen.

También ella podía ver a John en los rasgos de ambos. En los ojos verdes y la piel clara de Eleanor, y en la pronunciada línea de la mandíbula y el pelo oscuro de Steven. Mientras observaban a Charlie, que se arrodilló en el césped para acariciar al gato marrón de la casa, June vio muchas emociones en las caras de los abuelos. Asombro. Alegría.

—Charlie, ¿te gustaría tomarte unas galletas con trocitos de chocolate, recién hechas, y un vaso de leche? —le preguntó Eleanor.

—¡Sí! —se entusiasmó Charlie—. Pero, espera, hemos traído una caja de galletas que ha hecho mi prima Kat. Es repostera. —Y salió corriendo hacia el coche, cogió la caja que Kat había envuelto y se la trajo a Eleanor, que se echó a llorar mientras Charlie abría el envoltorio—. Kat siempre dice que se puede llorar y comer galletas al mismo tiempo, así que si quieres puedes coger una.

La ocurrencia hizo reír a Eleanor, que se arrodilló delante de Charlie y le dio un fuerte abrazo.

—No estoy triste, Charlie. Sólo me siento increíblemente feliz de conocerte. Que tú estés aquí es muy importante para mí.

—Entonces, ¿puedes hablarme de mi papá? —preguntó Charlie, ofreciéndole una galleta al gato, que la olió y dio media vuelta.

Steven Smith rodeó con sus brazos a Charlie.

—Vayamos adentro a ver esas fotos. No te vas a creer lo mucho

que te pareces a tu padre.

Cuando June entró en la casa de los Smith, vio el cuadro, colgado sobre un piano de pared. Era John, tal como ella lo recordaba. Estaba sentado en el porche de su casa, los pies cubiertos de hojas caídas de amarillos vivos, naranjas dorados y rojos brillantes. June se había detenido en mitad del vestíbulo, y Charlie siguió su mirada.

—¿Es ése? ¿Es ése mi papá?

June cogió a Charlie de la mano.

—Ése es.

—¡Me parezco a él! —se entusiasmó Charlie.

—La verdad es que sí —susurró June, incapaz de decir nada más.

Todavía no se podía creer que estuviera allí. Charlie y ella en el sofá, los Smith sentados a su lado. June tenía un álbum de fotos sobre el regazo, y Eleanor y Steven iban enseñándoles fotos de John de cuando era un bebé, con tres o cuatro años, en bicicleta y en un monopatín, en los bailes escolares, en todo tipo de barcas. Ella lo había conocido justo dos días después de la última foto que había en el álbum. Dos días.

Pensó en el abogado de Albert Brooks en *El cielo... próximamente*, cuando le dice que aproveche las oportunidades que se le brindan en la Tierra. June había aprovechado la oportunidad que representaba John Smith. Y le habían quedado sus recuerdos y un precioso niño.

Mientras Charlie jugaba con el gato, que se llamaba *Miles*, Eleanor le contó a June que a John le habían diagnosticado leucemia cuando tenía diecinueve años, uno antes de que muriera. Quería viajar por todo el país y ver cosas asombrosas, tales como el traje y los zapatos de plataforma de David Bowie en su época de Ziggy Stardust —que estaban expuestos en el Salón de la Fama del Rock en Cleveland, Ohio—, y la casa escondite de J. D.Salinger en New Hampshire. Había estado en Nueva York para pasear por Strawberry Fields, en Central Park, y para ver el Greenwich Village y comprar un libro, cualquier libro, en la librería Strand. Había prometido a sus padres que los llamaría diariamente alrededor de la hora de la cena, para informarlos, pasara lo que pasara. Y lo hizo todas las noches durante las tres semanas que estuvo viajando. Algunas veces dejaba un mensaje. Otras les contaba alguna historia divertida de la que había sido testigo.

—Cuando el diez de noviembre no llamó a la hora de la cena, lo supe —dijo Eleanor, mientras sus dedos acariciaban una foto de John con una camiseta de la carrera de los cinco kilómetros—. Recuerdo que estaba sacando el asado del horno alrededor de las cinco y cuarto, y entonces me di cuenta de que no había llamado, ya que solía hacerlo entre las cuatro y las cinco de la tarde. Entonces me senté delante del reloj y, cuando marcó las seis, lo supe. Llamé al hostal donde se

hospedaba, y el encargado me dijo que la asistenta lo había encontrado inconsciente en el suelo de la habitación hacia la una de la tarde, justo al lado de la puerta, como si estuviera a punto de salir o acabara de entrar.

Hacia la una. Justo la hora en que se suponía que tenían que encontrarse en Central Park.

—Hubo una confusión a la hora de avisarnos —dijo Steven—. Los sanitarios le habían dicho al encargado del hotel que el hospital se encargaría de ponerse en contacto con los padres, y en el hospital estaban convencidos de que el encargado nos había avisado y que estábamos de camino. Si no hubiéramos telefoneado al hostal a las seis, no sé cuándo nos habrían llamado. Pero murió una hora después de que lo encontraron en su habitación.

—Estaba bien el día anterior. Estaba bien —dijo Eleanor con voz entrecortada—. Había estado unos días en Nueva Jersey porque quería ver el famoso club donde Bruce Springsteen actuaba antes de hacerse famoso. Estaba bien. Y sus primeros dos días en Nueva York parecía muy feliz, tenía bien la voz. Pero así es el cáncer. En un minuto estás de pie y al siguiente una infección de la que no sabías nada te acaba matan... —Se cubrió la cara con las manos por un instante, mientras su marido le acariciaba la espalda.

June no tenía ni la menor idea de que estuviera enfermo. Ni la más mínima. Y mucho menos de que estuviera en la etapa terminal. Muriéndose. Eso la hizo pensar en Lolly. Cerró los ojos por unos segundos, incapaz de asimilar todo aquello.

—Y ahora sabemos lo que significaba «June» —agregó Eleanor.

—Estaba pensando en ti cuando exhaló su último suspiro. Debes de haber sido muy especial para él.

June cogió la mano de Eleanor, y ella le sonrió. Y durante la siguiente hora, mientras Charlie y su abuelo jugaban fuera al bádminton, June le habló de los dos últimos días de John, de cómo se había enamorado de él a primera vista, de las cosas de las que habían hablado durante horas.

Cuando Steven y el niño volvieron, las dos mujeres estaban llorando, y June le aseguró a Charlie que también ahora las lágrimas eran de felicidad.

—¿A que no sabes qué? —le preguntó a su madre—. Hay más nombres para añadir al árbol genealógico. ¡Tengo un tío! Vive en California, pero vendrá a Maine en Navidad y podré conocerlo. Y hay tías abuelas y tíos abuelos, y primos también. El abuelo Steven me va a escribir sus nombres.

El abuelo Steven. A June casi le estalló el corazón. Charlie nunca había tenido nadie a quien llamar abuelo antes de ese día.

Los Smith los invitaron a quedarse para el almuerzo, y así pasaron

una hora más alrededor de la mesa del comedor, que June y Charlie dedicaron a contarles historias sobre el hostal y la familia. Cuando, finalmente, volvieron al coche de June a las cuatro de la tarde, se había establecido un hermoso vínculo entre los cuatro. Mientras June arrancaba el coche, Charlie decía adiós con la mano y ella se sintió muy, muy afortunada.

En la cena, Charlie les contó a todas que había conocido a sus abuelos y a *Miles*, el gato, y que tenía nuevos parientes que estaba agregando a su árbol genealógico. Para cenar había pollo a la parrilla y mazorca de maíz, sus favoritos, pero apenas probó nada porque estaba demasiado excitado. Le preguntó a Lolly si sus nuevos abuelos podrían venir de visita, y Lolly le respondió que le apetecía mucho conocerlos y que les daría la mejor habitación de la casa. La tía abuela Lolly había recibido por su ofrecimiento un enorme abrazo de un niño feliz.

Todas estaban entusiasmadas con la película que pondrían esa noche: *No es tan fácil*. Nadie la había visto cuando se estrenó, salvo Lolly, y todas estaban predispuestas a disfrutar de la luz y la diversión. Cierto que era otra «comedia de enredos», como la había llamado Isabel, pero de esas de pagar con la misma moneda, porque Alec Baldwin engañaba a su ardiente y joven esposa con su ex mujer, Meryl Streep.

—Está bien, pero una vez más, no lo entiendo del todo —dijo Kat, leyendo la contratapa de la caja del DVD—. La ardiente y joven esposa le robó el marido a Meryl. Entonces, ¿por qué debe preocuparnos que la esté engañando con Meryl?

—Creo que por eso la película se titula *No es tan fácil*, querida —respondió la dulce Pearl—. No es que yo justifique las infidelidades, ni mucho menos, pero es una situación interesante.

Kat se encogió de hombros con su estilo bonachón y desprendió el papel de la magdalena mientras trataba de equilibrarla sobre la servilleta que había puesto en su regazo. Chocolate con cobertura de chocolate.

Se habían reunido en el salón porque Lolly se encontraba mejor; ese día había tenido más ánimo, según Isabel, y a June le encantaba verla otra vez sentada en el sofá en su lugar habitual al lado de Pearl, masticando palomitas, haciéndose lenguas de lo apuesto que era Alec Baldwin.

—Ésta es otra razón por la que estoy contenta de que Edward y yo no hayamos tenido hijos —dijo Isabel cuando Meryl Streep y Alec Baldwin se encuentran en el bar del hotel neoyorquino en que ambos se hospedan para asistir a la graduación de su hijo más pequeño.

—Nunca tendremos que volver a vernos. Nada de

representaciones de ballet ni de reuniones de padres y profesores ni graduaciones ni bodas.

June levantó su vaso de té helado y lo chocó con el de Isabel.

—Esta película es un aviso para las parejas divorciadas y para sus nuevos cónyuges. A los dos se los ve en plan amigos y todo eso, pero se nota que aún hay algo entre ellos.

—Adivinad cómo empieza el lío —propuso Isabel—. Recordadme que no tengo que tomar un vaso de vino con Edward.

—Oh, Dios mío, Meryl y Alec están bailando con la música de Tom Petty, *Don't Do Me Like That* —exclamó Kat—. Ésa es una advertencia, Meryl. ¡No lo hagas!

June se rió.

—Demasiado tarde —añadió cuando Meryl y Alec están desnudos en la misma cama.

A ella se la ve consternada. Alec parece muy pagado de sí mismo. Isabel tomó un sorbo de té.

—Esperad un minuto, ¿acaba de decirle Meryl a Alec que le costó años volver a sentirse normal después de que él la dejó? ¿Años? ¡No puedo esperar años para llegar a sentirme normal!

—¿Te puedes imaginar siquiera a Edward y a ti cenando juntos y tomando copas y riendo alegremente dentro de diez años? —preguntó June.

—De ningún modo —respondió Isabel—. Aun habiendo superado por completo el divorcio, y que conste que me llegaron los papeles hace sólo unos días, no me puedo imaginar riendo con él de ese modo.

—Entonces, ¿Meryl vuelve ahora a los brazos del hombre que la dejó por otra? —conjeturó Kat—. Qué bien, estupendo. Ha dicho que seguía habiendo algo entre los dos, y..., bueno, se lo está tomando con calma. A pesar de todo, no entiendo cómo ella no sale corriendo. La engañó, destrozó la familia, puso patas arriba su vida, que, según ella, le costó años recomponer, ¿y ahora vuelve a acostarse con él, a pesar de que Alec está engañando a su nueva esposa? ¿Ya no es un cabronazo? No lo entiendo.

—Me alegro de que no lo entiendas —dijo Isabel—. Eso quiere decir que eres idealista... Y eso es bueno cuando una está a punto de casarse.

—¿Idealista significa ingenuo? —preguntó Kat.

—No, significa idealista —respondió June—. Los ideales son algo bueno.

—Ooh, ahí tenemos a Steve Martin —anunció Pearl—. Lo amo. Tan divertido y tan apuesto. Espero que Meryl acabe con él y no con ese sinvergüenza de Alec Baldwin.

—Me encanta que Steve Martin sea el arquitecto que diseña las reformas de la casa de los sueños de Meryl —dijo June—. Se trata de

una buena metáfora.

La imagen de Henry relampagueó en su cabeza. Lo recordó alto, fuerte y tranquilo, sosteniendo en sus brazos a su bebé, Charlie, mientras ella lloraba durante unos minutos en la despensa porque estaba agobiada. Lo recordó también enseñando a Charlie a pescar cuando tenía tres años. Regalándole a Charlie por su aniversario juegos, libros y desternillantes disfraces de Halloween a lo largo de los últimos siete años. Declarándole que la ama y que siempre la ha amado. Y se vio a sí misma huyendo de él, dolida y temerosa.

—Odio lo simpático que es Alec Baldwin —dijo Isabel—. Puedo entender perfectamente por qué Meryl Streep se siente tan atraída por él.

Kat cogió un puñado de palomitas.

—No puedo pasar por alto lo increíblemente asombrosa que está Meryl Streep en esta película. Puede que tuviera sesenta años cuando se estrenó la película...

Lolly leyó el estuche del DVD.

—*No es tan fácil* se estrenó en 2009, y Meryl nació en 1949, de modo que estás en lo cierto, tenía sesenta. Es una mujer de huesos grandes y cara grande. Irradia alegría.

—Así es precisamente como estaba esperando yo que terminase esta película —dijo June cuando Meryl se dio cuenta de lo que quería. Le gustó tanto el filme que podría volver a verlo en ese mismo instante.

—¿Sabéis qué escena me conmueve realmente? —preguntó Isabel —. Cuando Alec Baldwin está tratando de convencer a Meryl para que ambos se den una oportunidad, y ella le explica por qué no deberían hacerlo y le dice algo así como: «Ambos nos hemos convertido en las personas que queríamos ser.» Me chifla ese momento. Puede que después de eso nadie pueda volver atrás realmente.

—Creo que eso es lo más probable —dijo Lolly sosegadamente, con la voz casi quebrada.

June miró a su tía. ¿Estaba pensando en Harrison, el hombre del que le había hablado? Pero un instante después Lolly esbozó una sonrisa.

—Me gusta cuando Rita Wilson o Mary Kay Place, una de las amigas de Meryl, le dice: «No dejes que te convenza para que lo salves.» Me parece la escena más importante de la película.

Su sonrisa se desvaneció y se quedó mirando por la ventana. ¿Era eso justamente lo que había ocurrido entre Lolly y ese hombre?

—Yo pienso lo mismo. —Pearl asintió con la cabeza; si sabía algo de lo de Lolly y Harrison, nada en su expresión ni en su manera de mirar a su amiga lo dejó traslucir.

—¿Sabéis qué es lo que más me ha emocionado? —preguntó Kat

—. Cuando Meryl le está contando a Steve Martin que había ido a París cuando tenía veintitantos años para un curso de pastelería de seis días y finalmente se había quedado un año como aprendiz de confitero. Me gustaría hacer algo así. —Entonces, Kat se dio cuenta de que su madre la estaba mirando y se calló.

—Tal vez puedas asistir a un curso durante tu luna de miel —la animó June—. A menos que eso pueda resultar extraño..., puesto que es tu luna de miel.

Kat le quitó el papel a una magdalena.

—En realidad, ya he hablado de eso con Oliver.

Fuera de la casa se oyó un bocinazo corto. Era el marido de Pearl en su Subaru blanco. La mujer se puso de pie.

—Me ha encantado aquella escena en la pastelería de Meryl en la que ella y Steve Martin están haciendo cruasanes de chocolate. ¿Has hecho eso alguna vez con Oliver, Kat? —preguntó Pearl mientras se anudaba un jersey de ganchillo alrededor del cuello y se dirigía a la puerta.

Kat soltó una carcajada.

—Bueno..., no, pero la semana pasada viví una mañana asombrosa con Matteo y su padre, el dueño de la panadería italiana. Alonzo me enseñó a hacer *cannoli.* —Y sonrió, sumida en el recuerdo por un momento—. Aunque no es como montar empanadillas con los recortes de los cruasanes, tal como hizo Meryl. Dios mío, amo a esa mujer. Parecía completamente improvisado, como si realmente se estuvieran divirtiendo como actores.

Lolly estaba mirando a Kat.

—Kat, ¿hay algo entre el doctor Viola y tú?

—No —respondió Kat, ruborizada—. Por supuesto que no.

Pero al decirlo miró al suelo, y de pronto se puso a recoger vasos y platos usados.

—Una de mis escenas favoritas es cuando Meryl le explica a Alec Baldwin que sabe que el divorcio no fue exclusivamente culpa de él —intervino rápidamente Isabel, como si se hubiera dado cuenta de que Kat necesitaba cambiar de tema—. Que piensa que ambos tuvieron que ver en ello. Creo que yo estaba tratando de salvarnos a Edward y a mí, pero al final... —Y se tocó el corazón—... me rendí. Yo quería algo que él se negaba a darme. En realidad, era muy complicado que quisiera dármelo.

—Todo es complicado —asintió June—. Y me encanta el modo en que la película nos muestra realmente por qué. Alec Baldwin la acaba defraudando otra vez, y los motivos por los que lo hace son complicados. Sin embargo, lo que más me ha impresionado de la película es lo increíblemente unida que está la familia. Los hermanos se saludan con entusiasmo cada vez que se ven, se abrazan y se

animan. Siempre están contentos de estar juntos.

—Me parece que a nosotras ahora nos pasa lo mismo —dijo Kat —. Siempre me apetece gritar «¡Bien!» cuando os veo. Y la verdad es que os veo un montón de veces.

Isabel y June rieron.

—Por la familia —brindó Lolly, levantando su vaso de té helado, pero sin apartar los ojos de su hija.

June se dio cuenta de que Kat no iba a mirar a su madre. ¿Se estaba viendo Kat con el doctor Matteo Viola? Todas levantaron los vasos y brindaron.

Kat parecía abatida, daba la sensación de que estuviera deseando escapar. Por eso, June se levantó y empezó a recoger las palomitas caídas a sus pies.

—¿Por qué no podré comer nunca palomitas sin que acaben en mi camisa y por el suelo?

—Yo tengo una en el sostén —dijo Isabel, librándose de ella.

Lolly sonrió.

—¿No os ha gustado esa escena en la que Alec Baldwin está con Meryl y con sus hijos, les propone ver una película como en los viejos tiempos y dice que él hará las palomitas?

Luego trataron de recordar cuántas películas habían visto ya. June decía que eran siete, pero Kat, que la miró con agradecimiento por haber cambiado de tema, creía que podrían ser ocho y repasó los títulos: *Los puentes de Madison, El diablo viste de Prada, Mamma mia!, Se acabó el pastel, El cielo… próximamente, Kramer contra Kramer, Postales desde el filo*, y ahora *No es tan fácil*.

—Ocho películas de Meryl Streep en pocas semanas —se maravilló Isabel—. Nunca me cansaré de ver su rostro, de admirar su extraordinario talento. Su variedad de registros es increíble. Es capaz de interpretar desde el drama más serio hasta la comedia más ligera.

—Y en las comedias incluso consigue hacerte pensar —asintió June—. Creo que lo que más me gusta de *No es tan fácil* es que Meryl tiene una segunda oportunidad para ver las cosas. Que acaba consiguiendo una respuesta para cualquiera de sus «¿y si…?».

June nunca tendría esa oportunidad. El sueño que había albergado en secreto durante todos estos años se había esfumado.

—Algunas veces, ni siquiera debería uno preguntarse «¿y si…?» —dijo Kat con tono serio y la mirada fija en el anillo de compromiso.

—No —susurró Lolly con voz quebrada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kat.

—Los «¿y si…?» pueden matarte en cierto modo —dijo Lolly—. Lo sé porque yo… —Observó a Kat, luego apartó la mirada—. Yo tuve una aventura una vez. Y ahora, creo que a causa del cáncer, los «¿y si…?» me están asaltando sin tregua y con furia. —Respiró hondo y se

dejó caer pesadamente en la silla, con la mirada fija en el suelo.

—¿Una aventura? —repitió Kat con una expresión de incredulidad en su cara—. ¿Cuando vivías con papá?

Lolly no levantó la vista, se limitó a asentir con la cabeza.

Kat miró a Isabel y a June, luego se sentó cerca de Lolly.

—¿Qué pasó?

—Todo empezó como un rollo, como lo llaman ahora —dijo Lolly—. Un asunto del corazón. Era un huésped del hostal. Se refugió aquí para superar la ruptura de una relación, y empezamos a hablar de eso y...

—¿Qué tenía de especial? —preguntó Kat con voz emocionada, pero sin enfado.

Lolly pareció sumergirse en sus recuerdos por un momento.

—Junto a él, me sentí una mujer diferente, la persona que siempre había deseado ser: más inteligente, más divertida, más encantadora, más atractiva, más interesante. No estoy totalmente segura de qué era lo que había en él para despertar todo eso en mí. Puede que fuera porque me escuchaba con atención, porque me miraba como si no pudiera apartar la vista de mí. Volvió a la ciudad varias veces, aunque se alojó cada vez en un hostal diferente, por supuesto. Y cuando llegó el verano no podíamos vivir el uno sin el otro. Incluso hablamos de que yo abandonara a tu padre, Kat. Luego le pedí que me diera algo de tiempo y, durante el largo y frío invierno que siguió, estuve pensando en todo lo que había pasado.

—Estuviste a punto de dejar a papá —susurró Kat—. No me lo puedo creer.

—Luego ocurrió el accidente —siguió Lolly—. Fue culpa mía.

Kat carraspeó. June e Isabel se miraron una a la otra.

—¿Culpa tuya? —preguntó Kat—. ¿Por qué?

—Esa noche, esa Nochevieja, cuando llamó mi hermana para que uno de nosotros acudiera a buscarlos a ella y a Gabriel, yo desperté a tu padre y le pedí que fuera. —La voz de Lolly se quebró y dejó escapar un terrible y gutural sonido que parecía surgir de algún lugar muy profundo de su interior—. Le pedí que fuera porque quería llamar a Harrison.

Se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar. June cogió la mano de Isabel. Kat, desconcertada, miró a su madre.

—Yo tenía una aventura, estaba pensando en abandonaros. Y por eso perdí a mi esposo, al padre de mi hija, y a mi hermana y a su marido. Mis dos sobrinas se quedaron huérfanas. —Lolly respiró hondo y por un momento se quedó callada; luego miró a Kat—. Le pedí a tu padre que fuera él para poder hablar con mi amante. Si hubiera ido yo, podría haber tomado un camino distinto, podría haber dado un viraje brusco... Todo habría sido diferente.

—Tía Lolly, no te puedes hacer esto —dijo June—. No puedes jugar a los «¿y si…?» con la historia. Fue un accidente terrible. Un accidente, ni más ni menos.

—¿Querías a mi padre? —susurró Kat.

—Lo quise más de lo que nunca supe —respondió Lolly—. Cuando murió, quedé destrozada. Me di cuenta de lo mucho que lo había amado. De que lo había mantenido siempre un poco a distancia porque tenía miedo de perderlo. Y, al final, lo perdí.

—Oh, tía Lolly —se lamentó Isabel.

June se sentó, aturdida; las lágrimas le corrían por las mejillas. Ella había alejado a Henry de un modo muy parecido.

—Es posible que yo esté haciendo lo mismo con Oliver —dijo Kat.

Lolly miró fijamente a su hija.

—Todo lo que sé es que contar la verdad es muy importante. Más importante que las consecuencias que ello provoque.

June sabía a qué se refería Lolly. Que había que decir la verdad, incluso aunque corrieras el riesgo de romperle el corazón a alguien. Incluso a tu propia hija. Porque quizá ése sería el único modo de ayudar a su hija a ser feliz.

—Estaba terriblemente preocupada por ser una buena madre para vosotras dos —les dijo Lolly a June e Isabel—. Además, estaba hecha pedazos por Kat. —Por fin miró a su hija—. Estabas muy unida a tu padre. Y yo estaba tan avergonzada que abandoné a mi amante. —Lolly bajó la mirada al suelo—. Le dije que no quería volver a verlo nunca más. Y nunca lo volví a ver. Era un gran hombre, sin duda. Mientras le decía que no quería volver a verlo, no podía dejar de pensar en que él era todo aquello con lo que había soñado.

—¿Qué piensas ahora? —inquirió Kat.

—Pienso que aquella noche hice una cosa terrible.

Kat estaba muy pálida y le temblaban las manos.

—¿Sabes qué, mamá? —dijo, y el corazón de June empezó a latir aceleradamente; si Kat decía algo cruel, June no creía que su tía pudiera encajarlo—. Me parece que si yo hubiera estado en la misma situación esa noche, si hubiera tenido a Oliver a mi lado y a Matteo al otro lado del teléfono en Nochevieja, probablemente habría hecho lo mismo que tú. Porque nunca sabemos lo que nos espera. Lo que ocurrirá. Uno tiene que hacer lo que piensa que es correcto en ese momento. O lo que siente que es correcto.

Lolly atrajo hacia sí a Kat, y ambas permanecieron así, fuertemente abrazadas.

—Yo amé profundamente a tu padre. No me di cuenta de lo mucho que lo quería hasta que lo perdí irremediablemente. Pero he tenido la suerte de conocer a Harrison. Estaba enamorada de él. Y nunca lo he olvidado. Nunca he dejado de hacerme preguntas. —Echó

una mirada a su alrededor—.Vivir arrepentida es lo peor. Siempre quise decirte eso, pero no sabía cómo hacerlo sin decirte por qué lo sé.

—Has pasado por muchas cosas, tía Lolly —dijo June, con el corazón en un puño.

La pérdida de sus padres en un accidente de coche cuando apenas tenía veinte años. Un marido y una hermana muertos por culpa de un conductor borracho. La ruptura con su gran amor. El cáncer.

—Demasiadas desgracias.

Lolly tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Llevo tiempo queriendo decíroslo. Pero cuando vi lo que los amoríos de Edward le hicieron a Isabel, no me veía capaz de hablar de mi propia aventura.

Isabel también se acercó a Lolly y le cogió la mano.

—Kat tiene razón, Lolly. La gente lo hace lo mejor que puede en cada momento. Puede que te equivoques, o que parezca que vayas a hacerlo, pero si sientes que es lo correcto en ese momento, no hay que dudar en llevarlo a acabo. Así es como le doy sentido a lo que Edward me hizo.

—Pero lo que él hizo era un error —dijo Lolly—. Lo que hice yo también.

—Pero abandonar al hombre que amabas también fue una equivocación —dijo Isabel—. Recuerdo haber pensado diferente cuando vimos *Los puentes de Madison*. Creí que Meryl Streep había hecho lo correcto despidiéndose de Clint Eastwood, aunque al hacerlo se le rompiera el corazón. Lo sigo pensando. Porque era lo correcto para ella, no cabe duda. Sin embargo, Lolly, tú eras libre de amar a Harrison y en cambio te castigaste.

—Creo que las personas se castigan a sí mismas, tal vez inconscientemente, con el pretexto de «hacer lo correcto» —opinó Kat —. A veces lo erróneo puede ser cierto. Si es que tiene algún sentido lo que digo...

Lolly miró a su hija y asintió.

—Tiene sentido. Pero... ¿te sientes bien sabiendo todo esto, Kat? ¿No me odias?

June pudo ver la esperanza en los ojos de Lolly, en su cara, detrás de la habitual expresión contenida.

—Jamás podría odiarte, mamá. Nunca. Sólo quiero que seas feliz.

Kat y su madre volvieron a abrazarse; luego Lolly guardó el DVD en la caja. Apoyó el brazo sobre el televisor como si necesitara un punto de apoyo; después se llevó una mano a la frente, y por un instante se tambaleó.

—Mamá... ¿Estás bien? —preguntó Kat.

—Me siento alegre —dijo Lolly—. Tanto anímicamente como... —Lolly se inclinó hacia adelante y se desplomó en el suelo.

18

Kat

Kat llegó a la conclusión de que había sido el destino lo que hizo que Matteo la llamara para hablar de Lolly, de sí misma, justo en el momento en que ella lo necesitaba, cuando aún se estaba recobrando del susto que le había dado su madre al desplomarse en el suelo durante la noche de cine, víctima de una infección que la había dejado hecha polvo.

Lolly llevaba en el hospital desde el viernes por la noche, aunque ahora ya estaba más recuperada, y Kat no había podido pensar en otra cosa que no fuera su madre. La muchacha necesitaba pasar un rato con Matteo, que el médico la consolara, que compartiera con ella sus conocimientos y la experiencia personal que había vivido con su propio padre. El sonido de su voz, aunque no tuviera el acento italiano de su familia, todavía la transportaba lejos, muy lejos, aunque sólo fuera por unos instantes.

Había ido al hospital a ver a Lolly unas cuantas veces, una de ellas cuando Oliver estaba allí, lo que provocó un momento de tensión que incluso su madre había percibido. Matteo había llamado a Kat todos los días para preguntar por la enferma, para hacerle saber que su madre estaba luchando satisfactoriamente contra la infección —que era habitual en los pacientes sometidos a quimioterapia porque el tratamiento debilitaba su sistema inmunológico— y que la superaría. Esas llamadas habían mantenido serena a Kat.

El lunes, cuando le dieron el alta y se pudo ir a casa, Isabel, June y Kat instalaron a Lolly en la habitación de ésta, y ya estaba allí una enfermera de confianza que habían contratado. Luego se pasaron algún tiempo en la cocina con un tazón de café fuerte en la mano, haciendo combinaciones de horarios para lograr que al menos una de ellas siempre estuviera a disposición de Lolly. La enfermera estaría con ella de nueve de la mañana a cinco de la tarde, de lunes a viernes, y Kat y sus primas se repartirían las noches y el fin de semana.

Cuando Kat fue a ver a su madre, la enfermera le estaba leyendo una biografía de Margaret Thatcher. La Dama de Hierro. Kat solía pensar que su madre era así. De hierro. No había ni una sola debilidad en su cuerpo. Desde luego, Kat se había equivocado. Su equilibrada e impasible madre había estado profundamente enamorada de un

hombre llamado Harrison. Y lo había abandonado. Puede que fuera de verdad la dama de hierro.

Kat estaba muy confusa por la revelación. Su madre había tenido un romance. Aquel hombre había sido su gran amor y lo había abandonado, ya fuera porque se sentía culpable o por vergüenza o simplemente por castigarse. ¿O había dejado a Harrison justamente porque se dio cuenta de que en realidad su marido había sido el gran amor de su vida? ¿Qué enseñanza se supone que debía sacar Kat de aquello? ¿Comprobar si sus sentimientos por Matteo significaban que no debería casarse con Oliver? ¿Darle una oportunidad? ¿Era ése el motivo principal por el que su madre le había hablado de su romance? Kat pensaba que sí, pero su madre estaba tan débil y cansada que Kat tenía miedo de reavivar el pasado. O el presente. O el futuro. Cuando finalmente le preguntó por Harrison aquella mañana, Lolly le hizo un gesto con la mano al tiempo que le decía: «Estoy muy cansada, Kat.» Y, con esa frase, en realidad quería decir: «No quiero hablar de eso.» ¿Y por qué no quería hacerlo? ¿Porque le resultaba demasiado doloroso? ¿Porque Lolly tenía miedo de que Kat sacara alguna conclusión de sus palabras? ¿Y por qué no podía decirle simplemente lo que pensaba? ¿Por qué no podía Kat preguntarle?

Sonó su móvil. Un mensaje de Matteo. «¿Almorzamos hoy?»

Se disculpó con su madre y lo llamó. Hablaron sólo unos minutos sobre Lolly y su enfermera. Sobre cómo se encontraba la paciente. Sobre la próxima tanda de sesiones de quimio y sobre la posibilidad de que la infección se volviera a repetir.

Sí. «Almuerzo hoy» era para ella como una prescripción médica. Sobre todo si lo hacían en casa de él, donde podían hablar con mayor libertad. Donde podía consolarla, si era necesario, sin que nadie se hiciese una idea equivocada. O casi equivocada. Donde ella podía… poner a prueba lo que sentía por él.

De camino a casa de Matteo, resonaban en su cabeza las palabras de Isabel en el debate que habían tenido sobre la película *No es tan fácil*. Su prima había hablado del modo en que la gente se acomoda a sus necesidades en un momento determinado, lanzando algunas veces por la borda la proverbial prudencia. Algunas veces era lo correcto y otras resultaba equivocado.

Pero eso no hacía que Kat se sintiera menos culpable de sentirse atraída por Matteo. No era culpa de Oliver no poder hablar sobre recuentos de glóbulos blancos y neutropenia. Tampoco era culpa de él que su propia presencia le recordase el compromiso. Ni el vestido, que aún necesitaba un retoque. Ni que le recordase los zapatos que Lolly estaba recortando de las revistas de novias con las tijeritas de plástico para niños porque las normales resultaban ya demasiado pesadas para sus dedos. Y no era culpa de Oliver que Kat quisiera viajar ni que

Matteo hiciera aquella foto de ella haciendo los *cannoli* en el obrador de una *pasticceria* italiana.

Ella y Oliver no habían pasado mucho tiempo juntos la semana pasada. Hacía dos noches, cuando Lolly estaba todavía en el hospital y Kat tenía los huesos molidos y la cabeza nublada, él le había contado historias divertidas por teléfono que habían conseguido hacerla reír. Sobre una clienta, una millonaria dueña de una lujosa propiedad que quería contratar un arquitecto paisajista para diseñar y realizar un jardín con árboles y arbustos podados con la efigie de personajes famosos, tales como Winnie the Pooh y Alicia. Oliver también le había hablado de la novia de su hermano, que no hacía más que mandarle enlaces —que él borraba inmediatamente— de vestidos y de carísimos fotógrafos, por más que él ya le había dicho que Kat había encontrado su vestido y que ambos habían planeado una boda sencilla en el jardín. Hablar del enlace había impulsado a Kat a colgar rápidamente el teléfono.

A medida que se acercaba a la casa de Matteo, se hizo la promesa de que, pasara lo que pasara, no engañaría a Oliver. En ese asunto no cabía la dualidad entre correcto y equivocado. Engañarle era equivocarse. Si tenía que tomar una decisión sobre Oliver, sobre el futuro de ambos, quería hacerlo con el corazón, la mente y el alma. No necesitaba la concupiscencia para decantar tontamente la balanza.

Un adolescente estaba cortando un retazo de césped cuando llegó a la casa de Matteo. Avanzó por el corto sendero empedrado y llamó a la puerta. Y allí estaba él, llenando el marco de la puerta con esa espléndida complexión aceitunada y esos intensos ojos negros, con aquella sonrisa que sugería tantas cosas: amabilidad, aventura, exotismo. Casi sin darse cuenta, Kat se quedó mirando los labios del muchacho, y apartó rápidamente la mirada para fijarse en la sala de estar que se veía a su espalda.

La casa que tenía alquilada Matteo era muy diferente de la de Oliver. Mientras que la casita de su prometido tenía el estilo de Maine, con sus sofás color azul pálido y sus muebles color blanco lechoso, en la de Matteo imperaba la alta tecnología y el cuero, salvo por un cuadro con la pintura descascarada en el que estaba representada una canoa.

—Me lo dieron amueblado —dijo mientras cerraba la puerta tras ella—. Pero me gusta.

—De repente he sentido que no debería estar aquí. Que algo se está iniciando entre nosotros y... —Su voz se apagó y se sintió estúpida; por lo que sabía, él no tenía sentimientos románticos hacia ella. Atracción sexual..., todavía.

Él se sentó en el sofá de cuero negro y le hizo una seña a ella para que se sentase a su lado. En la mesa baja de cristal había dos botellas

de cerveza Shipyard, dos sándwiches de beicon con lechuga y tomate, un cuenco de ensalada aliñada y otro de fruta cortada. Matteo echó mano de un par de arándanos y se los metió en la boca, hipnotizándola una vez más.

—Eso puede que signifique que debes estar aquí, Kat. Creo que debemos ser sinceros con los demás y, lo que quizá es más importante, con nosotros mismos. Si te estás arrepintiendo de lo de la boda porque sientes algo por mí, creo que deberías tener en cuenta lo que está creciendo en tu interior. No escapar de ello.

—Creo que no estoy precisamente segura de lo que siento —dijo ella, mirando los sándwiches, la lechuga romana y el tomate rojo.

—¿De modo que no sabes si te quieres casar? ¿O sí que te quieres casar con ese muchacho y yo he venido a echar un jarro de agua fría sobre vuestra relación…?

—Ya tenía dudas antes de fijarme en ti. Y luego, cuando te conocí, cuando me cogiste la mano en el hospital el primer día…

—Compliqué las cosas.

Ella asintió y cogió un arándano. Él alcanzó un plato y se lo dio. Kat se sirvió un sándwich, pero no pudo comer.

—Conozco a Oliver desde los cinco años —dijo, al tiempo que apoyaba el plato en la mesita—. En una época estuve tan enamorada que no podía respirar sin él.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que lo amo. Sé que él me ama. Sé que tendré una vida feliz con Oliver, que será un gran padre para nuestros hijos. Por eso estoy tan confusa. ¿Cómo puedo amarlo y no estar segura de querer casarme con él?

—Puede que no estés preparada para casarte, Kat. Sólo tienes veinticinco años.

—Puede ser. Puede ser que esté pensando en ir a Francia. O a Australia. O a Japón. O a lo mejor quiero escapar. O puede que mi destino sea quedarme aquí para ayudar en el hostal.

Kat levantó las manos y apoyó la espalda sobre el cuero.

—Tal vez deberías venir a Nueva York y trabajar como confitera en un restaurante o en una pastelería —sugirió él—. Y entonces podríamos explorar lo que hay entre nosotros.

—¿Te marchas a Nueva York? —preguntó ella, volviéndose hacia él.

—Acabo de aceptar una beca en el hospital Monte Sinaí. ¿Y sabes lo que más me preocupa ahora mismo? No verte todos los días. No encontrarme contigo por casualidad en la ciudad o sobre el puente peatonal o en la curva del hospital. Odio los «¿qué podría haber pasado si…?», Kat.

Los «¿qué podría haber pasado si…?». Pensó en su madre, en las

lágrimas que resbalarían por las mejillas de Lolly cuando le dijera que se iba a Nueva York.

—Kat, todo lo que puedo decir es que me gustaría tener la oportunidad de conocerte.

—¿Cuándo te vas?

—A mediados de noviembre. Puedo mudarme a mi nuevo apartamento en el Upper West Side el día catorce. Se trata de un bonito estudio. No es demasiado grande, pero está en la planta veintitrés, y tengo una soberbia vista de Central Park.

La boda estaba fijada para el día quince. Se despediría de Matteo el catorce, y al día siguiente se casaría con Oliver.

No estaba segura de poder hacer ninguna de las dos cosas.

Él le cogió la mano y apartó un rizo de su cara. Y con la suya le acarició la mejilla y la barbilla. Luego se le acercó más para besarla, pero Kat interpuso su mano entre ambos.

—No puedo.

—No puedes en este momento. Pero tal vez podrás dentro de muy poco. O tal vez no.

—¿Esto es una prueba?

Él negó con la cabeza.

—Ha sido totalmente impulsivo. Hace mucho tiempo que deseo besarte, Kat. Pero en este instante ha sido un impulso arrollador.

—Yo también quiero, pero no puedo —respondió ella, levantándose—. Gracias por este almuerzo, pero tengo que marcharme, Matteo.

Al cabo de pocos segundos cruzó la puerta y corrió hasta quedarse sin aliento.

Kat entró directamente en la cocina cuando llegó al hostal. Se puso a preparar una tarta de manzana clásica para su madre. Y esas grandes galletas con trocitos de chocolate que le gustaban a Charlie. Pensó que algunas horas en la cocina, el alivio de «hacer esto, luego esto otro» de cada receta, la harían sentirse mejor y aclararían sus ideas. Pero puso demasiado azúcar a la cobertura de las galletas y luego olvidó si les había puesto vainilla o no.

Algo la inquietaba y no la dejaba tranquila. No era Oliver ni Matteo, sino Harrison. Un hombre llamado Harrison al que habían abandonado hacía quince años por razones equivocadas.

Se quitó el delantal y se lavó las manos; luego fue al dormitorio de su madre. Abrió despacio la puerta y echó una ojeada a la habitación. Lolly estaba durmiendo. «Perfecto.» La enfermera estaba leyendo un número de la revista *People* y, al ver a Kat, le sonrió; la muchacha le devolvió la sonrisa y señaló el álbum de fotos que estaba en la mesita de noche; luego se acercó a cogerlo sin hacer ruido.

Con el álbum en la mano, Kat volvió a la cocina y se sentó detrás del escritorio, cruzando mentalmente los dedos para encontrar lo que estaba buscando. Aquel álbum era el tesoro más preciado de su madre. Estaba lleno de sus fotos de familia favoritas. A Lolly le gustaba etiquetarlas en el dorso. «Allie e Isabel, 1993: perforación de las orejas de Izzy.» «Papá y Kat, 1995: Kat montada en una bicicleta de dos ruedas.»

Kat las miró una a una por detrás y finalmente, en la última página, escondida detrás de una foto en la que Lolly estaba de pie delante de un árbol con su abrigo largo azul marino y una expresión plena de felicidad, de alegría, de misterio, mientras la nieve le caía sobre la cabeza —«Yo, diciembre de 1996: primera nevada»—, Kat encontró lo que estaba buscando.

«Harrison Ferry, septiembre de 1997: embarcadero 10.»

Harrison Ferry.

«Tienes que hacer lo que creas correcto porque todo lo que tienes para seguir adelante es la confianza en ti misma», pensó Kat, y a continuación subió a su habitación y encendió su portátil. Fue fácil encontrar a Harrison Ferry. Una sencilla búsqueda en Google y allí estaba él, un distinguido profesor de astronomía del Colegio Mayor Universitario de Brunswick. Estaba a cuarenta y cinco minutos de Boothbay Harbor. No le costó conseguir su dirección de e-mail en la página web del colegio, así que abrió el correo electrónico y, en la casilla de «asunto», escribió «Lolly Weller».

Estimado señor Ferry:

Hace unos quince años conoció usted a mi madre, Lolly Weller. Ella se está muriendo de cáncer. Hace poco me confesó que una vez había amado a un hombre y que lo había perdido, y que estaba muy apenada por cómo había acabado esa historia, por razones todas ellas muy complicadas. No sé cuánto tiempo le queda, pero sí sé que algunas cosas no tienen por qué ser difíciles. Creo que verlo a usted otra vez, coger su mano o simplemente mirarlo a los ojos y expresarle su arrepentimiento aliviaría el corazón de mi madre. Y eso significaría mucho para ella.

Le pido perdón por esta intromisión, señor Ferry. Entenderé que usted no me responda.

KAT WELLER

Con los ojos llenos de lágrimas, Kat envió el mensaje, aunque no sabía si obtendría una respuesta. Sin embargo, estaba absolutamente segura de que lo correcto era preguntar. Algunas veces, preguntar es todo lo que se puede hacer.

—Kat, voy a tirar tu móvil por la ventana —la amenazó Oliver.

Ella estaba en la cocina de su prometido, adonde había ido a buscar mostaza picante para sus bocadillos de *pastrami*, con el iPhone en la mano. En los últimos cuatro días no se había separado del teléfono. Era viernes por la noche, pero Lolly se encontraba tal mal que habían decidido posponer indefinidamente la noche de cine hasta que su madre estuviera más animada.

Kat estaba esperando una respuesta de Harrison Ferry. Y comprobaba su buzón de correo electrónico de manera un poco obsesiva.

«Puede que haya muerto —le había dicho June el día anterior cuando Kat mencionó que todavía no le había respondido—. Por desgracia, ocurre continuamente.»

«Siempre ha sido así», agregó Isabel en un susurro.

Esta breve conversación, que se había producido justo cuando Kat estaba apagando la luz y las tres ya se encontraban en la cama, la había dejado muy triste. Si estaba muerto, tendría que haber encontrado alguna esquela en Internet. Y no lo había hecho.

—Estoy esperando una llamada —dijo Kat, metiendo el móvil en el bolsillo y echando mano de la mostaza. Él cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿De quién? ¿De Matteo?

—Oliver...

—¿De él?

—No. No es de él. Yo...

No quería decírselo. No le había contado nada de ese asunto. La confesión de Lolly sobre la aventura y todo lo que había ocurrido a continuación. No estaba segura de por qué no lo había hecho. Tal vez fuera porque no quería que Oliver se preocupara por lo que ella podía tener en la cabeza. Sobre Matteo.

—No haces más que consultar el teléfono, Kat.

—Oliver, vamos a comer antes de que el *pastrami* se enfríe.

—Frío también estará bueno. Ahora preferiría hablar.

Ella perdió el apetito.

—Yo no. Por favor, dejemos esto.

—No, Kat. Quiero saber quién va a llamarte.

—Tiene que ver con Lolly, y es todo lo que quiero decir sobre ello, ¿vale?

—¿Qué pasa con Lolly?

—Te acabo de decir que no quiero hablar de eso.

—Entonces, ¿ahora hay secretos entre nosotros, Kat?

—Vamos, Oliver. Estás...

—¿Estás qué? ¿Haciendo el ridículo? ¿Agobiándote?

—Sí.

—¿Quién estás esperando que llame?

«¡Déjame tranquila!», deseaba gritarle. Pero entonces se dio cuenta de que lo que Oliver esperaba no era que le dijera un nombre. Lo que necesitaba era volver a confiar en ella. Quería saber si lo amaba por encima de todo. Por encima de las complicaciones y los secretos. Quería ser su cómplice. Y últimamente ella no se lo había permitido.

Sus primas lo eran. Isabel y June se habían convertido en sus confidentes. Las personas a las que recurría cuando todo se derrumbaba. Con las que compartía sus preocupaciones. A las que ahora necesitaba como el aire que respiraba.

«Oliver, lo siento, pero sencillamente no quiero decírtelo.»

Sin embargo, tendría que darle algo, seguir con la cena.

—Envié un correo electrónico a un viejo amigo de Lolly. Alguien que conoció antes del accidente. Le comuniqué que estaba... muy enferma y que le agradecería que viniera a visitarla.

Él la miró fijamente.

—¿Y por qué no podías decírmelo así?

Se acercó a ella y le puso los brazos alrededor del cuello. Ella se encogió de hombros.

—Últimamente estoy trastornada, Oliver. Es todo lo que puedo decir.

Se sentaron para comer el *pastrami* y unos encurtidos que Kat había traído porque le apetecía mucho probarlos. Pero casi no probó bocado. No podía obsesionarse. No iba a permitir que la llamada de ese hombre —ese hombre al que ni siquiera estaba segura de querer conocer— se convirtiera en la cosa más importante de su vida en este momento.

Pero lo era. Porque el corazón de Lolly dependía de ello.

19

Isabel

Isabel empujaba el carro lleno de peonías rosas, blancas y rojas plantadas en macetas de plástico desde el pequeño invernadero que había calle abajo mientras imaginaba el estallido de color que iba a enmarcar el porche blanco. Lolly amaba las peonías, le encantaba ir a la mecedora del porche con su té de la mañana, cuando se encontraba bien, y sentarse entre sus flores. Muchas mañanas, Isabel acompañaba a su tía y la ponía al corriente de lo que estaba pasando en el hostal, de los huéspedes, los pedidos, las historias divertidas del comedor. En los últimos días, después de que a Lolly le dieron el alta en el hospital, apenas había salido al porche, pero esa mañana lo había hecho acompañada de su sobrina y le había dicho que estaba muy orgullosa por el trabajo que estaba haciendo en el hostal, que era como si su destino fuera estar ahí, dirigiendo el Three Captains' Inn. Cuando Isabel dijo que ella pensaba lo mismo, los ojos de su tía se llenaron de lágrimas y ambas se abrazaron con una emoción que nunca antes había surgido entre ellas. Luego, Lolly empezó a hablar de peonías, de cuánto le gustaría que Isabel plantase algunas, y lo dijo con tal melancolía —¿algún recuerdo?— que su sobrina llamó al vivero tan pronto como entró en la casa. Todo lo que pudiera arrancar una sonrisa a su tía era cosa hecha.

Isabel se recogió en una coleta los cabellos que se le habían escapado y se detuvo a respirar el aire fresco saturado con el aroma de las rosas, el intenso olor de la hierba recién segada, la brisa perfumada, la bahía. Cuando se acercaba al Three Captains' Inn, vio a un hombre con gafas de sol sentado en la hamaca del porche. ¿Había olvidado que hoy entraba un huésped? Kat estaba a cargo del hostal aquella mañana, y todavía era temprano para registrarse, pero quizá ella había…

El hombre se puso de pie y se dirigió a la escalera. Oh, Dios mío, era Edward.

—Vaya —exclamó él, quitándose las gafas de sol—. Estás preciosa. Morena y relajada. Me alegro de verte.

Edward estudió a Isabel detenidamente. Se fijó en la coleta, en el carro que empujaba, en su camisa de algodón bordada y en sus vaqueros desteñidos, en las zapatillas rojas y planas. La antigua Isabel

nunca se habría vestido así.

Edward. Por un momento se le agolparon los recuerdos. De cuando tenía dieciséis años. De cuando se pasaba horas mirando su cara, escrutando sus ojos, negros como el chocolate, a veces sin decir ni una palabra. En muchísimas ocasiones se habían sentado en este porche, en la hamaca o apoyados en las blancas barandillas de madera, cogidos de la mano, unidos de una manera que la hacía sentir muy segura y protegida. Isabel siempre había tenido mucho miedo de recordar su pasado, miedo de conjurarlo en su interior, pero ahora sentía compasión por la mujer que había sido.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó sin que en su voz hubiera ni un atisbo de rabia.

—¿Por qué no me dijiste nada de lo de Lolly? No tenía ni la menor idea de que estuviese tan enferma.

Ella subió los escalones del porche y se sentó en la hamaca. Él se apoyó en la barandilla con la cabeza tan arrimada a una maceta colgante de violetas africanas que parecía que un pétalo púrpura le estuviera creciendo en la oreja.

—¿Cómo te has enterado?

—El mundo es un pañuelo. Mi hermano se lo oyó decir a alguien y me llamó. Lo siento, Izzy.

—¿Has conducido hasta aquí para decir que lo sientes?

Isabel se inclinó para acomodar unos folletos de la región de Boothbay que había sobre la mesita de mimbre que estaba al lado de la hamaca. Le costaba trabajo mirar a este hombre al que había amado durante tanto tiempo, que le había cambiado la vida. Más de una vez.

—Por supuesto que he venido por eso. Lolly significa mucho para mí, tú lo sabes.

—Estos días está muy débil, Edward, y no creo que se encuentre en condiciones de recibir una visita, pero le diré que has venido.

Él asintió y se dio la vuelta para mirar hacia el puerto.

—Estoy pensando en casarme con Carolyn. Quiero que sepas que..., que en realidad no fue un asunto sórdido.

—Y eso se supone que...

Oh, ¿qué importaba a estas alturas? No había nada que decir sobre eso. Aquello había terminado. Había terminado por completo.

—También quiero que sepas que entiendo cómo se ve desde fuera el hecho de que me haya enamorado de una mujer que tiene una hija. Mi terapeuta me dijo que lo interpretarías como una doble traición contra ti. Pero la verdad es que yo en ningún momento me planteé que tuviera que implicarme en la vida de su hija, eso es aparte. O se suponía que lo era.

Isabel meneó la cabeza mentalmente, resistiéndose a esbozar la sonrisa de «yo sabía que no tenía sentido».

—Ah, entonces Carolyn se ha dado cuenta de que no tenías intención de hacer de padrastro y te ha puesto un ultimátum. Te ha dicho que en el trato entraba todo el paquete. —«Y bien que hace», pensó Isabel—. ¿No es así?

Después de seis horas de viaje, Edward no tenía fuerzas para discutir. Además, su vida se estaba desmoronando. Por eso asintió y miró al suelo.

—Bueno, Edward, entonces supongo que tendrás que aceptar a su hija. Si de verdad la quieres. Porque si la quieres, no la abandonarás.

«Como me hiciste a mí.»

Las palabras que Isabel no llegó a pronunciar quedaron suspendidas en el aire entre ambos por un instante.

Conocía lo suficiente a este hombre como para estar segura de que había oído como ella las decía para sus adentros.

—También quiero que sepas que lo siento mucho, Iz. Fuiste mi mejor amiga durante mucho tiempo, y es... duro vivir sin ti. A pesar, incluso, de estar con otra persona. Puede que esto suene ridículo.

—Sé a qué te refieres. También para mí fue difícil, al principio, estar sin ti. Pero he aprendido algunas cosas importantes sobre mí misma. Cosas muy buenas. Me gusta la vida que llevo aquí ahora. Muchísimo.

—Entonces me alegro. Eso... Bueno, sabes lo que quiero decir. Estoy muy contento de que seas feliz.

«Soy feliz», se dijo a sí misma. Una deliciosa brisa le alborotó el pelo, y por un instante levantó la barbilla para recibirla de lleno en la cara.

Él se sentó a su lado, con las manos apoyadas en los muslos. Las tenía tan desnudas como las de Isabel, sin el anillo de matrimonio.

—Sé que firmaste los papeles del divorcio que te envió mi abogado. De modo que dentro de un par de meses todo habrá terminado. —La miró—. Quince años. Con el dinero del divorcio, por fin podrás construir ese porche trasero acristalado del que solía hablar Lolly. Y algo más.

—Si tuviera una copa, brindaría por tu futuro, Edward.

Ja. En agosto le habría aplastado la cabeza con ella.

Él la miró una vez más.

—Estar aquí te ha sentado realmente bien, Iz. No esperaba que estuvieras tan serena...

Ella quería decirle lo que podía hacer con su aprobación. Pero sólo sonrió educadamente.

Edward se levantó y se acercó a la barandilla, mirando hacia el puerto una vez más.

—Echo de menos esta vista. Había olvidado cuánto reconforta el espíritu. —Luego se dio la vuelta y metió las manos en los bolsillos—.

Voy a poner la casa en venta. Puedes llevarte todo lo que quieras.

—Me acercaré con June la próxima semana. Hay algunos objetos que me gustaría traer para el hostal. Tú puedes organizar un rastrillo con todo lo que no quieras.

Él asintió.

—Siempre me ha gustado este lugar —dijo—. Aunque tú lo odiaste durante un tiempo.

Empezó a bajar los escalones del porche. Ya en el coche, se volvió hacia ella; luego echó una mirada al hostal, a la hermosa galería del segundo piso y al letrero que anunciaba el Three Captains' Inn con el grabado de los tres marinos.

—Me alegro de que vuelvas a estar aquí.

«Yo también.»

—Te deseo suerte, Edward —dijo sinceramente.

Él se volvió a calar las gafas de sol y se puso al volante del Mercedes negro. Mientras enfilaba el sendero hacia la salida, ella se dio cuenta de que no sabía quién le había enviado la nota anónima. Sin duda, había sido un amigo.

Dos días después de que su marido regresara del pasado para volver a marcharse, Isabel estaba en la cocina del hostal con Alexa Dean, enseñándole a hacer tortitas. La hija de Griffin estaba compitiendo con otra chica en la práctica optativa de cocina, dentro de la asignatura Ciencias del Consumo y de la Familia que impartían en su instituto. Al parecer, su compañera le había dicho a Alexa que su tostada francesa era «tan gorda como tú», lo cual provocó que Alexa le lanzara un puñado de azúcar. Se habían lanzado más ingredientes húmedos y secos, y el director las había expulsado durante un día. Como castigo, tenían que recuperar la clase haciendo tostadas francesas y tortitas para todos sus compañeros y servírselas. A Alexa también la obligaron a asistir a seis sesiones de treinta minutos después de clase en las que su tutor le dio unos consejos sobre cómo hacer mejores elecciones y manejar la ira. Alexa, consciente de que las tostadas francesas le salían «realmente gordas», le había pedido a Isabel que la enseñase a cocinar aquellas impresionantes tortitas que hacía cuando los Dean se habían hospedado en el Three Captains' Inn.

Era Kat quien le había enseñado a su prima cómo hacerlas, y la verdad es que le salían realmente bien: los dos turnos de huéspedes de aquella mañana habían querido repetir las tortitas de Isabel —unas con nata montada y sirope de fresa; otras rellenas de chocolate— si no le suponía ningún problema. «Al contrario», les había dicho. A Isabel le encantaba hacer elaborados desayunos caseros a la carta y preparar jarras de té y de café. Isabel, complaciente. Quién lo iba a pensar.

—Adivina lo que he hecho hoy. —Dijo Alexa mientras mezclaba

la harina, los huevos y la leche en un cuenco de metal. Estaban de pie al lado de la mesa situada en el centro de la cocina, Norah Jones sonaba en la radio, y *Happy* corría detrás de los palos que Charlie le lanzaba en el jardín. A Isabel le encantaba ver a Alexa en su cocina, con los vaqueros y las tres camisetas escalonadas de manga larga, un revoltijo de collares largos, la melena castaño brillante, casi del mismo color que el cabello del padre.

—¿Has pasado la prueba? —preguntó Isabel.

—Bueno, he sacado un notable alto en mi ensayo sobre *Un árbol crece en Brooklyn*. —Alexa señaló el cuenco—. ¿Está lo bastante mezclado?

Isabel echó una mirada.

—Perfecto. Y lo de tu examen es estupendo. —Acabaron de preparar la masa y luego pusieron la sartén al fuego—. Me encanta ese libro.

Alexa echó una pequeña cantidad de pasta en la sartén.

—¿Recuerdas que te dije que había entrado en el Comité de Atención Escolar? Es un grupo de estudiantes que tiene el cometido de ayudar a otros chicos con sus asignaturas. Allí está esa chica, Micheline, ¿no te parece que es un nombre superguay?, y sus padres le dijeron ayer que se iban a separar por un tiempo. De modo que después de mi sesión sobre «cómo controlar la ira», el tutor me preguntó si querría ayudar a Micheline. ¿No te parece la bomba? Nos encontramos hoy durante el almuerzo y nos sentamos fuera, en un banco apartado. Hablamos durante casi una hora. Creo que hice que se sintiera mejor.

Isabel le explicó cómo dar la vuelta a la tortita para que no se quemara; luego envolvió a Alexa en un repentino abrazo.

—Es fantástico lo que hiciste. Estoy segura de que lograste que el día de esa chica fuera diferente..., que su vida sea diferente.

Alexa estaba radiante. Al cabo de pocos minutos tenían una docena de tortitas listas para espolvorear y rellenar. La muchacha señaló el delantal de Isabel.

—Te he salpicado. Todavía tienes algo de masa en las puntas del pelo.

—Así es como debería ser la cocina. Desordenada.

Alexa sonrió; un hermoso panorama. Podría llevar un tiempo, pero Isabel pensaba que acabarían llevándose muy bien.

—Tenías razón en eso de que uno se siente mejor cuando ayuda a la gente que está pasando por algo que uno ya ha sufrido, o que quizá está sufriendo todavía. Y, además de sentirme realmente bien, me ha gustado ser la más inteligente. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sé exactamente lo que quieres decir.

A pesar de lo que les había ocurrido a ella y a Edward, él la había

ayudado cuando necesitaba apoyo desesperadamente, en el momento en que se había alejado de su familia. Por eso, le estaría siempre agradecida. Estaba contenta de haber atesorado unos recuerdos que contrarrestaban lo mal que lo habían pasado en los últimos tiempos.

Durante la siguiente hora, Isabel y Alexa hablaron de todo, desde el libro *Un árbol crece en Brooklyn* hasta el motivo por el que los chicos tiraban a las muchachas de los tirantes de los sujetadores y luego se reían. Se comieron sus tortitas —fresa, chocolate y albaricoque— y bebieron té helado. Isabel estaba pensando que podría pasar otra hora con Alexa cuando oyó decir a Kat «Por ahí», y una mujer entró en la cocina.

—Hola, mamá —saludó Alexa—. Voy a despedirme de *Happy*. Vuelvo dentro de un segundo.

Cuando Alexa salió por la puerta trasera y corrió hacia el perro, Charlie le dio el palito para que se lo lanzara. Isabel y la madre de Alexa miraron cómo *Happy* corría detrás del palo, y las carcajadas de la muchacha les llegaron a través de la ventana con la suave brisa que soplaba.

—Es estupendo conocerte al fin —dijo Isabel.

Se presentó y estrechó la mano de la madre de la chica, una atractiva morena cuyo nombre era Valerie. La ex mujer de Griffin.

—Te estoy muy agradecida —respondió Valerie—. Alexa me ha hablado mucho de ti, de las cosas que le dijiste. Realmente me has ayudado a conectar con ella.

—Yo era muy parecida a ella —dijo Isabel, con una sonrisa—. Estará bien.

—Gracias otra vez. Muchas gracias.

Alexa volvió a entrar en la cocina y cogió la caja con las tortitas que les habían sobrado. Se despidieron e Isabel se quedó con el corazón tan rebosante como lleno estaba su estómago.

El miércoles por la noche, Isabel y Griffin tenían la casa de él para ellos solos. A ella le encantaba ese lugar, una cabaña de piedra de una sola planta llena de recovecos y con una placa en el exterior que certificaba que había sido construida en la década de los ochenta del siglo XIX. Le gustaban las sólidas habitaciones cuadradas con las estanterías empotradas y la chimenea de piedra que ocupaba toda una pared en el salón. Le gustaba la tibia habitación de Emmy, con su colección de mascotas, un libro para colorear y una caja de lápices sobre la alfombra redonda trenzada, rosa y púrpura, que había a los pies de su cama. Le gustaba incluso la desordenada habitación de Alexa, el revoltijo de jerséis sobre la cama, una mezcolanza de cosméticos en su precioso tocador de hierro pintado de blanco, una foto en la que posaban Griffin, Alexa y Emmy insertada en un reborde

del gran espejo redondo.

A Isabel le gustaba estar allí, en esa casa, con ese hombre. Hacía algunos meses, se había sentido como si no perteneciera a ninguna parte. Ahora tenía el Three Captains' Inn, que era su hogar. Tenía también a su familia, que la hacía sentirse como en casa. Y estaba sucediendo algo mágico entre ella y Griffin.

Hicieron la cena juntos: pasta con guisantes y beicon aliñados con salsa bechamel rosa. Griffin había traído una pieza del increíble pan de la panadería italiana. Hubo vino, y conversación. Mucha conversación.

Pero, sobre todo, ambiente romántico.

Después de la cena, se sentaron en el exterior de la casa sobre los escalones de piedra y contemplaron la bahía. Desde este lado del puerto, Isabel casi podía ver el Three Captains' Inn encaramado sobre la colina.

—Algunas veces me siento aquí y observo vuestra veleta —dijo Griffin, con su pierna apoyada en la de ella—. Verla me hace sentirme cerca de ti.

Ella se sentía demasiado feliz para hablar, por eso sonrió, cogió la mano de Griffin y la retuvo sobre su muslo.

Entonces él la besó, fue algo dulce y apasionado, y ella lo rodeó con sus brazos y lo volvió a besar con toda la intensidad de su cuerpo. Griffin la cogió de la mano y la condujo a través del salón y del pasillo.

Su dormitorio. Ella recordaba haber limpiado su habitación en el hostal, haber cambiado sus sábanas, olido su almohada y haberse preguntado qué se sentiría estando debajo de él. Encima de él.

Unos minutos después lo supo. Y sus fantasías no se vieron defraudadas.

Al día siguiente, mientras estaba sentada a una mesa infantil en la habitación de juegos del ala para niños del hospital Coastal General, jugando al juego de la oca con un paciente de cuatro años mientras la madre de éste, agotada, había ido a la cafetería a tomar un café, Isabel pudo pensar a sus anchas en la posibilidad de tener algún día sus propios hijos. Tanto daba que fueran biológicos o adoptados o que fueran de su pareja. Serían sus hijos: los querría y los mimaría.

Y ella sería una buena madre. No tenía ni la menor duda de eso. Y no porque la enfermera que la supervisaba se lo hubiera dicho un par de veces en las últimas dos semanas. O porque Griffin le hubiera dicho lo mismo cuando finalmente dieron aquel paseo interrumpido —ahora ya llevaban unos cuantos— la noche siguiente a aquella en que había conseguido que Alexa confiara en ella. Lo sabía porque amaba. Porque se mantuvo de guardia toda la noche en la cabecera de su tía cuando

la ingresaron en el hospital por la infección que estaba afectando a su debilitado cuerpo y que amenazaba su vida. Porque había intentado tranquilizar a Kat, que estaba muy nerviosa, y a Isabel le había roto el corazón su dulce y querida prima. Porque había consolado a su hermana. Había abrazado a Pearl. Quería a estas personas. Las amaba. Isabel sabía que eso era lo que había que hacer para ser madre, por encima de cualquier otra cosa. Es necesario amar. Todo procede de ahí.

Andando hacia la salida, cuando finalizó su turno, Isabel se detuvo frente a la cristalera de la sala de recién nacidos para maravillarse con los rostros diminutos que emergían de sus gorritos blancos y de las mantitas rayadas. Hacía sólo dos meses, había estado allí llorando, sin saber realmente quién era. Sonrió al bebé Putter. «Tú decides quién eres —susurró cuando el bebé se durmió—. No dejes que nadie te diga nunca quién eres.»

Esa noche, Isabel le echó una ojeada a Lolly, que se había quedado dormida en la cama pese a que apenas eran las siete y media. Entre la infección y la segunda sesión de quimio, Lolly estaba tan cansada que cada vez le resultaba más difícil desplazarse de un lugar a otro. Tenía un andador y le encantaba sentarse ante el ventanal de su dormitorio, que daba al jardín trasero. Le gustaba mirar cómo Charlie y *Happy* jugaban a lanzar un palo y a recuperarlo. Una vez, estalló en carcajadas cuando el palito aterrizó encima de las hojas que Kat había estado juntando y salieron disparadas en un hermoso torbellino de rojos, amarillos y naranjas; *Happy* ladraba y Charlie giraba con las manos en alto mientras caía sobre él una lluvia de hojas.

Kat permanecía en la silla que habían traído hacía algunas semanas, cuando entre todas decidieron hacer turnos para que Lolly no estuviera sola ni un instante. La enfermera estaba con ella durante el día, y luego Isabel, Kat o June se turnaban por las noches. Kat estaba recostada con su cuaderno de dibujo y sus lápices. Estaba diseñando un pastel de bodas. ¿El suyo? Kat no hablaba mucho estos días sobre Oliver ni sobre Matteo; todas las preguntas las respondía con un «¿Quieres un bollo espolvoreado con canela?» De modo que Isabel y June decidieron respetar su silencio. Eligiera lo que eligiese, Isabel sabía que su prima tomaría la decisión por una razón acertada. Y eso era lo más importante.

Pearl levantó la cabeza y dijo que ya se quedaba ella con Lolly durante una hora, de modo que Isabel y Kat la abrazaron, y luego se dirigieron al salón, donde June estaba de rodillas, recogiendo las migas y el queso caídos del plato que un cliente se había tirado encima. Isabel y Kat la ayudaron a limpiar; luego se sentaron en los lugares donde acostumbraban a ponerse durante la noche de cine,

aunque hacía semanas que no veían una película en el salón.

Isabel buscó en la estantería de los DVD, donde la muy querida y a menudo usada colección de Meryl Streep ocupaba un estante completo.

—Lolly dijo esta mañana que este viernes quería ver *Memorias de África*. —Cogió la película y la puso a un lado, luego se sentó en el sofá de dos plazas.

Kat se echó a llorar.

—Se está muriendo. Lo sé. Ésa es su película favorita de Meryl Streep. Es sagrada para ella, lo mismo que *La decisión de Sophie*. Sólo vio *Memorias de África* una vez, y dijo que significaba tanto para ella que nunca más volvería a verla. Por eso te ha dicho que la pongamos el viernes, eso significa que sabe...

Isabel y June se levantaron de sus asientos y se sentaron en el suelo al lado de Kat.

—Sólo está pasando por un momento difícil. ¿Conoces a Suzanne, que vive dos casas más abajo? Su madre padecía cáncer de mama y tuvo también la misma infección que Lolly. Y salió adelante. Se sometió a otras tres sesiones de quimio.

—Pero mamá va a morir —susurró Kat—. Puede que no sea la próxima semana ni el próximo mes, pero sus médicos dijeron que tengo que hacerme a la idea...

Isabel cerró los ojos.

—Dios, ¿cómo puede alguien aceptar eso?

—Nosotras tenemos que hacerlo —dijo June, con los ojos llorosos.

Isabel apretó la mano de su hermana.

—No puedo ni imaginar cómo va a ser despertarme aquí cada mañana sin ver a Lolly por los pasillos, en la cocina, en el porche. Este lugar es ella.

Kat miró a Isabel.

—¿Te despertarás aquí cada mañana?

—Sí. Me quedaré aquí. No hay nada que desee más que vivir en el Three Captains' Inn y dedicarme a regentarlo. Lo amo. Todo lo que tiene que ver con él. ¿No os parece asombroso? El lugar que odiaba cuando tenía dieciocho años, el lugar al que venía dos veces al año pataleando y llorando, es ahora mi refugio. Me encanta tratar con los clientes, preparar el desayuno, trabajar con las asociaciones de hostelería. Incluso me gusta limpiar.

—Eso significa mucho —dijo Kat—. Lo significa todo, en realidad. Significa que puedo dejar el Three Captains' Inn sin preocuparme de nada ni tener que contratar un gerente. No creo que a Lolly le guste que un extraño gestione este lugar. Y de ningún modo vamos a vender el hostal, jamás, ¿no es así?

—Bueno, ésa es una decisión que sólo puedes tomar tú —

respondió June—. Pero yo no desearía que lo vendieras. Sé que no soy de mucha ayuda aquí, pero me encanta este lugar y echaré una mano cuando no esté en la librería.

—Sería nuestra decisión —prosiguió Kat—. Aunque Lolly me dejara el hostal sólo a mí, cosa que dudo, yo no haría nada sin que vosotras estuvieseis de acuerdo. Este lugar es nuestro.

«Nuestro.» A Isabel le gustó cómo sonó eso.

20

June

—Mi tía abuela quizá vaya al cielo muy pronto —les dijo Charlie a Eleanor y Steven Smith cuando les mostró la caseta del perro el lunes por la tarde—. Por eso dejamos que *Happy* duerma en el hostal. Algunas veces quiere dormir conmigo, pero otras lo encuentro acostado al lado de Lolly. Y ella ni siquiera le da golosinas.

—Entonces, debe de querer mucho a tu tía —dijo Eleanor, con una mirada llena de compasión.

—¿Queréis ver cómo juega *Happy*? —preguntó Charlie—. El amigo de mi tía Isabel es médico de animales y le enseñó miles de cosas. *Happy*, dame la pata.

El perro hizo lo que le pedían y recibió los aplausos de los abuelos de Charlie. Una vez que el perro hubo acabado de mostrar sus habilidades, se dirigieron todos al salón, donde había refrescos, café, limonada y los pasteles que Kat había cocinado para la ocasión. Habían tenido la deferencia de alojar a los Smith en la habitación Pájaro Azul y los habían tratado a cuerpo de rey. El desayuno irlandés de Isabel, que los intrigó al leerlo en el menú. Los bollos de Kat. El feliz parloteo y el cariño de Charlie. Las guías de Maine que June les había traído de Books Brothers. Y una cariñosa bienvenida de Lolly, a la que Kat había bajado durante unos minutos al jardín. June, Charlie y los Smith habían pasado el día recorriendo la ciudad, habían tomado un crucero con almuerzo incluido que recorría toda la bahía, y habían paseado por el hermoso jardín botánico. A las siete había anochecido y, después del café, de los abrazos y de volver a quedar para un par de semanas después, se despidieron de los Smith.

Mientras Isabel y Charlie jugaban al Conecta Cuatro en el salón, June atravesó el vestíbulo hasta la habitación de Lolly, llamó a la puerta y asomó la cabeza. Su tía estaba en la cama, mirando un álbum de fotos que tenía abierto sobre las piernas, y *Happy* se encontraba a los pies de la cama, una pata sobre Lolly. Pearl estaba sentada a su lado en la butaca tapizada, tejiendo. Cuando veía a Lolly postrada en aquella cama, June sólo podía pensar en lo pequeña que se veía su tía; había adelgazado al menos quince kilos desde que le habían dado el diagnóstico. Lolly también había perdido un montón de pelo y se había empezado a atar bonitos pañuelos de colores alrededor de la

cabeza.

El corazón de June sufrió al ver el esfuerzo que tuvo que hacer su tía para moverse un poco en la cama. Lolly tenía tan pocas energías esos días que habían pospuesto la noche de cine del viernes anterior. Tal vez pudieran celebrarla este viernes. June deseaba que aquellas noches que pasaban viendo películas duraran para siempre, sentadas las cuatro —cinco, contando a Pearl— frente al televisor, viendo cómo Meryl Streep las trasladaba de un lugar a otro, haciéndolas reír, haciéndolas llorar, haciéndolas pensar. Y hablar. June deseaba pasarse la eternidad hablando con su familia.

Alisó la colcha salpicada con estrellas de mar de un naranja desvaído que había pertenecido a su madre.

—Sólo quería darte las gracias por lo de hoy, tía Lolly. Estuviste maravillosa con los Smith.

—Puedo decirte que son buena gente —observó.

Pearl asintió.

—Realmente encantadores.

—Hiciste bien, June —dijo Lolly—. Encontrarlos para Charlie. No sólo fue valiente, sino que era lo que había que hacer. A veces pierdes una cosa pero recibes otra, y eso es algo realmente maravilloso.

—Igual que cuando perdí a mamá y a papá y te tuve a ti —susurró June, y los ojos de su tía se llenaron de lágrimas mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro—. Te quiero, Lolly.

—Yo también te quiero —susurró Lolly al tiempo que sus ojos empezaban a cerrarse.

June besó la mejilla de su tía y le lanzó un beso a Pearl.

Un instante después de cerrar la puerta rompió a llorar y rápidamente trató de contenerse. Su tía se estaba muriendo.

Podía escuchar la voz entusiasmada de Charlie en el salón. June se secó los ojos y respiró hondo; luego echó a andar.

—¡Volviste a ganar! —dijo Isabel cuando Charlie puso sus cuatro fichas rojas en fila—. No te puedo vencer.

—Puedes intentarlo mañana por la noche —respondió él, exultante.

—¿Listo para ir a la cama, chiquitín? —preguntó June.

Después del clásico ruego de Charlie —«Ay, ¿no puedo quedarme al menos media hora más?»—, le dio un beso a Isabel y luego buscó a Kat —que estaba sentada en la cocina hablando con Oliver, los dos muy serios— para darle el abrazo de las buenas noches. Las siguientes fueron Lolly, que recibió un beso en la mejilla, y Pearl, que recibió un abrazo. Finalmente hubo otro abrazo para *Happy*, que lamió la cara de Charlie.

—De verdad que me gustan mis nuevos abuelos —le dijo Charlie a June mientras iban hacia su habitación.

Eran casi las siete y media. Había tiempo para un cuento corto y luego se apagarían las luces de un día que, para Charlie, había sido ajetreado y maravilloso.

El niño se puso el pijama y se cepilló los dientes; luego se metió en la cama. June se sentó a su lado y echó mano de *La telaraña de Carlota*, el libro que le había estado leyendo las últimas noches. Ayer se lo habían leído los Smith; cada abuelo un capítulo. June se había sentido tan abrumada al verlos sentados en sendas sillas al lado de la cama del niño, con una expresión de plena felicidad en sus caras, como si hubieran recibido el regalo más importante de su vida, que había tenido que salir un momento de la habitación.

—Mami, ¿me puedes contar una historia en lugar de un cuento? Quiero oírte contar cómo os conocisteis papá y tú y por qué os gustasteis el uno al otro.

—Ésa es una de mis favoritas —dijo, y se inclinó para besar su sedoso cabello negro.

«A veces pierdes una cosa pero recibes otra, y eso es algo realmente maravilloso.»

Cuando June salió de puntillas de la habitación de Charlie y cerró cuidadosamente la puerta tras de sí, le vinieron a la memoria las palabras de Lolly. June había recibido muchas cosas, y eran maravillosas. Había perdido a sus padres y había tenido a Lolly. Había perdido a su gran amor y había tenido a Charlie. Había perdido su casa y su trabajo, y había tenido el hostal y a su familia. Había perdido sus sueños y había tenido a los abuelos de Charlie.

Había perdido una fantasía alimentada durante siete años y había tenido la realidad del amor de Henry Books.

Ya era hora de decirle lo que sentía. De lo que estaba totalmente segura era de tener el corazón, la mente y el alma libres. Ahora no tenía palabras, pero cuando lo viera, las tendría.

June se encontró un día con Bean, la dependienta de Books Brothers, y ésta le contó que Henry se había hecho cargo de su trabajo y mantenía la librería abierta hasta las ocho todos los días de la semana. Por eso supuso que se lo encontraría o bien en la librería o bien en su casa flotante, allí al lado, donde Bean podía localizarlo en caso de que lo necesitara. Las ventas siempre repuntaban después de la hora de la cena por la gran afluencia de clientes, por más que el movimiento de gente en el puerto se hubiera reducido considerablemente después del puente del Trabajo.

A medida que se acercaba a Books Brothers, se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos la librería. Había sido siempre el

lugar que le había dado seguridad, confianza. Ahora, mientras abría la puerta, con su picaporte en forma de canoa, la invadió una sensación de auténtica comodidad y alegría.

Sonó la campanilla sobre su cabeza. La librería estaba a punto de cerrar, pero aún había mucho movimiento.

Bean le sonrió y señaló hacia el fondo.

—Llegas a tiempo para la celebración.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó, pero se acercó una mujer al mostrador de la caja y Bean desvió su atención hacia ella.

Henry no estaba en su despacho. Podía sentir cómo iban creciendo en su interior las ganas de verlo, de ir directa hacia él y besarlo. Si estaba celebrando que aquel día habían hecho muchas ventas, tanto mejor. Cruzó la puerta de la trastienda y la que daba al embarcadero, y allí estaba Henry. Pero no estaba solo.

Estaba abrazado a Vanessa, y en la mano de ésta brillaba un anillo de diamantes. June se quedó helada. No. No. No. Llegaba demasiado tarde y ahora él había vuelto con Vanessa para siempre.

Se le hizo un nudo en el estómago y sintió que se le aflojaban las piernas. Empezó a retroceder, pero Vanessa, con un ajustado vestido negro y unos brillantes zapatos verdes de Doc Martens, se acercó a ella.

—Es todo tuyo —dijo Vanessa esbozando una helada sonrisa al pasar al lado de June, y le propinó un buen golpe en el hombro.

¿Qué? June miró a Henry, que estaba allí de pie mirándola. Ella se quedó inmóvil, clavada en su sitio, y entonces él fue hacia ella.

—Entonces, ¿Vanessa y tú no estáis comprometidos?

Él soltó una carcajada.

—No. Pero ella se ha comprometido con su mecánico.

—Cuando lo sabes, lo sabes —terció Vanessa.

June se sintió completamente aliviada. Henry no le había propuesto matrimonio a Vanessa Gull. June no llegaba demasiado tarde.

—Estoy de acuerdo con eso.

Él la estaba mirando.

—¿Estás bien, June?

Ella se acercó más y le echó los brazos al cuello para ver su reacción. Él rodeó con sus brazos la cintura de June.

—Estoy más que bien. Y estoy lista para volver, si todavía me quieres.

—Oh, sí, te aceptaré —respondió él con una sonrisa y una expresión tan llenas de emoción que June no pudo por menos que apoyar su cabeza en el hombro de Henry.

«Estoy en la cama con Henry Books», pensó June a media tarde,

incapaz de contener su inmensa sonrisa.

—¿A qué se debe esa cara? —preguntó él, inclinándose sobre ella, y le cubrió el cuello de besos.

Ella se empapó con la visión de sus hombros y su pecho anchos y bronceados, de su cabello ligeramente largo, de las arruguitas a lo Clint Eastwood que enmarcaban sus intensos ojos castaños. Era tan guapo, tan atractivo, tan... Durante años, había fantaseado con aquel chico. Y allí estaba, tan real como la realidad misma.

—Todavía no me puedo creer que esté aquí. Que estemos aquí. ¿Cómo puede algo tan increíblemente oportuno, tan perfecto, tan reconfortante, resultar tan... mágico?

—Ya sé lo que quieres decir.

La noche anterior habían pasado de estar de pie en el embarcadero a besarse como locos en el salón; luego él la llevó de la mano a su dormitorio, donde se demostraron el uno al otro cómo se amaban, después de años de pasión contenida a sus espaldas. Él la había acompañado a pie de madrugada para que pudiera estar en el hostal cuando Charlie se despertara. En cuanto entró de puntillas en la habitación, Isabel y Kat la habían acosado con preguntas curiosas. Y a ella le había encantado que lo hicieran. Sí, estar con Henry era todo lo que ella había imaginado siempre. Y aún más.

Había ido a trabajar aquella mañana, pero se sentía como si flotara por la librería, hasta tal punto que Bean le había dicho:

—Seguro que estás feliz por algo.

Y June se había reído. Sí que lo estaba. Su relación con Henry tenía esa chispa de lo nuevo, la timidez de la dulzura inicial, y al mismo tiempo la comodidad de lo conocido, como si llevara años desnudándose ante él. Mientras dedicaba la mañana a preparar el expositor de los libros recomendados y a tomar notas para la organización de un club de libros para niños, no podía sacarse a Henry de la cabeza, ni tampoco la noche que habían pasado juntos. Quería correr a su lado, hasta el embarcadero. Pero esperaría. Tenían planes para aquella tarde, y era de esperar que terminasen volviendo a su cama en la casa flotante, con las estrellas sobre sus cabezas.

Esos planes comenzaron a las cuatro en punto, cuando Henry y ella salieron hacia la reunión anual de la asociación de antiguos alumnos de Boothbay, a la que June nunca había acudido. Tanto Isabel como Kat —que siempre iba con Oliver— pensaban asistir, lo mismo que Marley y Kip, por eso June se figuraba que se divertiría. No sólo podía pasar olímpicamente de lo que sus compañeros de clase pensaban de ella, sino que se pasearía por aquella reunión con la cabeza muy alta. Estaba orgullosa de su vida después de graduarse en el instituto.

Desde luego, cuando June entró rodeada del brazo del apuesto

Henry, las primeras personas a las que vio fueron Pauline Altaman y su corte de adoradores.

—Mirad, es Juney Nash —dijo Pauline en voz alta—. La número uno de la promoción se deja ver por primera vez en una reunión. La verdad es que me ganó por un estrecho margen…

¿La había molestado esta imbécil todos esos años? June miró con desdén a Pauline, dedicó una sonrisa y un saludo a Marly y Kip, que bailaban muy juntos en la pista, y se unió a su hermana y a su prima en la barra del bar. A Isabel se la veía fantástica con un ceñido vestido de punto amarillo pálido que June estaba segura de que procedía del armario de Kat. Su prima le daba vueltas a la sombrillita que le habían puesto en la bebida, mientras miraba a lo lejos. O estaba sumida en sus pensamientos. No era fácil decirlo. June vio a Oliver con un grupo de chicos. Mientras Henry fue a pedir bebidas, Isabel le susurró:

—Me encanta veros juntos.

Kat seguía dándole vueltas a la sombrillita.

—Y hablando de reencuentros… Nosotras tres. Tú y Henry Books. Todo el mundo está como se suponía que debía estar. Bueno, menos la salud de mi madre.

«Y Oliver y yo», adivinó June que estaba pensando Kat cuando ésta desvió la mirada hacia Oliver. La expresión de su prima no estaba llena de amor ni de entusiasmo ni de alegría al mirar a su prometido, que reía a carcajadas por algo que acababa de decir uno de sus amigos.

«Oh, Kat —pensó June—. Lo resolverás y harás lo que creas correcto. Lo sé.»

Cuando apareció Henry con las bebidas, June cogió su copa y brindó con su hermana y con su prima.

—Por la familia —dijo, e Isabel y Kat brindaron con ella.

—Y por el amor —dijo June a Henry chocando su vaso con el de él.

A la mañana siguiente, Charlie y *Happy* correteaban en el jardín trasero mientras June, Lolly, Isabel y Kat daban cuenta de un almuerzo tardío, cortesía de Isabel, que había registrado a dos grupos de huéspedes y había preparado sus ya famosos *blintzes* de queso y patata para la familia. Charlie había probado un par de bocados y había salido corriendo para dar de comer a *Happy*; luego se había tumbado sobre una manta con sus cartulinas y una caja de lápices y marcadores.

Lolly estaba sentada en una silla de ruedas. Mostraba buen color y estaba animada, incluso comió dos *blintzes* de patata con nata agria y puré de manzana, una buena señal. Tenía apetito. June comió demasiados, pero es que a Isabel le habían salido buenísimos. Charlie

apareció a la carrera sosteniendo una gran cartulina amarilla.

—Mira —dijo levantando el papel para que todo el mundo lo viera—. Necesito un trozo más grande para hacer algunos cambios en el árbol genealógico.

Además de los nombres de su padre, de sus abuelos y de los tíos, Charlie había agregado a Griffin, el «*dotor* de los *peros*» —adorablemente mal escrito todo ello— al lado del nombre de Isabel, y a Henry Books al lado del nombre de June.

—Tengo una familia enorme —dijo Charlie, entusiasmado.

—Sí, no te quepa duda —dijo June, y todos los presentes estuvieron de acuerdo.

21

Kat

—¡Kat! ¡Te ha enviado un correo electrónico! —chilló Isabel.

Isabel nunca gritaba.

Kat abrió un ojo en medio de la oscuridad del dormitorio y miró el reloj de su mesita de noche. Todavía no eran las cinco y media de la mañana. El sol aún no había salido. Se tapó la cabeza con la almohada. Isabel se la sacó.

—¡Ha enviado un correo electrónico!

—¿Eh? ¿Quién?

Isabel no cabía en sí de gozo.

—Me acababa de sentar a tu escritorio para comprobar las temperaturas de hoy y he mirado tu buzón electrónico: ¡mensaje en negrita de un tal Harrison Ferry!

Kat apartó el edredón de un puntapié y salió corriendo escaleras abajo hacia su escritorio. Ni siquiera se molestó en sentarse. Ella e Isabel se inclinaron sobre el ordenador y leyeron:

Querida Kat:

Siento muchísimo haber tardado tanto en responderte. Este semestre me han dado un permiso para escribir un libro y, aunque sigo comprobando mi correo electrónico de Bowdoin, al parecer tu mensaje fue a parar a la carpeta del spam. *De todos modos, lamento mucho que tu madre se encuentre en esa situación. En todos estos años no ha pasado ni un solo día que no pensase en Lolly. Si te parece bien, me gustaría visitarla. Vivo en Brunswick, así que puedo presentarme en Boothbay Harbor en seguida.*

Me alegra que te hayas puesto en contacto conmigo.

Cariñosamente,

HARRISON FERRY

Kat abrazó a Isabel; luego se miraron la una a la otra y se volvieron a abrazar.

—«No ha pasado ni un solo día que no pensase en Lolly» —repitió Kat. Tenía ganas de empezar a dar saltos.

—Parece muy amable —dijo Isabel—. Qué alivio.

Kat se sentó y escribió la respuesta. Le decía que podía venir cuando quisiera. ¿Hoy? ¿Mañana?

La respuesta llegó al cabo de veinte minutos. Vendría esa tarde.

A la hora del desayuno, Kat entró con una bandeja en la habitación de su madre: huevos revueltos y una tostada de pan de levadura madre, que le gustaba mucho a Lolly, un plato de frutas rojas y una taza de manzanilla. June había pasado la noche con Lolly, y estaba leyendo una gruesa novela sentada en la butaca cuando Kat se levantó. Lolly también estaba demasiado cansada como para sentarse en la silla de ruedas y unirse a la alegre charla de la cocina, por eso Kat le había llevado el desayuno al dormitorio.

—Hum, huele muy bien, voy a comer algo —dijo June, besando a Lolly en la mejilla antes de ir hacia la puerta—. Espero que sea beicon.

—Si Charlie no se lo ha comido ya... —dijo Lolly, con una carcajada—. Harás bien en correr.

Cuando June pasó cerca de Kat, ésta le susurró:

—Isabel tiene algo muy gordo que contarte. —Y June salió disparada.

Kat puso la bandeja por encima de la delgada figura de Lolly y se sentó en el borde de la cama. Tenía que decírselo. Como decía siempre su madre, había que dejarse de cuentos. Decirlo y listo.

—Esto huele a gloria —dijo Lolly, y le dio un bocado a la tostada.

—Mami, esta noche vas a tener una visita especial —balbució Kat con los ojos cerrados. Los abrió y se encontró a Lolly eligiendo entre una fresa y un arándano.

—¿Quién?

—Harrison Ferry.

—¿Qué? —preguntó Lolly, dejando la fresa sobre el plato.

—Le mandé un correo electrónico y esta viniendo.

—¿Tú le mandaste un correo y él viene hacia aquí? —repitió Lolly — ¿Harry va a venir al hostal?

Kat asintió.

—¿Sabe lo del cáncer?

—Lo sabe, mami.

—¿Harrison va a venir? —Los ojos azules de Lolly se llenaron de lágrimas.

Se llevó la mano a la boca y volvió la cabeza para mirar hacia la ventana. June había abierto las cortinas antes de salir, para contemplar lo gris y lluvioso que estaba el día.

Kat contuvo la respiración, sin saber si su madre la iba a reñir por entrar en contacto con él a sus espaldas, por meter las narices donde nadie le había pedido que lo hiciera. Quizá Lolly pensaría que ojalá nunca le hubiera contado nada.

—¿Me vas a echar una mano para ponerme guapa?

Kat dejó escapar un hondo suspiro.

—Siempre estás guapa, mami. Pero te ayudaré a que estés asombrosa.

La sonrisa de Lolly pareció venir de algún lugar muy recóndito de su ser, y Kat supo que había hecho lo correcto.

Harrison Ferry le hizo pensar a Kat en el aspecto que podría tener un hermano mayor de Pierce Brosnan que trabajara como profesor. Rondaba los sesenta, era muy apuesto, alto y desgarbado, con el cabello salpicado de canas. En él se combinaba la distinción con el aspecto de un capitán de barco. Llegó con un precioso ramo de lirios morados en la mano. Kat no se paró mucho a pensar en la relación amorosa que habían mantenido su madre y este hombre quince años atrás, la relación que había tenido lugar mientras su padre la llevaba a las ferias del estado, del mismo modo que el marido de Meryl Streep hacía con sus hijos en *Los puentes de Madison*. Su madre había amado a este hombre, y eso era lo que importaba.

Lolly le había pedido a Kat que lo llevase a su habitación tan pronto como llegara. Quería estar a solas con él. Isabel, June y Kat se habían pasado varias horas revoloteando alrededor de Lolly. Le habían mostrado diferentes pañuelos para que eligiera uno, le habían puesto un ligero maquillaje, un producto especial para cejas con el fin de dar volumen a las suyas, despobladas, y un aire de su perfume favorito, Chanel n.º 19. No les había costado mucho trabajo arreglar la habitación de Lolly; lo habían hecho ya hacía unas semanas, y desde entonces habían procurado que no faltasen flores frescas, ropa de cama que evocaba el cariño de Lolly por el océano Atlántico, y arte alegre en las paredes, sobre todo originales enmarcados de Charlie Nash, de siete años de edad.

Kat había dejado a Harrison en el salón con un vaso de Pellegrino y había subido a la habitación de Lolly.

—Ya está aquí, mami.

Lolly respiró hondo.

—Estoy preparada.

Kat asintió y regresó al salón.

—Lolly está en su dormitorio —le dijo a Harrison—. Durante los últimos días le ha estado costando desplazarse.

Con el ramo de flores en la mano, Harrison siguió a Kat por el vestíbulo. Ella dejó que fuese él quien llamase a la puerta, y se quedó detrás de ésta con el corazón en la boca. Oyó la agitada respiración de su madre, el leve susurro que lo nombraba, «Harrison», y luego el llanto. No tenía ni la menor duda de que Harrison Ferry se había sentado en el borde de la cama y había abrazado a su madre.

En los dos días siguientes, Harrison no dejó de visitar a Lolly ni una sola tarde. Le llevó libros, flores, chocolate y un telescopio especial que podía utilizar para ver las constelaciones desde su cama. Había planeado quedarse todo el fin de semana en el hostal con Lolly. Kat tenía miedo de que Harrison pudiera estar casado y con hijos, pero resultó que estaba divorciado; se había casado un año después de que Lolly y él decidieran dejarlo, pero el matrimonio se había roto. La presencia de Harrison hacía muy feliz a su madre; a menudo, Lolly tenía la misma expresión bobalicona en su cara que June e Isabel.

Bobalicona y feliz. Era magnífico.

Kat relevó a la enfermera a las doce y media para que fuera a comer. Había subido una bandeja con sopa de cebolla a la francesa y emparedados tostados de queso y tomate para su madre y para ella.

Lolly buscó en el cajón de su mesita auxiliar y extrajo un sobre.

—Kat, tengo algo para ti. Un regalo.

—Mami, no tienes por qué darme nada. Ya me lo has dado todo.

—Ábrelo.

Dentro había un billete a París. Con regreso abierto. Estaba a nombre de Kat.

Kat lo miró, sorprendida. «Un billete a París...»

—No he dejado de observarte, Kat. Ni de escucharte con mucha atención. Sé muy bien que no siempre hemos estado muy unidas, pero te conozco. Te conozco y te quiero y sólo deseo que seas feliz.

Kat se inclinó y abrazó cariñosamente a su madre, incapaz de contener las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Oh, mamá.

—De todos modos, Kat, no te estoy diciendo lo que debes hacer. Yo sólo quiero que seas feliz. Si eso significa ir a París sola durante un año, o tal vez para siempre, o casarte con Oliver, o conocer mejor a ese apuesto doctor Viola..., es cosa tuya. Pero eso deberás decidirlo tú cuando llegue el momento. Nadie más. Y yo menos que nadie.

«Gracias, gracias, gracias.»

—Te quiero, mami. —Kat se inclinó y abrazó a Lolly, el corazón amenazaba con salírsele del pecho.

—Sólo tienes que prometerme una cosa, Kat.

—Lo que sea.

—Prométeme que no te arrepentirás. Los arrepentimientos son la peor compañía cuando llega el final.

Kat estaba tan abrumada por el amor que sentía por su madre que no podía articular palabra. Sólo fue capaz de apretar contra su pecho la mano de Lolly.

—Te lo prometo, mami —dijo finalmente—. No me arrepentiré, pase lo que pase.

Porque su madre había hecho su elección y la había respetado.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Kat se acostó al lado de su madre y le cogió la mano, y en ese momento la invadió una sensación de paz que no sentía desde hacía mucho, mucho tiempo.

Kat era una dormilona de campeonato. No la despertaba ni el estruendo de la cortadora de césped que el jardinero solía poner en marcha al romper el día. Era capaz de seguir durmiendo con el ruido de fondo de los huéspedes madrugadores que salían al jardín trasero a tomar el té y que hablaban animadamente de sus planes para el resto de la jornada. Dormía pese al ruido de los grillos y de las duchas, pese a los estornudos de Isabel, pese al ruido del ratón mientras June buscaba en su ordenador el paradero del padre de Charlie.

Pero, últimamente, se despertaba en mitad de la noche sin saber qué era lo que la había desvelado. Y empezaba a pensar en Oliver, oía repetidamente en su cabeza el «Bueno, ¿quieres casarte conmigo o no?», veía el atractivo rostro de Matteo y escuchaba su invitación de trasladarse a Nueva York y ver lo que había entre ellos.

Pasaba ya de la una de la madrugada y, cansada de dar vueltas y más vueltas, Kat se levantó silenciosamente de la cama para no despertar a sus primas y bajó al salón. Cogió de la biblioteca una novela y un número de la revista *Real Simple*, pero acabó sentándose en el puf y haciendo zapeo en la televisión. Nada le llamó la atención. Revisó la colección de DVD de Lolly y eligió *Julie y Julia*, que estaba mal clasificada en la sección de Susan Sarandon. *Julie y Julia*. Kat dio la vuelta a la caja y leyó la sinopsis de la película.

¿Por qué no la había visto cuando se estrenó, hacía algunos años? Meryl Streep interpretaba a Julia Child, que de joven había estudiado cocina en Le Cordon Bleu, en París. En la película también aparecía Julie Powell, joven, casada y emocionalmente perdida en Nueva York, buscando algo. Y decidida a preparar una por una las más de quinientas recetas del *Mastering the Art of French Cooking*, de Julia Child. Un filme basado en dos historias reales. El corazón de Kat palpitaba de gozo. La película perfecta para esa noche. Fue a la cocina a preparar una tetera, cogió una magdalena de limón de la caja «cómeme» que estaba en el mostrador y luego se instaló en el puf del salón.

De pronto estaba en París, a finales de la década de los cuarenta y principios de la de los cincuenta con Julia Child, que se había matriculado en el famoso curso de cocina sin tener ni idea y que acabó dominando el arte de la cocina francesa con su «apertura de alma y de espíritu». Una vez más, Meryl Streep daba vida al personaje con tal verosimilitud que Kat se olvidó de que estaba viendo una película. Estaba allí con Julia en París, la Ciudad de la Luz, la ciudad de los

sueños. Donde Kat quería estar. Deseaba viajar a París más que ninguna otra cosa.

Por ejemplo, que casarse. Por ejemplo, que establecerse en Boothbay Harbor, en un futuro inmediato, por lo menos. En el fondo de su corazón estaba segura de que su madre sería tan feliz viendo a Kat salir de casa para cumplir su sueño como lo estaría viéndola casarse con Oliver. Lo que realmente quería su madre era que Kat eligiera su futuro sólo por las razones correctas. Kat lo sabía ahora con absoluta certeza.

Se le puso la carne de gallina cuando el marido de Julie Powell la convenció de que podía dedicarse a ese gran proyecto, que podía cocinar todas las recetas de la obra maestra de Julia sobre la cocina francesa, las 524 en un año, porque ella, como cualquier otra persona, debía tener un punto de partida, porque «Julia Child no había sido siempre Julia Child». Le gustaría tanto que Oliver le dijese algo así...

¿Significaba eso, entonces, que Oliver le desearía *bon voyage*? Y ella, ¿le pediría a su prometido que la acompañase?

Lo que sabía era que la mejor escena de la película la protagonizaba Meryl Streep cuando Julia Child le decía a su marido al comienzo de su aprendizaje que tendría que haber visto cómo la miraban los hombres en la clase cuando cometía un error tras otro. Aquellos individuos aún no sabían que ella era muy intrépida.

«Intrépida.» Eso era lo que Kat deseaba ser. Le gustaba la parte de sí misma que no se había mortificado por la confesión de su madre sobre la noche en que había muerto el padre de Kat. La parte que había escrito un correo electrónico a Harrison Ferry sin tener la menor idea de quién era ni de qué podía provocar aquel mensaje. Seguir los dictados de su corazón en lugar de temerlos era un paso en la buena dirección.

A las tres menos cuarto de la madrugada, Kat volvió a la buhardilla y se coló en su habitación sin hacer ruido, mientras fantaseaba con la idea de voltear crepes en una famosa escuela de Francia.

Octubre tuvo una entrada triunfal, con sol brillante y temperaturas perfectas de diecinueve grados. El día era tan fantástico que ni siquiera la entrada en el hospital de Lolly, que debía hacerse unas pruebas, consiguió deprimir a Kat. Habían pasado dos días desde que su madre le había entregado el billete a París sólo de ida y con regreso abierto, y por más que Kat aún no había tomado ninguna decisión, no estaba invadida por la ansiedad. Incluso había podido dormir hasta las once de la mañana los dos últimos días. Su madre estaba mucho más animada porque su corazón, su mente y su espíritu estaban en paz, y Kat, que había escondido su billete a París bajo el colchón, se sentía despreocupada por primera vez en mucho, mucho

tiempo.

Mientras una enfermera tomaba a su madre las constantes vitales, Kat salió con la idea de ir al bar a por un par de tazas de té caliente. Matteo y un grupo de médicos salían en ese momento de una habitación al fondo del pasillo y él, al verla, le sonrió y la saludó con la mano.

Al verlo, el estómago le dio un vuelco.

—Voy a buscar té para Lolly y para mí —explicó ella—. ¿Tienes un minuto para acompañarme?

Hacía algún tiempo que no lo veía. Él llamaba a menudo, y habían compartido un almuerzo rápido la semana pasada en el hospital. Ella le había dicho que iba a retrasar las clases de *muffins* con su padre hasta que su madre se sintiera un poco más fuerte. Y, durante los últimos días, Kat se había mantenido alejada tanto de Matteo como de Oliver. Éste no lo podía entender, y le dejaba mensajes cortos y malhumorados tales como «Últimamente no me haces caso». Por su parte, Matteo grababa correos de voz hablando de glóbulos blancos que eran más técnicos y menos personales. Puede que él también se estuviera alejando.

Pero estaba equivocada.

—Últimamente he estado pensando mucho en ti, Kat —le dijo, mientras ella vertía el agua caliente en una taza grande—. He estado tratando de mantener las distancias porque sé que debes tomar una decisión con respecto a... a la boda —dijo finalmente—. Pero creo que hay algo muy real entre nosotros.

Sin embargo, ella se dio cuenta justo en ese momento de que no lo había. Sí había crecido algo en su interior, algo que él había removido, algo que le había hecho ver con claridad diáfana que no debía casarse con Oliver ni tampoco marcharse a Nueva York con Matteo. El joven médico había despertado sus deseos más profundos: hacer lo que siempre había tenido miedo de hacer. Abandonar Boothbay Harbor. Disfrutar de su paso por París, Roma, Barcelona... Asistir a las clases de un maestro pastelero. Decidir por sí misma quién era ella realmente. A quién amaría.

Cuando observó la boca de Matteo mientras éste hablaba, esa boca en la que se había fijado tan a menudo, incapaz de apartar la vista de ella, esos labios que tantas veces había anhelado besar, se dio cuenta de que ese chico era como Clint Eastwood en *Los puentes de Madison*: le estaba pidiendo que se fuera con él sin haber comprendido realmente lo que ella tendría que dejar atrás ni haberse preocupado de entenderlo. Desde luego, Kat no tenía marido ni hijos, y sabía que a su madre no le quedaba mucho tiempo de vida. Pero otro hombre tampoco era la respuesta.

Necesitaba abrir sus propias alas, emprender el vuelo, y puede

que entonces estuviera lista para regresar y casarse con Oliver, si todavía la aceptaba. O tal vez se plantaría en Nueva York, lista para besar esos labios italianos de Matteo.

Pero, por el momento, sólo dependía de sí misma.

Kat se sentó en el sofá de Oliver con la intención de decirle que no estaba preparada para casarse con él, ni con ningún otro, pero no le salían las palabras. Una cosa era engañarse a sí misma, ser una idiota confusa y ambivalente, y otra herir a Oliver, que había sido su mejor amigo desde hacía tanto tiempo que no podía ni acordarse.

—Tengo algo para ti —dijo él, levantándose, y se acercó al escritorio que había bajo la ventana. Le alargó una hoja de papel.

—¿Qué es?

—Léelo.

Kat leyó el contenido y carraspeó; era la matrícula de un curso de pastelería de seis semanas en una famosa escuela culinaria de París. Fecha de inicio: 4 de enero.

—Hay una razón por la que la gente recurre constantemente a ese viejo cliché de si se supone que el destino está escrito, bla, bla, bla —dijo—. Puede que acabemos juntos, puede que no. Tal vez nunca regreses de París, o vuelvas con un marido francés con boina. O quizá vengas lista para establecerte, y yo esté aquí, o puede que haya conocido a otra persona. No lo sé, Kat. Sólo sé que irás a París y serás aprendiz en alguna lujosa pastelería. Yo sé que no estás preparada para casarte. Y sé que te amo y que tengo que dejarte ir.

Le estaba deseando buen viaje. Justo como ella pensó que haría.

—Bien, Oliver, eres una persona leal, tal como decía mi padre que eras cuando yo tenía sólo diez años.

Él le cogió las manos y se las apretó.

—Porque soy tu mejor amigo, Kat. Puede que eso es lo que he sido siempre y yo insistí demasiado en ir más allá cuando en realidad tú me has querido siempre como un amigo. Te propuse matrimonio en tu momento de mayor debilidad; lo sé.

—Oliver, yo...

Él movió la cabeza.

—Ve a París. No importa lo que ocurra, Kat, siempre te amaré —la interrumpió él, llevándose una mano al corazón—. Así ha sido siempre, y así será.

—Yo también —susurró ella, y lo abrazó apasionadamente.

El viernes por la noche, con la luna llena tan baja en el horizonte que Kat podía verla brillar a través de la ventana de la cocina, colocó las iniciales en el reborde de la capa de chocolate de la tarta: L por

Lolly, I por Isabel, J por June, C por Charlie, K por Kat, P por Pearl. Luego la llevó a la habitación de Lolly, donde se habían reunido todas para la noche de cine.

—¿Esa P es por mí? —preguntó Pearl desde su silla en el extremo opuesto de la cama de Lolly.

—Pues claro —respondió Kat, cortando el trozo donde estaba la letra y pasándole el plato—. Tú eres parte de esta familia, ¿no es así?

Pearl sonrió.

—¿Se unirá a nosotras tu galán, tía Lolly? —preguntó Isabel, apoyando en su regazo el trozo de la tarta en el que estaba la I.

Lolly se ruborizó.

—No. Tiene pensado venir después, alrededor de las diez. ¡Tengo tantas ganas de verlo! Dios mío, qué feliz me hace tenerlo de nuevo en mi vida.

Kat miró a sus primas y ellas compartieron una sonrisa de felicidad.

Lolly apuntó el mando a distancia hacia el televisor y encendió el DVD.

—Me apetece mucho volver a ver *Memorias de África*. Es mi película favorita —dijo Lolly—. Fueron tantos los momentos que me conmovieron que no pensaba que podría volver a verla. Sin embargo, ahora estoy preparada.

—A mí también me gusta —dijo Pearl—. Y creo que nunca hubo un hombre más apuesto que Robert Redford en *Memorias de África*. Quita el aliento.

Cuando Meryl Streep comenzó la solemne narración —«Yo tenía una granja en África»—, todas guardaron silencio y ya no pudieron apartar los ojos de la pantalla. Meryl interpreta a Karen Blixen, una mujer rica cuyo marido, miembro de la nobleza, compra unas tierras en África para dedicarlas a la plantación de café y no a la cría de ganado, como habían acordado, sólo para engañarla. Meryl acaba amando la granja, dedicándose por completo a ella, y se enamora de un hombre todavía más independiente que ella. Pero le pide a Robert Redford más de lo que él está dispuesto a dar, y para ser fiel a sí misma tiene que dejarlo. Al final pierde casi todo lo que tenía: su granja, su gran amor… Pero nunca pierde su confianza en sí misma.

Lolly puso el vídeo en pausa cuando habían visto tres cuartas partes de la película. Se enjugó las lágrimas:

—Ésa es la parte en la que no he dejado de pensar durante todos estos años: después de lo que ha soportado, de todo lo que ha perdido, Meryl dice que, justo cuando piensa que ya no aguanta más y que su vida no puede sino empeorar, recuerda lo buenas que fueron las cosas en el pasado, y entonces sabe que puede soportar cualquier cosa. —Su sonrisa parecía venir de muy lejos—. Es cierto —dijo, y volvió a poner

el DVD en marcha.

—No puedo dejar de llorar —dijo June, secándose los ojos con un pañuelo de papel.

Isabel se rió.

—Yo tampoco. —Y cogió un pañuelo de la caja que June le alargó.

Kat cogió la mano de su madre. Se dio cuenta de que no era la única que se había quedado petrificada, sin comer palomitas, casi sin respirar, cuando Meryl Streep, con el corazón desgarrado, le decía a Robert Redford que lo que él le ofrecía no era suficiente para ella.

—Oh, Dios mío, dale a la pausa. —Isabel se incorporó en su asiento—. «He aprendido algo que tú no sabes: hay cosas que vale la pena tener, pero tienen un precio. Yo quiero ser una de ellas» —dijo, repitiendo las palabras de Meryl Streep—. Voy a apuntarme eso para llevarlo siempre en la cartera.

En ese momento, Kat entendió que los sentimientos encontrados que había experimentado no tenían que ver con casarse o quedarse en Boothbay Harbor. Eran sentimientos encontrados con respecto a sí misma; necesitaba saber quién era ella en el fondo, cuánto creía valer.

Tenía su billete de avión. Se había matriculado en un curso de pastelería. Tenía a su familia. Y había una persona en la que quería convertirse: en sí misma.

Tres días después, Lolly murió mientras dormía. Kat se había despertado a las cuatro de la madrugada en la silla. El aire frío movía horizontalmente los visillos de la ventana. Se había levantado para cerrarla, luego echó una mirada a su madre, y supo que había muerto. Su madre estaba inmóvil, profundamente inmóvil.

Se arrodilló al lado de la cama y rezó una oración. Luego, entre sollozos, subió a toda prisa hasta el ático y despertó a sus primas.

En el funeral, Pearl pronunció un hermoso elogio y luego, con su dulce voz de soprano, cantó *S.O.S.* de ABBA, que Meryl había cantado en la película *Mamma mia!* Fue tan emotivo que Kat se dio cuenta de repente de que la estaba tarareando con un susurro. June e Isabel, sentadas una a cada lado de ella, la cogieron de la mano y canturrearon la canción con ella.

Mucho más tarde, cuando la mayoría de la gente se había marchado, Kat, Isabel y June se reunieron en el salón y encendieron una vela por Lolly. Sobre la televisión estaban *Las horas, El atardecer, Julia,* y *La dama de hierro*. Tocaba noche de cine, pero ninguna de ellas estaba segura de que pudieran volver a ver una película de Meryl Streep sin la presencia de Lolly. Todavía no.

Sobre la pared, a la derecha del televisor, Kat había colgado el regalo que ella y sus primas le habían hecho a su tía dos días antes de

su muerte, un cuadro encargado por ellas y pintado a partir de una foto que Lolly les había sacado a Isabel, June y Kat en septiembre, en la escalinata delantera del hostal. Los tres nuevos capitanes, otra vez juntos en casa.

Agradecimientos

Alexis Hurley, extraordinaria agente literaria de InkWell Management, firme defensora de las buenas historias y con una sagaz visión editorial, creyó en esta novela desde el principio. No hay en el mundo provisión suficiente de buen chocolate como para decir gracias por todo… Y en ese todo hay mucho.

Porque el universo funciona de forma sorprendente, Karen Kosztolnyik, editora ejecutiva de Simon && Schuster's Gallery Books, editó mi libro y me ayudó a dar forma y a fortalecer la novela con mucho amor y afecto por los personajes. ¡Por muchos libros más!

Doy las gracias a Louise Burke y a Jen Bergstrom, de Gallery Books, por creer en mí y en este libro. Gracias, gracias, gracias.

Un agradecimiento especial para Kara Cesare, mi editora y hada madrina.

A mis amigos y familia, especialmente a mi amado hijo, que me inspira cada minuto de cada día con sus preguntas y su sonrisa y su energía infantil. Él es, como yo, un amante del cine, y piensa que Meryl Streep es guay porque fue la voz de la señora Fox en *Fantástico Sr. Fox*.

Hace mucho tiempo pillé a Meryl Streep en «Inside the Actors Studio».[1] Cuando James Lipton llegó a la pregunta final —«Cuando usted llegue a las puertas del cielo, ¿qué querría oírle decir a Dios, si es que existe realmente?»—, Meryl abrió los brazos y respondió: «¡Adelante todo el mundo!» Esto resume por qué la adoro. Desde que tengo memoria he sido fan de esta actriz hermosa y de impresionante talento, y doy las gracias a Meryl Streep por sus más de cincuenta papeles, por hacerme reír y llorar y pensar y creer. Esta novela es mi homenaje.

Notas

1. «Inside the Actors Studio» es una serie del canal Bravo de televisión. El programa se presenta como un seminario para los alumnos de la Actors Studio Drama School de la Pace University, que tiene un campus en la ciudad de Nueva York y otro en el condado de Westchester. *(N. del t.)*

El cineclub de Meryl Streep
Mia March

Título original: *The Meryl Streep Movie Club*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2012

ISBN: 978-84-96580-83-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com